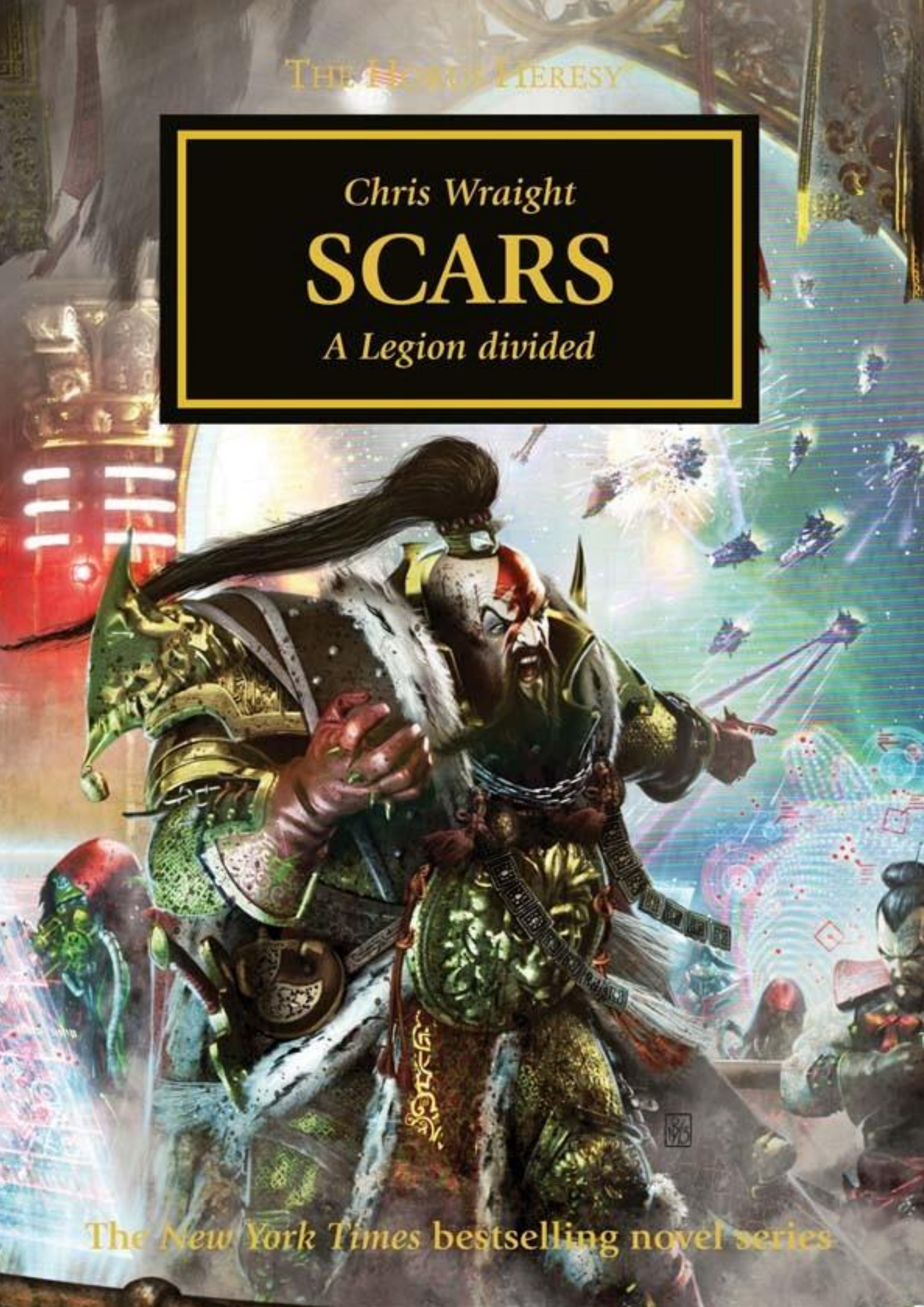

Chris Wraight
SCARS
A Legion divided
The New York Times bestselling novel series



LA HEREJÍA DE HORUS

CICATRICES

CHRIS WRAIGHT



Nacex



Y



DRAMATIS PERSONAE

Primarcas

JAGHATAI KHAN	Primarca de los Cicatrices Blancas
HORUS LUPERCAL	Primarca de los Hijos de Horus, Señor de la Guerra
LEMAN RUSS	Primarca de los Lobos Espaciales
ROGAL DORN	Primarca de los Puños Imperiales
MAGNUS EL ROJO	Primarca de los Mil Hijos
MORTARION	Primarca de la Guardia de la Muerte

Aprendices de Marines Espaciales

TAMU	Aprendiz chogoriano
HAREN SVENSELLEN	Aprendiz terrano

La Legión de los Cicatrices Blancas

TARGUTAI YESUGEI	Zadyin Arga, en terrano Vidente de la Tormenta
SHIBAN KHAN	Khan, en terrano Capitán, de la Hermandad de la Tormenta de los Cicatrices Blancas
TORGHUN KHAN	Khan, en terrano Capitán, de la Hermandad de la Luna o la 64ª compañía de los Cicatrices Blancas
HASIK	Noyan-Khan, en terrano Señor del capítulo, de la Ordu de la Piedra de los Cicatrices Blancas
JEMULAN	Noyan-Khan, en terrano Señor del capítulo, de la Ordu de la Tierra de los Cicatrices Blancas
HALJI	Hermano y enlace con el Departamento Munitorium de los Cicatrices Blancas

NOZAN	Khan, en terrano Capitán, de los Cicatrices Blancas
HIBOU	Khan, en terrano Capitán, de la Hermandad del Cielo del Amanecer de los Cicatrices Blancas
QIN XA	Comandante de los *Keshing* de Jaghatai Khan, en terrano guardia personal del Khagan de los Cicatrices Blancas
LUSHAN	Capitán de la fragata *Luna Segadora* de los Cicatrices Blancas
MANJU	Teniente de la Hermandad de la Luna de los Cicatrices Blancas
GOGHAL	Comandante de los *Keshing* de Hasik, de la Ordu de la Piedra de los Cicatrices Blancas

La Legión de los Lobos Espaciales

GUNNAR GUNNHILT	Jarl, en terrano capitán de Onn, en terrano la 1ª Gran compañía del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales
OGVAI OGVAI HELMSCHROT	Jarl, en terrano capitán de Tra, en terrano la 3ª Gran compañía del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales
BJORN	Hermano de Tra, en terrano 3ª compañía del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales
GODSMOTE	Hermano de Tra, en terrano 3ª compañía del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales
URTH	Hermano de Tra, en terrano 3ª compañía del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales
EUNWALD	Hermano de Tra, en terrano 3ª compañía del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales
ANGVAR	Hermano de Tra, en terrano 3ª compañía del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales
FERITH	Hermano de Tra, en terrano 3ª compañía del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales
BEORTH RANEKBORN	Capitán de la *la Fylskiare* de los Lobos Espaciales
TORVE	Teniente del puente de la *la Fylskiare* de los Lobos Espaciales

La Hesiodo

BION HENRICOS	Sargento de la 10º comañía del Clan Sorgoll de los Manos de Hierro
XA'VEN	Capitán de la 34ª compañía de los Salamandras

La Legión de los Portadores de la Palabra

KAL ZEDEJ	Comandante de la fragata *Vorkaudar*, y sargento de la 256ª compañía Yesa Takdar de los Portadores de la Palabra
LEDAK	Hermano de la 256ª compañía Yesa Takdar de los Portadores de la Palabra

La Legión de los Mil Hijos

REVUEL ARVIDA	Sargento de la 4ª hermandad de los Mil Hijos y del culto cordivae, psíquicos del futuro

Personajes Imperiales de los Cicatrices Blancas

ILYA RAVALLION	Jefa y Szu, en terrano sabia del Departmento Munitorum de los Cicatrices Blancas
HERIOL MIERT	Ayudante de la Jefatura del Departmento Munitorum
JIAN-TZU	Señora de los oradores de las estrellas, en terrano los Astrópatas de la *Tormenta de Espadas*

Legio Custodes

CONSTANTIN VALDOR	Comandante de la Legio Custodes

Consejo de Terra

MALCADOR EL SIGILITA	Regente y Jefe del Consejo de Terra

“La materia es una esclava en cualquier ámbito del ser que ocupa. En el mundo de los sentidos que se ve limitada por las leyes silenciosas del espacio, el tiempo, la lógica y los números. En el otro mundo está encadenada a otros rigores inmutables - sueños, esperanzas, deseos viciosos. Estos son los principios de la física en ese lugar. Igual que nuestras pesadillas no son más que sombras en este mundo, desterradas por el amanecer con bordes duros de la razón, el orden no es más que una sombra en el otro.

“¿Qué es más real? ¿Qué perdura y que está condenado a la destrucción? Puedes decir ninguno, porque son el reflejo del otro. Falso. Debes elegir. Comprendimos esto durante siete años de sangre y madurez obligada.

“Debes elegir.”

“Demonios y mortales por igual pueden tener dignidad. Sólo el vacilante, el equivocado, el cauteloso - sólo él no tienen lugar en los cielos.”

- Reflexiones,

Targutai Yesugei

PRÓLOGO

Hermanos

Rodó sobre su frente, tosiendo sangre entre los dientes rotos. Su pecho se arrastró a través de la tierra dura y cubierta de hierba antes de sentir unas manos alcanzándole de nuevo.

Retirada, y después volver.

Las palabras corrieron por su mente mientras sus manos alcanzaron su caftán estropeado. Ese era el primer principio del arte de la guerra Khin-zan: desequilibrar, obligar a extralimitar, golpear con una contra.

Tamu tiró de sus rodillas bruscamente y se retiró contra los dedos cerrándose. Oyó un gruñido de sorpresa mientras su cuerpo enjuto empujó hacia arriba, enviando a uno de sus agresores dando volteretas.

Se dio la vuelta, soltando un puño apretado y sintiéndolo conectar. Otro gruñido, otro cuerpo balanceándose a distancia.

Algo golpeó su sien, derribándolo de nuevo. Vio la hierba bajo sus pies desenfocarse. Su rostro dio un vuelco en el césped, con el regusto de granos de arena entre los dientes apretados.

Más golpes vinieron; patadas en las piernas, golpes contra su espalda desnuda. Se retorció, tratando de encontrar un camino de vuelta. Un dolor húmedo y caliente se puso en marcha en la parte posterior de la cabeza.

Uno de ellos se encorvó, pensándole acabado, alcanzando su pescuezo, listo para arrastrarlo y echarlo abajo otra vez como los Talskar lo hacían para demostrar el dominio sobre un oponente.

Retirada, y después volver.

Tamu esperó, sólo por una fracción de segundo. Entonces él coceó, arqueándose y retorciendo su cuerpo como una anguila, balanceándose hacia arriba y alrededor, agarrando a su agresor por su pecho. Él miró a una cara llena de sorpresa y se rio. Luego golpeó con la cabeza, embistiendo contra una frente que se avecinaba, viendo el moteado de la sangre y su captor tambalearse por el impacto.

Pensó entonces que podría liberarse de ellos, dispersar al grupo y de alguna manera volver por el curso del río seco hacia la seguridad. Se demostró una esperanza fugaz; alguien le agarró de nuevo, con más seguridad esta vez, dos manos en sus hombros que se apoderaron de él rápidamente. Fue arrojado sobre su espalda. Vio tres caras cernirse sobre él, cada una con moretones y enojados. Otra patada dura entró en su estómago. Se acurrucó, jadeando.

-Suficiente.

Pararon de inmediato. Se detuvieron. Volvieron sus cabezas. La incertidumbre onduló a través de ellos.

Tamu levantó la cabeza. Su visión era borrosa. Vio a uno de ellos huir, echando a correr cojeando. Después los demás le siguieron: dos hombres con ropajes pesados del corazón de Alju que llevaban los cinturones rojos del anciano *keshig*. No miraron hacia atrás. Mientras corrían ganaron velocidad, como si de repente un extraño pánico se hubiera encendido en ellos.

Tamu sintió un hilillo de sangre en la parte posterior de su cuello. Trató de levantarse y fracasó. El viento se sentía frío contra su ropa a pesar del sol tan alto en el cielo.

No podía ver al que había hablado. La luz brillaba dolorosamente fuera de las llanuras, deslumbrándole. Se levantó sobre sus codos.

-¿Qué agravio tenían contigo? -dijo la voz.

Tamu giró la cabeza hacia el sonido. Un hombre salió de la neblina, su contorno brillante en el aire claro. Era alto y amplio, increíblemente alto, increíblemente amplio, y vestido con una armadura de placas de hueso que destellaban por el brillo. Llevaba un bastón rematado con una calavera y una capucha elaborada sobre su cabeza desnuda.

Sólo entonces Tamu tuvo miedo. ¿De dónde provenía el gigante? El prado estaba vacío hace un minuto; sólo él y los otros tres, luchando y corriendo por el Altak azotado por el viento.

Tomó un poco de fuerza de voluntad para responder.

-No lo sé -dijo Tamu.

Ninguno de los rasgos del hombre se movió, pero Tamu detectó diversión.

-¿Qué agravio tenían contigo? -preguntó el hombre nuevo, modulando las palabras de forma idéntica.

Tamu se sintió mareado. El hilo de sangre se desaceleró pero no se detuvo. El hombre no hizo nada para ayudarlo.

-Robé *aduun* –dijo Tamu, optando por la verdad. Había abierto corral de Alju durante la noche, llevándose a tres de sus corceles y guiándolos por el río al hogar de Erdil. Eso le granjeó un trago de leche fermentada y un trozo de carne del vientre; merecía una paliza.

-Tres hombres adultos contra un niño –observó el hombre. -Les diste casi tanto como te dieron.

A pesar del dolor, Tamu sonrió. Lo sabía.

El hombre se agachó, acercándose a su nivel y mirando a Tamu de cerca. Tamu vio una cicatriz larga e irregular en su mejilla bronceada. El hombre tenía un aroma inusual y un débil zumbido que provenía de su cuerpo, como si una bestia murmurara en algún lugar de los pliegues de su capa. Sus ojos eran extraños: dorados, suaves y brillantes. Eran como los ojos de un animal.

-¿Cuál es tu nombre? -preguntó.

-Tamu.

-¿Cuántos años tienes?

-Doce años.

El hombre frunció los labios. -Ocho terranos -murmuró. -No es demasiado tarde.

Tamu frunció el ceño. -¿No es demasiado tarde para qué?

El hombre se puso de pie de nuevo. -Ven conmigo.

Tamu vaciló. Su cabeza estaba empezando a doler.

-¿Ir a dónde? -por alguna razón pensó en su madre, su padre, sus hermanos, acurrucados en el *ger*, abajo en el valle, ocupados con un centenar de cosas mundanas. Ellos no lo echarían de menos hasta el anochecer. Tal vez más.

-No preguntes -dijo el hombre encapuchado. -Haz lo que yo te digo -entonces, por primera vez, sonrió realmente. El gesto no carecía de calidez, sus dientes blancos y brillantes destellantes entre labios oscuros coriáceos. -A menos que pienses que puedes también conmigo.

Tamu no se movió. Tensó su cuerpo, tal como lo había hecho antes de que los otros le alcanzaran.

Retirada, y después volver, pensó.

La lluvia cayó en ángulo desde una oscuro cielo pizarra, golpeando y frío. El amplio campo de entrenamiento estaba abierto a los elementos y el agua rebotaba del rococemento, brillando bajo unos lúmenes inundados dispuestos alrededor del perímetro. Iphigenis, Teleon, Morvo: En la distancia se alzaban agujas. Sus líneas de luces delimitando los bloques habitacionales eran tenues, desdibujados por la lluvia, la noche y la neblina atmosférica.

Una línea de dos docenas de chicos permanecía temblando en el aguacero, cada uno vestido sólo con una túnica de color gris. El más joven podría haber tenido siete, el más antiguo no más de nueve. Miraron directamente hacia adelante, con barbillas que sobresalían con determinación y agua corriendo por sus rostros apretados.

Haren se estremeció igual que los demás. A pesar de su origen en Skandmark su delgado cuerpo le hizo sentir el frío. Sus uñas presionaron las palmas de sus manos mientras apretaba los puños, decidido a no perder el control. A cada lado de él podía sentir los otros chicos haciendo lo mismo: Trevi, Amada, Kenet, todos blindándose a sí mismos contra la congelación, la oscuridad, la fatiga, los nervios.

Ni un paso atrás, pensó para sí, recordando las palabras del hombre que lo había sacado de su casa en el norte helado y llevado por media Terra a los centros de formación en Imamdo. Había aprendido más tarde que esas palabras eran un credo de la organización, algo susurrado por los hermanos de batalla a sí mismos antes de la batalla. Se decía que la Legión nunca se había retirado. Quería creer eso. Si era cierto, la hacía aún más gloriosa, más digna de adoración.

-La prueba es de resistencia -dijo el instructor, un hombre de rostro severo con el pelo negro recortado, de pie a un lado de la línea, sin apenas mirarlos. Haren lo odió nada más llegar; todos lo hicieron. Ahora no sentía nada hacia él, sólo una vaga sensación de que era un obstáculo más en medio de una vida de obstáculos. Durante los dos últimos meses Haren había sido probado, juzgado, aporreado, moldeado, degradado y agotado. Las pruebas ya no le dolían, pero le hicieron recordar el objetivo. Estaba cerca. Después de tanto tiempo, estaba muy cerca.

El instructor miró hacia arriba y la lluvia salpicó contra su cara. Miró con amargura a los cielos. -Seréis observado. No ayudéis a vuestros hermanos. Se trata de un ejercicio individual. Comienza con el gong.

Haren trató de soltarse. Se asomó a través de la arena de rococemento ante ellos. Una larga pista de bucle corría alrededor del borde de la misma. Obstáculos fueron puestos por el camino: rampas, pozos, muros, túneles anegados. Había seguido el mismo rumbo muchas veces, a veces más de una vez en un día. Cada grieta y charco fangoso le era familiar.

Se preguntó por cuánto tiempo duraría la prueba. Duraría el tiempo suficiente para eliminar a los más débiles, ver cómo sus programas de acondicionamiento habían ido.

Haren consideró sus posibilidades. Eran buenas. Quedarse quieto y temblando en el frío era la peor parte; sus músculos responderían una vez que se moviera.

Trevi se inclinó. -Buena suerte -dijo.

Haren asintió en respuesta. Su estómago estaba demasiado anudado para que hablara. Se sentía como si la tensión de sus músculos se extendiera a su corazón.

El gong sonó.

Los chicos se echaron a correr. Ninguno de ellos esprintó, porque todos sabían lo difícil que sería la prueba. Ninguno de ellos perdió el tiempo, porque todos conocían los castigos por un esfuerzo insuficiente. Los veinticuatro se desplazaron a la pista, estableciéndose rápidamente en los ritmos que habían aprendido, dejando que su respiración se regulara, inhalando por la nariz y exhalando por la boca medio abierta. Permanecieron juntos en un grupo laxo, rellenado alrededor de la superficie húmeda en zapatos de entrenamiento desgastados.

Haren cayó en su paso en medio del grupo. Dejó que su mente se deslizara al estado semi-consciente que siempre adoptó durante los ejercicios de resistencia, repitiendo la frase vacía una y otra vez al ritmo del sonido sordo de los pies.

Ni un paso atrás. Ni un paso atrás.

Algunos chicos empezaron a luchar inmediatamente. Dejaron sus músculos enfriarse durante la larga espera, o estaban deshidratado, o estaban llevando lesiones de las sesiones anteriores. Haren no les concedió ningún pensamiento. Corrió de manera constante, escalando las rampas, saltando por encima de los fosos, arrastrándose por las paredes y dejándose caer en el otro extremo. Se deslizó

fácilmente en un ritmo de carrera, sintiendo que su corazón y sus pulmones se ajustaba al ritmo de metrónomo que desempeñó en su mente.

Su mente vagaba. Era difícil no recordar su vida anterior: su madre de mejillas rojas con su pelo rubio recogido en un moño apretado, su padre con su coronilla pronunciada, su hermana mayor con su tranquila voz y ojos rápidos. Los ejercicios estaban diseñados para ayudarle a olvidar a los que habían dejado atrás, pero los recuerdos volvían cuando menos te lo esperabas. Haren se preguntaba a veces si realmente alguna vez se marcharían. Tal vez después de la Ascensión lo harían. Por lo que sabía, la Ascensión limpiaba todos tus recuerdos, dejando tu mente como una tabula rasa.

Ni un paso atrás.

Siguió corriendo. Los bucles de la pista pasaron en secuencia, una y otra vez. Comenzó a sentir las primeras puñaladas de músculos ardiendo. Sintió viejas cicatrices en su dolor de rodillas. Sintió que sus pulmones palpitaban mientras sacaba el aire frío profundamente. Loa circuitos pasaron, fundidos unos tras otros.

Después de dos horas el primer chico abandonó, estremeciéndose mientras trataba de respirar, sus extremidades temblando bajo la lluvia. Los asistentes le ayudaron a levantarse y se lo llevaron.

Haren se permitió un destello de sorpresa. Sorprendentemente débil. Tal vez había estado enfermo, a pesar de que había terminado seguramente su búsqueda de la Ascensión. ¿Qué pasaría con él ahora? Nunca se lo habían dicho. Tal vez le enviaran a casa. Tal vez no lo hicieran.

Ni un paso atrás.

El siguiente abandonó mucho más tarde. Después varios de una tacada, todos ellos colapsaron en pequeños bultos. Se los llevaron lejos.

Haren se encontró al frente del grupo después de eso. Él mantuvo su ritmo, con cuidado de no acelerar. Atacó con dureza las rampas, recuperándose en el otro lado. Sintió que sus pies se volvían más pesados, los músculos del pecho apretarse. Se sintió mareado y sintió las primeras oleadas de náuseas concentrarse. Más bucles pasaron, uno tras otro, hipnóticos bajo la lluvia.

Amada fue el siguiente en irse, su delgado rostro se desdibujó y agonizó. Kenet le siguió poco después. Luego fueron cayendo como moscas, tropezando en el agua o cayendo por el lado de la pista. Haren se debilitaba. La respiración se hizo más difícil. Sus pies le dolían al caer al suelo, con las rodillas disparándose con cada impacto. El segundo gong seguía sin sonar. Empezó a anhelarlo.

Trevi estaba en su hombro para entonces. Haren alcanzó a ver su rostro, un rictus de dolor. Apenas media docena aún corría con el grupo. Dos más cojearon tras ellos, a un gran trecho.

El dolor se intensificó. Pasó más tiempo, arrastrándose como si sumido en alquitrán.

Ni un paso atrás.

Su visión se redujo a un túnel largo y negro. Su pulso latía, amortiguado, en sus tímpanos. Perdió de vista a Trevi. Perdió de vista a todo. Siguió moviéndose de forma automática, abandonando todo pensamiento consciente. Su mandíbula colgaba floja, sus brazos se aflojaron, golpeando contra sus muslos mientras se tambaleaba hacia adelante.

Le pareció oír el gong, pero se dio cuenta de que su mente le estaba jugando una mala pasada. Él siguió su camino, cabeza gacha, arrastrando los pies. Una pared se acercó, contundente y negra bajo el aguacero. Trató de saltar por ella pero perdió los asideros. Buscó brevemente, incapaz de ver nada, los círculos de color rojo y negro superpuestos, antes de que sus dedos congelados se alojaran en una grieta de la mampostería. Trató de levantarse, arrastrarse hasta la cima, pero algo andaba mal. Sus pies no encontraron agarre. Los bloques de rococemento eran demasiado suaves, demasiado curvados.

Le tomó mucho tiempo oír la risa. Le tomó mucho tiempo darse cuenta de que se había desviado lejos del camino. Le tomó más tiempo darse cuenta de que no era un muro lo que estaba tratando de subir, sino una figura gigante de un guerrero con armadura blanca y con aberturas para unos ojos brillantes.

Haren se derrumbó a los pies del gigante, desconcertado. El gigante bajó la mirada hacia él, inmenso e inmóvil. Su silueta brillaba débilmente por los lúmenes inundados, brillante con rastros de gotas de humedad.

-Bueno -dijo el gigante, divertido. Su voz era un gruñido artificial. -No te rindes fácilmente.

Haren sintió que empezaba a desmayarse y apretó sus músculos para empujar la sangre a la cabeza, desesperado por no avergonzarse a sí mismo. Estaba temblando incontrolablemente. Vagamente oyó a los asistentes corriendo hacia él. Se preguntó hasta qué punto había llegado antes de que su cuerpo se hubiera dado por vencido.

El gigante se agachó junto a él. Incluso encorvado era enorme. Haren vio una enorme hombrera curva por encima de él. Tenía una cabeza de lobo pintada en ella frente a una media luna.

-Último en pie -dijo el gigante. -Sigue así y llevarás esta armadura. Decimosexta Legión, muchacho.

Haren sintió su conciencia escapar. Le dolía el cuerpo, sus extremidades se estaban helando rápidamente, sus pulmones jadeantes estaban en carne viva. Nunca había tenido tal dolor.

Pero al mirar hacia el distintivo del Lobo y la Luna y oyó la voz filtrada por vox del gigante se imaginó en una servoarmadura similar, imaginándose marchando a la guerra en medio de las filas de combatientes sin par, no pudo evitar dejar escapar una sonrisa de felicidad pura.

Me convertiré en uno de vosotros, pensó mientras su cuerpo se rindió al fin. *Por Horus. Por Horus y el Emperador, me convertiré en uno de vosotros.*

Tamu miró hacia el Altak, sintiendo el viento cepillando su cabeza calva. Sin darse cuenta, flexionó los dedos, sintiendo la piel dura de sus manos agrietarse. Aún le dolía el pecho. La última implantación no había ido bien y despertó hace seis días en la mesa de operaciones para ver el piso del Laboratorium cubierto en su propia sangre.

El apotecario, un Khitan búho de Choq-tan nombrado Jeldjin, estuvo preocupado por un tiempo.

-Lo he visto antes -le había dicho, ejecutando un escáner a través del tejido tamizado en cicatrices de Tamu y sacudiendo la cabeza. -La carne de Chogoris es

difícil, pero estas cosas se diseñaron para los terrestres. Estamos aprendiendo, pero todo lleva su tiempo.

Tamu escuchó en silencio, apretando los dientes por el dolor y negando los analgésicos. Jeldjin realmente no había estado hablando con él. Pocos de los hermanos de batalla completa lo hicieron. ¿Qué podrían tener que decir a un mozalbete de dieciséis años, traído de los pastizales, con los ojos aún abiertos por lo que había presenciado en el monasterio? Tamu dudaba que alguna vez se acordaran de sus propias Ascensiones. Había oído que dijo que su recuerdo se desvanecía rápidamente.

Ahora Tamu había recuperado la mayor parte de su fuerza. Se puso de pie en el borde de los acantilados por debajo de la fortaleza Khum Kharta, respirando profundamente de nuevo. Ya dolía menos.

Debajo de él, a cincuenta metros de profundidad, donde las rocas desmoronadas de la fortaleza-monasterio se encontraba con el Altak, comenzaban los llanos: surcados en un principio como dunas de arena, luego irrumpiendo en la planitud mareante de la hierba eterna; azul-verde, brillante, susurrante cuando el viento se arremolinaba por ella. El cielo se arqueaba por encima, pálido y sin roturas, luminoso, con luz solar difusa. En el lejano horizonte podía ver la mancha de cáscara de huevo de la cordillera Ulaav, sólo un susurro contra la curva del mundo.

Tamu entrecerró los ojos. Estaba a un año de recibir sus implantes occuglobos, después de los cuales su vista rivalizaría con el de los *berkuts*, los rapaces de caza que rodeaban las mayores alturas. De todos los cambios, anhelaba este como el que más. Anhelaba el día en que pudiera mirar por toda la tierra vacía y ver cada brizna de hierba doblarse bruscamente, como una hoja de acero.

Por el momento estoy a medio terminar, pensó. *Mitad chico, mitad hombre. Mitad hombre, mitad dios. Todo es incompleta.*

Sonrió. Le gustaban esos pares contrapuestos. Encontraría un uso para ellos en un poema, y eso complacería a los maestros de formación, que le gustaría animara a los aspirantes a adoptar una de las Búsquedas Nobles. La mayoría elegía la caza, algunos la caligrafía Khorchin. Sólo unos pocos tenían la paciencia para los enjutos, duros y compactos verso *ci*, y por los que Tamu se sentía particularmente atraído.

Mitad niño. Mitad hombre. Mitad dios.

Oyó unos pasos y escuchó la firma de rodadura. Targutai Yesugei bajaba los escalones de la ciudadela para unirse a él. Tamu volvió la cabeza, mirando a los bordes desgastados de los cimientos del monasterio remontar por encima de él. Banderas se agitaban en su cumbre; el rojo y el oro de los kanes, el negro y la plata del Imperio.

Yesugei se abrió paso lentamente por la ancha escalera. La luz solar incólume se reflejaba de su servoarmadura. Tamu esperó pacientemente, inclinándose respetuosamente cuando el *Zadyin Arga* se acercó.

-¿Te sientes mejor? -preguntó Yesugei, mirándolo fijamente.

-Me quitaron el implante –respondió 'Tamu.

-Me dijeron que estabas a punto de morir.

Tamu sonrió. –La eludí.

Yesugei le devolvió la sonrisa. No necesitaba mucho para que sonriera. Desde Tamu fue arrebatado del Altak y llevado al monasterio, la sonrisa de Yesugei había estado en algún lugar cerca de él, emergiendo de una carne curtida por el color y la dureza del bronce batido.

-Recuerdo cuando te encontré -dijo Yesugei. -Tenías una herida en la parte posterior de la cabeza que debería haberte matado. Y trataste de pelear conmigo a la primera oportunidad que tuviste.

Tamu inclinó la cabeza, avergonzado. -Yo no sabía…

-Quedé complacido. Me hizo pensar que había tomado la decisión correcta -la sonrisa de Yesugei se desvaneció un poco. -No voy a fingir que no duele cuando nuestras elecciones son equivocadas.

Tamu se sintió cohibido. Recordaba muy poco del tiempo anterior al que Yesugei se lo llevara. No le gustaba que se lo recordaran.

Bajó la mirada a sus manos. Eran demasiado grandes, al igual que la mayor parte de su cuerpo. Él ya tenía la estructura voluminosa de un hombre hecho y sabía que iba a seguir creciendo. Los estimulantes y acelerantes que tomaba en su comida hacían que sus músculos se hincharan y expandieran. A veces se sentía anormal, como un paria dejado en la estepa a morir, cuyas extremidades eran torpes y con

crecimientos carnosos. En otros se sentía invencible, rebosante de energía y electricidad y desesperado por encontrar una salida a ella.

-Tengo un largo camino por recorrer -dijo Tamu.

-No creo que vamos a perder ahora. Tengo una superstición.

-¿Acerca de mí? -preguntó Tamu.

-Sobre el universo -sonrió Yesugei. -¿Nunca te lo he contado? El principio del defecto menor.

Tamu negó con la cabeza.

-Una cosa tonta -dijo Yesugei. -Me encontré a mí mismo creyendo que cada alma debía poseer un defecto. Algunas la exhibían de manera temprana y sobreviven. Otros no, y crecían, y cuando salía se ha convertido en monstruosa. Cuanto mayor es el alma mayor el monstruo. Así que es mejor que hayas tenido tu roce con la destrucción ahora.

Tamu escudriñó a Yesugei bajo el sol. No sabía si estaba hablando en serio. -Entonces ya no tienen que preocuparse.

-Por supuesto que debería.

-¿Y tú, *Zadyin Arga*?

-Mis defectos fueron identificadas hace mucho tiempo.

-¿Y el Khan?

Yesugei le miró con severidad. -Él será una excepción a la regla.

Permanecieron juntos durante un poco más de tiempo. Yesugei era un alma sociable. Era extraño pensar en él como lo que realmente era: un maestro de las Artes del Cielo, un *Zadyin Arga* de poder prodigioso. Los acólitos susurraban a lo largo de los pasillos del monasterio que Targutai Yesugei había matado a más hombres que cualquiera de la Legión exceptuando al propio Gran Khan.

Tamu lo creía. No se dejó engañar por la voz suave o los ojos brillantes en ese rostro bonachón. Yesugei era la materialización de los principios fundamentales de la Legión: él mató sin rencor, sin angustia, sin obsesión. Su puesto no le requería

que se interesara por los aspirantes seleccionados, sobre todo porque las demandas de la Cruzada se los llevaba de Chogoris a menudo. El hecho de que él pagara sus cargos con tanta atención le enseñó a Tamu una lección, una que absorbió mucho más fácilmente que la mayoría de los otros: los guerreros no tienen por qué ser brutos.

-Me iré pronto -dijo Yesugei. -No espero volver antes de que completes la Ascensión, y por entonces tu nombre ya no será Tamu.

-¿Adónde vas?

Yesugei miró hacia el cielo azul hielo. –A donde la guerra me lleve.

Tamu sintió una aguda punzada de celos. Desde que había comenzado su entrenamiento se moría por dejar el mundo hogar. A menudo soñaba con otros mundos, estrellas encendidas en las bóvedas del profundo vacío, combates contra los enemigos reales en lugar de drones de entrenamientos y compañeros de sparring.

Yesugei le dio una mirada tranquilizadora. –Introducimos a más Chogorianos cada ciclo. Pronto superaremos en número a los terranos. Quizás es indigno admitir esto, pero espero que llegue el día. El Khan es uno de nosotros, después de todo.

-Él no nació aquí.

-De todos modos.

Tamu consideró lo que Yesugei había dicho. -¿Siguen la misma formación?

-¿Los terranos? Lo dudo.

-¿Es fácil luchar con ellos?

-Es bastante fácil -Yesugei le lanzó una mirada irónica. -Todos estamos unidos ahora, por supuesto. Todos unidos bajo un mismo trono.

Tamu miró a lo largo de las llanuras. -Sólo puedo imaginar Terra.

-Es posible que todavía puedas verla.

-Si sobrevivo a la Ascensión.

-Te lo dije. Vas a hacerlo.

Tamu flexionó los músculos de su pecho, respirando pesadamente y sintiendo el dolor de sus costillas. -No puede llegar lo suficientemente pronto.

-Paciencia -dijo Yesugei, descansando un guante en el hombro de Tamu. -Trabajo. Estudio. Vivir. Aprovecha este tiempo. Una vez que esté en el *Ordu* no tendrás espacio para nada más que el arte de la guerra.

Tamu había dicho lo mismo muchas veces. Siempre le había molestado. -Entonces me pregunto por qué nos hacen aprender tanto.

-Es importante -dijo Yesugei. -Me alegro de que seas un poeta. Sólo los poetas pueden ser verdaderos guerreros.

-¿Piensan lo mismo los terranos?

Yesugei rio. –No lo sé -dijo. -Un día te encontrarás con uno. Cuando lo hagas, pregúntale.

Haren dio un paso adelante cuando las puertas se abrieron. La cámara más allá estaba oscura, iluminada sólo por sesgos de luz naranja del cielo nocturno y neones. Rayas de lluvia corrían por el exterior de las ventanas de cristal blindado. Estuvo lloviendo durante mucho tiempo. Siempre parecía estar lloviendo en Imamdo.

El hombre detrás del escritorio de pedestal le miró cuando entró.

-¿Haren Svensellen? -preguntó.

Haren chasqueó los talones y se puso rígido. -Señor.

El hombre miró a Haren de arriba a abajo. Su carne era gris y parecía cansado. Un brillo de aumentos corría por su mejilla derecha, rompiendo la piel y fijándola bajo su mandíbula. Un ojo brillaba con un rojo suave, el otro era natural.

-Tu tiempo aquí ha terminado -dijo. -¿Estás preparado para servir?

-Lo estoy -las palabras hicieron que Haren se hinchara de orgullo. La primera etapa, la selección, el acondicionamiento físico, había terminado. Se sentía fuerte.

Sus miembros inmaduros y magros se habían endurecido, su pecho se había ampliado. Más vendría: la terapia génica, el psico-acondicionado y luego, al final, los implantes que le harían uno con la Legión.

El hombre miró hacia el escritorio. Unas runas se desplazaron por su superficie reflectante. –Vigésimo sexto de treinta y dos en tu cuadro. Fue un buen cuadro; no tienes nada de qué avergonzarte.

-Gracias.

-Pero nos presenta un problema.

Haren sintió un toque de inquietud. Algo en la voz fría y entrecortada del hombre de repente lo puso nervioso.

-Los Lobos Lunares te habían marcado para la selección, pero eso no significa nada hasta que lleguen para recoger -dijo el hombre. –Cumplieron de sobra sus objetivos, que no es fácil. Otras Legiones no han tenido tanto éxito. Algunas están faltas de efectivos. Si hubieras sido el vigésimo quinto o superior entonces habría sido diferente, pero tal y como está...

Haren escuchó con cautela. Recordó el símbolo del Lobo y la Luna en la hombrera del Marine Espacial. Había visto la misma imagen una y mil veces en los años posteriores, pegado sobre todas las superficies de las instalaciones de entrenamiento, las bahías medicae, las aulas tácticas, los dormitorios. Empezó a verlo en sueños.

-Hiciste todo lo necesario -continuó el hombre, metódicamente, con frialdad. Haren sintió sus mejillas empezar a tensarse. –Las reasignaciones suceden. No son nada de lo que avergonzarse.

Reasignación. La palabra golpeó a Haren como un golpe. Oyó la sangre bombear con fuerza en sus oídos. Después de tantos años superando las formas rígidas de la instalación de selección debería haber sabido preguntar mejor, pero las palabras salieron de todos modos. -No quiero ser reasignado -dijo.

El hombre movió los ojos cansados - uno marrón, uno rojo - hacia él. Una ceja delgada se arqueó una fracción.

-¿Estamos aquí para facilitar tus deseos, Svensellen?

-No, señor.

-¿Es eso por lo que estamos aquí, para facilitar los deseos de nuestros aspirantes?

-No, señor.

-Otros han sido reasignados. ¿Crees que se sentían de manera diferente?

-Lo dudo, señor.

-¿Y cree que expedimos un permiso especial a cualquiera de ellos?

-No, señor. Lo siento, señor. Yo...

El hombre bajó los ojos. Haren se fue apagando.

Un lugar alejado. Un lugar.

El hombre corrió un par de dedos de punta metálica sobre el escritorio, arrastrando columnas de runas de aquí para allá con aire ausente en la superficie táctil reactiva. -Harás la transferencia a Luna en dos semanas. El transporte posterior será arreglado allí. Completarás tu programa restante con tu nueva legión. Se les ha dado un registro completo de tus progresos con nosotros. Serás bienvenido. Nuestro stock es muy apreciado.

Haren casi dejó escapar otra protesta. *¿No hay alternativa? ¿No hay otra manera? ¡Puedo volver a hacer las pruebas! ¿Acaso está permitido? He absorbido la doctrina, la formación, los métodos...*

El hombre pareció leer su mente y sus manos dejaron de moverse. -Tienes al menos diez años antes de que entres en una compañía de batalla -dijo. -Serás ajustado. En las próximas décadas olvidarás que esto siquiera fue un problema.

Eso tal vez se entendía como un acto de bondad. Haren contuvo una respiración a través de su nariz, manteniendo los hombros en su lugar, con la espalda recta. Quería estar enfermo. -Gracias, señor -dijo. Y está... ¿Está permitido...?

-Lo está. Se le ha asignado a la Quinta Legión.

La Quinta Legión. Los Cicatrices Blancas. Los salvajes místicos.

Podría haber sido peor: los Lobos de Fenris, tal vez, o los Perros de la Guerra. Aun así, los Cicatrices Blancas...

-No sé nada de la Quinta -dijo Haren.

-Aprenderás. Un oficial de enlace se unirá a ti en Luna, pero deberías centrarte en estudiar antes de esa fecha.

Haren se quedó donde estaba, estático, sin palabras. El hombre lo miró de nuevo.

-¿Necesitas algo más? -preguntó.

-No lo sé -dijo Haren, su mente a la deriva. -¿Debería?

El hombre pensó por un momento. Algo hizo clic en su aumento, como un reloj. –Cambiarás de nombre -dijo. -Eso es una cosa que sí sé; se os da nombres nuevos en la entrada a la Legión.

-Un nuevo nombre -dijo Haren distraídamente. -¿Qué clase de nombre?

El hombre se encogió de hombros. -No tengo ni idea -dijo. -Tienes diez años para averiguarlo.

Tamu avanzó. Las luces en el hangar eran brillantes y las filas de guerreros en servoarmaduras blancas eran deslumbrantes, tan prístinas como las nieves del Ulaav en invierno. De vez en cuando tenía que recordarse a sí mismo que él era uno de ellos.

Uno de ellos. Uno de la Legión. Un Marine Espacial.

Hasik Noyan-Khan se puso delante de él. Sostuvo la mirada de Tamu por un momento, escrutándole. Tamu miró a los ojos castaños de Hasik sin miedo. A pesar de la inmensa servoarmadura de Exterminador de bordes dorados, a pesar de los miles de guerreros en posición de firmes en el interior cavernoso de la *Dergun*, a pesar de la gran pantalla de armamento a su alrededor, no sentía nada más que alegría.

-Tamu -dijo Hasik. Su voz era la de un barítono retumbante, endurecida por más de sesenta años de servicio en la Legión. Se rumoreaba que fue uno de los primeros

en ser ascendido en Chogoris, al igual que Yesugei. Mirando hacia sus druas facciones devastadas, Tamu lo pudo creer. -¿Talskar?

Tamu negó con la cabeza. -Khin-zan -dijo, refiriéndose al clan del que había sido tomado en Chogoris. Los Talskar eran la gente del Gran Khan, pero muchas docenas de naciones fueron absorbidas por la Legión. Todos eran Cicatrices Blancas ahora.

-Muéstramelo -dijo Hasik.

Tamu desnudó su mejilla izquierda, dejando al descubierto la carne a la dura luz de las luces de arriba. Hasik corrió un dedo blindado por la carne de la cicatriz que se extendía desde el pómulo de Tamu hasta la barbilla.

Hasik asintió, satisfecho, y llegó detrás de él. Un ayudante entregó el arma elegida; una *guan dao* a dos manos con una hoja de filo disruptor. Hasik la sostuvo ante Tamu como un verdugo listo, a punto de girar.

-Fuiste Tamu del Khin-zan -dijo. Su voz llenó el enorme espacio. -Ahora eres del *Ordu* de Jaghatai y tu antigua vida no existe. ¿Qué nombre escoges para marcar tu Ascensión?

Tamu lo había hablado en voz alta muchas veces en los días antes de la ceremonia, para acostumbrarse a la sensación en sus labios, tratando de aliviar la extrañeza de la transición. Cuando contestó aún se sentía discordante.

-Shiban -dijo.

Hasik le entregó la alabarda. -Tú eres uno con el *Ordu*, Shiban. Eres de la hermandad. No la abandonarás sino en la muerte; puede que tarde en llegar, y es posible que la gloria acompañe tus obras hasta ese día.

Shiban tomó la alabarda con ambas manos. El arma se sentía agradablemente pesada en sus guanteletes. Pasó sus ojos arriba y abajo por la hoja, tomando nota de los glifos en el metal, el dorado en la carcasa disruptor.

Era perfecta.

-Por el Gran Khan -dijo, inclinándose respetuosamente, sus corazones llenos a reventar.

Tardó más de diez años.

En total, pasaron casi catorce años antes de que Haren estuviera listo. Los cambios físicos eran difíciles, la cirugía dolorosa. Las formas culturales de la V Legión eran demasiado diferentes para ser absorbida fácilmente y tuvo que aprender Khorchin, el extraño idioma de Chogoris. Eso solo ya le puso a prueba; a pesar de su mejora memorística y la agilidad mental, conseguir su tono alrededor de este tipo de sonidos alienígenas seguía siendo un problema.

No era sólo una cuestión de vocabulario y gramática; el Khorchin tenía inflexiones y matices que no eran compartidos por cualquier idioma terrano. Su primer tutor, una mujer robusta del mundo mega-grav de Boe-Phe, había desarrollado su propia teoría sobre el origen de las diferencias.

-Son un pueblo poético –le había dicho ella. -Su hogar es un lugar vacío. Afloja su imaginación, por lo que llenan sus mentes con palabras -ella rizó el labio entonces. No admiraba especialmente a los chogorianos. -Son prolijos. Y no aprenden gótica bien, por lo tanto todo este alboroto.

-¿Por qué es eso? –preguntó Haren.

-No lo sé. Tal vez no se conocen a sí mismos.

Haren dominó la gramática al final, como todos los demás terrícolas que habían sido iniciados en la Legión. Los nuevos miembros estudiaron juntos, estudiando detenidamente sucesiones de caracteres curvados y signos diacríticos, poniendo los ojos en las complejidades y cimentando la amistad en medio de la adversidad.

Muchos de los otros fueron tomados de los grupos de colmenas asiáticas. Haren lo desaprobó. Después de la Unificación del Imperio estaba destinado a haber ido más allá de los estereotipos raciales y étnicos, así que el hecho de que la V Legión quedara sumida en los rasgos fisonómicos de su mundo remanso era irritante.

Mucho más acerca de ellos era irritante también: sus costumbres arcaicas, su introversión, su excepcionalidad. Otorgaban una enorme importancia en la velocidad: en ser el primero en combate, en ser el primero en salir, en el movimiento, en fintas y los contragolpes.

Retirada, para después regresar, le dijeron una y otra vez.

Ni un paso atrás, se recordó de vez en cuando.

Conforme pasó el tiempo, sin embargo, Haren aprendió a admirar su tenacidad, su dureza, su energía. Los simulacros de combate eran difíciles, tan duros como lo habían sido con los Lobos Lunares. Los cicatrices podrían luchar, eso era seguro, y tomó un poco de consuelo en eso.

Su entrenamiento inicial tuvo lugar en el Sistema Solar. Luego fue trasladado con los otros a instalaciones de entrenamiento extraplanetarias: una nave de guerra fuera de servicio sobre Vhomarl, un escuadrón de motojets alojados temporalmente en las llanuras plomizas de Yyem, unidades de combate especializadas desplegadas en el mundo acuático de Kail IX y el gigante gaseoso Revelet Taredes. Se desenvolvió bien en esos lugares. Los instructores chogorianos fueron efusivos en sus elogios, a diferencia de los regañadientes y duros hombres de los Lobos Lunares.

-¡Disfrutad de vuestra destreza! –le regañaron, burlándose de su seriedad. -Un guerrero es algo bendito, la más afortunada de las criaturas, bendecido por el cielo con una potencia sin igual. Sería educado reconocerlo, de vez en cuando.

Haren lo hizo lo mejor posible, pero su alegría no sentaba bien con él.

Se toman tan poco en serio, pensó. *Juegan con esto.*

Por supuesto que no. Él lo sabía, pero la persistente acusación no lo dejaría.

-¿Cuándo vamos a Chogoris? –les preguntó cerca del final.

Tajik, su último instructor, sacudió su cabeza llena de cicatrices. -No vamos a ir. '

-¿Así que nunca veré el mundo natal?

-Lo verás. Pero no ahora.

Haren frunció el ceño. -Parece extraño, no visitar el centro.

-No es el centro -dijo tayiko, cayendo en el hermetismo como solo los Cicatrices Blancas eran propensos a hacer.

-Es donde tenemos nuestra base -insistió Haren, usando "nosotros" como trataba de hacer siempre.

-No nos basamos en ninguna parte -dijo tajik, sonriendo. –Nuestro hogar no está en ninguna parte y en todas partes. Esa es la diferencia entre nosotros y los demás. Lo aprenderás.

Haren quería hacer más preguntas, pero simplemente se inclinó y dejó el asunto. A veces era más fácil de esa manera.

Y así, por fin, llegó la Ascensión. La ceremonia final se llevó a cabo en la zona ecuatorial húmeda de Taranagea: doscientos aspirantes se alinearon en una plaza de rococemento azotada por una lluvia caliente que se estrellaba y rebotaba en ellos, cada uno vestidos con una servoarmadura recién hecha a mano con los colores marfil, rojo y oro de la V Legión. Haren estaba en medio de ellos, sintiéndose igual que sobre las pistas de entrenamiento empapadas de Imamdo.

Pero ahora, por supuesto, estaba lejos de ser un niño en la cúspide de una nueva vida. Él era un hombre.

Más que un hombre. Un semidiós. Un ángel. Un guardián del nuevo orden de Terra.

Jemulan Noyan-Khan había llegado al planeta para supervisar la Ascensión. Como todos los Chogorianos era compacto y fuerte, incluso con la servoarmadura estándar por la que había optado ese día. Cuando Jemulan alcanzó el lugar de Haren en la línea, Haren se dio cuenta de que era más alto que el viejo lord comandante. Eso le enervó algo.

-Haren -dijo Jemulan. -¿De qué parte de Terra?

-Skandmark -dijo Haren.

-Bien -dijo Jemulan. –Un país duro. Lo sé. Muéstramelo.

Haren desnudó su mejilla izquierda. El corte fue realizado tan sólo unas semanas antes por su propia mano y todavía estaba tierno. Él empujó la hoja en profundidad, esperando que los resultados fueran dignos de aprobación de un chogoriano.

Jemulan asintió, satisfecho, y se colocó detrás de él. Un ayudante le entregó el arma elegida: una espada de energía de la V Legión estilo tulwar. Jemulan la sostuvo ante Haren como un verdugo listo, a punto de hacerla caer.

-Fuiste Haren del Skandmark -dijo. Su voz sonó plana en el aire húmedo. -Ahora eres del *ordu* de Jaghatai y te antigua vida no existe. ¿Qué nombre marcará tu Ascensión?

Haren había luchado durante mucho tiempo para pensar en uno. Él había seguido el consejo de sus instructores y había pasado horas estudiando detenidamente almanaques y léxicos Khorchin. Al final eligió un nombre de la mitología Talskar; un siervo de un antiguo Khan que había regresado de un centenar de años vagando por el desierto en busca de tan sólo el día que le quedaba. El simbolismo parecía apropiado.

-Torghun -dijo.

Jemulan le entregó el tulwar. -Eres uno con el *ordu*, Torghun. Eres de la hermandad. No lo abandonaras sino en la muerte; puede que tarde en llegar, y es posible que la gloria acompañe a tus obras hasta ese día.

Torghun tomó la tulwar. Necesitaría tiempo para acostumbrarse a ella; era más hábil con hojas rectas.

-Por el Gran Khan -dijo, inclinándose con respeto y tratando de desterrar, por última vez, la memoria residual de un gigante blindado en blanco bajo la lluvia, mirándole, con el icono del Lobo y la Luna en su hombrera.

LIBRO PRIMERO

EL LOBO Y EL KHAN

UNO

El Mundo Blanco

Cuerpos

Mentes

Era posible recordar demasiado.

Ilya Ravallion necesitó mucho tiempo para aprender eso. Durante mucho tiempo asumió que la mayoría de las lecciones estaban detrás de ellos, dominadas en su juventud o en absoluto, cuando ella tuvo la rapidez de mente y el cuerpo para cambiar a medida que las circunstancias lo exigían. Sin embargo, resultó que todavía era capaz de evolucionar, incluso después de que su cabello se hubiera vuelto gris y su rostro se arrugara con líneas como los pliegues de la fruta secada al sol.

Chondax lo cambió todo. El mundo blanco, como lo llamaban los Cicatrices. Les gustaba dar nombres interesantes a las cosas. Los cartógrafos imperiales lo etiquetaron como *Chondax Primus EX5,776 NC-XS*. El "NC" significaba no sometido, la "X" significaba ocupación xenos, la "S" significaba programado para visita por una flota expedicionaria. Todas esas etiquetas tendrían que cambiar ahora: los xenos habían sido exterminados, y lo que quedaba en la superficie era tan sumiso como algo podría ser. La 915ª Flota Expedición y todos los demás elementos de la flota se reunirían pronto en los puntos de salida, buscando nuevas tareas, y los cartógrafos y catalogadores planetarios volverían a trabajar.

Hasta entonces, ella prefería el Mundo Blanco.

En su antigua vida lo habría encontrado fantasioso. Por otra parte, en su antigua vida habría encontrado la mayoría de las cosas fantasiosas. El Departamento Munitorum no era una institución que premiara la creatividad; el brazo logístico de la Gran Cruzada exigía oficiales con un dominio de los detalle, con memoria perfecta, un amor a las estadísticas y el tipo de mente que podía manipular con precisión, de forma rápida, con cuidado.

Eso había sido ella. Empezó en las instalaciones de señales en Palamar Secundus como rompedora de códigos. El trabajo fue exigente, sobre todo cuando se trataba de códigos xenos códigos que bordeaban las fronteras de la locura para descifrarlos. Después de una primera fase de excitación se aburrió; las matemáticas eran terriblemente intensas, al igual que los compañeros con los que trabajaba.

Sólo cuando sus otras aptitudes salieron a la luz cambiaron las cosas a mejor. Ese día había sido caluroso y la oficina de sección del jefe era sofocante. Él estaba de un mal ánimo: estaban atrasados en sus objetivos y los comandantes de campo en seis teatros se estaban poniendo impacientes.

Frotó sus ojos cansados, mirando miserablemente a las pilas de placas de datos sobre su escritorio.

-Ahora quieren cifras de la campaña IRAX –dijo él con voz hueca.

-Las recuerdo –dijo ella.

Él la miró fijamente. -Fue hace un año.

-Lo sé. Puedo recitarlas.

Aún podía. Las primeras entradas se sentaron en su mente voluminosa, listas para el acceso.

Punto de Reunión Aleph: Seis transportes, nueve transbordadores, doce regimientos.

Punto de Reunión Varl: Tres transportes, dos transbordadores, tres regimientos.

Punto de Reunión Thek...

Y así una y otra vez.

Eso le sacó de criptografía. Dejó Palamar y se trasladó más cerca del núcleo. Su vida se convirtió en una cuestión de llevar soldados de un lugar a otro, a tiempo, con las municiones, con la comida, con apoyo, sin confusión. Era repetitivo. Era laborioso. Solitario.

A ella le encantó. Ascendió, acercándose en cada promoción un viaje disforme o dos más cerca de Terra. Una vez que el Departamento fue insertado plenamente en la administración imperial de la guerra, la comisión aprobó rangos militares. Se convirtió en teniente, luego coronel, después, finalmente, en general. Gozaba del respeto que le valió de los del ejército regular. Sabían lo que era un general y lo que podían hacer con ellos si alguna vez lo olvidaban.

Pasaron las campañas pasaron, una tras otra. Los números comenzaron a aturdir incluso a su mente de gran capacidad. Miles de transportes, miles de millones de

soldados, billones de rifles láser con trillones de cargadores. A veces se quedaba despierta durante la noche, trazando los patrones de la Cruzada en una red imaginaria gigante. Vería las flotas expedicionarias arrastrándose a lo largo de líneas invisibles hacia sus destinos, cada uno teniendo etiquetas estadísticos denotando tipos de fuerzas y complementos. Le gustaba hacer eso. Partes de esa red eran suyas. Nadie lo sabría nunca, y mucho menos premiaría su contribución, pero no obstante le hizo sonreír.

Durante mucho tiempo eso fue todo lo que deseó. Le daba un propósito y una participación saludable de cumplimiento. El hecho de que era un cumplimiento aislado rara vez se le ocurrió. Nunca echó de menos la presencia de un compañero, hombre o de otro modo, que en todo caso habría sido una intrusión en el sentido del orden que había creado a su alrededor. No había lugar para otra alma en su vida, ni lugar para líos, incertidumbres o compromiso.

Para cuando comenzó a cuestionarse esa doctrina que estaba a punto de jubilarse. Su pelo corto llevaba gris una década. Su uniforme refinado y esbelto portaba condecoraciones desde hace una generación, y sus subordinados más jóvenes parecían tratarla como a una reliquia de una edad olvidada.

Así que estas son las decisiones que he tomado, pensó. Supuso que no eran opciones que muchos otros hubiera hecho, pero eso estaba bien: la galaxia era un lugar muy grande y el Emperador encontraba tareas para cualquiera. Había sido una buena vida, una de la que podría estar orgullosa y satisfecha en su interior.

Al final, sin embargo, fue necesario Chondax para abrirle los ojos.

¿Qué conocía de los Cicatrices Blancas? Tan poco como cualquier otra persona. Ellos eran los escurridizos, la Legión que vagaba demasiado lejos, los que casi se habían separado por completo, arrasado hacia el exterior de la idea central de la Cruzada y cazando hacia el profundo vacío. *Pródigos*, les llamó su superior.

Fue un sorprendente destino final para ella, un matrimonio poco probable de muy diferentes cónyuges. Desde Ullanor, en un remolino, y luego a la próxima campaña de los Cicatrices, con un cuadro de subordinados y encargado de organizar lo inorganizable, imponiendo un cierto sentido de la disciplina en una Legión que trataba la guerra como una especie de forma de arte llena de alegría despreocupada. No lo habría podido predecir.

Halji, al menos, fue amable con ella. Su ayudante asignado era tan diligente y alegre como ninguna persona que hubiera conocido nunca. Todavía era fácil sentirse exasperada con el resto, no menos que el propio Khan, y ellos la encontraron claramente tan divertida como lo hicieron desde el principio, pero se hicieron algunos progresos.

La llamaban *Szy*-Ilya. La Sabia Ilya. A pesar de su idiosincrasia, era difícil no disfrutar de eso.

Sin embargo extrañaba a Yesugei. Desde el principio, el Vidente de la Tormenta fue el primero en tratarla en serio. Era un maestro de las fuerzas elementales más allá de su limitada imaginación, pero siempre había sido cortés, siempre respetuoso. Yesugei habían visto algo en ella de lo que no se había dado cuenta y fue eso, al final, lo que la arrastró a la órbita peligrosa de los cicatrices. Fue una pena que no hubiera acompañado a la flota a Chondax, pero así era la guerra.

Así fue como terminó con sus propios aposentos en la enorme *Tormenta de Espadas,* la insignia de la Legión y comenzó el largo proceso de catalogación de activos y racionalización de los patrones de despliegue. No siempre escuchaban, pero a veces lo hicieron. Hicieron un esfuerzo. Eran conscientes de sus deficiencias y deseaban mejorar.

A ella le gustaba eso. Actuó como un reto para ella. Trató de aflojar algunos de los rigores de su vida pasada. Trató de olvidar algunas cosas, o al menos no aferrarse a ellas muy de cerca. Una vida eidética, encontró, corría el riesgo de ser un árida. Ellos aprendieron de ella, ella aprendió de ellos, y por ello descubrió que era posible encariñarse demasiado, insistir demasiado. Recordar demasiado.

-Voy a tratar de dejar ir las cosas –se decía a sí misma, sobre todo cuando se sentía tentada por el deseo de reorganizar algún plan de requisa típicamente disperso. -En todas las cosas hay un término medio. Compromiso. Una mente abierta.

Oyó un timbre bajo a su puerta.

-Adelante -dijo ella, levantando la cabeza de su consola.

Halji entró, inclinándose cortésmente.

A Ilya le seguía resultando extraño que se inclinaran ante ella. Halji era un tercio más alto que ella con su servoarmadura, muy poderoso y con la destreza de un

guerrero que casi desafiaba la creencia. Como todos los chogorianos, sin embargo, llevaba sus mejoras genéticas ligero. Un cierto tipo de modesta cortesía parecía algo natural para ellos.

-Perdone la intrusión, Szu -dijo. -Querías ser informada de los avances en Choir.

Ilya se recostó en su silla. -Lo hice. ¿Algo que informar?

-No -dijo Halji, sonriendo torpemente. -No pueden recibir, no puede enviar. Todos los intentos han fallado. La Señora de las Astrópatas le envía sus disculpas.

-No culpa suya -dijo Ilya, hundiendo su corazón. -¿Cuánto tiempo ha pasado?

-Desde la llegada a Chondax.

-Hemos estado aquí mucho tiempo, Halji.

-El Maestro dice que los apagones no son infrecuentes. Dice que la disformidad es un lugar voluble. Una vez estuvimos en campaña en Kleimoran y Choir no oyó nada durante dos años. No está preocupado.

Ilya frunció el ceño. Los Cicatrices Blancas eran atrevidos acerca de perder el contacto con el resto del Imperio. Les gustaba. A ella no; la ponía nerviosa, como si de repente estuviera privada de la gravedad o el oxígeno.

-Por favor, dile que siga intentándolo. Tal vez algunos lugares en el sistema estén libres de las perturbaciones.

Halji se encogió de hombros. -Lo haré. Pero dice que nada se ha enviado o recibido durante algún tiempo.

Ilya miró hacia su escritorio. Un esquema de la distribución de la flota brillaba suavemente en la superficie cristalina, mostrando las agrupaciones tácticas extendiéndose ampliamente, alcanzando a los últimos elementos de las fuerzas enemigas que aún permanecían en los rincones más remotos del sistema. La resistencia en el clúster Chondax estaba llegando a su fin, y con cada informe estándar llegaba una serie de recuentos de bajas y certificados de sometimiento. Pronto acabaría su trabajo aquí y llegaría la próxima misión. Los Cicatrices Blancas estarían de nuevo en movimiento, como siempre.

-Estamos llegando a un punto final aquí -dijo ella, casi para sí misma. -¿Cómo se supone que voy a recibir nuevas órdenes de Terra? ¿Cuál será nuestro próximo movimiento?

Halji sonrió. -No te preocupes, Szu -dijo, tan tranquilo como siempre. -Algo vendrá.

-Khan, querrás ver esto.

Shiban se puso rígido. La voz de Jochi era tensa por el comunicador. Eso era inusual; Jochi estaba por lo general de buen humor, incluso cuando volaban los proyectiles bólter.

Pero entonces Phemus IV era el tipo de lugar que se introducía en la piel. No había nada bueno que decir de Phemus: extremadamente caliente, con costras de magma negro siempre avanzando y desgarrado por las tormentas eléctricas. Era como una visión del mundo subterráneo dado una forma espantosa, incómoda.

-Mantén la posición –transmitió Shiban, señalando la ubicación de su hermano en su pantalla retinal y virando su motojet en una amplia curva. –Estoy contigo en un momento.

Aceleró la moto, barriendo con su vehículo costras de roca chamuscada. Por encima de él el cielo anaranjado envió destellos de árboles de truenos a través del horizonte. Un banco de nubes químicas espeluznante fulminaba en el oeste magnético, vestido con un manto de color rojo opaco. Llanuras extensas de chorros se extendía en todas las direcciones, rodeados de montañas jorobadas y rayados con el vómito de un mundo inquieto.

Shiban se agachó, sintiendo el zumbido intermitente y gruñido de los motores de su vehículo. Las motos sufrían con la ceniza inmunda. Había tenido que cambiarla dos veces en un despliegue de una duración inferior a un mes. Eso era irritante. En todo el tiempo que había luchado en Chondax nunca había tenido que ceder un vehículo para mantenimiento.

El Mundo Blanco fue amable con ellos. Fue el crisol de toda la campaña, el corazón de las defensas pieles verdes. La guerra en ese mundo fue la más gloriosa, la más agradable, amable. Shiban recordó los amplios cielos fríos; el tacto de la tierra como

sal bajo sus dedos; los tres soles, cuya luz se fusionaba en una mezcla suave de verde y azul y amarillo.

Podría haber luchado en ese mundo durante una eternidad y nunca cansarse de él. Al final, sin embargo, mataron a todo lo que había que matar. Los xenos fueron exterminados, sus cuerpos quemados y sus crudas estructuras fundidas. Cuando la Legión dejó su órbita, Chondax parecía prístino; una bola de cristal transparente en los cielos, limpia de infección.

Ahora los mundos distantes eran el objetivo. Epihelikon, Teras, Honderal, Laerteax; todos ellos arrojados lejos en el vacío, todos ellos infestados con la mancha residual de la ocupación de los pieles verdes.

Phemus IV era el más alejado, el último que tuvo sus placas tectónicas, lamidas por el fuego, certificadas libre del enemigo. Sin embargo, cada vez que parecía que los pieles verdes habían desaparecido era descubierto otro nido, lleno de vida y odio, requiriendo que se desplegaran equipos de eliminación y equipos incineradores para seguirlos.

Shiban estaba cansado de ello. La Legión necesitaba un nuevo reto, algo grande al que aspirar. Las heces de una campaña eran el peor momento.

No me gusta este mundo, pensó. *Escribí versos sobre Chondax. No hay palabras que se puedan escribir acerca de este lugar. No merece ninguna.*

El Khan los movería en breve. Shiban le había visto pelear, y por ello supo que el fin vendría rápidamente. Había visto la espada *dao* ejercida con tal experiencia informal que hizo que sus ojos brillaran al recordarlo. El primarca era menos un guerrero mortal, más una expresión de los elementos. Él estaría inquieto también, como todos los depredadores cuando se agotan las presas.

Decían que Horus Lupercal era el mejor comandante de la galaxia. Decían que el Ángel Sanguinius era el más poderoso en el combate, o tal vez Russ de Fenris, o tal vez pobre y torturado Angron. Decían Guilliman era el más grande estratega, el León de los más imaginativos, Alpharius el más sutil.

Ninguno de ellos pensó en el Khan dos veces. Porque entonces no le habían *visto*.

Hace mucho tiempo, antes de la Ascensión, Shiban recordó preguntarle a Yesugei por qué hacían que los aspirantes aprendieran sobre las Búsquedas Nobles cuando

su destino era la guerra. Ahora, tantos años después, entendió la respuesta que le habían dado.

Matar no es nada sin belleza, y sólo puede ser bella si es necesario.

Sonrió mientras viajó. La memoria le levantó un poco de su letargo.

Cuando el Khan mata, eso es belleza.

Vio el contorno de Jochi por delante de él, oscuro contra montones de escoria tumescente de magma intermitente. La luz, tal como era en Phemus, se desvanecía a un profundo y resentido ocre. Cúmulos distantes se acercaban a través del llano.

Deslizó su motojet y apagó el motor, desmontando en un solo movimiento.

-¿Entonces, Qué? -preguntó, acercándose a su mando el segundo al.

Jochi tenía el casco puesto, como todos en este lugar desolado, por lo que Shiban no captó su expresión. -Cuerpos -dijo.

Shiban miró a los montones de magma. Se levantaban en bultos bulbosas, amontonados en una acumulación constante de montículos como pliegues de grasa carbonizada. Phemus IV estaba lleno de tales sitios, algunos tan grandes como naves espaciales, producidos por las innumerables explosiones que el mundo se infringía a sí mismo a intervalos regulares. Las colinas de escoria se deslizaban a través de la superficie agrietada del mundo como si estuvieran vivas, aplastando todo lo que encontraban.

Tres cuerpos yacían al pie de la pila, uno de ellos parcialmente envuelto aun. Cada uno encerrado en una servoarmadura negra como el carbón, agrietada por la presión.

Shiban se arrodilló junto al más cercano. Pasó el dedo a lo largo de la curva de una guardia, retirando los restos de hollín para revelar una línea de marfil debajo.

-¿Qué hermandad? -preguntó.

-De la Garra -dijo Jochi. –Estacionados aquí hace seis meses.

Shiban miró a los Cicatrices Blancas muertos. Muchos de sus hermanos habían muerto en Phemus, y algunos de sus cadáveres habían sido tragados por el voraz magma. Aun así, nunca era agradable encontrar otro. -¿Semilla genética?

-Todavía no -dijo Jochi. -Sangjai está en camino.

Shiban se inclinó más, limpiando más suciedad de la servoarmadura maltratada. No olía a nada de los que normalmente se encuentra en cadáveres en descomposición, sólo el olor acre de material carbonizado. -¿Cómo murieron?

-Éste por una espada -dijo Jochi sombríamente. -En la garganta. De los otros no está claro. Posiblemente heridas en el torso...

Shiban notó un corte profundo a través de los sellos en el cuello del cadáver. Apreció los bordes separados suavemente, viendo los segmentos cortados limpiamente. El borde de la herida era tan negro como todo lo demás, con ampollas en la sangre espesa evaporada.

Respiró hondo. Se preguntó cuáles eran las historias de los guerreros caídos, cómo los habían derrotado, a cuántos pieles verdes se habían enfrentado antes del fin. Era una pena que no hubiera cuentos que narraran su final.

Miró hacia arriba y en torno a él. La tierra negro le devolvió la mirada, nula y fisurada, iluminada con los destellos fantasmales de fuego naranja. -¿Dónde están los cuerpos xenos?

Jochi negó con la cabeza. -No hay signos. A menos que, tal vez, estén enterrados profundamente.

Shiban sintió incómodo. Algo le molestaba. -Raro -dijo.

-¿Khan?

Shiban lo consideró durante un poco más de tiempo. Retiró más suciedad del pectoral del legionario, exponiendo glifos chogorianos grabados en la ceramita. Dejó que sus ojos se perdieran por el contorno discontinuo del cadáver, observando, absorbiendo, pensando. Con el tiempo, se puso de pie.

-Tres hijos del ordu muertos -dijo pensativo. -Ningún *hain* a su lado.

Jochi permaneció en silencio. Shiban podía sentir su malestar.

También lo sientes.

-Perdieron la batalla –continuó Shiban. -Dime, Jochi - ¿Qué hacen los *hain* con los cuerpos que toman?

Jochi asintió, como si su Khan hubiera confirmado algo que él también había notado. -No hay mutilación.

-Y estos cortes... -Shiban se apagó. Levantó la vista hacia el cielo. -Cuando llega Sangjai aquí?

-Él dijo en una hora. Está llevando un transbordador.

-Quiero el tercero extraído -dijo Shiban. -Quiero que los tres sean llevados al *Kaljian*.

-¿Qué estamos buscando, Khan? -preguntó Jochi.

Shiban no respondió de inmediato. Miró por la llanura, donde el ambiente estaba cuajando tormentas frescas.

Este mundo está enfermo. Su alma es odiosa.

-No lo sé, Jochi -dijo en voz baja.

Torghun caminaba por los pasillos de la *Lanza de los Cielos*. Sus movimientos eran fluidos. Apenas sentía las heridas que recibió en Chondax. Toda la Legión se estaba remendando, haciendo bien, y le gustaba la sensación de ello. Algunos de los antiguos desordenes parecían haber sido purgados de la planificación de los Cicatrices Blancas recientemente, sustituidos por lo que parecía ser una cierta preocupación con la cabeza despejada de los aspectos prácticos. No sabía por qué era eso, aunque corrían los rumores por toda la flota que un terrano había sido nombrado como nuevo consejero del Khan. Dijeron que era una mujer, alguien en lo alto del Administratum, alguien con la paciencia y la terquedad para tomar un cierto control sobre la dirección errática de la Legión.

Torghun esperó que los rumores fueran ciertos. Sería bueno ver impuesto algo de control. Durante los años había llegado a apreciar algunas virtudes del estilo chogoriano, pero eso no quería decir que hubiera encontrado fácil aceptar sus defectos. Si alguien finalmente había decidido hacer algo al respecto, tanto mejor.

El corredor alrededor de él estaba en sombras, apenas iluminando las paredes claras. Pasó ante un par de marines a su paso, los cuales se inclinaron respetuosamente. En su mayoría eran terrestres, aunque algunos de los otros

mundos se mezclaban entre ellos. Conforme pasó el tiempo la Legión era menos oriunda del Mundo Trono. Había oído decir que con el tiempo todos los Cicatrices Blancas serían reclutados de Chogoris.

Todavía no, aunque los terranos eran una clara minoría. Era difícil no ponerse a la defensiva al respecto. Los chogorianos eran demasiado corteses para la hostilidad abierta pero Torghun atrapó ocasionalmente... miradas. O tal vez gestos, pasados entre miembros de la misma cultura de la que se excluía por su propia ignorancia.

O tal vez se lo imaginó todo. Eso también era posible.

Llegó a la cámara hacia la que había estado dirigiendo y retiró la capucha sobre la cabeza. Los lúmenes estaban aún más bajo, y el lugar tenía el aspecto de una zona latente. La *Lanza de los Cielos* era una gran nave, con gran capacidad de tripulación y hangares de armas medio vacías y varias cubiertas infrautilizadas. No habían hecho revisiones durante algún tiempo.

Torghun miró a ambos lados antes de presionar un timbre de entrada. Después de una pausa, una voz baja llegó por el comunicador. *–Declare carácter del asunto.*

-Abre la puerta, Nozan –dijo Torghun con cansancio.

Se deslizó hacia atrás, dejando al descubierto el gran espacio más allá: un hangar, más bien vacío, también mal iluminado, con sólo unos pocos contenedores de tránsito apilados alrededor de los bordes. El suelo fue pulido hasta alcanzar un alto brillo y reflejar los lúmenes vidriosos. Por encima de ellos, muy por encima de la oscuridad, colgaba el emblema de la Legión, el relámpago de blanco y oro.

Trece figuras lo esperaban, todos terrestres, todo fuera sin servoarmaduras y envueltos en túnicas con encapuchadas, todos los Marines Espaciales. Permanecieron quietos aun cuando entró, completándolos, elevando el número a catorce.

-Bienvenido, hermano -dijo uno con la voz de Hibou, inclinando la cabeza cubierta. –Empezábamos a preguntarnos si querías subir.

-Me detuvieron -dijo Torghun, tomando su lugar en el círculo.

-Espero que no fueras observado.

Torghun disparó al interlocutor una mirada fulminante, aunque él no pudiera haberla visto. -¿Qué piensas?

Hibou sonrió levemente bajo la sombra de su capucha. -¿Así que has pensado?

-¿En serio? -preguntó Torghun, cada vez más molesto. Hibou era un Khan al igual que él, comandante de la Hermandad del Cielo del Amanecer. -¿Tenemos que hacer esto?

-Es una formalidad. Podemos empezar.

Torghun negó con la cabeza y metió la mano en su túnica. Extrajo la pesada medalla, plateada, marcada con la cabeza de un halcón impuesta a través de un rayo cayendo. -¿Satisfecho?

Hibou asintió. –Totalmente -hizo un gesto a los otros, retiraron sus capuchas.

Torghun conocía todos sus nombres, sus rangos, sus compañías. Conocía cada uno de ellos mejor que algunos de sus propios hermanos de batalla. Algunos igualaban su rango, aunque la mayoría estaban por debajo de él.

Hermandades de todas partes, superponiendo y contradiciéndose. Hemos tejido un tapiz extraño aquí.

-Así pues estamos reunidos -dijo Hibou. -Comencemos.

Torghun respiró profundo. Algo sobre la rigidez inicial de las reuniones de la logia le cansaba siempre. Eran más satisfactorio una vez que el vino comenzaba a fluir y se podían hacer los verdaderos negocios.

Pero eso era sólo él. Todos los demás lo tomaban muy en serio. Tuvo que respetar eso.

Pronto comenzaría, pensó. El verdadero trabajo.

DOS

Mundo Natal

Lamiendo las Heridas

Escoltas

Todo empezó con Nikaea.

Targutai Yesugei lo supo incluso en ese momento. Cada mes que pasó sólo reforzó su certeza. Estuvo allí, con Ahriman, Magnus y los otros. Habló, argumentó. Gran parte del debate se produjo en los pasillos alrededor de la gran arena, algunos de ellos en presencia del más grande de todos ellos.

Pero después de que el Señor de la Humanidad hablara, por supuesto, ya no hubo ningún debate. Muchas grandes mentes, muchos grandes guerreros: todos quedaron en silencio a la vez. Tal vez deberían haberse preocupado por eso entonces, pero nadie lo hizo.

Algo definitorio tuvo lugar en ese mundo. A veces Yesugei pensaban que se cometió un terrible error; en otros, que se evitó uno. No importaba cuan duro examinara el asunto en su mente, la verdad se le escapaba.

Ahora esta aquí, solo, sobre el Altak, viendo el viento cepillar la hierba y sentir el sol en su cara expuesta. El paisaje vacío de Chogoris bostezó en todas direcciones, sin interrupción por las colinas o un árbol. La inmensidad de ella nunca dejó de hacer a uno humilde. Liberaba la mente.

Yesugei habían oído decir que la mente humana no se adaptaba bien a la inmensa vacuidad de su mundo natal, y que los que se habían sido traídos aquí estaban condenados a una especie de locura de la insignificancia.

Él entrecerró los ojos, viendo la neblina azul-verde del horizonte perder foco.

Importancia, pensó para sí mismo. *Esa es la verdadera locura; asumir que importamos en absoluto.*

Permitió que su mente volara libremente de la cáscara de su cuerpo, a la deriva fuera de sí mismo y observando como un espectro en el viento inmortal.

Se consideró a sí mismo.

¿Qué es lo que veo?

Vio una figura erosionada por el clima, oculto hasta las rodillas en la hierba *rejke* crujiente. Vio una servoarmadura arcaica, reverentemente cuidada pero desgastada por la edad en los bordes. Vio carne marrón cuero, dura y moteada por tatuajes tintados; pelo negro aceitado recogido en un moño; una cúpula de cristales sobre la cabeza que brillaba e hizo un guiño al sol.

Vio la parafernalia de su oficio; un bastón, rematado con un cráneo de aduu blanqueado; los tótems, los símbolos, pintados o grabados sobre el marfil de su servoarmadura.

Mira más profundo.

Vio la penumbra débil de la fuerza en el aire, el calor-brillo del poder, los armónicos en su movimiento. Vio el mundo responderle, extendiendo la mano, consciente de él en su tenue y eterna manera.

Todo estaba proscrito ahora. Desde Nikaea, tales cosas debían ser guardadas.

Dejó que su mente volviera a su cuerpo. Miró el mundo con sus propios ojos. Respiró con su propia boca y sintió que sus propios pulmones aumentados tomaban aire frío, claro.

-Es lo que soy –dijo Yesugei en voz alta. -No puedo ponerlo a un lado jamás, como no podría quitarme mis ojos.

Frunció el ceño, haciendo que la larga cicatriz en su mejilla izquierda se contrajera.

Algo definitorio tuvo lugar.

Todo empezó con Nikaea.

El paso del tiempo había pasado así.

En Ullanor, el Señor de la Guerra fue investido. Yesugei estaba allí, de pie al lado del Gran Khan, observando con aprobación como Horus Lupercal asumió el cargo. Los dos, Horus y el Khan, habían luchado juntos para tomar el sistema. Se gustaban el uno al otro. De todos sus hermanos, el Khan sólo estuvo cerca con dos, y Horus era el primero.

Yesugei le oyó hablar después de la ceremonia.

-Espero que pueda contar contigo –dijo Horus.

-Tu me llamas, yo respondo –respondió el Khan.

Luego se separaron. La gran reunión de Primarcas y comandantes y acorazados y funcionarios se dispersó, estableciendo cursos para un millar de destinos el iluminando la disformidad con los rastros de su paso. La Gran Cruzada comenzó de nuevo, aunque esta vez con un señor de la guerra en su ápice, no un Emperador.

El Khan fue enviado a los mundos del Sistema Chondax. Fue enviado a cazar a los restos del imperio destruido en Ullanor, las últimas astillas de pieles verdes de Urlakk. Tal vez algunos se habrían negado a ello pues no era un trabajo prestigioso, pero el Khan era bastante feliz. Era caza, y de una manera que él entendía: cargas de caballería a través de los espacios abiertos, contra una presa que no tenía ningún concepto de la capitulación o la autocompasión. Nunca se había quejado.

Casi la totalidad de su Legión fue con él, clasificados en sus diversas hermandades, ávidos de caza. Decenas de naves blancas cortaron el vacío, cada una repleta de guerreros del *ordu*, todos desesperados por volver a la persecución.

Yesugei no fue con ellos. Otros deberes le retuvieron. Un mundo oscuro había aparecido en los comunicados de la Legión durante las fases finales de la campaña Ullanor. La marca del Sigilita estaba en muchos de ellos; los demás eran clasificados, solo para ojos de los hijos genéticos del Emperador.

Esa fue la primera vez que Yesugei supo de Nikaea. En aquel entonces pensaba poco de él. ¿Qué era un mundo entre los miles que la Legión ya había cartografiado? Tantos mundos habían ido y venido, cayendo uno a uno bajo la égida de un Imperio del Hombre en constante expansión.

Pero resultó ser más que eso. Al final, lo fue todo, el punto de apoyo sobre el que el destino de una especie giró.

Deseó haberlo sabido en ese momento. Tal vez podría haber encontrado alguna manera de prepararse para lo mejor. El resultado podría haber sido diferente.

-Volveremos la vista atrás en esto y lloraremos –le dijo Ahriman después del veredicto.

Yesugei asintió. -Tienes razón -respondió.

Caminó a través de la pradera. Los tallos se separaron antes de él como si fuera agua. Khum Karta estaba a días de camino, muy por debajo del horizonte liso. Él estaba en las tierras del Khan ahora, los antiguos cotos de caza Talskar. Quedaban pocas bestias de presa; se habían vuelto demasiado buenos en cazando, demasiado descuidados en contenerse.

Yesugei pensó que si hubiera tomado un berkut con él, tal vez habría oteado algo encogido en la inmensidad, presionado su cuerpo contra la tierra y sus oídos crispados. Entonces podría haber ido tras ella a la manera antigua, utilizando la fuerza de su cuerpo y la agilidad de su mente; sin armas, sin poderes elementales.

No, eso sería una farsa. Nunca podría volver. Todo había cambiado, para bien o para mal.

-No sé qué hacer -dijo en voz alta, como si pudiera escuchar el Altak y responder. -Mis sueños no contestan. ¿Por qué es así?

El viento no dijo nada. Empujó contra él, azotando su coraza y llevándole po los bordes de ceramita de sus hombreras.

Algo extraño estaba sucediendo. No tenía palabras para describirlo con precisión. Se había despertado una noche con la sensación de que toda la galaxia se convulsionaba, como una inmensa criatura perturbada en su sueño. Oyó gritar desde lejos. Lo sintió como si los gritos provinieran de mundos en el borde de los conocimientos, ardiendo como velas en la oscuridad infinita, pero eso era imposible.

Si hubiera puesto sus regalos a un lado, como se le ordenó, podría haber evitado esos sueños, pero las pruebas de los cielos no iban y venían. No eran como la ropa que se podía descartar. Estaban en su sangre, en su aliento.

Desde que el Khan, a quien los chogorianos llamaban Khagan, el Khan de khanes, se fue a Chondax, nada se había oído hablar de él. Era como si un gran velo se hubiera cubierto todo el sector. Ningún astrópatas pudo penetrar el velo, ningún tipo de comunicación llegaba desde el otro lado.

Tales apagones eran poco raros; los viajes disformes hacían de cualquier tipo de comunicación de largo alcance algo impredecible y propenso a la interrupción,

pero algo acerca de la integridad de la misma hizo inquietar a Yesugei. Otros sectores también quedaron en silencio. Oyó rumores de que la luz del Astronomicón se estaba volviendo intermitente. El Maestro de la Cuadrícula de Defensa Orbital en Chogoris le dijo que algunas naves se habían perdido por completo, algo que con Navegantes sancionado de la Legión era raro.

Por sí mismos tales signos no eran suficientes para causar alarma, pues la galaxia era un lugar peligroso y la Gran Cruzada sólo había logrado desterrar algunos de esos peligros. Pero pese a todo era difícil sacudirse el sentimiento residual de que *algo sucediendo*.

Yesugei resopló para sí.

¡Algo sucediendo! ¿No puedo ser más exacto que eso?

Pero no podía. No había patrones interpretables, ni señales que pudieran ser leída y entendidas. Eso por sí solo era motivo de preocupación.

Dejó de caminar, aún hasta las rodillas en la hierba, solo en medio de un océano de nada. Vio los consejos moverse en ondas suaves, viajando en ondas como susurros.

Yacía cierto consuelo en esos movimientos. Estas ondulaciones habían barrido estas tierras mucho antes de que los primeros Exploradores llegara en naves coloniales voluminosas, listos para aprovechar el dominio del vacío y doblarlo a su voluntad. Cuando la mano de la humanidad se fuera de nuevo, lo cual sería con toda seguridad un día, la hierba todavía estaría allí, susurrando y ondulado en un vacío de aire frío y dura luz solar.

No puedo quedarme aquí.

La decisión estuvo creciendo por días y ahora alcanzó un punto crítico. Sus órdenes después de Nikaea fueron claras: volver al Chogoris y esperar más instrucciones. Esperó esas instrucciones durante mucho tiempo, y ya no podía creer que fuera propensas a llegar en cualquier momento.

Yesugei era y siempre había sido, el consejero del Khan. Ente los dos se había forjado un entendimiento, una forma de bailar alrededor del otro hasta que la verdad emergía. Yesugei sabía que necesitaba al primarca; aduló a sí mismo que, de alguna manera menos obvia, el primarca lo necesitaba. Tenían habilidades

complementarias. Habían compartido bastantes largas campañas y aguantado bastantes dificultades para confiar el uno en el juicio del otro.

Él no habría dejado de llamarme. Algo ha pasado. Me he detenido aquí el tiempo suficiente.

Ninguna visión más clara vendría a él en Chogoris. Tendría que encontrar su camino a la Legión, nadando en contra de las turbulentas corrientes de la disformidad hasta que el misterio del velo pudiera resolverse.

A partir de las investigaciones que ya había realizado supo que sería difícil.

-Es como una tormenta –le dijo el Maestro de la Cuadrícula de Defensa Orbital. -Una enorme, devorando sistemas. Nunca he visto algo parecido.

Habría sido más seguro permanecer en Chogoris, quizás más sabio también. Pero la seguridad nunca ha sido una preocupación de los suyos, y desde Nikaea los límites de la sabiduría parecían haber sido violados profundamente.

Yesugei se paró en seco, apoyado en su bastón rematado en un cráneo y mirando a los cielos claros.

-Podría caminar por estas llanuras durante toda la vida y no encontrar la respuesta -dijo en voz alta, con la voz arrebatada por el viento y se volvió a la nada. -Ha llegado el momento de buscar en el vacío.

Entonces se acordó de lo que Ahriman le dijo en el último día que pasaron juntos en Nikaea.

-Magnus no se prestará a ello -le advirtió. -Una vez se abre una mente nunca se puede cerrar -se inclinó más cerca. Yesugei recordó cómo había sido: la cercanía entre ellos, el conocimiento compartido entre los parientes del Librarius. -Habla con tu Khan. Él siempre ha estado con nosotros. Él entiende.

Yesugei asintió. -Lo haré, cuando pueda, pero puede ser difícil de encontrar.

-Así me han dicho. Inténtalo de todos modos. Magnus tiene necesidad de amigos, y tenemos necesidad de aliados. Habla con él.

Desde entonces, nada. Ni una palabra de Próspero, o Chondax o Nikaea, o Terra. Era como si el universo se hubiera cerrado en sí mismo, conteniendo la respiración, tensando por algún trauma terrible por venir.

Yesugei comenzó a caminar de nuevo. Volvería a Khum Karta, y de allí iba tomaría una nave. Había estado solo durante demasiado tiempo y ahora era necesario hacer un cambio.

Todo empezó con Nikaea. Todavía seguía sin tener idea de dónde terminaría.

Las naves se reunieron como elegantes tiburones grises en el vacío, imágenes fantasmales avanzando con los motores muy bajos por entre el resplandor oxidado de la Nebulosa Alaxxes. Decenas de naves capitales colgaban en reposo, inmensas y armadas hasta los dientes, cuyas luces de proa parpadeaban suavemente por encima del abismo. Cada uno era asistido por una panoplia de naves menores: corredores de flotas, fragatas, escoltas, artillados. Todos ellos tenían la misma mirada de haber combatido hace poco, los mismos flancos enginarium chamuscados, las misma planchas de blindaje del casco picadas. Algunos cojeaban en una chispa de energía normal, encerrados en redes de andamios y cañoneras automáticas. Otras estaban abiertas, exponiendo celosías estriadas de las cubiertas interiores. Los destellos de un millón de soldadores de arco bailaron a través de los panales, pinchando la suave oscuridad de las nubes de gas.

Sólo un tipo de flota en la galaxia tenía un perfil tal. El Ejército Imperial poseía complementos más grandes; enormes conglomerados de transportes de tropas hinchados y gigantes de suministros, pero no tenían nada con que compararlo con tal poder destructivo concentrado. Sólo un grupo de batalla de las Legiones Astartes podía reunir esos monstruos asesinos.

Cada una era de un gris metálico, adornadas con runas y portando las firmas chamanísticas de compañía de Fenris. Cada una había sido hecha para reflejar los corazones salvajes de quienes las pusieron a prueba: las proas eran bozales, repletos de las líneas curvas de carriños gruñendo sobre las lanzas prominentes. Ellas eran astillas de ferocidad clavadas en las líneas en forma de daga y dados corazones de fuego rugiente y sin fin.

Hrafnkel estaba en el centro de la formación, más pesada y más brutal que cualquier otra, su reja inclinada, su columna vertebral curvada con el perfil dentado de las mil torres de defensa y motores de posición, su vientre iluminado con la luz opaca de baterías de armas de ruinas. Las sombras de sus asistentes: corredores de flotas, naves de mantenimiento, lanzaderas, destructores, se arrastraban por sus flancos colosales como nubes a través de una cara de la montaña.

Su puente de mando era enorme y cavernoso; una cúpula de bronce y mármol sostenida por pilares de granito brillante. Niveles de terrazas se levantaban en el interior de las paredes circulares, cada una tarareando con moderada actividad por los mil miembros vestidos en grises de la tripulación en sus puestos. La bóveda central, una amplia extensión de piedra desnuda bajo el techo colosal de cristal blindado, parpadeaba con una serie de proyecciones hololíticas de rutas, caleidoscopios de luz de neón que se arremolinaban y reflejaban de innumerables pantallas pictográficas y lentes de observación giratorias.

Olía a piedra y cuero, los aromas de forjas y fogatas. Llamas vivas ardían en las rejillas de hierro y teñían las paredes de negro. Las runas estaban en todas partes; talladas en las paredes, el suelo, incluso en el cristal.

Una figura dominaba el espacio: la encarnación de todos los aspectos salvajes mirándole, tan bestial y magnífico en perfil como la nave que comandaba. Él era el maestro, la indiscutible bestia alfa.

El primarca Leman Russ, sin embargo, no se movió. Las operaciones de su nave insignia se llevaron a cabo en una danza sin problemas a su alrededor, como satélites menores girando alrededor de un gigante de gas. De vez en cuando sus ojos penetrantes lanzaron alguna mirada a las lecturas hololíticas o lentes de alimentación. Luego parpadearía de nuevo, inescrutable y duro como el hielo.

Dos lobos de pelo gris con ojos amarillos y ancas canosas yacían bajo sus talones. De vez en cuando uno de ellos lanzaba un gruñido bajo, enviando vibraciones suaves que se transmitieron a través del mármol, como el chasquido de los glaciares deslizándose sobre el pedregal.

Los jarls del Rey Lobo permanecían en un anillo móvil en torno a él, cada uno de ellos un señor del combate por derecho propio, envueltos en pieles y servoarmaduras de placas y tótems. Sacerdotes rúnicos se colocaron entre ellos, su pelo blanco hueso y piel pintada viva bajo la luz danzante.

En tiempos normales podrían haberse reído unos con otros, gruñendo en broma y desafío, sus ojos cubiertos de oro brillando con un tosco filo de humor.

Nadie reía ahora. No desde Próspero. No desde que todos hubieran desembarcado en ese mundo arrasado por el fuego y visto lo que habían hecho en él. Por alguna razón, Próspero fue diferente.

Russ siempre se había reído antes, a veces con humor genuino, a veces con una especie de satisfacción invernal de violencia. Ahora casi no sonrió. Las líneas de corte alrededor de su cara secada al sol parecían un poco más profundas.

-Entonces ¿Cuándo estaremos listos? –preguntó el Rey Lobo al fin.

Gunnar Gunnhilt, al que llamaban Señor Gunn, habló en primer lugar, como era su derecho. Su voz se había vuelto ronca desde la batalla de Tizca; una cuchilla atravesó su garganta y lo mantuvo bajo los cuchillos de los matasanos durante dos días.

-Diez días, en tiempo terrestre -dijo.

-Más -se opuso Ogvai Ogvai Helmschrot, Jarl de la Tercera Gran Compañía. -Dos semanas.

-No es suficiente -dijo Russ.

Ogvai inclinó. -Trabajaremos más duro.

El primarca no hizo el asomo de echarles un vistazo; parecía distraído, con la mente perdida en otro lugar. -Este retraso nos tortura. Deberíamos haber estado en Isstvan. Ahora tenemos que responder.

Sus jarls no respondieron. Algunos asintieron con gravedad, otros miraron dudosos.

-¿Tal cosa ha ocurrido antes? -preguntó Russ, hablando consigo mismo en lugar de ellos, su expresión cáustica. -¿Existen dos sagas en las que el Rey Lobo se sienta atraído por el lugar equivocado, haciendo las cosas mal? ¿Alguna vez ha sido nuestra vergüenza mayor?

Nadie respondió aún. Cuando el silencio se rompió, no fue un jarl el que habló.

-No tenemos ninguna vergüenza -dijo una voz más joven. -Por lo menos, yo no.

Las cabezas se volvieron. Los lobos gemelos de Russ dejaron escapar un ronroneo-gruñido de diversión. Las cejas del Rey Lobo se levantaron. -¿Quién habla?

Un guerrero de Tra avanzó, abriéndose paso hacia el corazón del círculo. Su rostro estaba lleno de nuevas cicatrices. Le hacía parecer como un fantasma del viejo hielo, entrecruzado con hexágonos y marcas rúnicas. Tenía la cabeza rapada en parte, con el pelo tan negro como el aceite del motor. Tenía una cara triste. Siempre había tenido un rostro triste, incluso antes de Próspero había embotado los espíritus animales de los Lobos en masa.

No tenía mano izquierda. Su brazo servoarmado terminaba en el codo, en un lío de aumentos y tapas de hierro. No había sido implantada del todo una nueva mano; la demanda era numerosa.

-Bjorn, de Tra -dijo el guerrero.

-Una mano -dijo Russ, asintiendo con la cabeza en reconocimiento. La saga de Bjorn ya estaba siendo elaborada por los skjalds. Estuvo allí con el Horus-Demonio y oído las palabras de misterio habladas por esa cosa. Su tronco subió, y estaba hablando como si algún wyrd profundo le hubiera encerrado en él. -Es un nombre pobre.

-Conveniente –respondió Bjorn respondió, flexionando su brazo semiderruido en algo como orgullo. -Es sinónimo de todos nosotros.

-¿Querías decir algo?

-No me avergüenzo -dijo Bjorn, sus ojos tristes inquebrantables. -Vi lo que nos trajo a Próspero. He oído algo de lo que dijo. El skjald me dijo que el resto. Acabamos con el mal.

-Sin duda -gruñó Russ.

-Y Magnus ya estaba perdido .dijo Bjorn. -Hablo con valentía, pues él era su hermano, pero era justo que muriera.

Ogvai, jarl de Bjorn, asintió con la cabeza lentamente, masticando su labio. Russ se dio cuenta y sus fosas nasales se abrieron por la ira.

-Éramos un *espectáculo secundario* -murmuró el primarca. -Ferrus está muerto. Deberíamos haber estado con él. Podríamos haberle detenido.

Informes de Isstvan V se filtraron a través de la flota en fragmentos rotos, pedazos de medio-sueños astropáticos en todo un océano de tormentas de disformidad. Nada era fiable, todo necesario de múltiples lecturas y confirmaciones fiables, pero a raíz de la salida de Valdor el martillazo fue comprobando. Ahora conocían el rostro de la tragedia.

Los Manos de Hierro, Salamandras y la Guardia del Cuervo fueron destruidos o lisiados. Los Hijos de Horus, Legión Alfa, Hijos del Emperador, Devoradores de Mundos, Guardia de la Muerte, Portadores de la Palabra, Guerreros de Hierro y Amos de la Noche convertidos en traidores. Cuando los oradores de estrellas confirmaron finalmente las interpretaciones, trayendo las redes de runas con ellos para demostrar el patrón adivinatorio, se sintió como si el universo se estuviera desmoronando a su alrededor, colapsando en ruinas, en retazos de extraña e incomprensible jerigonza. Incluso ahora el choque resonaba, colgando como una cortina de humo sobre todos ellos.

-No habríamos detenido nada -dijo Bjorn uniformemente. -Hubiéramos sido parte de la masacre, y pocos nos echarían de menos.

En ese momento, Russ casi sonrió; la sonrisa sardónica, enganchada, que solía mostrar regularmente. -Sí. Sólo unos pocos.

-La pregunta es -dijo Lord Gunn, -¿Y ahora qué?

-Tenemos la llamada de Dorn -dijo Ogvai.

-Llamada -escupió Gunn.

-Para eso estamos, ¿No? -preguntó Russ cansado. -Venimos cuando llaman.

-Cuando el Padre de Todos llama -corrigió Ogvai.

-Y Él está silencioso -dijo Russ. -Valdor no me dijo por qué, pero lo sabía. De todo lo que ha sucedido, de todos los errores, eso es lo que me agota más. Decidme una cosa: ¿Qué ha sucedido con el Emperador?

Ninguno de ellos respondió. Ninguno de ellos estaba calificado para ello. Evitaron sus ojos y cerraron sus bocas. Sólo sus mentes bullían con respuestas; sospechas, conjeturas, miedos.

Está herido.

Ha abandonado el Mundo Trono.

Está muerto.

Russ se echó a reír, pero no era su vieja risa. Era un sonido estrangulado, medio-comprometido. –Por eso nos necesitamos -miró a cada uno de ellos a su vez. -No voy a recibir órdenes de mis hermanos, sólo de mi Padre. Él quiere hablar conmigo. Estableceremos un curso a Terra, no porque Rogal lo exija, sino porque lo elegimos.

Señor Gunn miró hacia arriba. -¿Cuándo, entonces?

-Cinco días.

El jarl de Onn respiró profundamente. Ogvai miró pensativo; algunos de los otros dudosos.

Russ les fulminó con la mirada. –Nada más -dijo. -Regresad a vuestras naves, haced lo que se debe hacer; en cinco días nos vamos.

Su expresión seguía siendo oscuro, pero en algún lugar, hundido profundamente en su rostro lupino, en medio de la carne agrietada y ojos dorados, un destello de fuego resentido seguía ardiendo. El peso muerto de la pena se estaba levantando.

En su lugar llegó algo más.

-Nunca, no hasta ahora, he estado realmente enojado –gruñó Russ, y los lobos gemelos se puso de pie ante el sonido, con el pelo erizado. -Tengo curiosidad por ver a dónde me lleva.

Beorth Ranekborn se recostó en el trono de mando de la *Fylskiare*. Había dormido bastante bien durante el fuera de turno y se sentía alerta. Los servidores y la tripulación mortal en los boxes por debajo de él estaban trabajando tranquilamente, y todo el puente trabajaba con un zumbido calmado de actividad.

Al mando de una fragata de escolta como el Fylskiare no era gloriosa obra. Ellos habían sido estacionados lejos de la principal formación de los Lobos, y la extensión de la nebulosa estelar Alaxxes era una mancha apenas visible en sus sensores traseros. Aun así, le dio la oportunidad de moverse con los motores espaciales reales correctamente de nuevo. Recibieron un impacto en Próspero de una de las pocas salvas tierra-órbita que los Mil Hijos lograron poner en marcha e

hizo estragos en sus sistemas desde entonces. Sus tecnosacerdotes trabajaron en ello continuamente, pero el núcleo del problema seguía eludiéndolos.

Lo que realmente necesitaba era la atención de un Sacerdote de Hierro, pero todos estaban totalmente ocupados con las grandes naves capitales. A fin de cuentas, la *Fylskiare* lo hizo bien. La tarea de patrulla en el borde del rango de los sensores de flota significaba al menos *movimiento*.

-¿Algo de lo que informar? -le preguntó a su teniente del puente, Torve, un kaerl de pelo rubio de uno de los mundos tributarios de Fenris; nunca podía recordar cuál.

-Los sensores detectan fantasmas en nuestros límites augur –respondió Torve, elevando su rostro honesto un momento desde una consola desordenada. -Probablemente nada. ¿Quieres echar un vistazo?

Ranekborn no quería, no realmente, pero no había mucho más que hacer, y la tripulación se inquietaba sin nada con que ocuparlos salvo trazar vectores. -Por eso estamos aquí -dijo. -¿Ajuste de rumbo?

-Un codazo -replicó Torve, mirando a una pantalla pictográfica montada en el techo con líneas brillantes resaltando en el cristal.

-Hazlo entonces.

Torve cumplió. Unos segundos más tarde Ranekborn sentía el sordo zumbido de los motores alterarse. Seguían sin estar bien: una molienda, en vez de gruñido. Los marcadores de trayectoria en diversas pantallas pictográficas se desplazaron, trazando nuevas rutas.

-¿Algo? -preguntó después de un tiempo, ajustando distraídamente los apoyabrazos en su trono. Aerolf, su oficial de cubierta, había hecho algo extraño con ellos la última vez que estuvo al mando en el puente.

Observó a Torve realizar más diagnósticos. Observó las lentes augures en su consola del trono comenzar a alimentarme con runas localizador frescas. Oyó el sordo parloteo de la tripulación del puente recogidos por una muesca y vio a un sirviente en uno de los boxes de relevo insertar un nodo de interfaz de repuesto en una bobina de derivación vacía y haciendo clics con entusiasmo.

-Tal vez -Torve estaba mirando fijamente a los registros de los sensores. –Mantén este curso.

Ranekborn sentó un poco más derecho. Levantó la vista hacia los puertos con vistas reales: un grupo de paneles de cristal flexible forrados de plomo que formaban una ampolla sobre el puente superior. No sabía lo que esperaba ver allí. Una pantalla inmóvil de estrellas brillaron hacia él, como siempre.

-Sí, algo -murmuró Torve. –Estoy consiguiendo algo ahora. Esto no es un problema técnico, se trata de una lectura.

Ranekborn sintió los pelos en el dorso de las manos erizarse. –Detalle -mientras hablaba activó vínculos prioritarios al enginarium y las estaciones de los escudos vacíos.

-Derivando a las pantallas del puente -dijo Torve, cambiando su flujo de datos de entrada a los principales monitores montados en el techo.

Ranekborn los miró. Por un momento no vio nada especial, un esquema cúbico borroso del espacio local escogido en líneas verdes que brillaban intensamente, todo recubierto con símbolos rúnicos y cursos de naves conocidas. No cambió inmediatamente. Después, justo en el límite del rango augur donde lo definitivo daba paso a lo probable, algo brilló.

Ranekborn abrió una carcasa del teclado de bronce en el lado de su trono y empezó a apretar botones. –Alcen escudos de vacío hasta -espetó. -Tráenos, dos puntos nadir. Asegurad una línea con la flota.

El puente se puso inmediatamente en acción. Todos ellos habían visto la misma cosa. El bajo zumbido de la charla fue cambiando de tono, girando a algo más cerrado, más urgente, más dirigido.

-Línea establecida -informó Klaja, el oficial de comunicaciones.

-¿Sin insignias aún? –exigió Ranekborn, manteniendo una estrecha vigilancia sobre el asiento y el rumbo del *Fylskiare* -Sería un mal momento para perder el enginarium. ¿Detalles del casco? Tendré que darles algo.

-Casi -dijo Torve, trabajando furiosamente en su consola. –Queda un trecho, pero... Sí. Aquí están.

Las pantallas se actualizaron. Algo apareció en la esquina de la pantalla, cargando líneas de datos a los cogitadores. Una sola forma se estremeció en la claridad de la pantalla táctica, dictada en líneas brillantes de fósforo. La pictografía era pobre; tomada en un ángulo extremo y a largo alcance, en parte sombreada por el labio sobresaliente de lo que parecía una batería de lanzas; pero estaba ahí.

Una serpiente de muchas cabezas, alzadas hacia arriba contra un círculo de oro.

-¿Qué es eso? -preguntó Torve, torciéndose para mirar a Ranekborn.

Ranekborn sintió su pulso elevarse cuando lo miró. -Sospechaba que no habías leído mis informes de inteligencia -dijo secamente. -Esto es nuevo. Parece que quieren anunciarse a sí mismos.

Conectó con la estación de comunicaciones. Mientras lo hacía, más puntitos de luz comenzaron a extenderse por el cubo; primero unos pocos, luego decenas.

-Mensaje de prioridad al mando -ordenó Ranekborn. -Avistamiento de hostiles en el Perímetro. Gran despliegue. Dígales que estamos escaneando más durante la retirada. Asumido curso de intercepción.

Observó a los puntos de luz crecer más, como los bacilos se multiplican en un plato de muestra. Los números eran cada vez más incómodos.

-Garantizad que transmitimos esas imágenes -dijo Ranekborn, su voz endureciéndose mientras calculaba cuánto tiempo tenían. -Asegúrense de que las reciben. Decidles que es una flota traidora.

Tragó saliva, preguntándose cuán operacionales están realmente las armas.

-Decidles que es la Legión Alfa.

TRES

Los Señores de Tierra

Jugadores de Juegos

Espada Legionaria

El Observatorio se había construido en los tramos al noreste del Palacio Imperial. Su techo abovedado estaba forrado de azulejos de mosaico de turquesa que brillaban a la luz de un centenar de velas. Dispositivos esotéricos en las superficies curvas brillaban y se movían con el juego suave de la sombra.

No era fácil ver lo que era recogido por los diseños; símbolos astrológicos, tal vez, o tal vez las bestias míticas de una edad olvidada de Terra. En la misma cumbre había sombra, una laguna fuera del alcance de la luz de las velas. Una cara fue esculpida allí hace mucho tiempo, pero ya no podían discernirse los detalles. Yacía en la oscuridad, mirando sin rostros al piso de abajo.

El Observatorio no había sido utilizado para adivinar las estrellas desde hace largo tiempo. Antiguos telescopios de latón, planetarios y astrarios abarrotaban los pasillos, sin usar, la mayoría de ellos cubiertos de lonas pesadas. Armarios de palisandro estaban cerradas. El polvo en las estanterías tenía un dedo de ancho de espesor.

El suelo era de mármol, un tablero de ajedrez de marfil y sable, y las paredes alrededor del mismo brillaban con dorado desteñido. Veinte pilares sostenían la cúpula por encima, cada uno con un emblema de piedra tallado en el capitel. Algunos estaba iluminados claramente: un lobo, una serpiente, un león. Otros fueron oscurecidos.

Tres señores estaban en el centro. Dos eran titanes, sus enormes cuerpos encerrados en conchas de sevoarmaduras extravagantes. El tercero era encorvado y frágil.

Durante mucho tiempo no dijeron una palabra. Su silencio parecía inmenso en ese lugar. Parecía como si el primero en hablar pudiera romper las paredes y colapsar la cúpula sobre ellos.

El primero en romper la calma fue el más alto y el más imponente físicamente. Su cara era enlosada y dura, coronada con una mata de pelo blanco cortado cerca del cráneo. Su armadura dorada parecía tan sólida como la piedra alrededor de él; su propietario bien podría muy bien haber sido una de sus estatuas. Una capa gruesa colgaba de sus hombros, descansando oscuramente en la media luz parpadeante.

-¿Algo nuevo? -preguntó.

El orador tenía muchos nombres. Desde sus orígenes en el mundo helado de Inwit había sido Rogal Dorn. Más tarde fue el Primarca de los Puños Imperiales. En los últimos tiempos se había convertido y poco a poco acostumbrado a ser elegido pretoriano del Emperador.

Su voz tenía el timbre del golpeteo de un martillo en la madera. Era la voz de un hombre que no deseaba nada más que liderar sus naves, reunir a su Legión y lanzarse de cabeza al vacío para enfrentarse al enemigo que sabía se avecinaba.

Y sin embargo, eso era lo único, la *única* cosas que se le había prohibido expresamente. Era una carga extraña, ser condenado por la propia especialidad de uno.

-El Sigilita no ha hablado -respondió la segunda figura.

Éste era apenas menos imponente. Su servoarmadura tenía la misma calidad barroca del Observatorio; decorado con las fases de la luna y símbolos de lo que podría haber sido llamado una vez ocultismo. Como Dorn estaba vestido en oro y bronce y envuelto en ricas telas de color carmesí, y, sin embargo, donde Dorn parecía tan sólido como la roca sobre la que descansaba el Observatorio, éste parecía de alguna manera más efímero, más propenso a estallar en movimiento repentino. Palabras de poder habían sido grabadas con esmero en su elaborada servoarmadura; palabras antiguas, en caracteres tan pequeños que podrían haber sido los susurros casi silenciosos de espectros.

El nombre completo de este hombre era tan largo que no podía ser contenido en una sola hoja de bronce. El respondía comúnmente a una sola versión de la misma: Constantin Valdor, capitán general de la Legio Custodes. Cuando habló, su voz era sorprendentemente tranquila. Sus ojos, sin embargo, nunca estaban completamente inmóviles, parpadeando casi imperceptiblemente, siempre en busca de la próxima amenaza que debiera ser contrarrestada.

-No, no lo he hecho -dijo el tercero. -Estoy luchando por encontrar algo que decir que ya no se haya dicho.

Malcador el Sigilita no tenía nada de la grandeza de sus compañeros. Sus ropas, aunque ricamente hechas, eran simples. El bastón sobre el que se apoyaba parecía estar hecho de algo más que el hierro, aunque el aquila que lo encabezaba era ingenioso. Su voz delataba su debilidad física. Sonaba destruido por la edad. Nadie,

excepto tal vez el propio Emperador, sabía exactamente cuántos años tenía. No tenía lugar de nacimiento conocida, ni identidad cultural. En lo que se refiere a la mayoría del Imperio siempre había estado allí, una presencia tan sólida como el propio Palacio.

Malcador y el Emperador. El Emperador y Malcador. Eran como la luz y la oscuridad, el sol y la luna; cada uno tan inescrutable e incognoscible como el otro.

Salvo que el emperador se había ido, encerrado en las cámaras profundas del Trono, su poder inigualable desplegado a tal fin que incluso los Señores de Tierra no hablaban abiertamente de ello.

-Entonces déjame decírtelo otra vez -dijo Dorn. -Tal vez has olvidado dónde estamos. Magnus ha roto las barreras alrededor del Trono y ahora esto, la fortaleza más poderosa de la galaxia asentada sobre cimientos de locura.

-Está contenido una vez más -insistió Malcador. -Por ahora el mundo sabe poco de la auténtica verdad.

-Está contenido sólo porque el emperador se ha Unido a la guerra oculta –respondió Dorn. -Esta tregua se ha comprado con el sacrificio de un millar de almas. Por eso el mundo no lo conoce.

-Todavía no -dijo con tristeza Valdor. -Pero lo sabrá. Tal vez en un par de semanas, quizás meses, pero lo sabrán eventualmente. Los rumores ya están corren sin control.

-Lo hará, 'acordó Malcador. -Pero mientras Él se mantenga firme...

-Sí, siempre y cuando Él se mantenga firme -dijo Dorn con amargura. –A eso estamos reducidos. Ninguna acción, ningún movimiento: sólo esperara.

-Nosotros no podemos Ayudarle -dijo Valdor. –Lo sabemos. Así que volvamos a lo que podemos hacer.

Malcador rio secamente. -Nunca te pregunté cómo sentiste, Constantin, ver Prospero quemar. ¿Incluso tu alma insensible palideció ante eso?

Valdor no perdió el ritmo. -No. Era necesario.

-¿Lo era? -suspiró Malcador. -No le di tal orden. Quería a Magnus censurado, no destruido. ¿Qué fue lo que hizo para que Russ actuara así? Nunca me podrías dar una respuesta.

Dorn exhaló con impaciencia. –Ya sabes todo esto, Malcador. Sabe todo lo que pasó allí, al igual que nosotros -estaba fríamente furioso. -¿necesitamos repetirlo? El Señor de la Guerra se encuentra en el corazón de la misma, envenenando todo lo que hacemos, y ahora tiene la sangre de tres Legiones más en sus manos.

En ese momento, Malcador pareció estremecerse. La masacre de Isstvan V todavía estaba cruda. Ninguno de ellos, salvo el implacable Valdor tal vez, podría referirse a ella sin provocar esa sensación hueca, de pérdida.

-Ferrus está verdaderamente muerto, me dicen -admitió Malcador. -Vulkan y Corax desaparecidos. Ocho Legiones declaradas traidora, incluso ahora tallando el vacío para alcanzarnos -sonrió con gravedad. -¿Debo continuar? ¿El éter en estado de agitación, arruinando el Astronomicón y dejándonos ciegos? Ni una palabra de Guilliman o Sanguinius. ¿Están con nosotros? ¿O también han renegado?

-No el Ángel -dijo Dorn con firmeza. -Y no voy a creerlo de Roboute.

-Pero ellos están perdidos para nosotros, al menos por ahora -dijo Valdor. -Así que tenemos que examinar lo que sabemos. Russ está en Alaxxes. Cuando me separé de él estaban maltrechos, pues los Mil Hijos nos dieron mucho trabajo, pero van a cazar de nuevo.

-Y el León -dijo Malcador. -¿Qué hay de él?

-Él persigue sus feudos privados -dijo Dorn. -¿Cuándo ha sido nunca otra cosa que su propio maestro?

Malcador sonrió. -Todos hermanos; un nido de rivalidades tales. Le advertí de haceros hermanas, pues eso habría hecho las cosas más civilizadas. Él pensó que estaba bromeando. No lo estaba.

Dorn no sonrió. Su rostro parecía permanentemente arraigado en una especie de tensión congelado.

-Hay otro -dijo en voz baja Valdor.

-Ah, sí -dijo Malcador. -Es tan fácil de pasar por alto al Khan. ¿Por qué será?

-Es su regalo -dijo Dorn con desdén.

-El Khan estaba en el sistema Chondax -dijo Valdor.

-Uno que, como tantos otros, está fuera de nuestro alcance -dijo Malcador, su voz sombríamente humorística.

-¿Y qué hay de la lealtad de Jaghatai? -preguntó Valdor.

-No lo conozco, no bien -dijo Dorn.

-Ninguno de nosotros lo conoce -dijo Malcador. –Esa es su aportación: en cualquier sistema es necesario que haya incertidumbre -sonrió a Dorn. -Tú, amigo mío, eres un ejercicio de lo contrario. No es de extrañar que ustedes dos no se entiendas.

-Entonces, ¿A quién era cercano? -preguntó Valdor.

Malcador pensó por un momento. -Horus, por supuesto. Ellos eran tan similares. Creo que hablaron en Ullanor. '

-Magnus también -dijo Dorn, un tanto vacilante. –Lucharon uno al lado de otro durante mucho tiempo.

-Sí -dijo Malcador, asintiendo pensativamente. -El Librarius: Khan, Magnus y Sanguinius estaban detrás de él. Esa fue la raíz de su conexión, tal como estaba. Todos creían en la necesidad de psíquicos dentro de las Legiones.

Valdor respiró hondo. -Así que es esto. Los aliados conocidos del Khan, Horus y Magnus, ambos traidores.

-Todos confiamos en Horus -dijo Dorn.

-Bastante -dijo Malcador dándole vueltas. -Como dije en su momento, Nikaea fue la raíz de esto. Deberíamos haber explicado mejor las cosas, aunque hubo *razones*, algunas de las cuales nunca podríamos revelar, no aquí -frunció sus labios finos. -Estábamos demasiado atrapados en lo que debíamos hacer. Esa puede ser la tragedia de todo; no nos explicamos.

Dorn miró a Malcador fríamente, como si estuviera totalmente de acuerdo. Valdor permaneció tan implacable como siempre.

-Demasiado tarde para lamentarse -dijo Malcador con cansancio. -Debemos llamarles. Russ y el Khan aquí a tu lado, Rogal, me harían dormir mejor. El Verdugo y el Halcón; eso haría reconsiderarlo incluso a Horus.

-Chondax está a oscuras -advirtió Valdor. -Pero puedo ordenar a los astrópatas centrar sus esfuerzos allí.

-¿Y si no responde? -preguntó Dorn.

Por un momento, ni Valdor ni Malcador contestaron. El espacio alrededor de ellos pareció encogerse un poco.

-Entonces debemos asumir que Jaghatai ha caído también -dijo el Sigilita al fin, sin rastro de humor irónico en su voz. -Otro nombre que agregar a la cuenta de los perdidos.

Ilya se recostó en su silla después de colocar el token de marfil. Su movimiento le había llevado mucho tiempo. Con tantos lugares para elegir y tantas fichas a su disposición, siempre lo hacían.

Su oponente negó con la cabeza. –Pobre elección.

-¿En serio? -preguntó, esperando que le demostraran por qué.

-Sí -dijo, alcanzando el tablero cuadrado grande para colocar un contador de pizarra negro. Estudió los resultados. Fueron aleccionadores: estaba cerca de la captura de una rebanada de territorio caótico en forma de riñón y no había casi nada que pudiera hacer al respecto. Por tanto, la elección se hizo en simple: combatir lo inevitable, o labrarse una nueva área propia en otro lugar. Fue una decisión a la que acostumbró a tomar.

-No veo las posibilidades acercándose, no a tiempo -se quejó.

-Esa es la habilidad del mismo. Pero lo hace cada vez mejor.

Ilya se permitió una breve mirada a su oponente, comprobando si él se burlaba de ella.

Como siempre, era difícil de decir. Jaghatai Khan se recostaba en el asiento de baja altura de pieles y cuero con las extremidades sueltas, su rostro orgulloso tan inescrutable como la piedra.

Ilya recordó la primera vez que lo había conocido, sobre Ullanor. Por alguna razón ella casi se había desmayado, incluso después de Yesugei le hubiera advertido al respecto. Se decía que los primarcas tenían a veces ese efecto; la fuerza de sus almas superlativas tiraban de los encajes de la realidad. Ella también había oído decir que la especie humana nunca había evolucionado para hacer frente a la presentación de tal poder dentro de simulacros de sus propios cuerpos. Los efectos estaban bien documentados: náuseas, aturdimiento, pánico.

Todo había pasado ahora. Pasar tiempo con el primarca no se había convertido en algo mundano, nunca podría llegar a ser *mundano*, pero era controlable. Los alborotos de la ansiedad en el estómago rara vez le turbaban ahora. Sus conversaciones se habían convertido en algo un poco menos formal. Compartían una copa de vino de vez en cuando. Jugaban a juegos.

-¿De verdad estoy mejorando? -reflexionó, recogiendo otra piedra de marfil y reflexionar dónde colocarla. -Creo que me lo dice para no perder un oponente.

-Qin Xa juega.

-¿Alguna vez te ha ganado? -preguntó.

-Es muy bueno.

-Tomaré eso como un *no*.

La presencia física del primarca podría ser una distracción. No era sólo su tamaño, aunque había algo ineludiblemente incongruente en abordar a un hombre casi dos veces más alto que ella. Era más el inconsciente... *esplendor*.

El Khan era enjuto, alto, cortado con dureza como las garras de un ave de caza. Hablaba con moderación. Cuando lo hacía, su voz se cultivaba, teñida de un lenguaje aristocrático. Su rostro era largo y elegante, de piel oscura como todos los chogorianos y enmarcado por un pelo largo y negro. La cicatriz que corría por su mejilla izquierda era pronunciada, el zigzag de una vieja herida. Ilya oyó que los legionarios tenían que añadir veneno al filo del cuchillo para conseguir que la cicatriz no sanara por su carne sobrehumana demasiado perfecta.

Se hacía cargo de su apariencia. Su capa estaba recortada con piel blanca: ermyet, llamada así por sus compañeros chogorianos. Llevaba un caftán de color burdeos oscuro, forrado con seda. Bandas de oro se asentaban en sus dedos, alrededor de su cuello, encerrando el moño de pelo brillante.

Incluso fuera de su armadura parecía peligroso. Los pliegues de su ropa no podían ocultar el entrenamiento del guerrero debajo. Cada movimiento que hacía, ya fuera para alcanza para más vino *chinyua* o establecer sus propias piedras en posición parecía tener lugar en un mundo refinado de precisión de espadachín.

Halji se lo había dicho muchas veces. -Nada se pierde –dijo él, barriendo su tulwar aunque el aire delante de ella para probar el razonamiento. -Cada movimiento tan eficiente como permita el músculo. Sin florituras, sin instinto. Sólo el principio.

El Khan, apropiadamente, parecía haber perfeccionado eso.

-¿Me quiere dar un consejo? -preguntó.

Ilya levantó una ceja. -Por todos los medios.

Él se recostó en su silla de gran tamaño. La luz alrededor de ellos jugaba con el suave movimiento de las velas. Las notas de un arpa de plata prosperino sonaron débilmente de fondo. El Khan era muy aficionado a la música: un goce que él y Magnus compartían por lo que decía.

-¿Juegas al regicidio? -preguntó.

Ilya asintió.

-No es tan sofisticado como el Go .dijo Khan. – El Regicidio te da un enemigo, una trayectoria; mata al Emperador y eres el vencedor. En el Go no hay Emperador que matar. O quizás es mejor decir que hay muchos emperadores.

Ilya escuchó. Pensó que los Cicatrices Blancas trataban con demasiada dificultad de explicar la superioridad de sus preferencias culturales. Estaban tan acostumbrados a ser pasado por alto e ignorados; algo de eso debió haberse hundido en su psique en alguna parte.

-Mis guerreros son entrenados mediante este juego -el Khan continuó. -Aprenden a ver las amenazas desde todos los lados. Aprenden a contrarrestar muchos objetivos.

-Puedo ver eso -dijo Ilya. -Maldita sea. Me esfuerzo por mantenerlo todo en mi cabeza.

-Lo haces muy bien.

-Tiene que haber momentos, aunque... Tiempos, en realidad, cuando solo tienes *un* enemigo.

-Es más fácil para una mente sutil ajustarse a la simplicidad.

Una vez más, al borde de la actitud defensiva.

Eso es porque sabes que sois vistos como bárbaros.

Ilya suspiró y puso su piedra. Probablemente hará poco para detener sus pérdidas; esperaba le fueran devueltos puñados de sus contadores muy pronto. -Entonces, ¿Cuál es el próximo objetivo?

El Khan estudió el tablero. -¿Después de Chondax? No lo sé.

-¿No hay órdenes del Señor de la Guerra?

Él no respondió. No había hablado de Horus desde las etapas finales del conflicto en el Mundo Blanco, aunque antes lo había mencionado a menudo. Qin Xa igual. Ella sabía que no habían recibido ninguna noticia firme del Señor de la Guerra, mientras que en Chondax, pues habría visto los registros, algo, tal vez algo medio oído en una visión astropática, podría haberse abierto camino.

Era como si todo estuviera empezando de rumores sombríos, fragmentos de inquietud que se movían a través del vacío como un chisme entre soldados de infantería.

-¿Así que no tenemos planes? –preguntó Ilya, preguntándose si obtendría una respuesta clara.

El Khan se quedó mirando fijamente a las piedras, sin levantar los ojos. -Siento la necesidad de hablar con Yesugei de nuevo. Si no podemos contactar pronto entonces tendremos que volver a casa.

Ilya sonrió. -¿En serio? ¿Llevarías a toda la legión a Chogoris sólo por él?

El Khan no sonrió. Sonreír era raro con él, lo cual era extraño: el resto de la Legión casi nunca lo hacía. -Por supuesto que lo haría -puso su piedra, previsiblemente comenzando el cerco de otro de sus grupos cada vez más escasos. -Me he apoyado en Yesugei durante siglos.

Ilya tomó un sorbo antes de pasar de nuevo. El vino no era muy bueno; los chogorianos realmente no apreciaban la vinicultura. -Entonces ¿Por qué no viene a Chondax?

-Se le necesitaba en Nikaea.

-¿Nikaea?

-Una cumbre -el Khan le dirigió una mirada astuta. –Hubiera estado allí si pudiera, pero Yesugei fue mi representante. Habló por mí. ¿Ves lo mucho que confío en él?

-Lo veo. ¿Qué estaba haciendo allí?

-Argumentando a favor del derecho a existir de los *Zadyin Arga*. Espero que fuera un éxito.

-¿Y si no lo fue?

El Khan se encogió de hombros. -No marca ninguna diferencia para mí, pero preferiría que mis hermanos más asiduos no tuvieran que tomar una decisión difícil.

Ilya sonrió. Encontraba la amable indiferencia de los Cicatrices Blancas a los edictos imperiales más entrañable que exasperante. No eran rebeldes, exactamente, sólo ellos mismos; ni más, ni menos. Solos. Sin preocuparse. Jamás renunciarían a los Videntes de la Tormenta.

-El fallo podría haber ido en contra de ti hace meses -observó. -No tendríamos ninguna idea."

-Un montón de cosas han sucedido sobre las que no tenemos ni idea -dijo Khan. -Esa es la ventaja de este agradable lugar -pero la expresión del primarca vaciló un momento y luego, como si supiera, o tal vez adivinara, algo más de lo que dijo.

-¿Quiere decirme algo más? –preguntó Ilya cuidadosamente.

-No –respondió el Khan respondió, poniendo su piedra hacia abajo y lanzando un nuevo ataque a sus posiciones asediados. -Ahora concéntrate. Estás prácticamente muerta.

-Así que dime lo que piensas -dijo Shiban.

El cuerpo del legionario muerto yacía frente a él sobre una losa de acero, presentando sus detalles incómodos por las luces del techo del Apothecarion de la *Kaljian*. Su servoarmadura había sido cortada y la carne por dentro era negra, como la carne cocida.

Jochi estaba junto a Sangjai, que se frotó la barbilla.

-No hay progenoides -dijo Sangjai con pesar. -El calor.

-¿Cómo murió?

-Puedes verlo por ti mismo -dijo Sangjai, moviéndose hacia el cuello del guerrero y separando los pliegues que formaban escamas con las manos enguantadas. -Una sola hoja empujada hacia abajo, a la columna vertebral. Estaba parado cuando lo hicieron.

Shiban se apoyó en sus manos. -¿Alguna vez has visto a un orko hacer una herida así?

-No lo sé. ¿Hacen las heridas de cierta manera?

-Habéis visto su forma de luchar -dijo Jochi. -Ellos mutilan, no matan.

-Tal vez no tuvieron la oportunidad -dijo Sangjai.

-Tenían un montón de tiempo -dijo Shiban. -Ese no es el problema.

Sangjai volvió a mirar el cadáver. Lo estudió mucho y con detenimiento. Se agachó y miró la herida de nuevo. Shiban escuchó un gemido débil cuando su ojo augméntico izquierdo ajustó el enfoque.

Finalmente Sangjai se enderezó. -Podría haber sido Hain. Los he visto usar una hoja lo suficientemente bien. Pero sí, muy poco probable.

-¿Qué, pues?

Sangjai lo miró de manera uniforme. -¿Quieres mi conjetura?

-Dila -siseó Jochi con impaciencia.

-Se trata del corte de un cuchillo largo. Una espada legionaria. Sabían en que ángulo hacerlo. Fue realizado de forma rápida, y confiaban en la lava para ocultarlo.

Shiban asintió. Sintió vagamente náuseas. -¿Algo más?

Sangjai negó con la cabeza.

-Espada legionaria -murmuró Jochi, horrorizad. -¿estaban peleando entre ellos mismos?

-¿Quién sabe? -dijo Shiban.

-No había nada en Phemus salvo pieles verdes -continuó Jochi, cada vez más agitado. -Pieles verdes y nosotros. ¿Se volvieron locos?

-Suficiente.

-¿Cuántos murieron de esta manera?

-*Basta* –espetó Shiban.

Se apartó de la mesa. Su mente se llenó de pensamientos. Phemus IV había tomado mucho tiempo para pacificarla, mucho más de lo que debería. Los comandantes de la flota expedicionaria los habían desembarcado en terreno hostil, pero Shiban habían visto los registros de campaña antes de su transferencia, quejándose de víctimas mayores de lo esperado, malas comunicaciones, reveses regulares.

¿Luchaban entre sí?

Difícil de creer. Las tensiones siempre existieron entre las hermandades, las había experimentado por sí mismo, pero no hasta ese punto. Nunca hasta ese punto.

-Esto no puede ser ignorado -dijo al fin. -Volveré abajo.

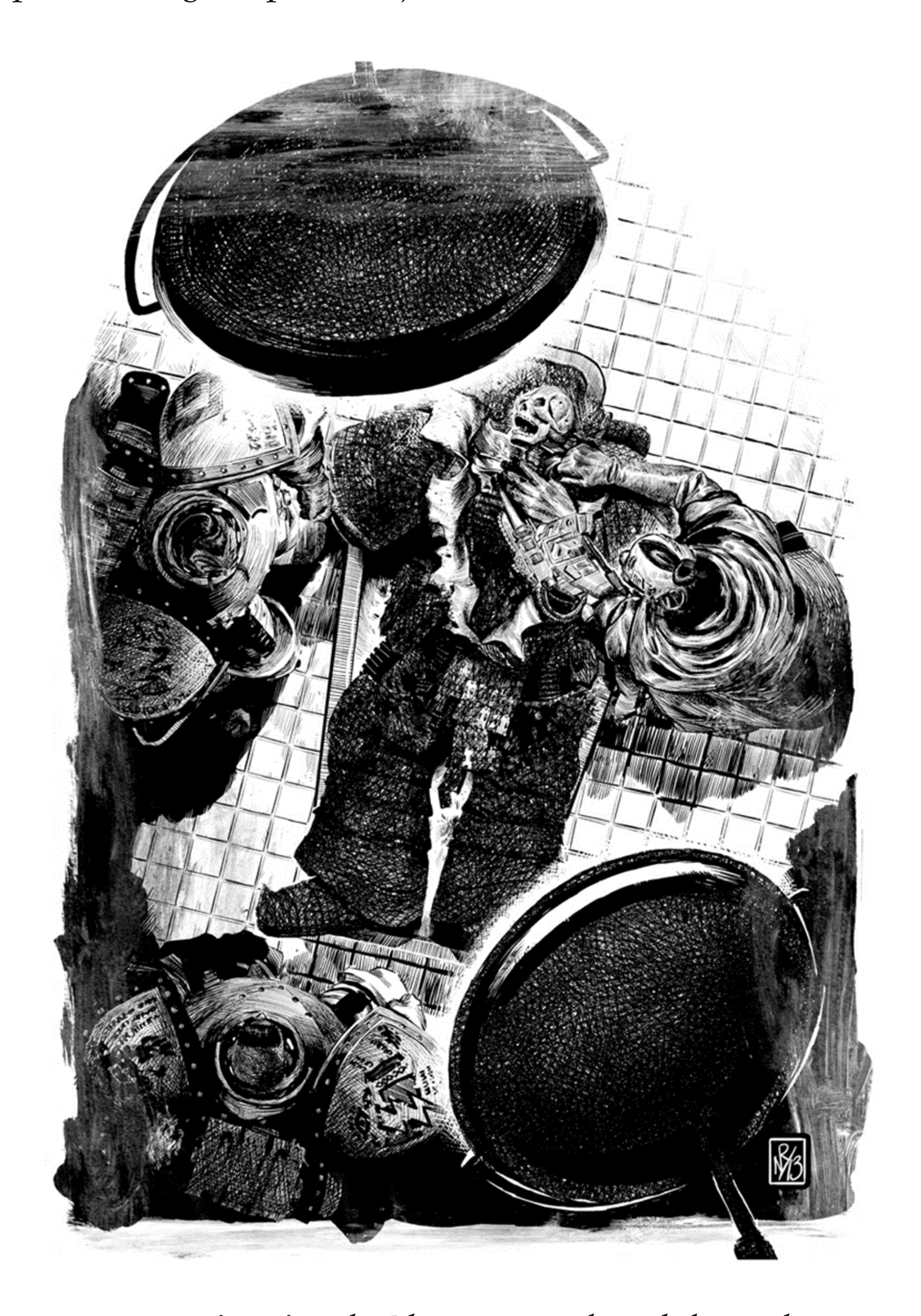
-La limpieza ha terminado -dijo Sangjai dubitativo. -Tenemos nuestras órdenes de retirada. Khagan moverá la flota pronto.

-Las comunicaciones han sido malas durante meses -dijo Shiban, sonriendo con tristeza. -Si somos lentos en responder él lo entenderá.

-No resolveremos esto -dijo Sangjai. -No en Phemus.

Shiban empezó a alejarse.

-Hay que empezar en alguna parte -dijo.



Los misterios de Phemus quedan al desnudo.

CUATRO

Helridder

En la Tormenta

Traidor

Una flota en formación necesitaba tiempo para responder a las órdenes. Los cruceros de batalla de las Legiones Astartes eran cosas gigantescas, de kilómetros de largo, como ciudades oscuras en el espacio. Su construcción era el trabajo de décadas, absorbiendo millones de trabajadores y miles de ingenios de creación del Mechanicum. Una vez enviados al profundo vacío continuaron creciendo, evolucionando, cambiando. Las propias forjas en la nave nunca se detenían, nunca reposaban.

Mover uno era un ejercicio de logística. Un millón de siervos tenía que estar en sus puestos, cebado armas, activando bobinas de energía, manejando los nodos de mando. Miles de oficiales de línea eran necesarios para tomar sus decisiones, garantizando que las cavernas del enginarium enviaran energía a los propulsores en el tono y la frecuencia correcta. Cientos de comandantes de sección eran necesarios para realizar un seguimiento de los movimientos relativos de otras naves y alimentar con un billón de lecturas augur a los cogitadores y sensores para evitar la colisión con otros gigantes maniobrando pesadamente en el vacío.

Pero al final, incluso la mayor nave de guerra era impulsada por una sola alma; un capitán solitario, cuya soberanía le era otorgada por la implacable campaña del Imperio hacia la jerarquía en todas las cosas. Una voz daba la orden de avanzar, para activar las armas, para iluminar el vacío con el poder de incendiar mundos de las lanzas y andanadas de torpedos.

La orden fue dada, las naves movidas.

Al otro lado de la flota de la VI Legión, cada nave encendió motores a baja intensidad y alzaron escudos de vacío brillante bajo flancos de filo enmarañado. Los escoltas corrieron por delante, sus motores en llamas y espíritus máquinas ansiosos de la caza. Los verdaderos gigantes se movieron pesadamente en su estela, revolcándose a medida que vinieron antes de disparar los trenes de propulsores.

El banco de naves en gris aguanieve emergió, asignándose en formaciones de asalto. Ángulos de fuego se establecieron en todas las direcciones, una esfera

tridimensional de destrucción que se extendió desde el centro. La floración de color rojo óxido de la nebulosa de repente brilló con mil puntos de intensidad, rápidamente extinguidos cuando la flota alcanzó la velocidad de ataque.

Delante de ellos, a miles de kilómetros de distancia y fuera del alcance visual no aumentado, la Legión Alfa hizo lo mismo. Sus naves eran igualmente gigantescas, erizados de armas de forma similar y con un potencial destructivo casi absurdo. Algunas naves estaban adornadas con nuevos símbolos de la Legión: el signo de la hidra atacando, afilada con zafiros y esmeraldas. Otros aun llevaban los colores de la fidelidad, coronados con el viejo signo Alfa-Omega encadenado. Como siempre ocurría con la XX Legión, nada se podía dar completamente por sentado. Todo seguía en proceso de cambio.

Bjorn observaba al enemigo desde el puente de la *Helridder*, estudiando su formación, teniendo en cuenta los patrones. Las dos flotas aún no se veían unos a otros en los puertos con vista verdadera. Sus imágenes eran transmisiones granuladas y mal definidas por los augures de largo alcance.

No sentía ninguna emoción particular. Prospero había sido lo mismo; una tarea, como muchos otras que se le dieron a los Lobos; algo que debía llevarse a cabo de manera eficiente. Sólo más tarde tuvo el sentido aburrido de incorrección cayendo sobre ellos.

Nos superan en armamento, pensó.

Realizó cálculos aproximados en la cabeza y supo que los estrategos en la nave insignia estarían llegando a la misma conclusión. Ellos ya sabrían cuántas naves más poseía la Legión Alfa y la rapidez con la que emplearían sus complementos letales.

-Estamos superados en armamento -dijo Godsmote, sólo una fracción detrás, de pie junto a Bjorn en el plinto de mando del puente con el resto de la manada. Estaba equipado con su servoarmadura, sus gris sucio manchado de manchas de sangre y marcas de muertes ritualísticas, y su voz llegó minúscula desde detrás de la máscara de la muerte de su casco.

-Eso parece -acordó Bjorn, estudiando las señales entrantes.

-¿Deseas enfrentarte a ellos cara a cara?

-Probablemente no.

Godsmote gruñó. No solía cuestionar una decisión una vez hecha, y el Rey Lobo no estuvo de humor para retractarse de otra pelea sin importar lo malheridos que estaban.

Somos una cuchilla roma, pensó Bjorn sombríamente. *Se nos ha usado demasiado.*

Todas las Legiones habían sufrido bajas durante la Gran Cruzada, pero algunas tareas habían sido más sangrientas que otras. Los números de los lobos nunca habían estado entre los más altos, una característica exacerbada por su impulso agresivo de limitar los reclutamientos a Fenris y su constante despliegue, generalmente auto-nombrado, a algunas de las zonas de guerra más arduas de la campaña. Prospero les hizo sufrir mucho mucho, tal vez más de lo que realmente entendían.

-Me preguntaba si sería más fácil –reflexionó Bjorn.

-¿Si sería qué? -preguntó Godsmote.

-Matar a otra Legión. Matar hermanos.

-No hemos llegado a eso todavía.

-Sí, lo estamos.

Bjorn ya vio cómo iba a jugar: se enviarían comunicaciones desde la *Hrafnkel* a la nave insignia de la Legión Alfa exigiendo su rendición. No habría respuesta. Los Lobos Espaciales sostendrían fuego hasta el último momento, justo hasta alcanzar el rango de las lanzas principales, enviando demanda tras demanda. Luego comenzaría la masacre.

Helridder jugaría su parte. Fue construido para ataques rápidos: ágil y equipado con armas pesadas, con escasa tripulación y con escasa capacidad para cualquier cosa menos combustible y municiones. El complemento legionario a bordo era de seis. Un grupo delgado, pero uno al mando de un cazador-asesino ágil.

-Se están moviendo a velocidad de ataque -señaló Godsmote, echando un vistazo a las pantallas.

-Qué extraño, ¿No es así? –Bjorn observó los pulsos de luz verde de rastreo a través de su lectura táctica, arrastrándose hacia los otros con una lentitud engañosa; las velocidades eran ahora increíbles. -¿Qué sabes de la Legión Alfa?

-No mucho -dijo Godsmote.

-¿Has oído hablar de ellos montando una acción importante de su flota?

Godsmote pausa. -¿Debería?

Bjorn se encogió de hombros. -Nunca he oído hablar de ello. En realidad no son conocidos por ello

En la medida en que no se sabía nada acerca de la Legión Alfa concernían la sutileza, el subterfugio y la infiltración. Guilliman, como es sabido, pensaba poco de ellos. Russ, menos famoso, pensaba lo mismo. No les gustaba manchar sus guanteletes con sangre, se decía.

Una vez que llegaron la noticias de Isstvan V, una vez que se dio tiempo para asentarlas, algunas traiciones parecieron más evidentes que otras. Los Devoradores de Mundos era comprensible. Los Guerreros de Hierro de manera similar, y también la extraña Guardia de la Muerte de Mortarion.

Pero la Legión Alfa. Algo sobre su cambio de lealtad le molestaba. Lo sentía... defectuoso.

-¿Por qué están aquí, haciendo esto? –se preguntó Bjorn, hablando tanto para sí mismo como para Godsmote.

Godsmote sonrió con tristeza. -Parece obvio.

Bjorn no sonrió. Incluso antes de perder la mano a manos del demonio nunca había sonreído mucho; ahora, menos que nunca. Sabía que otros grupos se reían de él, burlándose de su seriedad implacable, pero podían reír tanto como quisieran.

A veces sentía un peso en su alma; un yunque descansando sobre su pecho. Se sentaba en el borde de la chimenea circulas mientras los demás cantaban o recitaban, escuchando pero no hablando. Durante mucho tiempo no se imaginó convirtiéndose en una parte integral de la Legión, sólo uno de sus elementos complementarios, destinado a morir en alguna campaña sangrienta en algún mundo u otro.

Ahora ese sentimiento lo había abandonado. Curiosamente, al igual que todo cambió, su viejo deseo hosco de la retirada había menguado, sustituido por otra cosa. Después de mucho tiempo languideciendo en los bordes, Próspero empezó a

arrastrarle al corazón del Rout. Ahora el primarca conocía su nombre. Las sagas lo mencionaban, garantizando una especie de inmortalidad en los pasillos fríos del Aett. Se sentía como si el centro de gravedad se hubiera desplazado, arrastrándolo más hacia el abrazo salvaje de una legión cuyo temperamento siempre había contrastado tan mal con el suyo.

-No es obvio -dijo Bjorn. -No para mí. Hay misterios aquí.

Las luces en el puente comenzaron a descender. Desde algún lugar muy por debajo sonó una campanilla de advertencia. Las armas estaban siendo puestas en posición, calculando soluciones de disparo.

A lo lejos, en una línea delgada en el borde mismo de la visión, los primeros puntos de luz de las posiciones enemigas se deslizaron en los miradores reales, como un collar de joyas colgado contra el vacío.

-Bueno, eso puede ser -respiró Godsmote, su voz ya pesada con fruición. -Pero aquí vienen, y para mí sólo deseo descubrir como mueren.

Yesugei se inclinó más cerca de la ventana y observó las llanuras de Chogoris convirtiéndose en un borrón pálido. Unos segundos después del despegue era capaz de ver el monasterio Khum Karta trazado por debajo de él en todo su esplendor en expansión: las antiguas torres del Khitan, los campos de entrenamiento, los jardines perfectos árboles de ciruelo. Pináculos de oro brillaban bajo la luz del sol. Atrapadores de espíritus rompían bajo la fuerte brisa.

Luego desapareció, perdida en una neblina de verdes pálidos y marrones. Observó el Altak estirarse, extendiéndose a través de la masa continental, devorándolo todo. Sólo unos pocos jirones de nubes se deslizaban a través del vacío, efímeros contra la inmensidad.

Todos los mundos parecían casi iguales desde el espacio. Los colores variaban, pero las diferencias reales estaban escondidas en detalles a nivel del suelo: los olores, el tacto de la gravedad, el sabor del viento. Yesugei habían pisado un centenar de mundos diferentes y ninguno de ellos realmente se parecía a otro. La humanidad se había extendido a través de una gama asombrosamente amplia de hábitats, conquistando cada uno con la paciencia y el ingenio despiadado que era, por lo que había llegado a aprender, la marca de la especie.

Pronto Chogoris dejaría de ser distinto de cualquier otro planeta; una esfera en blanco colgando en el vacío uniforme iluminado por las estrellas, carente su carácter distintivo.

Yesugei se apartó de la ventana y se acomodó en su silla. Nunca disfrutaba dejando el mundo natal. Antes de que el Señor de la Humanidad hubiera llegado y traído la Gran Cruzada para ellos, Yesugei estaba más que contento con los límites que les imponía un solo mundo. Tenían enemigos que combatir, reinos mantener sumisos, presas para cazar; nunca quiso más. El Khan pensaba igual.

Recordó hablar con él una vez, cuando las lunas estaba altas, en los viejos tiempos cuando Khum Karta solo tenía una décima parte de su tamaño y construido de piedra teñida de rojo en lugar rococemento y acero apuntalado.

-¿Qué vamos a hacer cuando conquistemos a todos los enemigos? –preguntó Yesugei, notando la brisa cálida del atardecer acariciaba su piel.

El Khan se situaba en el parapeto, su largo y delgado cuerpo orgulloso contra la luz descendente. Para entonces ya era el amo de toda la masa continental, el conquistador de los Khin-zan, Qo, Khitan, Nyomen y un centenar de otras naciones.

-Dejarles ir de nuevo -dijo con calma. Flexionó los dedos contra la balaustrada roja. -No tengo ningún deseo de convertirme en su amo.

Yesugei rio. -Entonces, ¿Por qué conquistarlos?

-Porque tenemos que hacerlo -el Khan miró a los cielos. Tal vez sabía lo que iba a venir, la llegada que lo cambiaría todo. -Cazamos porque somos cazadores -su expresión se volvió agria. -No hay motivo para decir: *Este es, este es el final, has logrado lo que te proponías.* El mundo no va a permanecer inmóvil a tu alrededor. Te mueves con el o te barrerá.

Yesugei miró a su señor. La fisicalidad del Khan nunca había perdido su poder para impresionar. Todo en él era exigente. Algunos de los hombres del ordu ya le llamaban *Khan Tengri*, equivaliendo a otorgarle la divinidad. Yesugei no podía culparlos. Todos ellos habían visto lo que era capaz de hacer.

-No sé si creo eso -dijo Yesugei suavemente. -Gobiernas la tierra de aquí hasta el océano. No vas a renunciar a ella.

El Khan volvió sus ojos a Yesugei. Esos ojos, también, nunca perdieron su terrible poder. Yesugei recodó cuando los vio por primera vez, recuperándose en un ger calentado al fuego después de que los poderes con los había nacido con casi lo mataron. Eran como los ojos de un dios: hundidos, inconscientemente penetrantes. Despiadados.

-Lo haré, un día –dijo el Khan en voz baja. -¿Sabes lo que temo, Targutai?

-Nada.

-Sólo las bestias no temen.

Yesugei sonrió. –La decadencia pues.

El Khan asintió. -Tú me conoces, *Zadyin Arga* -miró hacia las llanuras sin fin. –La decadencia es el enemigo. Cada emperador que hemos depuesto era gordo. Llegaron a los límites de su poder y se sentaron sobre tronos de oro, satisfechos con lo que habían hecho cuando todavía tenían vigor. Para cuando llegamos a ellos, apenas podían levantar un tulwar.

-No vas a ponerte gordo -observó Yesugei. -No creo que seas capaz de hacerlo.

El Khan se encogió de hombros. -Mi cuerpo tal vez no, pero ¿Mi mente? -pareció estremecerse, no de frío pues quedaba calor ambiental, sino por la falta de movimiento. Yesugei lo había notado antes: tenía que estar en movimiento, sobre la silla de montar, persiguiendo algo. -Sólo hay una mentira imperdonable. Es la mentira que dice: *Este es el final, eres es el vencedor, lo has logrado y ahora lo único que te queda es construir muros más altos y refugiarte detrás de ellos. Ahora*, dice la mentira, *el mundo está a salvo.*

El Khan negó con la cabeza. -Todos los emperadores son mentirosos, Targutai. *A salvo* -escupió en la balaustrada. -No existe palabra más sucia.

Es conversación fue hace más de ciento cuarenta años. Desde entonces, por supuesto, todo había cambiado, pero Yesugei nunca lo olvidó. A veces se preguntaba si podría preguntárselo al Khan de nuevo, viendo si había revisado sus puntos de vista. Lo dudaba: los estados de ánimo y el temperamento del Khan parecían grabados a fuego en él, como la huella Talskar en la mejilla izquierda.

El transbordador se acercaba a su destino y se ladeó durante la aproximación final. Cuando la estación estelar pasó por las ventanas, Yesugei vislumbró el transporte que había requisado: la fragata *Luna Segadora*, su perfil en forma de lanza yaciendo crudamente, delatada por la librea blanca y los filos dorados y rojizos. El signo del relámpago, la marca de los kanes durante mil años, había sido pintado con orgullo a lo largo de los flancos delanteros.

Parecía rápida. Eso era bueno; tendría que serlo.

El transbordador avanzó hacia el hangar dorsal de la fragata, guiados por líneas gemelas de lúmenes estroboscópicos. Una vez aterrizado en el interior, Yesugei se liberó, levantó y caminó hasta la rampa de embarque. Se tomó un momento para alisar su túnica y recoger su bastó antes de salir al hangar; las apariencias eran importantes, y a pesar de todo lo que había sucedido la Legión seguía depositando su confianza en sus Videntes de la Tormenta.

Las puertas exteriores del transbordador silbaron al abrirse. El hangar estaba iluminado brillantemente, como era habitual en las naves de guerra de la V Legión. Cada superficie estaba muy pulida, suavemente brillante bajo lúmenes colgantes. El interior olía a acero pulido, aceite del motor y *falang*, el incienso ceremonial Khitan. Dos líneas de Cicatrices Blancas permanecían firmes a ambos lados de la rampa, juntando sus puños a su pecho en saludo ritual.

Todavía nos respetan, incluso después de toda esta tontería, pensó Yesugei mientras descendía. Encontró la muestra de respecto conmovedora. *Me alegro de pertenecer a una legión así.*

El comandante de la nave inclinó la cabeza cuando Yesugei se acercó.

-Bienvenido, Zadyin Arga -dijo. -Nos honra con su presencia.

Yesugei se inclinó a su vez. -Te he apartado de deberes importantes.

-Nos ha salvado del tedio. Somos felices de tenerle.

Los dos caminaron juntos hacia la salida del hangar. Detrás de ellos los sirvientes comenzaron a descargar el transbordador, arrastrando cajas grav de la bodega de carga.

-¿Así que puede llevarme a Chondax? -preguntó Yesugei.

El comandante dio un gesto inequívoco. –Trataremos de hacerlo, pero usted sabe acerca de las tormentas. El navegante dice que no puede prometer nada.

-¿Cuándo ha dicho un navegante algo diferente?

-Eso es verdad.

-Y me tiene con vosotros ahora -añadió Yesugei. -Ha pasado tiempo desde que me asomé detrás de la máscara de los cielos.

-Esta es una buena nave -dijo el comandante con firmeza. –Una nave armoniosa. Veinte combates principales desde el primer lanzamiento y aún armoniosa.

Eso era tranquilizador. Los capitanes chogorianos se habían traído con ellos al vacío todo tipo de conceptos esotéricos desde su salto repentino y forzado en el progreso tecnológico, y los antiguos ideales de armonía y equilibrio seguían contando con alta estima.

Llegaron al extremo del hangar y Yesugei se detuvo ante un conjunto de puertas dobles. -¿Cuál es su nombre, comandante? -preguntó.

-Lushan.

-¿Khitan?

-Sí, de Xiam.

-Desde el principio, entonces, Lushan, que no haya secretos entre nosotros. Esta confusión no es natural. No entiendo su origen, pero vuelve a nuestros oradores de las estrellas sordos y mudos, silenciando la galaxia y enmascarando a nuestro primarca. Desafiarla sin duda será peligroso. Digo esto sólo para que sea consciente.

-Todos estamos preparados -dijo Lushan, mirándole perfectamente indiferente. -Podemos salir al punto de salto a su orden.

-Bien -dijo Yesugei, abriendo las puertas con un gesto. -Entonces hágalo ahora. Mis sueños han sido preocupantes. Hasta que me reúna con el Khagan me temo que van a empeorar -dio al comandante una mirada cansada. -Y sería bueno dormir un poco.

Torghun se dirigió hacia la cubierta de mando de la *Lanza de los Cielos*. Tenía curiosidad. No era común en Jemulan reunir a los kanes. El noyan-khan prefería dirigir su feudo a la forma chogoriana: perdiendo el control del centro, extendiendo la máxima autonomía extendida a las distintas hermandades. Ahora, sin embargo, la orden llegó y sus comandantes se apresuraron a cumplirla. Los estacionados en otras naves habían tomado lanzaderas a la *Lanza de los Cielos*; algunos todavía se encontraban en las regiones periféricas del sistema habían arreglado estar presente por holotransmisión segura.

-¿Qué piensas? -preguntó Manju, su lugarteniente, caminando junto a él. Su rostro, de tez y enmarcado por pelo rubio, estaba arrugado por la incertidumbre. Era un rostro marcadamente joven para un Marine Espacial, uno sobre el que la cicatriz de la Legión parecía extrañamente fuera de lugar.

-No tengo ni idea -dijo Torghun. Había oído rumores de que el velo astropática comenzaba a abrirse, que algunos mensajes estaban empezando a pasar, por fin, aunque nada lo suficientemente firme como para ser creíble.

-¿La nueva misión? –ofreció Manju, su tono regalando su esperanza.

-Sería cuestión de tiempo.

Como era típico, la estructura dispersa de la Legión de los Cicatrices Blancas hizo difícil la coordinación: muchas hermandades todavía estaban comprometidas en los últimos suspiros de limpieza xenos en los confines del sistema. Otros habían estado en sus naves durante semanas, colgando en órbita sobre el Mundo Blanco, sin nada que hacer salvo practicar su esgrima en jaulas hasta que fueran emitidas nuevas órdenes desde la *Tormenta de Espadas*.

Los chogorianos parecían bastante contentos con eso. Estaban acostumbrados a su primarca inescrutable y su toma de decisiones impulsivas. A los terrícolas les resultaba más difícil, al menos los que no se habían resignado a los métodos casuales de mando y control de la Legión.

-Pensé que habían mejorado cosas -dijo Manju. –La terrana que trajeron.

-Ella es sólo una mujer -dijo Torghun, sonriendo con ironía. -Ella no puede cambiarlo todo.

Pasaron por los corredores en una antecámara de gran capacidad coronada con una cúpula de cristal brillante. Los asistentes de la Flota se afanaban por el suelo agarrando placas de datos, permitiendo el paso a servidores cuando se cruzaban en su camino. En la pared del fondo había un rayo de la legión inscrito en alabastro y pizarra. El signo de la Horda de la Tierra estaba de pie junto a ella, una montaña estilizada de pico modelado, que como dijo Torghun era Temudan, uno de los santos picos del mundo natal de la Legión.

Por debajo de los signos estaban las enormes puertas de adamantium a prueba de explosiones que llevaban a la sala de audiencias de Jemulan. Dos guerreros de su keshig estaban a cada lado de la entrada, portando glaives pesados. Sus rostros estaban ocultos detrás de las rejillas inclinadas de sus servoarmaduras Mark III, sus cascos con crestas de plumas teñidas de negro crin.

Otros khanes convocados estaban entrando en la cámara más allá. Sus hombreras llevan sus emblemas de hermandad: una flecha de dos puntas, un halcón, un cielo amaneciendo. A la vista del último, un sol dorado con rayos de punta de lanza, la mirada de Torghun se reunió con la de Hibou.

Torghun asintió con la cabeza una fracción en señal de saludo. Hibou hizo lo mismo.

Una vez pasaron las puertas blindadas se cerraron detrás de ellos. La cámara brillaba de paredes blancas reflectantes. Lúmenes enjaulados en bronce sobrevolaban a la altura de la cabeza. Quizá setenta Cicatrices Blancas estaban sobre el suelo de baldosas, aunque algunos contornos parpadearon con el aura crepitante de proyecciones hololíticas. Un murmullo de discusión expectante onduló a través de la reunión.

Jemulan entró en la habitación el último y subió al estrado del otro extremo. El noyan-khan era una presencia tan imponente ahora como lo fue cuando presidió la Ascensión de Torghun. Las muchas décadas transcurridas sólo habían endurecido su devastada cara de halcón, por lo que la cicatriz en zigzag en su rostro era aún más blanca. Su servoarmadura era antigua, cuidada con reverencia, pero llevaba su propio conjunto de preciadas quemaduras, mellas y abolladuras.

.Hermanos -dijo, volviéndose hacia la multitud y haciendo una ligera reverencia. Su cara se veía demacrado. -Mis más sincera gracias por asistir a dicha notificación. Sé

que os estáis preparando diligentemente para la siguiente etapa de la Cruzada, donde quiera que sea.

Torghun y Manju intercambiaron breves miradas. Jemulan sonaba exhausto, como si acabara de volver de un combate. Su voz, por primera vez que oyera Torghun, mostraba la edad del viejo guerrero.

-No os hubiera reunido de no ser por algo de suma importancia –continuó Jemulan, barriendo con ojos cansados a todos ellos. -Me gustaría que las noticias que tengo fueran mejores. Me gustaría que no fueran... -vaciló, pero luego se recuperó. -He venido desde la *Tormenta de Espadas*. He hablado con el Khan. Deseó que os dijera todo lo orgulloso que está de vuestros logros aquí. Él sabe la cantidad de sangre que habéis derramado. Él me dijo que será recordada.

Algo ha sucedido, pensó Torghun, entrecerrando los ojos. *Apenas se atreve a decírnoslo.*

-Como sabéis, los astrópatas han estado incomunicados del Imperio. La oscuridad se está levantando ahora, aunque sólo en parte. Por razones que no entendemos, los oradores de las estrellas en la nave insignia están recibiendo visiones de nuevo. Nuestros intérpretes han estado trabajando duro para descifrarlas. Algunas imágenes son todavía difíciles de discernir, pero al menos las están recibiendo.

Jemulan se detuvo, aparentemente sin saber cómo continuar.

Esta es una buena noticia, sin duda. ¿Por qué es tan reticente?

-Apenas sé cómo deciros lo que hemos descubierto -dijo Jemulan. -Como no hay forma, os lo diré sin rodeos: la Gran Cruzada se ha dividido. Traición. Lo impensable ha sucedido; un primarca ha caído en la locura. Un mundo está en ruinas y guerreros leales han sido masacrados. No sabemos cuántas legiones están involucrados. No sabemos por qué ha sucedido esto, pero se nos pide intervenir, dejar Chondax.

Las palabras de Jemulan fueron tan pesadas como lingotes de plomo. Nadie en su audiencia habló, nadie respondió. Torghun, al igual que el resto, se quedó estupefacto. Una parálisis colectiva pareció secuestrar la cámara.

-Al igual que yo, otros a través de la flota expedicionaria están dando a conocer la noticia. Nuestras órdenes son acelerar la concentración y llevar la flota de nuevo a

pie de guerra. Hay mucho que no sabemos aún, pero esto es muy claro: la *herejía* ha surgido entre las Legiones Astartes. El único remedio es erradicarla. Esto significa guerra. Esto significa ir tras los que hasta el día de hoy llamamos hermanos. Su culpabilidad es clara. Son asesinos. Son *asesinos desleales*.

Jemulan escupió las últimas palabras con veneno. Sus guantes se apretaron, tratando de controlar sus manos con fervor.

La multitud empezó a murmurar de nuevo. Su sorpresa inicial dio paso a una terrible curiosidad; la necesidad mortal básica de tener preguntas contestadas, de conocer todos los detalles de lo que había ocurrido. Algunos instintos no habían sido sofocados por los rigores de su condicionamiento transhumano.

-¿Quién? -se levantó del suelo; al principio en voces solitarias, luego como un coro. Torghun se encontró uniéndose al clamor casi por defecto, añadiendo su voz a las alzadas en indignación e incredulidad. *-¿Quien?*

Jemulan levantó las manos, aquietar el tumulto. Su expresión permaneció oscuro.

-Esto es lo que sabemos -dijo cuando la cámara quedó en silencio de nuevo. -El mundo natal de los Mil Hijos ha sido destruido, su legión aniquilada. Magnus el Rojo ha sido asesinado, con la espalda rota y su ciudad convertida en cenizas.

A Jemulan le pareció como si la mitad no creyera lo que estaba diciendo.

-Estas noticias vienen de la mano del propio Señor de la Guerra, que lleva sus señas de verificación -dijo. Son los primeros envíos autentificados que hemos recibido desde que cayó el velo, y aunque todavía queda mucho por determinar, al menos ahora sabemos el nombre.

El rostro oscuro de Jemulan barrió la cámara, animado por pura furia; la furia de un camarada traicionado.

-Sólo la muerte le espera al traidor -proclamó. -Así será para Leman Russ, traidor y hereje.

CINCO

Guerra Espacial

La Medalla

Preguntas sin Respuesta

Bjorn plantó los pies separados, compensando la inclinación repentina de la cubierta del puente. La estructura grav del *Helridder* funcionaba bien contra los cambios repentinos, pero no era perfecto. Su grupo reunido - Godsmote, Urth, Eunwald, Angvar y Ferith – ajustaron su postura automáticamente, con los ojos fijos en las lecturas tácticas.

-Acércanos, cinco puntos al cenit –ordenó Bjorn. –Acabad con él.

Estremecimientos corrieron por las paredes de la cámara, el tipo de ondulación-vibraciones que destrozaría una estructura menos robusta. Las burbujas de cristal blindado ya estaban agrietadas y dos estaciones manejadas por servidores habían perdido energía por las rupturas de abajo.

Estaban recibiendo golpes contundentes. Ellos golpeaban duro. Así es la guerra espacial.

Cada pantalla se llenó con las señales. Dos perfiles de flotas gemelas tendidos a través del vacío en un enjambre obstruido de explosiones extrañamente silenciosas, que irradian desde los cadáveres esqueléticos de naves en llamas. Los escoltas murieron como petardos, encendiendo bengalas en azul-blanco por la detonación de los núcleos del motor y disparando a través de formaciones de los gigantescos cruceros de batalla. Las naves de guerra más grandes: fragatas, destructores… se desenvolvieron a través de los escombros con la espalda en llamas, sus costados parpadeando con mil pinchazos de andanadas láser. Luego vinieron los leviatanes, sus escudos de vacío untados con salpicaduras de retroalimentación del tamaño de asteroides, sus lanzas vomitando columnas cristalinas de energía asesina.

No se recibió comunicaciones de la nave insignia de la Legión Alfa; no hubo demandas, no hubo desafíos, sólo una pared de ruido blanco, seguido de las primeras andanadas de lanzas a través del vacío. El Rey Lobo no tuvo necesidad de

dar más órdenes. Su legión respondió con la frustración que nace de la inactividad forzada, lanzándose al enemigo como los *baresarks* del hielo viejo.

-Más velocidad -gruñó Bjorn, viendo la carnicería desplegada ante él, trazando líneas de evasión y ataque, con los ojos dorados brillantes.

Otro escalofrío recorrió la cubierta cuando las lanzas dispararon. Los escáneres delanteros desaparecieron por una fracción de segundo, perdidos en un resplandor amarillo-blanco antes de recuperarse.

El objetivo yacía por delante y por encima de ellos, quemando sus propulsores para escapar de la persecución de la *Helridder*. No era mucho más pequeño que su cazador; una cuña de zafiro de adamantium ardiente, perfilado por remolinos de bronce y llevando una herida irregular abierta a lo largo de las planchas ventrales del casco. Escuadrones de cañoneras zumbaban alrededor de su contorno, algunos de ellos tan grises como aguanieve, algunos brillantes como joyas en la noche. Coronas de fuego láser los rodeaba, derramados contra los escudos medio tumbados de la presa y cortando a través del blindaje debajo.

El objetivo estaba corriendo para recibir la protección de una formación de cruceros de la Legión Alfa más adelante y la *Helridder* iba tras ella, hinchando los motores. Ambas naves habían recibido daño, y cada segundo gastado en la vorágine de expulsión de plasma y baterías de fuego láser añadía más a la cuenta.

-¿Podemos conseguirlo? -reflexionó Godsmote ansiosamente, apoyándose contra otra guiñada del puente.

Diez segundos más -gruñó Bjorn, desesperado por no verle escapar. Tendría que abandonarlo antes de que llegaran al alcance de los cruceros, y eso le enojaría.

-Stormbirds entrantes al puerto -informó rotundo uno de los servidores.

-Perdiendo puerto espacial siete -entonó otro.

-Lanza a un noventa por ciento.

-Desviando energía de los lúmenes de la cubierta-C a los relés impulsores.

La información resbaló por Bjorn, sólo una parte de la andanada de datos tácticos entrantes. Sintió el temblor de la nave debajo de él, temblando como un animal, ajustando el curso con cada una de sus órdenes.

-Obteniendo una solución... -informó el artillero principal, su cabeza medio-aumentada enterrada en un nido nervudo de pantallas pictográficas.

Delante de ellos el objetivo se resistía y viraba. La *Helridder* le siguió con fuerza, haciendo sacacorchos a través de la resaca de un transporte masivo muerto antes de disparar limpio hacia adelante y ganar espacio.

-Ahora, maestro artillero -advirtió Bjorn, inclinándose hacia delante, apoyándose contra un muro de granito. -Ahora o nunca.

-Lo tengo –confirmó el miembro de la tripulación, tirando de una columna de control y girando su asiento basculante.

Las lanzas delanteras de la *Helridder* abrieron fuego. Líneas gemelas chispeantes empalaron los motores traseros en llamas del enemigo.

-¡Hja! -rugió Urth, chocando un puño en la palma de su guante.

El objetivo explotó, destrozado por detonación en cadena tras otra, su cadáver desplomado, girando fuera de control cuando las cámaras de combustible fueron absorbidas por la orgía destructiva.

-¡Larguémonos ahora! -ordenó Bjorn. -Lejos y abajo.

La *Helridder* se sumió en un picado. Objetivos frescos aparecieron a la vista, intercalados con marcadores enemigos entrantes. Un tumulto tridimensional rugía sin cesar a su alrededor, girando y entrelazándose.

-Nave destruida -informó el artillero, sonriendo como un niño mientras realizaba comprobaciones de los sensores sobre los desechos en propagación del objetivo. -Por el Padre de Todos, una buena marca de muerte.

-Stormbirds aun acercándose -repitió el servidor del sensorium. Su voz sonaba más adecuada para reportar una fuga de combustible de menor importancia a nivel de sentina en las bobinas de redundancia.

-¿Cuántos?

-Veinticuatro. Formación cerrada. Disparos inminentes.

Bjorn maldijo entre dientes. Los Stormbirds eran una amenaza para una nave del tamaño de la Helridder; rápidos, fuertemente blindados y con capacidad para todo

tipo de cargas útiles imaginables. -Una andanada, maestro artillero. No dejes que lleguen a cal y canto.

La *Helridder* se sacudió a mediados de trayectoria, pateado por un repentino estallido de las unidades sub-urdimbre. Igual que un perro herido se desplomó sobre su flanco, cayendo en lo que parecía una inmersión terminal. En el último minuto se enderezó, a unos cien kilómetros por encima de la carcasa palpitante de un crucero de batalla almenado en fenrisiano y empujó con fuerza a estribor.

La maniobra de escape fue realizada de forma experta, inclinando las baterías de cañones dorsales hacia las líneas de entrada de las Stormbird.

-Despellejadlos -ordenó Bjorn fríamente, mirando al enemigo gritar más cerca.

Las baterías de la *Helridder* estallaron, salpicando la oscuridad con un aluvión de senderos de torpedos. Los Stormbirds chocaron con este, algunos estallando en ruinosos senderos en llamas, algunos campeando la conflagración y emergiendo limpios.

-Una vez más.

Una Stormbird voló en pedazos en la carrera de ataque, sus restos arrojados en un arco descendente y salvaje. Otro corrió de frente contra un grupo proyectiles y cayó bruscamente, detonando sus motores. Uno de ellos tuvo un tiro limpio, sobrecargando uno de escudos de vacío traseros de la *Helridder* con un solo ataque de precisión.

Luego, con la misma brusquedad, la escuadrilla cambió el rumbo, inclinándose hacia arriba y atacando al unísono a través de la proa en hundimiento de la *Helridder*.

-Seguidlos -ordenó Eunwald.

Bjorn se dio la vuelta hacia los operadores del sensorium. -Agarradlos eso. Mantened cerca los barridos de sensores.

Uno de los empleados de mando, una mujer pelirroja con ojos de acero, se giró para mirarlo. -Tenemos torpedos de abordaje entrantes. Nueve.

Godsmote maldijo. -¡Los estaban cubriendo!

-Encerrad las armas -ordenó Bjorn, mirando al artillero.

El artillero ya estaba en acción, coordinando los cañones de corto alcance, llenando la zona de peligro con una densa red vigas crepitantes. Los torpedos de abordaje explotaron en una línea irregular, cuyos destellos de su desaparición iluminaron el blindaje arrasado de la Helridder crudamente.

-¿Acabamos con todos? –exigió Bjorn, agarrando una pantalla pictográfica sujeta por cable y rotándolo.

Su respuesta llegó en forma de cinco golpes pesados en algún lugar muy abajo, perforando como balas a través de cuero. La nave se estremeció cuando su piel fue rota.

-La única brecha en nuestros escudos de vacío -respiró Godsmote aprecio mientras miraba a los marcadores de impacto brillantes. –Menuda puntería.

Bjorn desenvainó el hacha de su espalda fornida y encendió el campo disruptor azulado, brillando tenuemente en su vuelta a la vida.

-Tiene el puente, capitán -dijo, su voz ya descendiendo en un gruñido de campo de batalla mientras se dirigía a la oficial de alto rango en el puente. -Derriba esas cañoneras y luego busca la cobertura del grupo de batalla de Ogvai -luego se volvió sobre sus talones, haciendo señas al grupo mientras lo hacía. Sus movimientos eran flojos, preparándose para el trabajo cercano para el que habían sido criados.

[redacted]

Venid, hermanos -gruñó. -Tenemos serpientes que despellejar.

Shiban miró hacia el lugar de la excavación. Tendría que hablar con Hasik al respecto, pero necesitaba más información; todo lo que tenía eran sospechas a medio formar por el momento, ninguna de ellos convincente.

-¡Khan!

La llamada llegó desde el otro extremo del lugar, a pocos metros de la posición avanzada de Shiban y abajo en los pozos excavados por sus guerreros. Una docena de ellos todavía trabajaba en la cara de lava, perforando roca semi-enfriada y brillando con armas de plasma y espadas-sierras pesados. Habían encontrado unos cuantos elementos de la patrulla de Cicatrices Blancas muertos; fragmentos de

componentes de servoarmaduras y motojets. Por encima de ellos, el cielo le contemplaba como una mancha de aceite caliente.

Shiban bajó por la pendiente. El tiempo apremiaba. Si no volvían con algo pronto entonces tendría que cancelar la operación y volver a la *Kaljian.*

-Dime que has encontrado algo útil, Chel -dijo, acercándose a uno de sus guerreros encorvados, al pie de una ladera de lava semi-enfriada.

Chel se volvió hacia él. -Tal vez -levantó los restos destrozados de las cubiertas de cargas de demolición y algunos fragmentos de metralla. -Estos fueron enterrados más arriba.

Shiban los miró. Había utilizado dispositivos similares muchas veces; podrían haber sido utilizados para colapsar las paredes de un canal de lava, redirigiendo el flujo. Tal vez la patrulla los había utilizado antes de su batalla final. Era imposible saberlo a ciencia cierta; las piezas eran poco más que fragmentos ennegrecidos.

-Y esto -dijo Chel, extendiendo su guante.

Shiban tomó un disco de metal de menos de la mitad del ancho de una palma. Era pesado, surcado por los bordes. Le dio la vuelta, luego otra vez. Un lado era blanco y el otro tenía la cabeza de un halcón grabado en él. El detalle no era sofisticada; le recordó a imágenes rituales tribales de casa, aunque el estilo no era reconocible como chogorianos. La superficie estaba picada y empañada, y no podía identificar el metal por mero tacto. Fuera lo que fuese, era claramente robusto si sobrevivió al calor.

-¿Dónde estaba este? -preguntó Shiban.

Chel señaló la ladera. -Dónde encontramos el último cuerpo. El auspex casi lo perdió.

Shiban volvió a mirar a la medalla. Parecía inofensiva. La luz tenue de Phemus era reflejada por su cara de plata moteada como un eco de sangre vieja. Su piel, aislada bajo la ceramita de su guantelete, picaba por el sudor.

-¿Has visto algo como esto antes? -preguntó.

Chel se encogió de hombros. Su lenguaje corporal delató sus duda; quería que la excavación terminara y no veía propósito en la excavación de más suelo lejos de los cuerpos de los hermanos asesinados.

Shiban se volvió hacia el resto de la plantilla, mostrando la medalla en alto. -¿Alguna ora más?

No hubo respuestas. Miraron sin expresión, con un comportamiento muy similar al de Chel.

Shiban cerró el puño sobre la medalla. -Que así sea. No es una gran recompensa.

Miró por la ladera hasta donde el contorno jorobado del Stormbird los esperaba. Mientras lo hacía, su enlace vox crepitó de actividad.

-Khan –transmitió Jochi. *-Transmisión de la flota.*

Retransmítela.

Jochi vaciló. *-Tal vez sería mejor si vuelve allá arriba. Nos quieren de vuelta. Todo el mundo de vuelta a Chondax. Sin excepciones. Algo les ha agitado.*

Shiban sintió un escalofrío. Eso le sonaba familiar. Recordó cuando el Khagan estuvo en medio de las ruinas de la fortaleza de los pieles verdes en Chondax, inclinando la cabeza para escuchar algunas noticias inquietantes de su keshig.

Algo les ha agitado.

Pero eso fue hace algún tiempo, y no podía decir que estaría triste de dar la espalda a Phemus.

-Entendido. Preparad la *Kaljian* para el viaje -cortó el enlace y se volvió hacia la escuadra. -Hemos terminado aquí, hermanos. Nuestra próxima misión, merced a los cielos, será más gratificante.

Empezaron a salir, y Shiban miró al sitio por última vez. Era un pobre cementerio para los que habían caído. Bajó la mirada hacia la medalla de nuevo. No le gustaba nada al respecto; algo acerca de la forma en que se había hecho ofendía sus sentidos estéticos.

-Mundo odioso -murmuró, caminando por la ladera hasta donde el Stormbird esperaba para llevarlos de vuelta a Chondax.

Bjorn corrió por los pasillos de tránsito de la *Helridder*, seguido de cerca por Godsmote y los otros. Los seis lobos eran seguidos por dos unidades de diez de kaerl de guardias, cada uno vistiendo una armadura de caparazón y portando un arma automática pesada. El ruido de pisadas de botas masivas hizo eco desordenadamente en los espacios confinados. Aquí abajo, los capilares eran estrechos, mal iluminados y llenos de cables colgando.

El hacha brillante de Bjorn iluminaba el camino en un fuerte azul pálido. Su campo de energía onduló y gruñó, con ganas de romper ceramita. Su nombre era *Blódbringer* y él la llevaba en su mano derecha, pues la izquierda aún era una matriz sin terminar de engranajes y espuelas de metal.

Una Mano, pensó sombríamente. *Esto será interesante.*

Godsmote galopaba cerca de él, llevando una espada sierra en la mano izquierda y una pistola bólter en la derecha. Su servoarmadura parecía diabólica bajo la luz azul parpadeante.

-Están cerca -dijo.

Bjorn gruñó. No necesitaba que se lo dijeran; podía oír los tiroteos y gritos más adelante. Los intrusos trabajaban rápido, sin molestarse en abrirse camino hasta el puente pero dirigiéndose lo más rápido que pudieron, pasando por los motores sub-luz. Si inmovilizaban a la *Helridder* entonces los habrían matado con tanta seguridad como si hubieran dejado cargas en el corazón de los conductos del motor disforme.

Fue una decisión que Bjorn bien podría haber hecho en su lugar. La lucha contra otra Legión era una experiencia inquietante: pensaban como él, eran tan rápido como él y casi igual familiarizados con el diseño de su nave. Era como luchar contra un espejo.

Los Mil Hijos fueron diferentes. Ya habían sido golpeados una vez que los Lobos Espaciales llegaron al planeta y su defensa había sido desesperada, desordenada, confusamente desafiante. La Legión Alfa no tenía tales desventajas: estaban en mejor forma que los Lobos, con más recursos y con la ventaja de la iniciativa. Habían venido buscando esta pelea, por razones que Russ aún no había sondeado con precisión.

Entendemos muy poco; tienen todas las cartas. ¿Cómo se ha permitido que suceda esto?

Bjorn llegó al final del pasillo y entró en una bóveda masiva, medio en ruinas. Sus muros octogonales se disparaban hacia la oscuridad, encerrando un eje más de cien metros de altura. En el centro había un relé maestro de energía para las unidades motrices convencionales, un chapitel descomunal de tuberías de hierro palmeadas y brillantes conductos de plasma. Sobresalía hacia el techo del espacio en una muestra grotesca de majestad industrial, envueltos en horquillas de descargas eléctricas que enviaron rayos por toda la cámara.

El casco de Bjorn le dio cinco objetivos, cada uno con una servoarmadura a escala, cada uno hasta las rodillas en cadáveres carbonizados y componentes de motores. La tripulación defensiva de enginarium quedó reducida a unas pocas docenas de guerreros mortales, agachados detrás de cualquier cobertura que pudieron encontrar y disparando furiosamente.

-*¡Hjolda!* -rugió Godsmote, tronando por el suelo de tuberías hacia el legionario alfa más cercano. El grupo se desplegó a su paso, apuntando con precisión, añadiendo su parecer a los proyectiles que ya rebotaban en las servoarmaduras del enemigo.

Bjorn fue más rápido. Corrió a través de la cámara, virando alrededor de pilas de escombros y esquivando los proyectiles sueltos a él por los legionarios. Dos disparos conectaron; uno rebotó en su hombrera, el otro craqueo su avambrazo. Eso le hizo tambalearse, pero no perdió velocidad.

-*¡Heidur Rus!* -gritó, sintiendo encaje saliva el interior de su cabeza.

Esta era su nave, su medio ambiente. Todo ella: los gritos guturales en fenrisiano de los guerreros, el hedor del petróleo, los braseros y las pieles húmedas por la sangre, el aspecto salvaje del acabado era su casa. Tales cosas eran importantes.

Se estrelló directamente en el combate, intercambiando golpes con *Blódbringer* y haciendo retroceder al primer legionario Alfa un paso. Por el rabillo del ojo captó a Urth desgarrando a otro; Angvar había caído y abrió fuego con su bólter.

-Este no es lugar para ti –gruñó Bjorn, manejando su hacha con furia, privando al legionario de tiempo para hacer otra cosa que parar. -Traidor.

El enemigo no dijo nada; ni pullas, ni burlas. Su casco era blanco y sin marcas. Luchó de forma experta, con rapidez, luchando contra el hacha con un gladius envuelto en un campo disruptor. Cuando las armas chocaron los campos de energía gruñeron y escupieron, enviando vibraciones palpitantes por el brazo de Bjorn.

La sangre rugía densamente alrededor de su sistema, lo que alimentó una quemadura caliente detrás de sus ojos. *Odiaba* al guerrero ante él: odiaba su eficiencia en silencio, odiaba a su desfachatez descarada por llegar a su nave, y sobre todo odiaba la falta de explicaciones.

¿Por qué están haciendo esto? ¿Por qué están aquí?

Chocaron de nuevo, haciendo cantar las hojas al chocarse, ambas basculadas con igual fuerza. El odio de Bjorn era la única diferencia entre ellos, y al final marcó la diferencia; sus golpes era marginalmente más salvajes, marginalmente más difíciles de predecir.

-¡Padre de Todos! -rugió cuando *Blódbringer* se precipitó por una última vez, cortando a través de la última defensa apresurada del legionario, mordiendo profundamente en el cableado de la servoarmadura. El campo de energía rasgó a través de ellos, emitiendo un siseo de gases escapando, rápidamente mezclado con un aerosol de sangre. Bjorn arrastró la hoja aún más profunda, cortando el cuello del guerrero en una espuma de sangre y refrigerante mezclado. El Marine Espacial se desplomó, jadeando por un aliento que ahora nunca llegaría.

Para entonces Bjorn ya se estaba moviendo, saltando sobre el cadáver crispándose y buscando nuevas presas. Godsmote y los demás estaban ocupados con sus propias luchas, fijando al enemigo en el suelo de la cámara en medio del eco duro de las armas de fuego pesadas.

El último legionario Alfa se había liberado de la batalla, corriendo hacia el relé de energía y escalando por ella, iluminado por el parpadeo de arcos de rayos. Bjorn fue tras él, anclando su hacha y corriendo a la base. Ambos treparon por la filigrana de tuberías, corriendo por ella como ratas en un cabo.

Una ruptura por bólter en la cubierta externa de la aguja bostezó por encima de ellos, revelando una parrilla brillante que hervía y siseaba con energía apenas contenida. Chispas de plasma azotaron los bordes, dibujando la silueta del legionario acercándose y lamiendo la sombra móvil de su servoarmadura.

Bjorn se izó más allá, obstaculizado e desarmado por su sola mano útil. El legionario estaba casi en la ruptura, por debajo del labio con el puño agarrando un par de granadas krak.

Una detonación completa podría llevarse toda la cámara, arrastrando al mitad del enginarium con él y dejando la *Helridder* paralizada y a la deriva.

Bjorn se detuvo, plantando sus botas sólidamente. Apoyado, recuperó el hacha de su espalda, la sopesó y luego la lanzó.

El hacha voló de punta a punta antes de *incrustarse* sólidamente en la espalda del legionario Alfa Legionario. El borde perforó profundamente en su mochila, abriendo grietas en la carcasa protectora que cubría el cableado de alimentación de la servoarmadura, y las líneas se cortaron con un estallido chisporroteante de descarga.

El legionario se contrajo como paralizado, repentinamente inerte y dando espasmos. Sus granadas, sin cebar, cayeron de sus manos extendidas.

Bjorn se arrastró hacia arriba, trepando al nivel de su enemigo. Privado de un arma, enroscó su mano en un puño.

-*Baja* -gruñó.

El legionario alfa no pudo hacer nada para evitar el golpe; el guante de Bjorn se estrelló contra su casco con la fuerza de un martillo de fragua, lanzándolo lejos de flanco del relé y estrellándolo sobre el suelo.

Bjorn saltó tras él, conectando su rodilla blindada en el estómago del legionario al aterrizar. Luego le dio un puñetazo de nuevo, y otra vez, golpeando el rostro del guerrero hasta que se hicieron añicos lentes oculares y su cabeza cayó hacia atrás en un espeso lodazal de sangre.

Bjorn arrancó el casco, exponiendo una cara arruinada y hecha. Un ojo había sido arrancado de su base y era poco más que un pozo de sangre burbujeante. Las respiraciones del legionario llegaron en un estertor húmedo.

-*¿Por qué?* –silbó Bjorn.

El legionario alfa apenas parecía consciente. Su ojo restante se centró débilmente sobre Bjorn, y algo parecido a una sonrisa cansada se dibujó en sus encías sangrantes.

Bjorn sintió su llamarada de ira. -¿Cuánto tiempo estuvisteis planeando esto? ¿Ullanor? ¿Antes?

El legionario escupió más sangre. Su ojo perdió su enfoque.

-¡*No* te mueras! -rugió Bjorn, agarrándolo por el cráneo carbonizado y meciendo la cabeza atrás y adelante. -¿Por qué estáis aquí? ¡Dame una razón!

Quería hacerle *daño*, derramar parte de la agonía de la traición, infligir daños a los que habían desgarrado el Imperio.

El legionario perdió su sonrisa. No se rio, escupió un desafío o prometió venganza. Él sólo estaba allí, muriendo lentamente, su rostro arruinado resignado.

Fue entonces cuando Bjorn lo olió, las débiles espigas de toxinas nerviosas de acción rápida que ya estaban en la sangre. El guerrero no planeó ser capturado vivo.

Odio a esta Legión.

Bjorn bajó el casco hacia la cara del legionario, como invitando a un susurro confidencial. Podría oír los últimos alientos de su víctima, suave y sin problemas.

-Dime, hermano, sólo una cosa -Bjorn habló entonces como un guerrero a otro, desesperado por extraer algo, cualquier cosa, concreta. -¿Por qué estáis haciendo esto?

En ese momento el legionario moribundo pareció arrepentido, como si quisiera hacerlo, pero el protocolo se lo impidió.

-Por el Emperador -dijo débilmente.

Entonces su ojo rodó hacia arriba y las débiles respiraciones se detuvieron.

Bjorn le miró, desconcertado. Sólo poco a poco registró que la cámara alrededor de él se quedó en silencio, salvo por el gruñido y el crepitar del relé a pleno campo. La lucha había terminado.

Godsmote se acercó a él, cojeando mal. Su pistola bólter había sido descartada y su espada sierra era plasma quemado.

-No me gusta la forma en que combate -dijo con voz áspera a través de los aumentos dañados.

Bjorn dijo nada. Se puso en pie.

Godsmote miró el cadáver maltrecho en el suelo. -¿Estás seguro de que necesitas las dos manos? -preguntó, golpeando su casco para tratar de conseguir que su parrilla vox funcionara correctamente de nuevo.

-Por el Emperador -murmuró Bjorn. -¿Fue una broma?

Su enlace se activó. -Si ha terminado -dijo la voz del capitán, -es posible que desee volver a subir aquí.

-Estado -ordenó Bjorn, empezando a caminar.

-La flota se está retirando -dijo el capitán. -Recibiendo fuego pesado en todos los frentes. Tienen más armas que nosotros -hizo una pausa y luego, como si no quisiera continuar. -Y la *Hrafnkel*. Creo que la han paralizado.

Bjorn comenzó a moverse más rápido. -*No* te retires -ordenó. Russ estaba en la nave insignia insignia. –Mantén el curso hasta que yo llegue.

Un suspiro se acercó al vox, como si el capitán hubiera predicho la orden. -¿Y Qué curso sería ese, señor?

-Directo a la *Hrafnkel* –gruñó Bjorn. -Si cae, caeremos con ella.

SEIS

Resentimientos

Penetrando

El Rey Carmesí

Por encima del orbe serenamente limpio de Chondax, la oscuridad del espacio empezaba a fracturarse. Una nave de guerra tras otra se acercó a los puntos de salto, volando sin motor a una órbita alta sobre el Mundo Blanco, cada uno tan inmaculado como el planeta de abajo.

En el centro de la reunión colgaba la *Tormenta de Espadas*, tan adornado como los antiguos palacios de los emperadores Khitan. Su casco estaba hinchado por lo grupos de motores modificados que lo hacían casi la cosa más rápida en muchas flotas de combate del Imperio. Al igual que todas las naves de los Cicatrices Blancas se mantenía en condiciones impecables, fregada y limpiada por ejércitos de querubines sobre orugas hasta que brillaba en el vacío de terciopelo como una joya.

Más allá de su perímetro escolta esperaban otros cruceros; la *Tchin-Zar*, la *Lanza de los Cielos*, la *Qo-Fian*, cada una atendida por un rebaño de naves más pequeñas. Otros grupos de combate de la V Legión estaban extendidos por toda la galaxia en bandas dispersas, pero sólo aquí en Chondax estaba la fuerza de la legión reunida, y era un espectáculo formidable.

Tratando de seguir con su cabeza las formaciones de rápida coalescencia, Ilya corrió por el pasillo medular de la *Tormenta de Espadas*, desde la cámara de operaciones principales en dirección al puente de mando y strategium. Halji andaba sin esfuerzo a su lado, igualando su ritmo frenético con fáciles y lánguidas zancadas.

-¿Tenemos noticias de la *Uzan*? -ladró a su vox-perla. -¿Qué pasa con la *Kaljian*?

Las respuestas regresaron en ráfagas desfasadas. Sus oficiales de enlace estaban mucho mejor, pero aun así les era difícil mantener el seguimiento del conjunto disperso de los activos de la Legión.

-*La* Kaljian *es entrante* -llegó una respuesta al fin. -*Todavía no hay nada de la* Uzan, o *la* Hawkstar. Seguiremos intentándolo.

Ilya escupió una vieja maldición terrana y Halji rio.

-Lo has hecho bien -dijo con aprobación. -Creo que el Khagan estará contento.

-Nunca está contento -murmuró Ilya. -Todo tiene que ser más rápido, más rápido, más rápido. Eso es todo lo que él piensa es importante, pero hay más en el despliegue que la simple velocidad.

-¿Lo hay? -preguntó Halji, mirándole interesado.

-¿Cualquier información extra sobre de qué trata todo esto? -preguntó Ilya. -Realmente podía utilizarla.

El oscuro rostro de Halji se disculpó. -Sabes tanto como yo, Szu. Alguna clase de traición ha sido declarada. He oído hablar de los lobos de Fenris, que, si soy sincero, no me sorprendería.

Ilya se detuvo por un minuto. Se sentía un poco mareada; las últimas horas habían sido un aluvión sin parar de órdenes y contra-órdenes sin respiro. Delante de ella podía escuchar las pisadas rápidas mientras la tripulación de la nave se apresuraba a sus puestos.

-¿Y qué pasa contigo y los lobos? -preguntó. -Cada vez que son mencionados te callas.

Halji le dio una mirada cautelosa.

-En serio -dijo Ilya.

-¿Conmigo? No hay ningún problema -dijo Halji con indiferencia. -Su reputación les precede.

-No Hay más que eso.

Halji hizo una pausa. -No estoy seguro de que sea fácil de explicar de una forma que entiendas.

-Pruébame -dijo Ilya irritada. -He vivido con vosotros el tiempo suficiente.

-Todas las legiones tienen reputaciones –dijo torpemente Halji. -Algunas... merecidas. Los lobos se jactan de ello. Tuvimos dificultades en el pasado a causa de ello. Otros asumieron que éramos igual. Ellos ven marcas de rituales, las cicatrices, y hacen juicios -Halji hizo una mueca mientras hablaba, como si estuviera avergonzado de todo. -No somos salvajes. No queremos ser vistos como salvajes.

Ilya rio. -¿Estás... *Celoso*?

Halji parecía picado. -Eso no es lo que dije.

-Era lo que querías decir -sonrió Ilya, sacudiendo la cabeza con diversión. Los cicatrices aun eran capaces de sorprenderla. –Nunca lo habría pensado; sois las máquinas asesinas del Emperador, y sigues siendo capaces de sentir envidia.

Halji se apartó de ella y comenzó a caminar de nuevo, mirándola irritado. -Ya te lo he dicho, es difícil de explicar.

-Lo explicaste perfectamente -dijo Ilya, trotando para mantenerse al día con él. -Pero lo que me preocupa es lo que pasará después. Si han cometido algún delito, ¿Qué vais a hacer? ¿Ir tras ellos? Tienes razón en una cosa; tienen una reputación.

Halji se detuvo entonces y se volvió hacia ella. Su expresión se volvió inusualmente oscura, como la luz de sol filtrada por un banco de nubes. –Escúchame -dijo con firmeza. -Puede que no seamos "verdugos" o "devoradores de mundos" o "los perfectos", pero somos lo que somos. Nunca hemos exigido el respeto de nadie, y si ellos no saben nada de nosotros, entonces pero para ellos, porque sabemos acerca de ellos. Somos más rápidos; nos movemos más rápido; matamos más rápido. Son hermanos, pero si Russ ha cometido el crimen, entonces el Khagan le aplastará como el perro andrajoso que es. ¿Has visto a nuestra primarca luchar? Eso es la perfección.

Ilya le devolvió la mirada, sobresaltada. Halji casi nunca levantaba la voz, pero ahora le sacudió con fervor.

Se resienten tanto por este desprecio, pensó, *y sin embargo, no cambiarán. Pero entonces, ¿Por qué habrían de hacerlo?*

Ella hizo una reverencia a modo de disculpa. -No estaba hablando en serio, Halji. Te he ofendido. Lo siento.

Halji negó con la cabeza de piel oscura con desdén. -La culpa es mía. No debería estar preocupado por ello.

Ilya le miró pensativamente. Los signos y dispositivos que antes le habían parecido tan extraños para ella: marcas tribales, marcas de muerte de filos dentados de hermandades. Eran ahora una parte de su propia vida. Si se quedaba con la Legión mucho más tiempo, entonces podría incluso llegar a entender su forma de pensar. Un poco más y ella comenzaría a compartir sus resentimientos.

-¿Así que llegaremos a eso? -preguntó, en serio esta vez. -¿El Khan combatirá al Lobo?

Halji comenzó a caminar de nuevo. -Asuntos de Fidelidad -dijo rotundamente. –Si el Señor de la Guerra lo ordena, ¿Cómo podría negarse?

La *Hrafnkel* se revolcó en un torrente de fuego enemigo, girando en medio de una nube silenciosa de vigas y senderos de torpedos. Las armas más poderosas aún devolvían el fuego, iluminando sus flancos bronceados en destellos de brillantez súbita. Los cadáveres de una docena de naves la rodeaban como lunas orbitando de un planeta, sus cascos ahuecados por las vastas explosiones que las habían destruido.

La nave insignia se retiraba ahora hacia el núcleo asediado de la flota de los Lobos Espaciales, sin escoltas y sus escudos parpadeando. Una caída típica erupción en el corazón de la batalla-esfera había embrutecido su magnífico esquema, a pesar de la carnicería que había causado en el camino.

Estaba aislada, fuera de posición, expuesta. Aquellas naves de guerra de la Legión Alfa que habían resistido su carga inicial se volvían ahora respondían con sus propias andanadas organizados, permaneciendo a larga distancia y salpicando a la bestia lisiada con golpes de lanza.

Bjorn observó la carnicería por las ampollas de visión natural en el puente de la *Helridder*. Cada impacto en el casco roto de la nave insignia la sentía como una puñalada en su propio corazón. Vio los torpedos de abordaje desatados, tal y como lo hicieron contra su propia fragata. La habilidad de la Legión Alfa con esas malditas cosas era fenomenal.

-Acércanos mucho, capitán –ordenó Bjorn.

La *Helridder* no era la única nave en llamas hacia la lisiada *Hrafnkel*; naves de ataque de ambas flotas habían perfumado el vacío con sangre y corrían a su posición. Las naves de guerra de la Legión Alfa llegaron en oleadas, aumentando gradualmente el volumen de fuego; las naves de los Lobos respondieron con creciente desesperación, arrojando sus cascos ya dañados en el camino de las barreras fulminantes.

-No duraremos mucho en esto -respondió el capitán. Su voz no delataba miedo, sólo una exposición contundente de los hechos.

-Entendido. ¿Cuál es el estado de la *Hrafnkel*?

-Los escudos de vacío están caídos, a pesar de que todavía tienen energía y lanzas. Hemos detectado muchos impactos de torpedos.

Bjorn miró hacia las filas de naves de guerra entrantes de la Legión Alfa, la mayoría de las cuales superaban la potencia de fuego de la *Helridder* por un margen incómodo. Su nave podría desviar un poco del fuego de la insignia por un tiempo, pero supuso que sería un respiro dolorosamente breve.

-Han aterrizado cientos -observó Godsmote, mirando a las lecturas recibidas por los sensores desde la nave insignia.

Bjorn asintió. -Esa es la pelea en la que tenemos que estar -se pasó la lengua por sus colmillos, sintiendo un leve sabor ácido. -Este parece ser el día de los torpedos. Es hora de mostrarles lo bien que apuntamos -se volvió hacia el maestro artillero. -Esperad hasta que estéis lejos, luego llevad la nave a la línea de fuego de la Legión Alfa y haced todo el daño que podáis. ¿Sabéis lo que eso significa?

El capitán alzó la vista hacia él, su rostro fenrisiano canoso desafiante. -La Mano de Russ sea contigo, señor.

Bjorn se inclinó respetuosamente. -Hasta el próximo invierno.

Godsmote, Eunwald, Angvar, Urth y Ferith ya estaban ansiosos por ir; Bjorn podía sentir sus feromonas asesinas, tan ricas y animalista como almizcle de depredadores, y ellos olieron las suyas.

-Es hora de cazar -dijo.

La cámara de torpedos estaba muy por debajo del nivel del puente, rodeado de gruesos mamparos de adamantium e iluminado con lámparas de combate rojas. Cada torpedo de abordaje estaba a la cabeza de un túnel de lanzamiento circular rodeado de runas de protección talladas. Una nave más grande habría llevado escuadrones enteros de Segadores de Cascos o naves de asalto Caestus, sus proas atestadas con racimos de armas de fusión y chasis capaces de llevar a todo un pelotón al combate, pero la *Helridder* tenía el complemento mínimo para su

categoría: diez tubos delgados, cada uno equipado con una única carga de fusión en la proa y zonas de impacto reforzadas. Los torpedos tenían menos de seis metros de largo en sus tubos y tenía espacio para un único ocupante en servoarmadura.

-Santo cielo -juró Godsmote, mirando dubitativamente a su receptáculo similar a un ataúd.

-Están mínimamente guiados una vez en marcha -dijo Bjorn, apretando el hacha en la parte delantera de su coraza e introduciéndose en el torpedo. -Tratad de obtener una señal una vez estéis en la nave insignia. Si podemos reunirnos, tanto mejor. Si no simplemente matad a todo lo que encontréis.

El grupo se colocó en posición y encadenó a sus agarraderos. Luces de emergencia comenzaron a palpitar con enojo y el último de la tripulación de lanzamiento se escabulló de la cámara. Bjorn se recostó en su cápsula, sintiendo la creciente vibración de los propulsores del dispositivo.

-Buen viaje -dijo, dando su orden mientras la puerta del ataúd se cerró sobre él. Los pernos de bloqueo se cerraron con una cascada de sonidos metálicos.

Bjorn escuchó su respiración, caliente y pesada en la oscuridad. Apretó los dedos de la mano, sintiéndose confinado.

Así es como deben sentirse los Dreadnoughts, pensó. *Pobres diablos.*

Los propulsores detrás de él se encendieron, aumentando rápidamente a un rugido sordo. Oyó las escotillas exteriores se abrieron, seguido por las prisas del aire escapando. El torpedo temblaba como un ser vivo. El casco de Bjorn se conectó a la perfección con los sistemas a bordo de la cápsula, dándole una cuenta atrás.

Allá vamos.

El torpedo fue lanzado por el tubo. Bjorn se estrelló contra su arnés, todo su cuerpo arrojado contra el mamparo trasero. Tuvo la impresión viajar a gran velocidad en línea recta durante unos segundos y luego un cambio salvaje de trayectoria cuando el torpedo descendió y encaró el gigante tambaleándose de la *Hrafnkel*.

Apretando los dientes contra la fuerza colosal, estudió las lecturas del sensor cayendo en cascada en el interior de su casco traqueteando. Vio los puntos

brillantes de los demás torpedos siguiéndole, en espiral a través de zonas ardientes de fuego láser. La nave insignia se alzaba con una velocidad aterradora, un enorme bloque holográfico que brillaba intensamente contra un vacío negro.

Se preparó para el impacto, y entonces vino; una explosión de la carga de fusión que hizo temblar al torpedo, seguido de una explosión masiva que arrojó a Bjorn con fuerza contra sus abrazaderas. Incluso con servoarmadura y protegido por la cubierta exterior del torpedo el impacto fue feroz, tirando de él hacia delante y casi noqueándolo. El tubo penetró unos cuantos metros, temblando mientras talló su paso por el sólido casco y las cubiertas.

Un segundo más tarde y los pernos de bloqueo del torpedo se retiraron con un silbido. Sacudiendo la cabeza para despejarse, Bjorn golpeó mecanismo de liberación de la jaula de contención. Su cápsula se abrió y él se puso en pie, desbloqueando su hacha y barriendo a su alrededor.

Los escombros se acumularon, atrapados en el aullido de la atmósfera de la nave despresurizándose rápidamente. Combatió contra ello, luchando a través de la vorágine, su servoarmadura arrastrada a los canalones en llamas. La plataforma de metal alrededor de él se torcía desde el impacto de fusión: tenía que trepar por entre los escombros antes de encontrar terreno más firme, a la vez que luchar contra el ruido y el huracán de oxígeno escapando. Los lúmenes fueron destrozados a su llegada y la visión nocturna de su casco era una mancha de movimiento.

Sólo una vez pasado el siguiente mamparo largo fue capaz de sellar la puerta detrás de él y detener la despresurización. Estaba dentro de la *Hrafnkel*, en algún lugar de las cubiertas inferiores. Activó el campo disruptor de *Blódbringer*, inundando el espacio confinado con azul hielo.

-Informe -transmitió por el canal de grupo, buscando las runas de localización de los demás.

Nada llegó: ni localizadores, ni respuestas. Su pantalla estaba dañada; un laberinto de retroalimentación y designadores de objetivos sin concretar. Golpeó con el mango de su hacha un lado de su cabeza, sacudiendo las señales y obligando un reinicio que trajo nuevas runas de objetivos por la pantalla.

-Skítja -escupió, frustrado, avanzando por el pasillo y abriendo otra puerta deslizante.

Al otro lado había un depósito de suministros, su techo perdido en la distancia y sus sombrías paredes alzadas a ambos lados. Torres de cajas de tránsito se alejaban en todas direcciones, encerrados por descomunales andamios metálicos. Cadenas colgaban desde el techo del espacio de carga inertes, suspendidos de la cumbre de la cámara sobre raíles de metales pesados.

Delante de él la oscuridad fue rota por llamaradas y explosiones. Gritos estrangulados resonaron por los senderos estrechos entre las torres, cortados rápidamente. Olía los olores familiares de combate: fycelina, sangre, miedo humano.

¿Dónde está mi grupo?

Empezó a correr por los cañones, maldiciendo el enjambre de basura sobre su pantalla táctica. Corrió hacia el frente, llegando eventualmente a un espacio abierto más allá de la primera pared de cajas apiladas. Un levantador había sido derribado delante de él en una maraña de metales retorcidos y eslabones de cadena cortados, más grande incluso que un Titán Warhound en su ruina.

Por un momento Bjorn no vio nada: ni cuerpos, ni objetivos. Entonces la torre a su derecha voló en pedazos en un maremágnum de plastiacero ardiente. Un guerrero con servoarmadura gris perla voló a través de las placas de la cubierta de plastiacero delante de él, sus miembros rotos, derrapando a un alto y dejando una larga mancha de sangre a su paso.

Bjorn se dio la vuelta, pelo erizado, preguntándose qué podría destrozar una servoarmadura completa de Marine Espacial con tanto desdén.

Entonces el enemigo salió de las sombras y lo entendió perfectamente.

El Khan permanecía en su cámara de meditación privada, en lo alto de los hombros en terrazas de la Tormenta de Espadas. Ante él se levantaba una cúpula multiusos de cristal mirando hacia el vacío más allá. Observó sus naves suspendidas en la oscuridad, alineadas y listas para la acción, preparadas para su orden.

Muchos miles de almas tripulaban esas naves, tanto Marines Espaciales como mortales. Cada una por sí sola tenía el potencial para aniquilar a los mundos; juntos, su poder era casi incomprensible.

¿Alguna vez se ha concentrado tanto poder en tan pocos pares de manos?, se preguntó. *Toda la galaxia confiada a vein… no, dieciocho hermanos. El peligro de ello es obvio.*

Orgullosa, la cara aguileña del Khan bajó hacia su ornamentado pectoral.

Mi padre conocía los riesgos. Debería haberlo hecho. ¿Por qué está ahora en silencio?

Se apartó de la cúpula de observación. Los artefactos se alineaban en las paredes a su alrededor; fusiles de chispa antiguos, sables, mazas y alabardas. Sus botas se hudían en una alfombra de piel espesa. Libros de mil mundos y de un lapso de diez mil años forraban estantes de madera iluminados por la suave luz de un fuego real.

Sus movimientos eran silenciosamente poderoso, como un tigre rondando de un lado a otro en su jaula. Su capa ondeó hasta los tobillos, rozando el marfil y el oro de su armadura de batalla y envolviendo la vaina de su espada dao.

Magnus, caviló, mirando las llamas. *Mi buen amigo*.

Recordó su encuentro inicial en Ullanor, reunidos en la Llanura del Triunfo con la última sangre de los pieles verdes muertos todavía maloliente en el aire.

-Saludos, hermano –dijo entonces Magnus, sonriendo a través de su extraño rostro rubicundo, saliendo de su transbordador con su cábala carmín y cartelada a cuestas. -De hecho estabas luchando aquí, dicen.

El Khan hizo una reverencia. -En el sistema. Horus se quedó el mundo principal.

Magnus llevó una gran mano al hombro del Khan. -Por supuesto que sí. ¿Cómo estás? Te veo más delgado de lo que eras, si tal cosa fuera posible.

El Khan se encogió de hombros inequívoco. Magnus era un poco más alto que él, un poco más amplio, con su florida melena escarlata y ataviado con ornamentación extravagante. Parecía uno de los Emperadores Dorados de Qo que el Khan había matado.

-No me gustan estas reuniones -dijo Khan, con vistas a la llanura y las masas reunidas. Miles de batallones de la Legión ya habían desembarcado y toda la llanura pulida era molida por el equipo pesado de media docena de legiones diferentes. El aire estaba lleno de humos del motor y el polvo picante. Por encima de ellos, en la atmósfera baja, colgaban las sombras masivas de los transportes masivos.

-¿Tendremos tú y yo -acordó Magnus. -la oportunidad de hablar?

El Khan se acercó más. -Espero que sí. El ángel está aquí; tenemos que hablar.

-Sobre el Librarius.

-Debes haber oído los rumores.

Magnus sonrió con tristeza. -Siempre hay rumores. Russ puede gritar su ignorancia tanto como quiera. Creo que el resto del Imperio aprenderá a ignorarlo.

-No es sólo Russ.

-Menos preocupante entonces -dijo Magnus. -Siempre habrá sospechas de los bendecidos. Tenemos que manejarlo, explicarlo. Confía en la iluminación.

-Te olvidas, hermano, que no soy un bendecido.

-¿No lo eres? -preguntó Magnus, sonriendo astutamente. -Si tú lo dices.

-Destruirán lo que hemos construido. Angron, Mortarion, Russ. Ninguno de ellos descansará fácilmente. Si aseguramos lo que hemos ganado…

-Te olvidas de una cosa.

-¿Qué es?

-Nuestro Padre -dijo Magnus, con cariño. -Puso esta cosa en movimiento: ¿Te imaginas dejándole que los perros de ataque lo arruinen? A Mortarion y Russ se les dará la oportunidad a fulminarlo, lo he visto. Nuestra única tarea, mi esquivo amigo, es seguir siendo fieles a la razón.

El Khan miró al ojo de Magnus, viendo la confianza en él. La fe.

Eres sabio de muchas maneras, pensó sombríamente. *Pero eres un erudito, no un guerrero, y no ves realmente el peligro.*

-Un ajuste de cuentas -advirtió el Khan. Se volvió hacia un lado, haciendo un gesto para que Yesugei se acercara. -Este es mi consejero, Targutai Yesugei, Vidente de la Tormenta en nuestra Legión. Sería aconsejable designar contrapartes; una alianza entre la ideas afines.

-¿Una cábala? -preguntó Magnus.

-Una conversación -dijo Khan.

El Rey Carmesí consideró a Yesugei por un momento. Su único ojo brillaba ante la tenue luz del sol de Ullanor, como si sondeara profundamente en lo oculto.

-Poderoso -dijo al fin, su voz correctamente respetuosa. –Habrías encontrado un lugar a mi lado de haber nacido bajo cielos prosperinos -hizo un gesto a uno de sus acompañantes a unirse; una figura alta con servoarmadura rubí y portando un bastón de marfil.

-Zadyin Arga Targutai Yesugei -dijo Magnus, hablando el Khorchin con una inflexión perfecta. -Este es Ahzek Ahriman. Creo que tú y él podríais hablar.

Ahriman se inclinó, al igual que Yesugei.

-Me siento honrado, Vidente de la Tormenta -dijo Ahriman, su voz tan culta y sutil como todos los de su especie.

-El honor es mío -dijo Yesugei, menos fluido, traicionando el escaso dominio del gótico que afectaba a tantos de la V Legión.

Magnus volvió a mirar al Khan, todavía de buen humor. -Así que ahí estamos -dijo. -Hemos establecido tu conversación. Ahora, ¿Deberíamos persistir en esta llanura de polvo obstruido toda la mañana, o la munificencia del Imperio se extiende aquí hasta algo de comer?

El Khan recordó cómo se comportó Magnus entonces; las sonrisas un poco forzadas, la amabilidad un poco implacable. Magnus estuvo preocupado por algo en Ullanor y sus intentos de hacer caso omiso no tuvieron éxito. No era un hipócrita: la verdad brillaba en él como la luz de una estrella, pura e ingenua.

Ullanor fue la última vez que hablaron. Era extraño, demasiado extraño, pensar en esa alma masiva derribada por las espadas crudas de los Lobos Espaciales. El Rey Carmesí era tan consumadamente poderoso, tan inmerso en las ricas artes de los cielos, la materia misma del velo; si de verdad había caído, entonces la galaxia se había convertido en un lugar deformado y confuso.

-Khagan -dijo una voz desde la puerta abierta.

El Khan se volvió para ver a Qin Xa de pie ante él. El maestro keshig ya estaba con su servoarmadura, una descomunal servoarmadura de Exterminador repleta de los trofeos de su inigualable historial de combate.

-Necesito más –le dijo el Khan. -Más información. No voy a atacar a mi hermano sin confirmación.

Qin Xa se inclinó. –Los oradores de estrellas reciben más visiones.

-¿Que lo confirman?

-Algunas lo hacen -el maestro habló con voz entrecortada. -Otras no. Tenemos interpretaciones contradictorias.

-Explícate.

-Algunas nos dicen lo que ya sabemos: Leman Russ ha vuelto rebelde, impulsado por el odio a Magnus. El Señor de la Guerra nos ordena llevarlo a juicio. La XX Legión ya se habrá enfrentado a ellos.

-Serpientes de Alpharius -dijo el Khan despectivamente.

-Pero tenemos otros informes -dijo Qin Xa. -Sólo escuche esto: dicen que el Señor de la Guerra se convertido en un renegado y tomado a muchas Legiones con él. Se nos ordena volver al Mundo Trono y permanecer junto a Dorn y Russ para defenderla.

Ante eso, el Khan no tuvo palabras. Se quedó mirando a Qin Xa, sintiendo la sangre corriendo con fuerza por las sienes.

-Locura -dijo débilmente. Los pensamientos se agolpaban en su mente, en rápida sucesión, cada uno de ellos a medio formar y embarazados con posibilidades.

Empezó en Chondax, justo al final; el primer indicio de que no todo estaba bien. No hubo ningún informe a continuación, sin autenticación, sólo una visión marginal de los oradores de estrellas de dudosa procedencia. Debería haber sido fácil rechazarlo, acabar con el poder deformante del velo, pero no fue. Se encaraba a él, desenredando su sueño.

El Señor de la Guerra se yergue sobre un precipicio.

Había sido difícil saber qué hacer con eso. ¿Tendría que haber reunido a la Legión para averiguarlo? ¿Qué significa acaso?

-Locura -dijo de nuevo.

-De hecho -respondió Qin Xa con calma. -Cada orador de estrellas de la flota está teniendo un sueño diferente. Los Zadyin Arga están trabajando para descubrir la verdad.

-¿La verdad? –rio sordamente el Khan. -¿Qué verdad? -sintió que su mano alcanzaba instintivamente su espada y tiró de ella hacia atrás. -Necesito más. ¿Por qué se está levantando la oscuridad justo ahora?

Qin Xa se inclinó a modo de disculpa. -Se está haciendo todo lo posible en ave…

-¿Está muerto? -preguntó el Khan, siendo dominado por la frustración momentáneamente. -Esa es la primera tarea. Necesito saber si Magnus vive. Diles eso.

-Nada puede adivinarse de Próspero. Parece probable que…

-¡No es lo suficientemente bueno! -rugió el Khan, cerrando sus inmensos puños. Sintió una furia salvaje, no la rabia sana del campo de batalla, sino una rabia ahogada, impotente en la ignorancia. -Tengo la fuerza de la Legión dispuesta delante de mí, lista para atacar. El *ordu* se reúne y ninguno me puede decir quién es el enemigo. Diles que si no pueden interpretarlas correctamente entonces subiré a sus chapiteles y controlaré sus sueños por ellos.

Qin Xa capeó el temporal, en silencio mientras el primarca rabió. -Así se hará.

-Rápidamente -insistió el Khan, cediendo a la tentación de agarrar la empuñadura de su dao. -Les doy doce horas. No vamos a permanecer en este remanso mientras arde la galaxia. Dondequiera que esté la guerra la encontraremos.

Un timbre bajo sonó en un gran escritorio de pedestal en el rincón más alejado de la cámara. Un hololito parpadeó sobre la superficie barnizada y la vieja cara llena de cicatrices de Hasik Noyan-Khan apareció en ella.

El Khan se volvió para encararle. -¿Noticias?

-Algo así -replicó Hasik, su voz vacilante con estática. *-Se están materializando naves en el borde del alcance augur. No hay respuesta a nuestras comunicaciones y parecen desplegarse para el ataque.*

-¿Los Lobos? -preguntó el Khan. -¿O más de los nuestros?

-Ninguno de los dos -informó Hasik, su voz normalmente plana marcada por la incertidumbre. *–Naves de la Legión Alfa.*

Los ojos de Qin Xa se estrecharon. El Khan casi sintió ganas de reír. Nada tenía sentido. Después de años aislados del resto de la galaxia, encerrado en una campaña que prometió poca gloria y mucho trabajo duro rutinario, toda certeza parecía haber sido torcida a un nivel cómico de incongruencia.

Nuestros guerreros están entrenadas para este juego. Aprenden a ver las amenazas de todas partes.

-Mantened posiciones -ordenado el Khan. -Tratad de comunicaros con ellos y no disparéis a menos que disparen. Alguna clase de brujería está actuando aquí y no seré arrastrado a ella sin saber por qué. Me reuniré contigo en breve. Hasta entonces, sabe su trabajo.

La cabeza hololítica de Hasik hizo una reverencia y el enlace se cortó.

Qin Xa levantó una ceja inquisitiva. -Me gustaría ofrecer consejo, Khagan -dijo, -si tuviera alguno.

El Khan juntó sus guanteletes. No surgían patrones. Su mente de estratega; mucho más aguda de lo que Guilliman o Dorn nunca tuvieron la decencia de reconocer, cayó en su modo conocida: analizar, proyectar, contrarrestar, sorprender.

-Tenemos que iluminar nuestro sendero, *keshiga* -murmuró. -Somos como ciegos que luchan contra el vidente.

A pesar de todo, sintió los primeros movimientos de disfrute encendiéndose en su alma. Miró hacia el campo de estrellas más allá de la vista de la cámara, sopesando opciones, equilibrando probabilidades. Esto era para lo que él había nacido: no corriendo en pos de pieles verdes sino el gran juego, el choque de poderes.

-¿Te acuerdas, Xa? -dijo. -Tú, Yesugei, Hasik y yo contra todo un mundo: un centenar de imperios, cada uno con un millar de espadas. Ha pasado demasiado tiempo desde que tuvimos un verdadero desafío.

Qin Xa parecía seguro. -Entonces, ¿Quién es el enemigo ahora, Khagan? -preguntó. -Eso es todo lo que necesito saber.

-*Todos* ellos son el enemigo -dijo Khan, caminando hacia la puerta que lo llevaría al puente. -Siempre lo han sido.

SIETE

Contemptor

Impenetrabilidad

Mareas del Éter

Bjorn escupió sangre mientras corría, estrellándose en una línea de cajas vacías y dispersándolas por el suelo. Por instinto se tambaleó hacia su derecha, evadiendo por un pelo un huracán de proyectiles que gritó por encima de su hombro en inmersión. Llegó a una especie de cobertura, restos de la grúa de carga, y se lanzó a la sombra de la cabina destrozada.

El enemigo vino tras él, haciendo crujir los restos de cinco Lobos Espaciales muertos. Sus enormes pies resonaron sordamente contra la cubierta, rotando su enorme puño con garras y su cañón de asalto humeante rechinó mientras otro cargador fue vomitado hacia la cámara.

Un Contemptor, Bjorn pensó con tristeza. *Esta era una acción de abordaje menor.*

El Dreadnought se alzaba pesadamente sobre él, con la certeza implacable de algún saurio gigantesco al acecho. Sus chimeneas traseras gemelas gotearon humo

aceitoso a medida que pisoteó a través de los restos, envolviendo un chasis que zumbaba y farfullaba entre dientes y con actividad mecánica.

En el espacio de un solo latido, agazapado detrás de la más endeble de las protecciones, Bjorn evaluó sus opciones.

Decisión hecha.

Salió a correr, a descubierta de los escombros del levantador incluso cuando el cañón de asalto del Contemptor abrió fuego de nuevo, triturando los restos en una tormenta de fuego. Esprintando hasta una de las garras medio aplastada del levantador antes de ser machacado, Bjorn ganó algo de altura, la suficiente para ver los ojos brillantes del Contemptor parpadeando y devolviéndole la mirada.

-¡Hjolda! -gritó, casi riéndose de lo absurdo de lo que planeó y luego se lanzó por el aire.

Fintó fuera del alcance de la furia del cañón de asalto y chocó contra el hombro del Dreadnought. Bjorn blandió su hacha con filo crepitante, cortando profundamente la carcasa de su capucha blindada, aferrándose a mitad del torso. El Contemptor giró violentamente, casi lanzándolo en el primer intento. Bjorn se izó, esquivando la garra relámpago girando. Aterrizó un golpe duro en el casco del Contemptor, luego otro, golpeándolo con su media mano. La mecánica sin terminar de su puño se hizo añicos rápidamente pero rompió uno de las piezas oculares inclinadas y dejó escapar un gruñido de satisfacción.

El Contemptor se tambaleó de nuevo, deshaciéndose del beso de *Blódbringer*. Bjorn fue lanzado y cayó a mitad de camino; se estrelló contra el suelo a tres metros de distancia, lo justo para mantener el agarre de su hacha. Él se dio la vuelta, sólo para mirar directamente a los tubos del cañón de asalto.

-*¡Skíthof!* –rugió Bjorn desafiante, preparándose para la lluvia de proyectiles que le pondría fin, decidido a mantener los ojos abiertos.

Pero entonces una lluvia de proyectiles reactivos de masa se estrelló contra el Dreadnought a su izquierda, fundiendo su blindaje y desencadenando una cortina ondulante de mini-explosiones. Los tubos del cañón de asalto del Contemptor pivotaron a un lado, tocados por el aluvión y descargaron a menos de un metro de donde yacía Bjorn.

-*¡Fenrys!* -llegó el frenético grito de guerra de Godsmote. -*¡Fenrys faerir mord!*

Tres de su grupo lo habían hecho, cargando hacia el Contemptor y desatando una lluvia de fuego bólter. Bjorn se puso de pie, evadiendo la trayectoria del cañón de asalto disparando aún y arrojando su hacha a la cabeza dañada del Dreadnought. La hoja segó hasta la meta, pero el Contemptor trató de liberarla. *Blódbringer* se mantuvo en su caparazón superior, escupiendo sin causar daño.

Bjorn sacó su pistola bólter y disparó con los demás, saltando de una masa arrugada de la cobertura a la siguiente mientras el hangar se llenó con el sonido duro de proyectiles bólter. Los cuatro vaciaron sus armas en el blanco, inundándolo en una llamarada de detonaciones.

Seguía avanzando. Le dañaron, pero seguía avanzando, vadeando la tormenta de fuego tal y como para lo que había sido diseñado. El cañón de asalto barrió en un arco ruinoso, destruyendo lo que quedaba de su escasa cobertura. Uno de los lobos, Eunwald, pensó Bjorn, saltó demasiado lento y fue golpeado en la espalda por el impacto. Godsmote fue lanzado a un lado casi en el último momento, su servoarmadura dividida por el pectoral.

No podían derribarlo. No podían acercarse lo suficiente, y no tenían las armas para hacerle daño a distancia.

-¡Padre de Todos! –rugió Bjorn, cargando a corta distancia, con la esperanza de que de alguna manera pudiera conseguir un tiro limpio en su cableado más vulnerable antes de que las garras de la maldita cosa le destriparan.

Él nunca tuvo la oportunidad. Ninguno de ellos la tuvo.

El vendaval salió de la nada, como si la cámara de pared hubiera sido lanzada de un puñetazo a la nada. La fuerza de ello los noqueó, tirándolos al suelo una vez más. Su visión se tambaleó y su casco se quebró con fuerza contra la cobertura. Escuchó lo que sonó como un trueno de última hora, seguido por el crepitar actínico de armas de energía detonando.

Con una sacudida de reconocimiento, se dio cuenta de que el vendaval no era por la descompresión, ni era natural; los vientos que aullaron a través de la cámara tenían la fragancia helada de Asaheim.

Bjorn levantó la cabeza, aturdido por el impacto, para ver al Contemptor frente a un nuevo enemigo. A pesar de todo, no pudo resistirse a una sonrisa torcida por ello.

El juego había terminado. El Rey Lobo había llegado.

Shiban llevó la *Kaljian* hasta en un tercio la velocidad, manteniendo una estrecha vigilancia sobre los escáneres tácticos agrupados alrededor de su trono de mando. La tripulación del puente trabajaba en sus puestos mientras Jochi, Chel y los otros legionarios de su séquito de mando formaban un semicírculo cerca.

-Mantened el curso -ordenó. -No sobrepaséis esta velocidad.

La *Kaljian* acababa de llegar a la concentración, una de las últimas en responder a las llamadas antes de serle ordenado salir de la flota en una misión de patrulla perimetral como parte de la respuesta de Hasik Noyan-Khan a la llegada de la Legión Alfa.

Las órdenes del centro fueron cortadas. Shiban supuso que era porque no tenían ni idea de lo que estaba pasando; desde luego él no.

-Estarán en rango visual pronto -observó Jochi.

Shiban podía oír la duda en su voz. La Legión Alfa era una incógnita. No habían respondido a las peticiones de comunicación y se limitaban a quedarse en el borde del sistema, acumulando silenciosamente más naves de guerra a través de una amplia extensión del espacio local.

-Mantened la línea, señor -advirtió Shiban, señalando una desviación menor en su sentido con respecto a las naves a cada lado de ellos. La respuesta de los Cicatrices Blancas había sido casi dolorosamente proporcional; una delgada línea de naves de ataque extendidas dentro del alcance de las lanzas unos a otros. Las naves de guerra más grandes de ambas flotas se mantenían en la retaguardia, rumiando en el borde de detección.

Todo había cambiado tan rápidamente, ilegible en una ráfaga de visiones astropáticas contradictoria y comunicados seguros: Russ de los Lobos se había convertido en traidor; o el Señor de la Guerra; los Cicatrices Blancas recibieron la

orden de reforzar a la Legión Alfa en Alaxxes; se les ordenó regresar a Terra; Ferrus Manus había matado al pavo real de Fulgrim; Marte estaba en rebelión abierta. Algunos de los mensajes disformes interpretados llevaban crono-marcas de meses atrás; algunos fueron enviados, al parecer, hace sólo unas horas.

Shiban había informado de sus resultados en Phemus inmediatamente al entrar en el alcance de las comunicaciones de Chondax, pero no tenía duda de que se habían hundido en la ciénaga de sesiones informativas sin dejar rastro.

-¿Por qué no transmiten nada? -preguntó Jochi. Se había quejado de lo mismo tres veces ya, vocalizando lo que estaba sintiendo toda la tripulación.

Shiban sonrió con cansancio. -Es la Legión Alfa, hermano. Su don es ser irritantemente obtusos.

Delante de ellos, una delgada línea de puntos brillantes se hizo visible por las ventanas panorámicas. Al principio parecían poco más que unas pocas estrellas de más. Después se volvieron constantemente más brillantes.

Un punto brilló en su pantalla retinal, lo que indicaba que las órdenes de Hasik fueron actualizadas. Shiban parpadeó para activarlas.

No hay respuesta del mando de la XX Legión. Los intentos de establecer contacto continúan. Primera oleada de naves entrando en trayectoria plana. No escalar la situación. No disparar a menos que disparen. Mantener la integridad del perímetro. No permita que las naves entrantes penetren el alcance de la flota principal. Prepárense para obtener más instrucciones.

Shiban respiró profundo. Esas órdenes tenían demasiado tufillo a contradicción como para ser totalmente útiles.

-Estamos siendo apuntados -llegó un informe de uno de los tripulantes del sensorium del puente.

-Identificad la fuente –respondió Shiban. -Fijadla y preparad la lanza principal. No dispare hasta que yo dé la orden.

La *Kaljian* se arrastró hacia delante, moviéndose mucho más lento de lo que generalmente le gustaba. Todo acerca de la fragata había sido diseñado para

movimientos bruscos y violentos en el fragor de la batalla; avanzar a velocidades tan magras exponía las asperezas del diseño del motor.

-Nos dijeron que la Legión Alfa se había enfrentado a los lobos -dijo Chel pensativo. -¿O es que sólo otra cagada astropática?

Shiban no podía darle una respuesta. O bien la XX Legión tenía una sospechosa gran cantidad de naves de guerra operacionales, o algo había ido mal con los augurios de una oradora de estrellas. Ambas eran posibles.

Se sentía tenso. Este no era el tipo de encuentro que disfrutaba: una prueba astuta y paso a paso de fronteras.

-¿Qué *quieren*? -preguntó Jochi de nuevo, mirando con recelo mientras la nave de la Legión Alfa más cercana estuvo aún más cerca.

-No es bueno especular -dijo Shiban. -Ellos desean vernos adivinando, así que sugiero que no se lo permitamos.

Las naves de la Legión Alfa en vanguardia surgieron de la nada, avanzando como parte de una línea de naves de guerra a imagen del propio despliegue de los Cicatrices Blancas.

Como nosotros, pensó Shiban. Todo era similar: las naves, las armas, sus configuraciones. La Legión Alfa había enviado las naves menores por delante, dejando a los gigantes agrupados en la retaguardia. La simetría del avance era espeluznante.

-¿Picos de energía? –preguntó Shiban, escrutando su perfil en crecimiento.

-Nada, Khan -respondió el operador del sensorium.

Para entonces Shiban podía distinguir detalles del casco de la nave en las pantallas de realidad aumentada. Era azul, de un azul índigo profundo y marcada con el distintivo Alfa encadenado de la XX Legión. Sus luces de posición parpadeaban a lo largo de sus flancos dentados, borrosos tras la interferencia de los escudos de vacío activos.

Llegaba a paso firme, ni apresurándose ni perdiendo el tiempo. Algo sobre el descaro de su aproximación era molesto; toda la presencia Legión Alfa hedía de arrogancia, de una superioridad conocida.

Ellos entienden lo que ha sucedido mientras hemos estado ausentes. Por supuesto que son arrogantes.

-¿Alguna brecha en su formación? -preguntó Shiban.

-No, Khan.

-¿Alguna brecha en la nuestra?

-Ninguna.

Sintió que sus dedos tamborileaban el brazo del trono de mando. Todos sus instintos de guerrero le gritaban *actuar*, que tomara la iniciativa, transformando la incertidumbre en algo de lo que pudiera tomar el control.

-Se ha detenido, Khan.

Shiban miro la proyección hololítica táctica de su trono. La línea de naves de guerra de la Legión Alfa llegó a un punto muerto, atado en un enorme patrón de espera.

-Parada total -ordenó.

Por toda la flota de los Cicatrices Blancas las otras naves en vanguardia hicieron lo mismo. Las dos vanguardias colgaron en el vacío, inmóviles, una pared de marfil y oro mirando a una barrera de azul y cobre.

Se hizo el silencio en el puente, sólo roto por el movimiento de los dedos sobre las consolas y el *clic-clic-clic* de los servidores trabajando.

-¿Y ahora qué? -preguntó Jochi, mirando sombríamente a los espectadores ante él.

Shiban apretó los dedos, unido las manos frente a su cara, con los codos apoyados en el trono de mando.

-Veamos quien parpadea primero -dijo.

Leman Russ se estrelló contra el Contemptor, rugiendo un grito de guerra que hizo temblar el lejano techo. Portaba la espada gélida *Mjalnar* a dos manos, su largo filo escupiendo y brillante con energías apenas contenidas. Su cara ruda y sin casco

ardía con la furia de los marcados por un dios y su cabello rubio se agitaba a su alrededor como una corona de luz solar invernal.

Bjorn captó la mirada en esos ojos azul cielo, sólo por un segundo, y sintió que incluso sus corazones templados por la guerra sazonado le traicionaran. El Rey Lobo en combate era como una avalancha derrumbándose por una montaña. El aura asesina que proyectaba era increíble; el aire zumbaba con ella, una pared de choques de almas que se estrelló como una ola sobre todo a su paso.

El Contemptor se dio la vuelta para enfrentarse a la amenaza y quedó impresionado. Russ cargó a través de los proyectiles del cañón de asalto en una lluvia de impactos desviados por su blindaje. Se estrelló con fuerza en el Dreadnought, deteniéndolo salvajemente. *Mjalnar* seccionó el cañón en un solo golpe, dividiendo los múltiples tubos y enviándolos con estrépito.

Sacudido, el Contemptor arremetió con su garra, apuntando a la garganta del primarca. Russ evadió la estrangulación y estrelló el codo en el casco del Dreadnought. Entonces la hoja atascada penetró de nuevo, delatado por el sonido metálico del caparazón devastado del Contemptor. La máquina de guerra se tambaleó y Russ se subió a ella, barriendo con su hoja en arcos segadores que escindieron ceramita y rompieron cristal blindado.

No fue ingenioso, no fue elegante; cada golpe era brutalizado por su potencia primigenia y el final llegó rápido. Russ cortó cuan guillotina, dividiendo el torso del Contemptor desde donde la hoja del hacha de Bjorn seguía clavado. Su caparazón agrietado se abrió con un *schlick* húmedo, exponiendo el burbujeante tanque amniótico de su interior. Russ se agachó, pasando a un agarre a una sola mano para que su guante estuviera libre para agarrar la carne encerrada.

El grito final fue repugnante; un delgado, apenas audible de la agonía de la plata del guerrero que una vez estuvo dentro de las entrañas del Contemptor. Russ arrancó el despojo de carne, arrastrando con ello una maraña de tubos de alimentación y haces neuronales. Fluido-sangre, nutrientes del tanque y lubricantes de motor salpicaron su armadura chapada enmarcada en oro.

Por un segundo, Russ mantuvo los restos mortales del Contemptor ante él. La criatura era pobre y goteando, una colección sórdida de órganos apenas viables. Algo así como un pulmón tembló húmedamente por hebras de tendón; un único ojo le miraba a partir de una masa craneal despulpada.

Russ acercó a si el despojo. -Deberías haberte seguido muerto.

Luego retorció el puño, estrangular la última chispa de vida del ocupante del otrora Contemptor y echó el cuerpo en el suelo con una bofetada sangrienta húmeda.

Sólo entonces Bjorn se dio cuenta de otras almas: Lord Gunn estaba allí, al igual que más de cincuenta guerreros de Onn. El ruido de fuego bólter hizo eco a través de la cavernosa sala a medida que eran cazados más infiltrados.

-Tú -dijo Russ, mirando a Bjorn acusadoramente. -¿Qué estás haciendo en mi nave?

Bjorn se puso en pie, sintiéndose torpe y superfluo. -Los escudos estaban caídos. Pensábamos…

-Ya sabía que estaban abajo -dijo con Russ desdén. -Yo los hice caer -la cara del Rey Lobo estaba rígida por la indignación. -Pensé que podría reunirme con él cara a cara. Pensé que podría conseguir una razón. No a su manera por lo que parece -escupió en el suelo, en la dirección del Contemptor derribado. -Sólo esta porquería y no nos dan ninguna respuesta antes de morir.

Bjorn se quedó mirando el cadáver del Dreadnought. Recordó las palabras finales del legionario Alfa que mató en la *Helridder*.

Por el Emperador.

-¿Entonces... los escudos de vacío son operativos? -preguntó Bjorn. ¿Es segura la nave?

Russ acechó el chasis vacío del Contemptor y liberó el hacha de Bjorn. -Siempre ha estado seguro. ¿Crees que arriesgaría la *Hrafnkel* sólo para hacer sangrar a Alpharius? -hizo una pausa. -En realidad podría. Pero no lo hice.

Russ arrojó el hacha de nuevo a Bjorn, que la cogió con su mano derecha.

-Nos retiramos –anunció Russ, mirando hacia Gunn. –Limpiad los niveles inferiores de el resto de inmundicias y luego informadme en el puente.

Bjorn vio, con una sacudida de la humillación, que nunca había sido necesario. Todo el episodio fue inútil. Pensó en la *Helridder* y en cómo demonios volverían a ella; si es que todavía existía.

-Pero *tú* -dijo Russ, volviéndose hacia él con una mirada atronadora en el rostro ensangrentado. -Puedes venir conmigo.

El cielo era demasiado oscuro, como si las estrellas se hubieran extinguido por una mano gigantesca. Y la tierra era dura como un hueso, tan negra como el ónix, cristalina y brillando débilmente bajo la luz de una sola luna. El polvo flotaba a través del paisaje, posándose por un momento y agitándose al siguiente.

El Khan luchaba contra algo; difícil de entender lo que era, pues su visión era bloqueada por una capa de remolinos. Se movía rápido, muy rápido, más rápido de lo que Yesugei había visto nunca antes. La hoja dao se movía como una flecha, capturando la poca luz que quedaba y se derramaba a través de esa tierra extraña y negra.

Yesugei contuvo el aliento. Ver la pelea del Khan era como ver energía pura, al igual que las horquillas del cielo como un rayo que formaban su emblema. Las nubes por encima se separaron, revelando nada más que espacio vacío. El polvo se levantó desde las botas del Khan, colgando en el aire antes de soplar a la nada.

Esta es la tierra de los muertos, pensó Yesugei. ¿Ha muerto? Seguramente lo sabría.

Jaghatai era un fragmento único de luz en la oscuridad infinita. Desafiante. Hermoso.

Me dijiste que no tenías regalo. No te creí entonces, y no lo hago ahora. Esta no es la lucha de una criatura mortal.

El Khan presionó su ataque, blandiendo su espada con ambas manos, sus movimientos eran borrosos por su velocidad y precisión. Era imposible seguir el patrón del dao; el punto brillaba al borde de su visión.

¿Por qué estás aquí? ¿Por qué estás en este lugar?

La cosa contra la que luchaba era masiva, un sudario de no-luz que parecía absorber la vitalidad con sus fauces. Algo acerca de ello era eterno, inconmensurable e inmortal.

Muerte. ¿Los primarcas mueren? ¿Qué es lo que los mata?

El Khan luchó. Estaba solo. El mundo vacío se extendía lejos de él, sus horizontes vacíos, sus cielos vacíos. Incluso el viento era apático, los últimos estertores de un millón de almas extinguidas.

Cuando el Khan cayó, Yesugei despertó.

El Vidente de la Tormenta se sacudió de su sueño. La única manta de la litera de su celda estaba empapada en sudor. Por un momento se quedó bloqueado en el recuerdo, paralizado por la visión del primarca de rodillas, perdido en medio de la tierra negra. Derrotado.

Su respiración era irregular, y podía sentir sus dos corazones martilleando. Abrió sus palmas y vio el brillo sobre ellos, enfriándose por el frío de la cámara.

-Lumen -graznó, y la luz se hizo en la cámara. En el lado opuesto de la habitación había un lavabo de metal que encerraba una jofaina y una taza de acero. Se levantó tembloroso y caminó hacia él, salpicando agua corriente sobre su cara. Luego bebió, llenando la copa dos veces. Su contenido sabía como la típica agua reciclada en el espacio: suave, salobre, estéril.

Yesugei se miró en el espejo sobre el lavabo. Vio su rostro arrugado por la edad, atravesado con tatuajes y marcas de clan, su coronilla calva desde donde la capucha cristalina sobresalía contra la piel.

Pensó que estaba pálido. Su piel estaba blanqueada por la luz dura, echando sombras bajo sus ojos.

Parezco un monstruo.

Se frotó la cara con las manos y estiró la espalda. La cámara zumbó con el timbre bajo de los motores disformes. La *Luna Segadora* viajaba por lo profundo del éter y su viaje no había sido fácil. Los cronómetros giraban frenéticamente desde que se rompió el velo, advirtiéndoles de que el salto sería salvaje.

Yesugei se apoyó contra la pared, sintiendo las vibraciones del metal contra su piel sudorosa. Toda la nave gemía y crujía como azotada por vientos físicos, aunque sabía que estaban a mundos de distancia de cualquier cosa física.

Recordó hablar con Ahriman al respecto cuando los dos estuvieron juntos en Nikaea. Incluso ese lugar infernal de volcanes y aire caliente era preferible al flujo bruto de la disformidad.

-¿Dices que no hay nada malo en... cómo lo llamáis? ¿Gran Océano? -preguntó, vacilante por su pobre gótico.

Ahriman sonrió en voz baja. El poder del Bibliotecario Jefe era evidente en cada gesto. Como muchos de los protegidos de Magnus estaba impregnada de él, repleto, saturado y empapado en poder. Los Mil Hijos trataban de ser modestos pero en el fondo sabían perfectamente que eran los más dotados. Les daba un aire indefinible de discreta superioridad y eso era, más que cualquier otra cosa, lo que hacía que los otros les odiaran.

-Hay mucho de malo en ello –contestó Ahriman, -como lo hay en el mundo de los sentidos. ¿Pero en su totalidad? No, yo no lo creo.

-¿Alguna vez has viajado con un Navegante? –sugirió Yesugei. -¿Visto lo que ellos ven?

-Por supuesto.

-¿Y no ves las caras?

-¿Las caras?

Yesugei luchó por encontrar las palabras. -Gritando. Arañando la nave.

Ahriman rio entonces; no en son de burla sino por diversión. Era la risa rápida y cálida de una mente inteligente, una que suele tomar placer en el mundo alrededor de ella y no encuentra nada que temer. -Creo que tal vez estabas soñando. Los viajes por el vacío te hacen soñar.

Hacer viajes por el vacío te hace soñar.

Yesugei se frotó los ojos. No había tenido un ciclo de sueño ininterrumpido desde que dejó Chogoris, y aunque hizo frente a la ausencia bien que hizo su mente se sentía aburrida y nublada. Cada hora arrebatada o así estuvo plagada de pesadillas. Últimamente había tenido la misma, una y otra vez: el Khan en la tierra de los muertos, batiéndose duelo con una vasta criatura de no-luz, solo, bajo un cielo sin estrellas.

Los sueños de los bendecidos nunca eran al azar, pero Yesugei era demasiado viejo para engañarse creyendo que eran siempre literales. Si le estaban diciendo algo, entonces la interpretación, la interpretación *adecuada*, lo era todo.

Sin embargo, era difícil ver al primarca de rodillas.

Activó su perla vox. -Comandante, siento la nave inquieta. ¿Está todo bien?

La voz de Lushan, cuando llegó, tenía un trasfondo apenas perceptible de tensión.- El navegante ha estado teniendo dificultades...

-¿Tormentas de disformidad?

-Eso, me dice, no le permite captarlo.

Yesugei cogió su túnica. -Estaré con usted en breve.

Yesugei pasó rápidamente por los pasillos y pórticos de corredera hacia el puente. Mientras iba, su mente no pudo despejarse. La atmósfera de la nave se sentía bochornosa y estrecha, como si una enorme tormenta eléctrica húmeda estaban en el punto de ruptura sobre ellos. A su alrededor, los miembros de la tripulación se dedicaban a sus tareas, haciendo una reverencia a medida que los pasó. Se veían tan demacrado como él, agotados por el deber de pilotar una nave a través de la agitación.

Yesugei nunca aceptó la teoría del éter benigno de Ahriman. Los Cicatrices Blancas lo trataban con cautela, hundiéndose en aguas poco profundas para extraer los poderes que empleaban sobre los elementos, nunca profundizando más. Tal era el patrimonio cauteloso de Chogoris, el legado de los antiguos Hacedores de Estaciones que habían parido sus poderes en las montañas Ulaav. El Zadyin Arga siempre había tratado con los poderes del cielo, pero nunca confiaron en ellos.

Yesugei sabía que otras hermandades Librarius pensaban que los Videntes de la Tormenta eran aburridos y falto de imaginación por eso. A Yesugei no le me importaba el desaire; sabía los beneficios que traían la limitación. A pesar de las burlas suaves de Ahriman, también sabía que no estuvo soñando cuando vio esas caras gritando y dedos arañando.

La disformidad no era benigna. Nunca lo fue. Esa fue la razón por la que se creó el Librarius: no extender el control de los poderes disformes en las Legiones Astartes, sino limitarlos.

Nikaea. Tal desastre.

Yesugei llegó al puente y un par de puertas blindadas de un metro de espesor se abrieron para darle la bienvenida.

La escena más allá de las puertas era una imagen de ansiedad controlada. Los miembros de la tripulación en tabardos blancos se inclinaban sobre pantallas de visualización, sus dedos bailando en las consolas. Persianas de hierro masivas cubrieron las ventanas panorámicas, estremeciéndose. Todo el puente, un anfiteatro coronado con una cúpula de borde bronceado y centrado en el trono de control de Lushan, estaba llena del crujido y chasquido de las aleaciones bajo estrés. Varias estaciones de cogitadores echaban humo y emitían destellos en forma de gusanos de electrostática.

-Las cosas van mal, entonces -dijo Yesugei, mirando a Lushan de pie en medio de un corrillo de técnicos de la unidad asustados.

El comandante de la nave con servoarmadura sonrió sombríamente. -Si no hubieras hecho contacto me he visto obligado a despertarte. Los campos Geller están perdiendo fuerza.

-Eso sí que es malo. ¿Qué se puede hacer?

-El navegante dice que deberíamos abandonar la disformidad. Es muy insistente.

Yesugei frunció los labios. Por encima de él, suspendida de cadenas chapadas en bronce, colgaba una pantalla de estado grande. La mayoría de sus indicadores ya eran rojos; otro parpadeaba crítico mientras miró.

-¿Dónde estamos? -preguntó Yesugei.

-Le pregunté hace unas horas -dijo Lushan. -Comenzó a gritar. No creo que lo sepa.

Yesugei asintió. -Sabíamos que esto iba a ser difícil. Así pues, tomemos el consejo del navegante; suena como si pudiera utilizar el resto.

-Como usted ordene –Lushan le miró vacilante. -Estaba tratando de conseguir un aproximado de nuestra posición antes de comprometernos con el espacio real.

Mientras hablaba, un profundo y rotundo *clang* metálico sonó desde las cubiertas abajo. Toda la estructura se estremeció, como si rebotara contra algo vasto e inmóvil más allá de sus límites exteriores.

Yesugei la vista hacia las persianas de urdimbre. Sería un asunto trivial to peer más allá de ellos, mirando a la no-materia hirviente que hierve más allá. Sintió la tentación de, sólo para ver el fermento que hizo su progreso tan doloroso - la galaxia entera agarrado por las fisuras de urdimbre de una manera que no podría ser más natural.

-Si nos quedamos la nave será destrozada -dijo Yesugei. -Confía en él; el navegante ve lo que nosotros no podemos.

Lushan se inclinó y se trasladó para activar los motores de espacio real de la *Luna Segadora*. Como se dio la vuelta, Yesugei sintió una descarga atravesarlo, un escalofrío que erizó su piel.

-¿Cómo es nuestra preparación para el combate? -preguntó.

Lushan pareció sorprendido ante eso, y un poco ofendido. -Estamos totalmente preparados.

-Bien. Coloque la nave en estado de alerta antes de que rompa el velo. Necesitaré mi servoarmadura.

-¿Has Sentido algo?

La mirada de Yesugei permaneció fija en las persianas. Temblaban como tela en una llanura azotada por un vendaval, advirtiendo de la creciente agitación más allá de su frágil piel protectora frágil.

¿Mueren los Primarcas? ¿Qué los mata?

-Procedimiento estándar, comandante -dijo, moviéndose para enviar órdenes a los servidores de la armería. -Asegúrense de que toda la tripulación hace lo mismo.

OCHO

Volver al Polvo

Hijos de Horus

La Jaula del Halcón

Era difícil mantener un sentido de auto-importancia en el puente de la *Hrafnkel*. Rodeado de Gunn, los Altos Sacerdotes Rúnicos y el corazón del mando de la Legión, Bjorn mantuvo la boca cerrada y los ojos bajos.

Hubo más combates antes de haber completado la retirada. Los operativos de la legión Alfa habían aterrizado en número a lo largo de las cubiertas inferiores, algunos vestidos con sus propios colores, otros en réplicas pasables de fenrisiano. Eso no les ayudó: la *Vlka Fenryka* podía oler a los suyos.

El daño ya estaba hecho, a veces severo, pero toda la nave fue puesta en estado de alerta antes de la caída temporal de escudos y por ello fue contenido. Quizás Alpharius lo supo y los grupos de abordaje no habían sido más que otra finta. Nada podría haber irritado más a Russ; el Rey Lobo rabió y maldijo todo el camino de regreso a los niveles de mando, desgarrando a las tropas enemigas en su camino con brutal exceso.

-¡Angron me plantó cara! -estalló, arrojando los cuerpos destrozados de los legionarios en la distancia. -¡Magnus me plantó cara! ¿Qué fue esto? ¿Por qué no ha venido *él*?

La ira había sido real, el tipo de ira que estuvo construyendo durante las semanas que sucedieron a Próspero pero, pese a todo, Bjorn detectó una nota falsa en ella, sólo un eco de algo que sonó no del todo cierto.

¿De verdad esperabas que se teletransportara? ¿Lo hubieras hecho en su posición?

En cualquier caso, la *Hrafnkel* fue finalmente asegurada, sus escudos restaurados y el séquito de Russ de vuelta al puente cavernoso. Una vez que el Primarca estuvo en plena posesión de la situación táctica, su estado de ánimo no mejoró.

La Legión Alfa mantuvo la superioridad que disfrutaba desde el inicio del combate. Sus naves se habían ido a la batalla en buen estado, totalmente equipadas y

superiores en número. Los lobos mitigaron su avance con una contra-carga normalmente exuberante, pero el impulso ahora estaba fallando. Docenas de naves de guerra habían sido destruidas; incluso las más grandes estaban recibiendo graves daños. Poco a poco, como un par de manos que aprietan alrededor de un cuello expuesto, su esfera de mando se estaba reduciendo.

Bjorn se mantuvo fuera de la línea visual del Primarca, escabulléndose en los márgenes oscuros del espacioso puente. Aunque trató de bloquearlo, no pudo evitar escuchar el zumbido de los informes entrantes de los servidores en canal prioritario.

-Perdiendo escudos de vacío... Perdiendo escudos de vacío... Adoptando curso y velocidad de embestida... Motores sobrecargados... *Jarnkel* destruida... *Jarnkel* destruida... Todas las naves en la zona *tra-fyf* retrocedan a la contingencia... enjambre entrante en la *Heimdl*... Perdiendo integridad del casco... Perdiendo integridad del casco... Brecha en el núcleo detectada... Heimdl destruida...

Ninguna cantidad de genio en guerra espacial revertiría ahora las pérdidas. Se intentó una táctica desesperada y había fracasado.

Todos ellos esperaron.

Durante mucho tiempo, a pesar de más informes de daños y destrucción, Russ no dijo nada. Cada vez que un aviso de *nave destruida* parapdeó en las pantallas hizo una mueca. El gesto era sincero: este primarca se preocupaba por su Legión tanto como cualquier otro, tal vez más. Bjorn pensó que Russ parecía extrañamente viejo entonces, como si los años se hubieran apilado de repente sobre sus hombros de su camorrista.

-Es suficiente –gruñó Russ al fin. –Nos despedazarán si nos quedamos -soltó un largo suspiro, flexionando sus guanteletes en frustración, como si sólo ellos pudieran cambiar el rumbo. –Nos batimos a la nebulosa, nos reuniremos con las reservas y retiraremos a las profundidades. El polvo al menos mitigará sus sensores.

Gunn asintió. -Va a ser difícil lograr quitárnoslos.

-Estaremos en la retaguardia -dijo Russ rotundamente. –La nave insignia será la última, no importa cuánto nos duela -sus ojos parpadearon hacia el oficial de comunicaciones de servicio, un kaerl de túnica gris flotando en la parte trasera de la comitiva de comandos. -Asegúrese de que Terra consigue este mensaje. VI Legión

ha entablado combate con la XX Legión en Alaxxes. Recibido graves daños, retirada a cobertura de la nebulosa interior. Intentará reagruparse y mantenerlos allí. Solicitudes de refuerzo sin respuesta en crono-marca de uno-cero-ocho, cero-cero-siete. Mantendrá combate hasta recibir nuevas órdenes.

El oficial tomó la información con una mirada en blanco, que se comprometía a la memoria para su transmisión a los coros.

-¿Por qué nos enfrentamos a ellos solos? –preguntó irritado Gunn.

-La disformidad ha estado turbulenta, señor -respondió el oficial de comunicaciones. -En verdad no sé si algo de lo que hemos enviado ha sido escuchado. Pero vamos a seguir enviando, esperando algo.

-Chondax -murmuró Russ.

Todos los ojos se volvieron hacia el primarca.

--No podemos estar lejos de la campaña de la Quinta Legión –continuó Russ, entrecerrando los ojos por la súbita revelación. -¿Por qué nuestros mensajes no alcanzan al Khan?

El oficial le dio una mirada inequívoca. -Las tormentas han sido... anormalmente agudas en esa región. Dudo que algo haya penetrado.

-Seguid intentándolo -instó Russ. -Concentrad vuestros esfuerzos allí -miró a Gunn. –Un extraño, Jaghatai, pero nunca he visto una espada manejada mejor. Él no ha caído. No puede haberlo hecho. ¿Por qué lo olvidé?

Bjorn observó las expresiones dudosas cobrar vida en las caras de los demás. No los culpaba; los Cicatrices Blancas, de todas las posibles Legiones, eran los menos propensos a inspirar confianza. Nunca los había visto luchar, y él lo conocía a quien pudiera. Pero su reputación era casi tan mística como los Mil Hijos, esclavos de su casta arcana de Videntes de la Tormenta y en deuda con nadie más que a sí mismos.

El oficial se inclinó. -Si pueden alcanzarles lo será.

-Y si somos dependientes de ellos -murmuró Gunn, -entonces estamos verdaderamente hasta el cuello.

Russ le lanzó una mirada de advertencia. -Él es mi hermano, Gunnar. Cuidado con lo que dices.

Todos eran tus hermanos, pensó Bjorn. *Y mira cómo ha terminado esto.*

La cubierta tembló; la *Hrafnkel* recibió otro golpe fuertes a lo largo de su proa. Eso terminó la conversación; los Señores de los Lobos se alejaron, listo para comenzar la retirada del espacio abierto y de nuevo al abrazo oxidado de los bajíos de Alaxxes.

-¡Id con cautela! –clamó Russ tras ellos, medio en broma, pero sobre todo en serio. -Viviremos para seguir despellejándolos.

Pronto Bjorn estuvo a solas con el primarca en nivel más bajo del puente; solo, a excepción de los dos lobos colosales que merodeaban a sus pies.

-¿Me necesita, señor? -preguntó con cautela, mirando a los ojos amarillos de la bestia más cercana, que le miraban fijamente.

Russ agitó sus pensamientos, al parecer habiendo olvidado que Bjorn estaba allí.

-Por supuesto que sí -dijo.

El primarca volvió para mirar a las panorámicas masivas de cristal blindado, cada uno de ellos un cuadro de agitación bañado en fuego. La *Hrafnkel* era sólo una isla en medio de cientos, cada una en llamas, cada movimiento de una danza mortal de empuje y contra-empuje.

-Mucho trabajo por hacer -dijo, su voz profunda, casi lúgubre. -Mira y aprende, Una Mano. Así es como un primarca se enfrenta a la derrota.

La *Luna Segadora* se estremeció por última vez, como si aliviada al ser retirado de los vendavales disformes y retrocediendo en el espacio real. Su campo Geller fracturado se deshizo sobre el casco exterior, desapareciendo entre picos de energía mientras la barrera cayó. Un segundo más tarde las unidades reales volvieron a la vida, su martilleo mecánico reemplazando al latido aburrido y masivo de los motores disformes.

Yesugei movió los hombros cuando la última pieza de su servoarmadura fue colocada en su lugar. Su peso le tranquilizó, al igual que el zumbido familiar de sus servos y el aroma aceitoso que emanaba de las articulaciones recién atendidos.

Mantenía su casco en forma de cráneo con holgura en una mano. Su campana cristalina siseó un poco cuando los implantes se conectaro, enviando un escalofrío de estática a través de su cráneo desnudo.

La tripulación, incluso aquella de la Legión, luchaba por no echar miradas en su dirección. Yesugei sonrió un poco, sabiendo lo extraño y magnífico que parecían un Vidente de la Tormenta cuando estaba completamente envuelto en la servoarmadura de su orden.

Menudos trajes extravagantes que llevamos.

-Mamparos disformes arriba -ordenó Lushan, sentado en el trono de mando. –Velocidad a un cuarto. Necesito lecturas de posición tan pronto como sea posible.

Las barreras se abrieron con una serie de cierres sonoros, dejando al descubierto el vacío una vez más. Unos mechones sueltos de esencia disforme corrieron por metros de espesor de los paneles de cristal blindado, brillantes y multicolores, racheando antes de desaparecer.

-Así que ¿Dónde estamos, comandante? –preguntó Yesugei en voz baja, mirando hacia las estrellas recién expuestas. No podía quitarse el sentido piel punzada por la aprensión que lo había perseguido desde que despertó.

Lushan, vestido con su casco como el resto del contingente de la Legión, no respondió de inmediato. -Creo que... -comenzó, luego se fue apagando a medida que entraron más lecturas. -¿Eso es una nave?

-Confirmado, comandante -respondió Ergil, su oficial de sensorium. -Destructor, perfil XVI Legión, aunque con marcas desconocidas.

Yesugei parpadeó para crear un enlace desde los cogitadores tácticos de la *Luna Segadora* a su casco. -Eso es velocidad de ataque, comandante.

-Me di cuenta -dijo Lushan. -Y sus escudos de vacío están alzados.

-¿Puedo sugerir que hagamos lo mismo?

Lushan se volvió hacia él con curiosidad. -Es una nave legionaria.

-Haz lo que te digo.

Lushan se volvió hacia su consola trono montado. -Encended todas las armas, alzad escudos.

-Nave de guerra de los Lobos Lunares acercándose al alcance de la lanza principal -informó Ergil. -Estamos siendo apuñalados.

-¿Qué demonios? -murmuró Lushan. -Aléjanos lejos de ella. Contacta con ellos. Pregúntales que piensan que están haciendo.

La *Luna Segadora* se dio la vuelta, rodando sobre su eje y empujando con fuerza. Toda la nave se sacudió cuando los motores aceleraron a plena potencia y patearon a la nave en una zambullida aguda.

Yesugei vio la nave enemiga con cuidado mientras se acercaba. Era una nave de mirada brutal, ennegrecida por marcas de quemaduras a lo largo de su proa y daño por láser moteando sus flancos. Era más grande que la *Luna Segadora*, con un arsenal de armas mucho más grande.

-Estamos siendo llamados, comandante -anunció el operador de comunicaciones.

-Retransmítela -ordenó Lushan.

-Nave de guerra de la Quinta Legión –dijo la repentina transmisión. *–Declare sus intenciones o serás destruida.*

Lushan sacudió la cabeza con incredulidad. -¿Qué están haciendo?

La mirada de Yesugei permaneció fijada en la nave entrante. Abrió su mente al éter, sólo una fracción, como avanzando poco a poco por puerta entreabierta. Sintió la lujuria por la guerra que emanaba; una lujuria ciega y obsesiva que nunca había sentido antes en un despliegue de las Legiones Astartes.

Y... algo más.

-Son los hijos de Horus, comandante -dijo Yesugei. -Mejor no irritarlos.

-Lanzas enemigas cebadas, comandante -informó Ergil.

- *Nave de guerra de la Quinta Legión; la evasión significará vuestra aniquilación. Conocen la situación. Declárese.*

-Respondedle -respondió Lushan, sonando enojado ahora. -Pregúntales lo que significa. Y diles que apaguen sus…

Antes de que hubiera terminado, el vacío se iluminó brevemente. Un haz de energía pasó de refilón, desapareciendo por las cubiertas de popa a menos de quinientos metros. El perfil lleno de cicatrices de la nave de guerra enemiga continuó creciendo, yendo a por ellos a plena potencia.

-Saben que somos más rápidos una vez que alcancemos plena velocidad -aconsejó Yesugei. -No van a dejar que nos alejemos. Hable con ellos.

Lushan se volvió hacia él. -¿Y qué les decimos?

Otro haz gritó a través del vacío entre las dos naves. Esta vez conectó, golpeando directamente los motores de la *Luna Segadora* y haciendo que los escudos de vacío chillaran y crujieran.

La fragata se resistió violentamente, realizando un tirabuzón lejos del impacto. Bancos de luces de advertencia, que ya parpadearon en rojo por el daño recibido en la urdimbre, iban a toda marcha.

-¿Podemos obtener una andanada de distancia? -exigió Lushan, meciéndose en su trono de mando mientras el puente se sacudía.

-Eso no va a ayudar -observó Yesugei. -Nos superan en armas con creces. Sugiero otro curso de acción.

-Costado preparado -informó rotunda una servidora de armas.

-Fuego a discreción –ordenó Lushan. Miró a Yesugei. -Créame, si tiene algo que añadir aceptaré sugerencias.

Más disparos láser y vigas de lanzas surcaron el vacío, parpadeando y bailando en el extraño y ruinoso silencio de andanadas entre naves. La *Luna Segadora* recibió otro golpe directo, por lo que los tensos escudos de vacío brillaron como el aceite arrojado sobre agua.

Los ojos de Yesugei se estrecharon bajo su visera. Podía sentir algo inusual desde la nave, algo extraño en la colección de psiques encerradas dentro de su casco de adamantium.

-Esto no va a ser resuelto por lanzas -dijo, haciendo trabajar su mente para descifrar lo que había sentido.

Más impactos sonaron. Un mástil de una galería superior del puente cayó en un amasijo de puntales de acero rotos, lo que debilitó la cúpula por encima de ellos y envió grietas a través del cristal blindado. Un segundo más tarde y el escudo de vacío sobre el puente fue destrozado en una lluvia de chispas. Sonaron sirenas de advertencia, acompañado por el resplandor carmesí de las luces de emergencia a nivel del suelo.

Aún no están seguros acerca de nosotros, pensó Yesugei, empezando a comprender parte de lo que había sentido. *Tú, también, estás inseguro.*

-Detectada baliza de teletransporte -anunció Ergil.

Lushan se puso de pie, levantando su bólter. Los otros seis Cicatrices Blancas estacionados alrededor del puente hicieron lo mismo.

-No, no de esta manera, comandante -ordenó Yesugei, plantando sus pies firmemente y anclando ante él su bastón en la cubierta. -Necesitamos respuestas; que vengan.

Lushan dudó por un momento, arma en ristre, dividido entre su psico-acondicionamiento y una orden directa de un Vidente de la Tormenta.

-Múltiples brechas en los escudos de vacío -Volvió la voz de Ergil. -Entrantes, comandante.

-Como ordene el Zadyin Arga –transmitió Lushan a sus tropas, su voz llena de repugnancia. Luego miró a Yesugei, como si quisiera decir, *debido a usted.*

Doce explosiones de ozono irradiaron ondas expansivas a través de la atmósfera del puente, crepitando y solidificándose en Marines Espaciales con servoarmaduras oscuras. Salieron de sus zonas de teletransporte y se desplegaron por la cubierta con sus armas en alto.

-¡Rendíos! -rugió una voz monstruosa de un casco, ensordecedora por su amplificador artificial. -¡Rendid la nave!

-No seáis tontos -respondió calmado Yesugei en Gótico. -Por favor, deponed las armas.

Doce cobas se fijaron inmediatamente en él.

-¡Brujo disforme! -gritó uno de los invasores.

Los doce armas abierto fuego en ese instante: un staccato de proyectiles, seguidos por el horno desatado de la descarga de un lanzallamas.

Yesugei levantó su bastón y los proyectiles explotaron frente a él en una ducha de fuerza derramada. Por un breve momento estuvo envuelto en una pared de ruido y furia hirviente; después la arrancó.

-Esto es inútil -dijo, su voz tan plácida, como si aún estuviera solo en el Altak.

Los doce invasores cargaron hacia Yesugei, saltando a través de los pasamanos y desviándose alrededor de las estaciones de consolas, disparando todo el tiempo.

Golpeó con su vara y estallaron relámpagos por toda su longitud, eclipsando el fuego de las armas y el baño del lanzallamas. Cerró el puño libre y los bólters del enemigo se hicieron añicos. El lanzallamas explotó con un gran rugido.

El puente se hinchó con la detonación y el trueno. Vientos huracanados se reunieron en los pórticos, derribando a los mortales e incluso a los legionarios blindados.

Uno de los invasores logró llegar al alcance de su puño, luchando contra el torbellino de ráfagas de oro entrelazado. Yesugei hizo un gesto con el dedo y el Marine Espacial, toneladas de gruesa ceramita, músculos y mecanismos se precipitó y estrelló contra la pared del fondo, haciendo crujir el mamparo.

Otro se abrió paso, sosteniendo una espada resplandeciente y preparando su golpe el swing. Yesugei le dio una mirada tolerante, como si perdonara el entusiasmo de un niño y luego inclinó la cabeza por una fracción.

La cabeza de la espada estalló. Espigas de un rayo dorado se extendieron por el, paralizando al Marine Espacial y derribándolo.

Para entonces, sólo uno del grupo de abordaje permaneció en pie; una enorme figura con servoarmadura artesanal adornada llevando un martillo trueno crepitante. Se abrió paso a través de la vorágine, apoyado en las franjas de destellos y avanzando hacia Yesugei por pura fuerza de voluntad.

Estuvo a tres metros. Entonces Yesugei se volvió hacia él y abrió el puño.

Más rayos, tan vivos y demoledores como las tormentas de Chogoris serpentearon en el pecho del portador del martillo. Voló hacia atrás, estrellándose en una balaustrada y colapsando sobre un pozo de servidores con todo su cuerpo encerrado en energía expectorante y enmarañada.

Yesugei se elevó en el aire, flotando suavemente hacia arriba, impulsado por remolinos de vientos convocados del éter. Su capa se alzó y ondeó alrededor de su armadura, sus tótems y fichas de hueso chocando contra su pecho. Lenguas de fuego elemental le lamieron desde la cubierta inferior.

A estas alturas todo el puente era una imagen de la destrucción; Cicatrices Blancas y enemigos por igual se encogieron detrás de cualquier cobertura que pudieron encontrar, sus armas inútiles.

Yesugei descendió suavemente sobre el portador del martillo, cayendo como un ángel mítico de las leyendas terrestres sobre la figura tendida. El aullido del viento murió, apagándose tan repentinamente como fue convocado. Los doce Marines Espaciales del grupo de abordaje permanecieron en sus puestos, atados por cadenas brillantes de energía etérica.

Yesugei se puso sobre su víctima.

-Tal vez puedas explicarme los colores de tu servoarmadura -dijo.

Ahora que la tormenta había pasado, las cosas eran un poco más clara. El Marine Espacial a sus pies no era un Hijo de Horus: la masiva servoarmadura era verde oscura y adornada con bronce. Signos de fuego corrían alrededor de su coraza, acurrucándose a una gorguera ingeniosamente diseñada en hierro y ceramita. Su voz, aunque filtrada por una rejilla vox dorada, fue inusualmente sonora.

-Si quieres matarme, brujo –gruñó el Marine Espacial, -hazlo. No voy a suplicar por mi vida.

Yesugei frunció el ceño bajo su casco. Las palabras lo turbaron, aunque no tanto como la manera en que fueron pronunciadas.

-No tengo ninguna intención de matarle -dijo. -Si los ojos no me engañan usted es un Salamandra. No sé de ninguna disputa entre su legión y la mía.

Una risa sin dolor rompió del casco del Salamandra. -Usted sabe que... ¿Hablas en serio?

Yesugei miró al otro lado del puente. Nueve de los Marines Espaciales encadenados por el éter eran Salamandras, todos ellos con servoarmaduras muy dañadas por combate. Los demás parecían Manos de Hierro; sus servoarmaduras negro noche y augménticos obvios les delataban.

Yesugei cayó sobre una rodilla, acercando la cabeza a la del Salamandra. Las redes de éter se disiparon, liberando a los cautivos. Los Cicatrices Blancas de Lushan salieron a la luz, sus bólters todavía funcionales y apuntados a los recién llegados.

-Hay mucho que no sabemos, Salamandra -dijo Yesugei suavemente. –Lo sentí antes del ataque; si estabais seguros de que éramos el enemigo nos hubierais destruido en el vacío. Corristeis el riesgo de abordar la nave. Por alguna razón tomasteis una nave de la Legión del Señor de la Guerra e intentasteis lo mismo con la nuestra. Tal vez estéis loco, pero no siento nada más que confusión en tu mente.

Yesugei alcanzó su casco, quitándoselo y anclándolo a su cinturón. El aire no filtrado del puente sabía a cenizas.

-Me llamo Targutai Yesugei -dijo. –Es un comienzo. Dime tu nombre y haremos progresos.

Una vacilación. El gran Salamandra respiraba ruidosamente por el yelmo abollado, evidentemente, todavía dolorido por las fuerzas que Yesugei había desatado sobre él.

-Xa'ven -dijo al fin. -Capitán, trigésima cuarta compañía.

Yesugei asintió. -Bien. Escucha, Xa'ven; todo lo que digo será verdad. Cada palabra. Extiende esa misma cortesía a mí. Hemos sido cegados, ocultados a la galaxia. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué está el éter sumido en agonía?

Xa'ven no respondió al momento. Parecía estar tratando de decidir dónde empezar.

-¿No sabéis nada de la masacre? -preguntó, con cautela, como si la pregunta fuera tan estúpida que se estuviera abriendo al ridículo.

Yesugei extendió una mano a él, ofreciéndose a ayudarle a levantarse.

-¿La masacre? -preguntó. -No, no sabemos. Por favor, cuéntanoslo, ahora.

-¿Pensamientos, Khagan? -preguntó Qin Xa.

El Khan gruñó. Tenía un montón, aunque pocos que quisiera compartir.

El cordón de la Legión Alfa se mantuvo intacto, su lisa unidad sólo rota por pequeños ajustes en las líneas defensivas individuales. Cada movimiento que los cicatrices hicieron fue reflejado por las naves de guerra de la Legión Alfa en lo que se había convertido en un extraño juego de espejos.

El Khan se encontraba en el puente de mando de la *Tormenta de Espadas* con su keshig a su alrededor. Su dao se sentía pesado en el cinturón.

-Parece que quieren que nos movamos en primer lugar -dijo.

Qin Xa se volvió hacia las pantallas. El baile delas runas de localización se reflejaba en las lentes inclinadas de su casco de Exterminador. -Ellos están entre nosotros y el punto de salida más cercano, pero podemos salir si elegimos. Un *zao*, promulgado con velocidad, preparado con un limitado combate forntal para atraerles.

El Khan asintió con la cabeza. -Detecto una debilidad allí .dijo, señalando a una posición a dos tercios del camino a lo largo de la mayor formación de la Legión Alfa. -Han tratado de reforzarla con naves más grandes, pero eso no puede disimular el problema.

-Tendría que ser rápido -dijo Qin Xa. –Como lo hicimos en Eilixo.

El Khan ponderó las opciones. -¿Y luego qué? Rompemos la línea, interrumpimos sus patrones y después, ¿Qué hacemos? ¿Los destruimos?

-Por supuesto.

-No han ofrecido ninguna amenaza.

-Estas no son las acciones de un amigo, Khagan.

Eso no se podía negar. A pesar de eso, el Khan todavía se resistía a dar la orden. Hace solo unas horas, la forma de la rebelión reportada por el Imperio fue simple: Russ y sus salvajes desafiando las órdenes una vez más. Ahora se había convertido en algo complejo. Mucho más complejo.

Recordó las últimas palabras con Horus en Ullanor. Recordó la sonrisa ganadora del Señor de la Guerra, sus maneras fáciles.

Tú me llamas, yo respondo.

Cada fibra de él clamaba por una alternativa. El Señor de la Guerra se había equivocado, conducido de alguna manera a acciones desesperadas que le había ganado la censura de hermanos celosos. Si en efecto Horus se había visto obligado a tomar las armas contra Russ, entonces la Legión Alfa eran claramente sus aliados. ¿Estaban esperando, ver si los Cicatrices Blancas les darían alguna señal? Si es así, ¿Cuál sería? ¿Había una señal oculta, compartida por el resto de sus hermanos, pero de algún modo oculta para él? No sería la primera vez que tal cosa hubiera sucedido.

Su señora de los oradores de estrellas, una mujer delgada de piel chogoriana llamada Jian-Tzu, se acercó.

-Khagan -dijo ella, haciendo una profunda reverencia.

-Si no hay nada nuevo de lo que informar no te molestes conmigo -le espetó el Khan, su mirada fijada en los hololitos. -Me estoy cansando de rumores.

El orador estrella no dudó; como todos los de su especie, era el usado para la entrega de verdades incómodas a los reyes guerreros. -Tengo órdenes de Lord Dorn.

El Khan se volvió hacia ella. -¿Y?

-Las interpreté yo -respondió ella. -El significado es claro, su origen inequívoco. Nos pide que regresemos a Terra. Nos ordenan ignorar todas los demás lazos de lealtad, en particular con el Señor de la Guerra, que ha sido declarado traidor junto con cualquier Legión que responda a su llamada. Se nos manda viajar lo más rápido

posible al Mundo Trono donde se nos darán más instrucciones y una explicación más detallada.

Qin Xa asintió, satisfecho. -Por fin. Algo concreto.

El Khan permaneció impasible. -¿Cuándo llegaron estas visiones?

-Hace menos de una hora. Están llegando más todo el tiempo y son de la misma naturaleza.

-La interferencia se ha disuelto entonces.

-Parece que sí.

-Entonces, mi Khagan –ofreció Qin Xa, -tenemos nuestras órdenes.

El Khan negó con la cabeza. -No, no las tenemos.

Sus keshig no dijeron nada. No se hubieran atrevido.

-¿No veis lo que ha pasado aquí? -dijo el Khan, caminando hacia el borde del balcón de mando y mirando con frialdad hacia las ampollas con vista al vacío, más allá de las naves de la XX Legión XX esperando. -¿No veis por qué esas naves han sido colocadas allí, sin decir nada, sin hacer nada?

Sintió los viejos movimientos del resentimiento de nuevo, la fría ira del hijo desconsiderado. Tenía que pagar un precio por su inclinación a la libertad, por bordear los límites de la comunicación. Los cicatrices eran siempre los últimos en enterarse.

-No quieren luchar contra nosotros -dijo Khan. -Tampoco quieren unirse a nosotros. Quieren causarnos duda. Quieren mantenernos aquí y atarnos con preguntas. ¿Y por qué? Porque saben que el velo se está levantando y que estamos recibiendo ahora los mensajes a través del éter.

Se volvió hacia sus lugartenientes. La claridad amaneció finalmente; alguna certeza bienvenida a raíz de tanta duda.

-Son los manipuladores -dijo, con cada vez más fuerza en la voz. -*Querían* que supiéramos de Dorn. Nos tuvieron aquí hasta que pudieran estar seguros de que recibíamos su mensaje. La Legión Alfa desea que regresemos a Terra. *Ese* es su objetivo.

Por un momento, nadie respondió.

-Aun así -dijo Qin Xa, con voz entrecortada. –No deberíamos…

-¡No! -rugió el Khan, su ira liberada de repente. -No voy a órdenes de nadie, ni siquiera de un Mundo Tronos que solo *ahora*, cuando sus legiones se están destruyendo unas a otros en pedazos, se digna de recordar que tiene *dieciocho* hijos-guerreros a su servicio.

Se dio la vuelta para hacer frente a la tripulación sobresaltada del puente, ondulando su capa.

-No sois esclavos de nadie -dijo en voz baja pero firme. -Sois el *ordu* de Jaghatai. Nosotros no recibimos órdenes de nadie. No aceptamos la palabra de nadie. Vamos por nuestra cuenta, tal y como hemos sido siempre, y si hay una verdad que podamos encontrar en esto, entonces la aprenderemos por nosotros mismos.

Volvió la mirada en Qin Xa. -Da la orden -dijo. -Zao, tal y como discutimos.

Luego se volvió hacia el vacío, pacífico por ahora, pero a punto de ser iluminado por el resplandor unificado de los motores de naves espaciales.

-Vayan a sus estaciones -dijo con gravedad. -Es hora que recordemos a nuestros hermanos de lo que somos capaces de hacer.

NUEVE

No es el Momento Adecuado

A la deriva

El Cincel

Torghun se introdujo en la cámara de reunión en las entrañas de la *Lanza de los Cielos*, yendo tan silenciosamente como su servoarmadura recientemente remodelada le permitiría. No había tenido tiempo de hacer los preparativos que le hubiera gustado, pero la ráfaga repentina de los órdenes y planes de despliegue no dejó tiempo para nada más.

Activó las luces, iluminando al único otro ocupante de la cámara.

-Torghun Khan -dijo Hibou, haciendo una reverencia.

-Hibou Khan –respondió Torghun a la manera chogoriana, cerrando la puerta tras él.

-Un momento extraño para hacer esto, hermano -dijo Hibou.

-¿Sabías lo de Russ? -preguntó Torghun. -Dímelo; no debemos tener secretos.

-No lo sabía. Sin embargo sabíamos que pasaría algo, y el Rey Lobo era tan probable como cualquier otra cosa.

Torghun negó con la cabeza. -Nunca habría... No pensé que serían ellos. Algo me dijo que empezaría con uno de los otros. Curze, tal vez -tamborileó con los dedos juntos, intentando calmar la agitación que sentía. -Tenemos que ir tras ellos ahora. No entiendo el retraso.

Hibou se rio entre dientes, metálica mediante su parrilla vox. -Mira hacia las ventanas. Tenemos invitados.

-Eso me preocupa. ¿Están con el Señor de la Guerra? ¿Están con los lobos? ¿Qué diablos están haciendo?

-La Legión Alfa se ha enfrentado a los Lobos. No creo que el encuentro fuera muy amable.

-¡Entonces tenemos que dejar el sistema! -espetó Torghun, encarando a Hibou. -Este es el momento. ¿Por qué si no reunirnos, si no es para forzar esto?

Hibou extendió la mano, descansando un guante en el antebrazo de Torghun. -Cálmate. Tu agitación es indecorosa.

-¡Indecorosa! Este es un momento delicado; no pareces apreciar muy bien cuán delicado.

-Lo aprecio más que tú, creo -la voz de Hibou era firme. -Cuando llegue el momento, lo sabremos. Lo oiremos.

-¿Cómo? -exigió Torghun. -¿Cómo te llega esta información? No lo discutimos en la logia. ¡Tienes que ser más abierto conmigo!

-Cuando esto termine -dijo Hibou, -cuando hayamos vadeado esta dificultad, te lo mostraré. He tenido la intención en cualquier caso. Pero escúchame, *este* no es el momento. Estos son los guijarros que anuncian la avalancha. Si nos movemos demasiado pronto, arruinaremos la posición. Dime, ¿Amas Terra? ¿Te gusta el Imperio?

Torghun podría haberlo golpeado. –*Sabes* que si -dijo, sacudiéndose la mano de Hibou.

-Entonces muestra un poco de disciplina –Hibou le miró desapasionadamente. -Por ahora no haremos ninguna jugada. Seguiremos las órdenes, nos coordinaremos como siempre lo hemos hecho. Mientras tanto, podrías pasar algún tiempo con más Chogorianos; te marginas como un Ogryn en un salón de belleza '.

Torghun luchaba por controlar su irritación. -No estaba destinado a esta Legión -murmuró.

-Mierda de caballo -le espetó Hibou. –Me contaste la historia antes y dijiste lo mismo entonces -se acercó más, bajando la voz. -No hay *destino*; eres un legionario de los Cicatrices Blancas. Puedes aceptarlo y jugar tu parte en lo que ha de venir, o puedes ponerte de mal humor en los márgenes y no lograr nada.

Involuntariamente, la mente de Torghun se disparó de nuevo a Luna, a los hangares de transferencia, después a su primera visión del transporte de la V Legión que lo llevaría fuera del Sistema Solar para siempre. Recordó el ver el signo de relámpago cayendo, y cuán juvenil los había visto entonces; oro, blanco y rojo. Colores infantiles.

-*Ellos* creen en el destino -dijo Torghun. -Todos ellos, predicado por los Videntes de la Tormenta. El patrón del tiempo, la voluntad del cielo. Caminarían a la condenación felices si uno de *ellos* lo ordenara. Eso es lo que nunca voy a entender. ¿Sabes que las otras legiones se ríen de nosotros? *Se ríen* -negó con la cabeza. -Tiene que cambiar, hermano. Se puede cambiar, pero sólo si el Señor de la Guerra…

-Silencio -dijo Hibou, levantando un dedo a modo de advertencia. -No aquí, no fuera de la logia –después tomó una respiración profunda y cansada. -Esperaremos a la decisión del Khan. Él o bien irá a por Russ o ganará tiempo aquí.

-¿Y qué pasa con la Legión Alfa?

Hibou resopló. -¿Quién sabe? Están haciendo algo, pero no existe tal cosa que sea demasiado oscura.

La pantalla retinal de Torghun brilló de repente con una orden de prioridad. Por el silencio de Hibou dedujo que el otro Khan también la había recibido.

Movimiento de la flota patrón Zao, promulgado en T-menos cuatro. Tomen estaciones. Vayan rápido, vayan seguros, por el Halcón y el Emperador.

Se miraron el uno al otro.

-Parece que el Khagan está de acuerdo contigo -dijo Torghun, moviéndose rápidamente hacia la puerta.

-Eso parece -dijo Hibou, siguiéndolo. -La Legión Alfa. Me pregunto si saben lo que está a punto de golpearles.

Torghun rio sordamente. Había algunas cosas que podía apreciar en sus hermanos de la Legión; nunca había dudado de su ferocidad, su velocidad, su extravagancia una vez toma su cabeza. Recordó cómo era Shiban en los cañones de Chondax. A pesar de su irritación por el ansia constante por avanzar del Khan chogoriano, tuvo un poco de envidia por su alegría en la batalla.

Ríe cuando estés matando.

Torghun le dijo lo mismo. El consejo había sido fuera de lugar, pero lo suficientemente sincero. Se preguntó dónde estaba ahora Shiban, y qué papel jugaría en la próxima maniobra.

-Bueno, si no lo saben -dijo Torghun, moviéndose rápidamente por el pasillo y hacia su estación, -están a punto de averiguarlo.

Cada nave espacial al servicio del Imperio era diferente. Los secretos que se esconden dentro de los corazones de sus reactores se guardaban celosamente por los señores del planeta rojo y no los compartían con nadie fuera de los círculos privilegiados de los elegidos. Sólo los Tecnomarines de las Legiones tenían cierta comprensión profunda de los procesos que impulsaban a las naves y los prevenían de la desintegración en el vacío, e incluso ellos no estaban al tanto de los secretos más profundos. Así era el dominio asegurado de Marte sobre sus creaciones.

Sin embargo, eso no significaba que cada Legión se convirtiera en ocupantes impotentes de naves sobre las que no tenían ningún control. Cada primarca sancionó varias preferencias durante la construcción: Corax trabajó obsesivamente para hacer sus naves lo más sigilosas posible, Vulkan para que fueran duraderas y Fulgrim para que fueran bellas. Los primarcas tenían formas de eludir las estructuras de mando imperial estándar; podían doblar las reglas, descubrir bancos de datos ocultos y sobornar a magos del Mechanicum. Así fue, mientras progresaba la Gran Cruzada, que cada flota legionaria tomó lentamente el carácter de su maestro a través de un programa sin fin de reacondicionamientos, adaptaciones y modificaciones de base.

En el caso de los Cicatrices Blancas, solicitaron un solo cambio y sólo una métrica fue mejorada ante todo.

Velocidad.

Los tecnomarines de la V Legión pasaron décadas cebando los alimentadores de potencia de los reactores y encontrando maneras de perfeccionar la maniobrabilidad mucho más allá de los límites de tolerancia con el que se diseñó cada clase de nave estándar. La búsqueda interminable de velocidad tuvo su precio: los capitanes de artillería se quejaron de un rango reducido de las lanza, y es bien sabido que una nave de los Cicatrices Blancas no llevaría a tantas tropas o naves de desembarco como sus equivalentes en una flota estándar, pero estos factores llevan poco peso en una Legión empapado en la tradición de ir a caballo de forma salvaje de los llanos chogorianos.

Bajo las órdenes permanentes de la Khagan, la Legión nunca mostró las capacidades de sus unidades mejoradas fuera de zonas de guerra activas. Dado que algunas de las otras legiones jamás habían luchado junto a los Cicatrices Blancas esta especialidad no llegó a ser ampliamente conocida, a excepción de algunos informes especulativos aquí y allá de secciones motrices extrañamente alargadas, formaciones extravagantes de propulsores y líneas de combustible de gran tamaño.

Todo hecho para un conjunto ferozmente rápido de naves de guerra, desde los gigantes a los más ligeros corredores de sistema.

La *Kaljian* no era la excepción.

La fragata aumentando gradualmente el impulso, ganado terreno hacia la pantalla de escoltas en espera de la Legión Alfa.

-Este es un zao estándar –recordó Shiban al puente desde el trono de mando. –EN toda la flota, promulgado por una sola orden desde la *Tormenta de Espadas*. Tiene sus vectores y conocen su oficio; no me decepcionéis, hermanos.

Captó la felicidad expectante en los rostros de las personas que trabajaban en sus puestos. El ambiente tenso de conjeturas y la contra-suposiciones fue desterrado, sustituido por un placer más familiarizado de hacer aquello en lo que eran buenos.

Era infeccioso, y Shiban se encontró sonriendo. Los Cicatrices Blancas siempre había sido una legión armoniosa, libre del temperamento mordiente de algunos de sus homólogos; un estado de ánimo bajo no les convenía.

-Y dejéis atrás a los líderes -advirtió.

Todas las naves de escolta a través de la gran flota de los Cicatrices Blancas se movió al unísono, barriendo hacia las fuerzas de la Legión Alfa rodeándoles en una pantalla unificada. Las comunicaciones entre la flota se apagaron y las transmisiones entrantes bloqueadas; el enemigo tuvo su oportunidad de hacerse entender. Cualquier cosa que dijeran ahora sería despreciada.

Detrás de la primera oleada llegaron los cruceros, brillante en blanco puro contra la vastedad de la nada, sus enormes motores ya ardiendo calientes. Marcharon juntos, formando una esfera de combate apretado en la estela de la vanguardia más encadenada. Shiban observó cómo uno a uno levantaron sus escudos de vacío, haciendo que el espacio alrededor de ellos brillara y se desdibujara.

Aún muy por delante de la posición de la *Kaljian*, la Legión Alfa reaccionó. Mantuvieron la integridad del cordón, negando las rutas para los puntos de salto adecuados más próximos y manteniendo a los Cicatrices Blancas acorralados en las cercanías de Chondax. Como lo habían hecho siempre desde que llegaron, cada nave del bloqueo imitaba los movimientos de sus contrapartidas en los Cicatrices Blancas, manteniendo la gigantesca imagen-espejo a través del espacio.

Shiban estudió los datos tácticos con cautela. Las dos flotas estaban igualadas; la Legión Alfa supo claramente cuántas naves debían traer para conseguir su propósito. Eso por sí solo era motivo de cierta sospecha, sobre todo si los rumores de ellos enfrentándose a los Lobos eran ciertos. ¿Cuántas naves de guerra tenían en

realidad? ¿Se habían estado preparando todo el tiempo para esto, esperando a que el velo se levantara?

Recordó Phemus. La medalla. Los cuerpos.

Su pantalla retinal brilló de repente con nuevas órdenes.

-Comiencen la primera fase.

La *Kaljian* tomó velocidad, derivando energía de su lanza principal y retirándola de los escudos de vacío traseras. A uno y otro flanco de la vanguardia, otras naves hicieron lo mismo.

Shiban sintió que su corazón primario comenzaba a latir más fuerte, como lo haría si estuviera en la silla de montar, avistando a su presa.

-Ese es el objetivo -ordenó, aislando a un destructor homólogo de la Legión Alfa en las ventanas frontales y marcándolo con una runa de combate.

La brecha entre las flotas se cerró. La formación de la Legión Alfa reaccionó como antes, manteniendo una red rígida a través del área más amplio de espacio, cada nodo respaldado por una segunda fila de naves de guerra en reserva. Sus movimientos se mantuvieron cautelosos, como si no quisieran hacer nada más que mantener el impasse el mayor tiempo posible.

Shiban admiró la disciplina de la formación. Estaban bien entrenado.

No os va a ayudar.

Las dos vanguardias se acercaron a distancia de lanzas. Por primera vez Shiban se dio cuenta de solicitudes entrantes del enemigo en la matriz sensorium, y no les hizo caso.

Era demasiado tarde ahora.

Las primeras tentativas de vigas láser se apagaron, inicialmente a lo largo del borde posterior de Chondax, luego se extendió rápidamente por la línea.

-Abrid fuego -ordenó calmado Shiban.

La lanza delantera de la Kaljian abrió fuego, escupiendo un haz directamente al objetivo. Los escudos de vacío enemigos crepitaron con una corona de estática y la

nave reaccionó, esquivando fuera de línea, en movimiento y devolviendo una batería de vigas de babor. Explosiones alanceadas salpicaron los escudos de vacío dorsales de la *Kaljian* mientras la nave de la Legión Alfa viraba para desatar sus propias lanzas delanteras.

-Disparad de nuevo, luego apartadnos a cuatro-cinco-dos -ordenó Shiban, dándole tiempo para obtener imágenes claras. Sintió un temblor débil de deformación de la cubierta cuando la *Kaljian* obedeció.

A lo largo de la vanguardia estallaron batallas similares; naves de los Cicatrices Blancas sondeando la línea y naves de la Legión Alfa resistiendo. Era un patrón de contención clásico, diseñado para coser a la formación V Legión y evitar que naves aisladas escaparan del cordón. La respuesta de ruptura estándar era un asalto a gran escala en la red de contención, con el objetivo disolverla mediante un volumen concentrado de fuego nave a nave. Tal orden no era tomada a la ligera; el resultado sería ruinoso para ambas partes, y sólo a exaltados como Russ o Angron les gustaba tomar esos riesgos.

La Legión Alfa juzgó claramente que el Khan no era tan arrogante. En esto, por supuesto, estaban del todo de acuerdo.

La pantalla retinal de Shiban se actualizó de nuevo. -Segunda fase.

La vanguardia de los Cicatrices Blancas comenzó a derivar, liberándose de su trayectoria de salto y arrastrando el centro del combate hacia el pozo gravitatorio de Chondax. Parecía casi descuidado, como si comandantes sin sentido hubieran lanzado una ruptura a medias y sin el compromiso para llevarla a cabo.

-No demasiado rápido –advirtió Shiban, viendo de cerca como su tripulación dejó el enfoque de la *Kaljian* derivar un poco demasiado bajo del plano de combate. Tenía que parecer perezoso, pero recibir un golpe crítico ahora le causaría problemas.

La intensidad del fuego láser aumentó. La *Xo-Jia* recibió un duro golpe en sus generadores de escudo y tuvo que compensarlo con un vendaval feroz de fuego de respuesta. Una corbeta de la Legión Alfa con el marcador de *Beta-Kalaphon* calculó mal un movimiento hacia adelante y tropezó con una pared de plasma, volando la mitad de su cobertura de escudos de vacío.

Pese a todo, los combaten fueron silenciados; el sondeo, contenida. No se lanzaron torpedos No se desplegaron alas de cañoneras. Las dos paredes de naves de guerra de menor importancia lidiaron en un medio abrazo extraño de ferocidad limitada.

-Tercera fase.

La deriva se hizo más pronunciada.

-Creo que podemos darnos el lujo de movernos un poco más rápido -observó Shiban, viendo con satisfacción como la línea de los Cicatrices Blancas comenzó a arrugarse hacia adentro. Siete fragatas de ataque rápido se retiraron completamente, deslizándose fuera de la contienda con sus proas carbonizadas y sus escudos devacío parpadeando.

En toda la zona de combate las posiciones de la V Legión comenzaron a derrumbarse, fulminantes ante la presión constante y profesional del enemigo. Naves de los Cicatrices Blancas cayeron de la formación, protegiendo sus propios flancos y dejando agujeros en la pared ofensiva. Como si la lucharan contra un fuerte viento de cara en el Altak, el impulso de la vanguardia vaciló.

Shiban permaneció mirando la panorámica delantera con atención, en busca de la respuesta de la Legión Alfa. Trajeron sus naves capitales en apoyo de la primera oleada, ampliando con prudencia de presión donde vieron la debilidad. La red se cerró con más fuerza, tirando un poco más. Al hacerlo, trajeron más armas al alcance, pero su rigidez comenzó a sufrir: eran cautelosos, pero no demasiado.

La *Kaljian* resistió cuando recibió un impacto directo, doblando los escudos de vacío como pieles de tambor antes de que estos absorbieran la energía.

-¿Devolvemos el fuego? -llegó la pregunta de la estación de artillería. -Tengo una solución.

-Creo que no -dijo Shiban, sosteniendo para la siguiente fase de pedido. -Sólo corramos de vuelta y giremos para darles una nueva cara. Mantened baterías láser, pero haced que parezca descuidado.

A medida que la *Kaljian* rodó hacia atrás, desviándose de la mayor parte del fuego enemigo como la nave de un contrabandista mal tripulada, Shiban no pudo evitar preguntarse qué pensaba Torghun de ello. De vuelta en Chondax, el Khan terrestre odiaba las retiradas fingidas, nunca adoptándolas mientras estuvo al mando de su

propia Hermandad. Había sido alguien extraño, Torghun, incómodo con las cosas que harían a un guerrero de la V Legión la más fina y profunda de las alegrías en la galaxia. Shiban, pese a todo lo que intentó, nunca le entendió en realidad; consideró brevemente dónde podría estar Torghun, y…

Su pantalla retinal ganó de repente otra runa, parpadeando inmediatamente en una orden de activación con marca de tiempo.

Shiban sintió una punzada de adrenalina, junto con una oleada de puro placer. El zao estaba en marcha.

Aquí vamos.

-Modo de espera para interruptor en toda la flota -ordenó, cebando el puente para la acción.

El crono comenzó a marcar.

Ilya apenas podía creer lo que estaba viendo. Ella y Halji había sufrido tener que permanecer en el puente de mando de la *Tormenta de Espadas* pero pronto se vieron desviados a los márgenes cuando el séquito del Khan tomó sus puestos alrededor del trono.

Miró hacia donde estaba sentado el primarca, rodeado de luminosas proyecciones hololíticas, con el rostro austero bloqueado en la concentración. Ninguno de los que le rodeaba, los grandes guerreros de su keshig, los comandantes de las naves, los estrategos y Zadyin Arga regaló la más mínima molestia en la paliza que su flota estaba recibiendo.

-¿Qué está pasando? -dijo entre dientes a Halji.

Su ayudante se volvió hacia ella, su expresión oculta tras una máscara de marfil blanco. -¿Qué quieres decir?

-¿Se ha perdido todo lo que he estado haciendo aquí? -preguntó ella, consumida por la frustración ante la perspectiva. -El proceso de suministro era perfecto esta vez. Habíamos reunido todo antes de lo previsto; podríamos haberlos contenido indefinidamente, y ahora... *esto.* Me convenciste, Halji, de que tu gente sabía de guerra espacial.

-Sabemos.

-Tenéis una extraña manera de demostrarlo.

-¿Estás viendo cuidadosamente, Szu? ¿Ves lo que hace?

-Lo veo tirar una posición táctica y conseguir que maten sus naves.

-No ha perdido ninguna.

-Maldito seas, las perderéis pronto -Ilya se sentía como escalándole y golpeando sus puños en su grueso casco para meter algo de sentido en él. -¿No le importa? ¿Es sólo un juego más para vosotros?

Halji mantuvo inmóvil en su buen humor. -Todo es un juego. Pero no, él se preocupa mucho. Sigue mirando.

Ilya se volvió hacia la imagen táctica proyectada. Se veía muy mal; el combate a medias iba a la deriva hacia la incoherencia cuando la primera oleada de naves de la V Legión fue forzada a volver sobre sí misma. Cualquier estructura del avance se había disuelto, perdida en un laberinto de líneas de contingencia confusas. El cordón de la Legión Alfa, representada en el hololito por un frente sombrío de luces azules espaciadas empujó sin remordimientos e impasibles.

Sintió que su frecuencia cardíaca se aceleraba por la ira. Había trabajado tan duro para inculcar un sentido de la disciplina en ellos; para que ellos tomaran sus responsabilidades logísticas en serio; para asegurarse de que cada nave de guerra que poseían estaba adecuadamente equipada y conocía su función.

Era un desastre. Se estremeció al pensar lo que hubiera pasado si el enemigo ahí fuera hubiera sido algo realmente aterrador. Al igual que los lobos.

-No veo na…

Antes de que ella terminara de hablar, el Khan emitió al fin una orden.

-Ahora -dijo simplemente. Incluso en un puente lleno de guerreros y ocupado con un centenar de actividades diferentes, su voz baja llegó de alguna manera a todos los rincones. –Marca de cinco segundos.

Ilya vio la orden emitirse a cada nave de guerra de la flota, transmitida directamente al timón: mostrado a los comandantes de naves. Por encima de ella, suspendido en

cadenas de bronce, una pantalla pictográfica cambió a un temporizador de cuenta atrás.

5... 4...

-¿Cuál era esa orden? -preguntó Ilya.

3... 2...

-Es importante que sea sincronizado -dijo Halji. -Deberías aferrarte a algo.

1.

No hubo tiempo. La cubierta fue pateada violentamente de repente, como si algo grande hubiera detonado en algún lugar profundo en inmenso casco de la *Tormenta de Espadas* y un rugido llenó el espacio aéreo del puente. Ilya se tambaleó, repiqueteando en la servoarmadura inmóvil de Halji y golpeando su frente dolorosamente contra la ceramita.

Él se agachó para estabilizarla y ella lo rechazó, avergonzada. -Estamos... *corriendo* -señaló, conmocionada, observando la flota contraída extenderse repentinamente. -Trono de Terra.

La *Tormenta de Espadas* había dado una patada directamente a velocidad de ataque completa. La aceleración fue increíble, un interruptor casi instantáneo de un perezoso cuarto de potencia a una carga atronadora, rugiente, (barnstorming). Debería haber sido imposible; debería haber necesitado minutos enteros para inducir a las principales unidades.

-Como dije, Szu -dijo Halji. -Sigue mirando.

Ilya encontró sus pies torpemente, agarrando el borde de una barandilla balaustrada y obligándose a mirar los hololitos tácticos.

Todo había cambiado. La formación de la flota se había transformado en un instante, cambiando repentinamente de un patrón sin rumbo y a la deriva en un asalto de choque de punta de flecha de precisión asombrosa.

Cada nave se movió. Cada una de ellas, todas al mismo tiempo. Ahora estaban en nuevas trayectorias y en concierto perfecto, saltando de repente de patrones semi-fijo de contención a un único vector de ataque.

Ilya sintió que su boca comenzó a colgar y la cerró. Nunca había visto una pericia como esta. Los mejores oficiales de la Marina Imperial no podrían haber realizado una maniobra de este tipo en menos de cinco minutos, y habría requerido cientos de advertencias de corrección de curos y horas de preparación para llevarla a cabo.

Los Cicatrices Blancas habían hecho, como uno solo y sin indicaciones extrañas, en cinco segundos.

Para entonces, Halji estaba riendo. -Llamamos a esto Zao -le dijo. -El cincel. Es... vigorizante.

Ilya miró hacia las panorámicas con vistas reales, tratando de dar sentido a lo que estaba viendo.

El despliegue de los Cicatrices Blancas era ahora una única punta de lanza. Los escoltas salieron disparados, reuniéndose en una sola masa y perforando un agujero a través del cordón. Su repentino estallido de velocidad y andanadas de lanzad pillaron desprevenidos a las naves de la Legión Alfa en su camino, y tres destructores de proas de fueron abrumados casi de inmediato, perdidos en medio de un torbellino de plasma y detonación de torpedos entrantes.

Otras naves enemigas reaccionaron, balanceándose a punto de cerrar la brecha, pero con demasiada lentitud. Tardaron unos segundos preciosos en hacer pivotar sus lanzas alrededor e imbuyendo potencia a sus motores al ralentí, momento en el cual los grandes matones de la V Legión: la *Tchin-Zar*, la Lanza de los Cielos, la *Qo-Fian* entraron a la palestra, embistiendo por línea forjada por los escoltas e inundaron la zona con una diadema de ampollas de poder destructivo láser.

-¿Cómo podéis hacer esto? -respiró Ilya, observando los cascos candentes de las naves de guerra de la Legión Alfa pasar de lejos.

Más destructores de los Cicatrices Blancas rugieron a través de los restos, realizando sacacorchos y buceos como bancos de cetáceos sumergiéndose. Todos apuntaban a un solo punto: los flancos fueron descartados, rendido al enemigo mientras cada activo de la V Legión en la esfera de combate disparó en formación cerrada y floreció hasta la máxima velocidad.

-La debilidad está allí -dijo Halji, señalando a un lugar a dos tercios del camino a lo largo de la segunda línea de la Legión Alfa. -Una ligera, pero suficiente -asintió con

la cabeza en agradecimiento cálido de lo que estaba ocurriendo. -Corremos para llegar allí primero, y eso sería un honor digno de recordarse en verso.

El puente de la Tormenta de espadas tarareó y sacudió como si pudiera romperse. Las luces de advertencia brillaron con furia a lo largo de las pantallas de diagnóstico, alegremente ignoradas por la tripulación del puente. La segunda línea de la Legión Alfa nadó hacia ellos horriblemente rápida a medida que brilló con fuego láser a discreción y baterías de torpedos soltadas apresuradamente.

El cerco de la Legión Alfa ahora se vio comprometido y fracturado, sus componentes que luchando por responder a la columna solitaria de naves que se abría camino a través de su corazón. Sus naves capitales eran incluso más lentas, incapaces de aprovechar los motores modificados o la habilidad casi sobrenatural de las tripulaciones de los cicatrices.

-Una artimaña -dijo Ilya, molesta consigo misma. -Les queríamos relajar.

Halji asintió. -Existe una ventaja en ser subestimado. Y en ser rápido.

A pesar de sí misma, se echó a reír. Era la primera vez que lo había hecho desde que llegaron las órdenes de reunión.

¿Qué me está pasando? Estoy aprendiendo a amar a esta estúpida Legión.

La *Tormenta de Espadas* se detuvo en la vanguardia de la formación Cincel, impulsado por sus monstruosos y rugientes motores y rodeado de un enjambre de escoltas a la carrera. Las naves voluminosas de la segunda línea de la Legión Alfa trataron de impedir su paso, deslizándose en una formación defensiva apresurada con lo que ahora le pareció a Ilya una torpeza supina.

-Aquellas son grandes -ella dijo con cautela.

-Parecen barcazas de batalla -acordó Halji. -Pero Khagan no piensa que lo sean. Una Legión no puede desplegar tanto sin cierta improvisación; no tienen las naves. Veámoslo.

Ilya se encontró apretando los dientes mientras la Tormenta de Espadas entró en rango. Sus gigantescas lanzas se encendieron brevemente, llenando el vacío con la luz arrojada por una supernova acotada. A su alrededor, otras naves de guerra de

los Cicatrices Blancas lanzaron andanadas frontales, vomitando fuego láser y rayos de plasma y salvas de torpedos en una vasta e intensa columna de pura destrucción.

Las explosiones fueron instantáneas: cortinas de inmolación en espiral se estrellaron en franjas de promethium ardiente, inundando las bóvedas frías del espacio ante si. Ilya vio una enorme nave de la Legión Alfa colapsar por completo, cayendo bruscamente cuando sus motores implosionaron. Otros tres objetivos sufrieron terribles daños en sus escudos de vacío delantero, aguantando como podían en medio de auroras naranja y amarillo neón.

El fuego de respuesta fue esporádico, insuficiente, estrepitoso y quemado las proas blindadas de la vanguardia de los Cicatrices Blancas a la carrera, causando poco daño.

-No son barcazas de batalla -dijo Ilya. -¿Qué son entonces? ¿Transportes de tropas masivos?

-No importa -dijo Halji. -Estamos fuera.

Estaba en lo cierto. El cincel había abierto brecha a través del cordón, rompiéndolo en su punto más débil. Toda la formación: unida, larga y delgada como una jabalina lanzada corrieron al espacio abierto. La Legión Alfa luchó para reagruparse a su paso, tirando de las naves de la formación en cordón como un pulpo retrayendo sus muchas extremidades. No habían perdido números críticos de naves, pero la repentina carrera y posterior ataque volaron su formación y destruido la cohesión que construyeron con tanto esfuerzo.

La carrera de los Cicatrices Blancas no se detuvo. En todo caso, sin la necesidad de mantener un bombardeo sostenido, aceleró. El astro de la Chondax se redujo rápidamente fuera de popa, parchado por los cadáveres que brillaban intensamente de una docena de naves de guerra destruidas.

-¿Y ahora qué? -preguntó Ilya. ¿Les rematamos? ¿Ir a Russ? ¿Terra? ¿Cuál es el plan?

Halji le miró por encima del hombro, hasta donde el Khan seguía sentado en su trono. La expresión del primarca no había cambiado; ninguna satisfacción, ninguna euforia, sólo la fiereza aguileña habitual, la sólida concentración. Su nave insignia zumbaba con la liberación de energías temibles, impulsándose en el vacío abierto como una flecha soltada.

-No sé -dijo Halji. -¿Mi apuesta, conociendo el estado de ánimo del Halcón? Ninguna de esas cosas.

DIEZ

El Precio del Conocimiento

Curso establecido

Sólo otro renegado

A veces era mejor no saber.

Yesugei discutió a menudo con Ahriman sobre el asunto. Los Mil Hijos en general nunca habían aceptado que el conocimiento, cualquier clase de conocimiento, debía permanecer fuera de los límites.

-Todo está bien –le dijo el Bibliotecario Jefe una vez. -Cuanto más, mejor.

Pero los Hacedores de Estaciones responsables de Chogoris siempre se habían resistido a sondear las profundidades de su arte, eligiendo permanecer en la superficie de la misma, afinando un conjunto de habilidades que sabían descansaban sobre verdades más profundas, más peligrosas. Eso siempre golpeó a Yesugei como sabiduría, no cobardía, pues los sabios de su mundo natal hicieron de la moderación una virtud.

-Todo tiene sus peligros –advirtió Yesugei a Ahriman.

-Eres demasiado cauteloso –respondió Ahriman. -¿Alguien sabe acaso qué y cuántos dones tienes?

-Tal vez no, pero ¿Por qué debería importarme?

-Porque importa cómo te perciben.

-Vosotros sois percibidos como peligrosos. ¿Eso no importa?

Ahriman le miró triste. -Tú nos entiendes. ¿Crees que somos peligrosos?

En aquel entonces, Yesugei no quiso responder. *A veces lo creo*, pensó.

Ahora, en su despacho de la *Luna Segadora*, se sintió enfermo de conocimiento, como si hubiera ingerido algo venenoso que se había metido en su sangre. La escala del mismo era difícil de procesar, y mucho menos llegar a un acuerdo con ello.

Xa'ven le explicó todo con cuidadoso detalle, sin omitir nada. Por supuesto, había algunos detalles, que ni siquiera él lo sabía, incluyendo el destino de su primarca.

-No sabemos lo que pasó -dijo Xa'ven. -Creo que me gustaría saber, de alguna manera, si hubiera muerto. Pero tal vez no.

El Salamandras habló lentamente, deliberadamente, flexionando las sílabas del gótico con unas ricas inflexiones nocturneanas. Sus palabras salieron sin autocompasión, ni ira; sólo una calma desafiante y profunda.

La respuesta de Yesugei a la noticia había sido diferente: entumecimiento, seguida de una sensación desesperada de fracaso. Había sentido alteraciones en el tejido del universo durante tanto tiempo; tal vez debería haberlo sabido, o adivinado, o movido a investigar antes.

Ese estado de ánimo pasó pronto. Una traición de tal magnitud era inimaginable; él no podía saberlo. Nadie podía.

Horus. El Señor de la Guerra. El hijo amado.

Miró hacia arriba. Compartía su cámara con otros tres: Lushan, Xa'ven y un adusto legionario de los Manos de Hierro llamado Bion Henricos.

-Me decías qué sucedió después -dijo Yesugei, obligándose a seguir haciendo preguntas.

-Al principio éramos sólo nosotros -dijo Xa'ven. -Mi escuadrón logró romper el bloqueo en órbita en un transbordador capturado de la XVI Legión. Nuestra propia nave había sido destruida, por lo que nos vimos obligados a abordar una de las suyas y apoderarnos de ella.

Yesugei sonrió a pesar de sí mismo. La entrega inexpresiva de Xa'ven podía ser bastante divertido. –Tal cual. Tomasteis una fragata de los Hijos de Horus.

Xa'ven lo miró sin comprender, sus rasgos oscuros difíciles de leer. Él no sonrió mucho y sus ojos rojos y blancos hacía difícil seguir sus expresiones. -Fue todo un

reto -dijo en su voz de bajo, -pero no nos esperaban. ¿Alguna vez has visto luchar a los hijos de Vulkan, Cicatriz Blanca?

-No lo he hecho -dijo Yesugei. –Aunque lo que he escuchado es formidable.

-Nos tomamos el barco -dijo Xa'ven simplemente. -Se llamaba *Garra Gris*. Hemos cambiado el nombre por *Hesíodo*. Es una ciudad-santuario de nuestro mundo natal.

-He oído hablar de ella.

Xa'ven asintió con satisfacción. -Luego nos convertimos en renegados. Tratamos de llegar a Nocturne, pero el Navegante fue herido. Murió poco después. La virulencia de la lucha contra las tormentas de disformidad tal vez, o tal vez su mente colapsó; no creo que ella esperara ver las cosas de la fue testigo.

Henricos, el Mano de Hierro, dejó escapar un gruñido a través de su placa frontal de metal oscuro. A diferencia de los otros no se había quitado el casco. -Ninguno de nosotros lo hizo.

-¿Y qué hay de ti? -preguntó Yesugei.

-Los supervivientes seguimos luchando, aquí y allá -dijo Henricos. Su voz, a diferencia de Xa'ven, era ácida por la amargura. Yesugei podían entender por qué; claramente no tenía dudas sobre el destino de su propio primarca. -Dispersados. Algunos de nosotros logramos encontrarnos.

-Buscamos a los supervivientes -agregó Xa'ven. -Sólo somos dieciséis, pero esperamos agregar más. Entonces podremos contraatacar.

Yesugei captó entonces una extraña expresión en el rostro de Xa'ven, algo así como hambre.

-Y ahora nos encontráis -dijo el Vidente de la Tormenta, expresando el pensamiento explícito del Salamandra. –Una nave con capacidad de salto disforme y con un navegante vivo.

Xa'ven asintió. -Henricos es un maestro de los sistemas de naves. Él ha encontrado una manera de seguir brechas disformes a distancia, así que sabía exactamente donde haríais la traslación.

-Pero ¿Por qué atacar? -preguntó Lushan. Seguía irritado. -La *Luna Segadora* había recibido un daño significativo después de su viaje por la disformidad.

-Hemos aprendido a tener cuidado -respondió Xa'ven. -Por lo que sabemos, cada Legión se ha aliado con el Señor de la Guerra. Si hubieras sido una nave de los Ángeles Sangrientos, o Ultramarines, habríamos hecho lo mismo.



Targutai Yesugei, Vidente de la Tormenta de la V Legión.

Yesugei asintió con entendimiento. -Y somos Cicatrices Blancas -dijo. –Era fácil para vosotros creer que somos renegados, ¿Sí?

Xa'ven no dijo nada, pero Henricos gruñó mordazmente. -Desde que lo dijiste, sí.

Yesugei sonrió. –Entonces, al menos somos honestos unos con otros.

-Utilizas poderes provenientes de la disformidad -dijo Xa'ven como a modo de explicación. -Eso, hemos aprendido, es una señal del enemigo. No siguen el edicto, y eso nos costó en Isstvan.

Yesugei unió las manos. Cada pieza de información que le daban de ese maldito planeta era dolorosa de escuchar; tales cosas eran exactamente lo que Ahriman y él habían advertido que sucedería si el Librarius era disuelto.

-Sigo órdenes de mi Primarca -dijo Yesugei. -Si él me ordena que deje de usar los regalos, lo hago, pero el Khan ha estado fuera de contacto durante mucho tiempo -dio Xa'ven una mirada medio-apologética. -En cualquier caso, él no acatará ninguna notificación del Edicto. Ninguno de nosotros lo hará. El regalo es parte de lo que somos, lo ha sido por mucho tiempo. Imagina si te digo que te desprendas su lanzallamas, o tú, hijo de Medusa, de la mano de metal. ¿Lo haríais?

-Suenas como uno de los hechiceros de Magnus -escupió Henricos.

-Creo -respondió Yesugei, -que ellos hablan el gótico mejor.

Xa'ven rio; un rumor que se extendió a partir de su enorme pecho de barril. -¿Y qué estáis haciendo aquí, chogorianos? Estáis muy lejos de casa.

-¿Lo estamos? Nuestra nave perdió su curso hace mucho tiempo.

-Podemos ayudar con eso. ¿Cuál es tu curso?

-Chondax -respondió Yesugei. -Mi primarca está ahí, aunque no sé si él es consciente de la masacre.

-Lo será ahora -murmuró Henricos. -Toda la galaxia lo será. Pronto veremos a los bastardos de Horus caer en mundos como langostas. Todo está abierto para ellos, cada defensa destruida.

Xa'ven levantó una mano de advertencia, pero Henricos siguió su camino.

-¿No ves lo inútil que es esto? Podemos luchar por un poco más, pero Ferrus se ha ido. Vulkan y Corax se han ido. Es sólo ganar tiempo.

-Hemos hablado de esto muchas veces, hermano –dijo tolerante Xa'ven.

-¿Y? ¿Crees que hay alguna manera de cambiar esto? Eres un iluso. Mataré a tantos de ellos como me sea posible y escupir en su cara todo el tiempo, pero yo no soy tan estúpido como para pensar que va a cambiar nada -Henricos barrió con su máscara mortuoria la cámara, como desafiando a alguien a contradecirlo. Venganza, un poco de satisfacción, una cuota de dolor. Eso es todo lo que queda.

Xa'ven disparó a Yesugei una mirada exculpatoria. -Bion y yo tenemos perspectivas algo diferentes sobre la guerra.

-Ya veo -dijo Yesugei. -¿Cuál es la tuya?

-La victoria vendrá –respondió Xa'ven con calma y sin dudarlo. -No sé de dónde, pero llegará. Debemos ser pacientes.

Yesugei admiró el sentimiento, aunque por lo que le habían dicho le resultaba difícil compartirlo. -Espero que tengas razón.

-Entonces ¿Estás con nosotros? -preguntó Henricos. -Podríamos utilizar parte de ese... ¿Cómo lo llamáis?

-Magia de las Estaciones -dijo Yesugei.

-Un nombre estúpido -el legionario de los Manos de Hierro flexionó sus hombros dañados. –Sin embargo, duele cuando golpea.

-Tengo que volver con mi Primarca -dijo Yesugei, dirigiendo sus palabras a Xa'ven. -Tengo sueños. Visiones. Está en peligro.

Xa'ven le devolvió la mirada inequívoca. -Eso va a ser difícil, y tenemos nuestro propio trabajo.

-¿No lucharíais mejor unidos con otra Legión? ¿Una intacta, peligrosa, y llena de hechiceros como yo?

-¿Vuestro Khan nos aceptaría? No sé nada de él.

-Pocos pueden, pero hablaré en vuestro nombre -Yesugei sonrió entonces, tan cálidamente como pudo por las circunstancias. -Si venís conmigo.

Xa'ven se veía tentado, pero prudente. Apoyó la barbilla, tan negra como ascuas quemadas, en sus guanteletes trenzados.

-Ha sido un camino difícil -dijo. -A veces, en lo profundo de la noche del vacío, tuve la tentación de pedir orientación. Ya sabes, a la antigua usanza, como nos enseñaron a olvidar. Nunca lo hice, porque hace tiempo que dejé de creer en dioses y monstruos. Tal vez no debería haber sido tan rápido en olvidarlo.

Yesugei asintió. -Ambos son reales.

-Me pregunto, sin embargo, si sabiendo que esa orientación podría llegar, ¿Hubiera suplicado por ella? ¿Me mostraría alguna señal, un camino de regreso? ¿Tropezaría con el rastro de Vulkan?

Henricos sacudió la cabeza con irritación. -Tonto.

-Pero algo ha ocurrido ahora. Habéis caído en nuestro camino, aunque sabéis menos que nosotros. ¿Qué voy a hacer con esto? ¿Estaba predestinado?

-Yo no creo en el destino -dijo Yesugei.

-La suerte, entonces.

-Mucho menos.

Xa'ven levantó una ceja negro. -Entonces, ¿En qué crees?

-El Khan -dijo Yesugei, tan firme y sin vacilación como Xa'ven antes. -Ayúdame a encontrarlo. Aún podemos salvar algo.

Henricos resopló con desdén, pero Xa'ven ya no estaba prestando atención. Su cabeza de ébano asintió lentamente, sin deja nunca su mirada pensativa a Yesugei.

-Veremos -dijo. -Veremos.

El Khan se levantó de su trono y su séquito se apartó para dejarle pasar. Caminó lentamente hacia el borde de la tarima de mando, por debajo de la cual la extensión completa del puente de la nave insignia se estiraba lejos de él en filas en terrazas.

Un mapa estelar de la galaxia brillaba en el otro lado de la cúpula de observación de cristal blindado, una pantalla uniforme del espacio infinito. Sintió el impulso familiar revolviéndole: lanzarse a lo desconocido, viajar a través del vacío como una vez viajó por las praderas del hogar, en deuda con nadie, tan libres como los rapaces de caza que cabalgaban las grandes alturas.

Y sin embargo, incluso los berkut están domesticados, pensó para sí mismo. *Regresan finalmente, convocados por las campanas de su amo.*

Ninguna de su personal de mando habló. Permanecieron en silencio mientras la totalidad de la flota de los Cicatrices Blancas se alejaba más y más de Chondax, dejando la Legión Alfa atrás como un mal recuerdo. No se había materializado aún una persecución. Incluso si la hicieran, el Khan dudó de que el enemigo tuviera algo lo suficientemente rápido para atraparlos.

Pese a todo, podía sentir las cuestiones candentes de su tripulación. Qin Xa quería dar la vuelta, terminar lo que habían empezado, abordar las naves de la Legión Alfa y exigir respuestas.

Era una propuesta tentadora. Quizás Alpharius estaba a bordo de una de esas naves. El Khan sonrió sombríamente. Sería divertirlo arrastrarle hasta ponerlo de rodillas y rasgar el casco de su rostro.

Eso habría sido un error. La Legión Alfa tenía sus debilidades de combate pero no eran tontos. No aprendería nada de ellos a menos que lo quisieran, en cuyo caso era inútil.

Cruzó los brazos sobre el pecho y se quedó mirando a las estrellas, tal como lo había hecho una vez en las largas noches fría del Altak. Las estrellas eran su primera memoria. Aún tenía recuerdos fragmentados de voces apagadas, y no voces chogorianas, charlando alrededor de un ataúd en el que dormía. Tenía sueños de susurros en la oscuridad, una ráfaga de velocidad indescriptible repentina, un torbellino de estrellas y cielos oscuros perlados, una sensación de estar suspendido momentáneamente sobre un abismo de infinita y aullante profundidad, mientras ojos codiciosos lo miraron con igual medida de miedo y codicia.

Años más tarde se llegó a comprender que eran esas visiones: recuerdos confusos de algo para lo que él no tenía facultades para entender en ese momento, soñando con poderes sobrenaturales a la vez más poderosos que la imaginación y más débiles que el recién nacido humano más enfermizo.

-Los habitantes del cielo no son nada sin nosotros –le dijo Yesugei muchos años después. -Ellos sólo pueden actuar a través de nosotros. Ese es su gran secreto, y su gran vergüenza. Nosotros no tenemos que escuchar; podemos seguir nuestro propio camino.

El Zadyin Arga siempre había entendido la relación entre el reino de los sentidos y el reino de los sueños, y el Khan siempre había confiado en lo que él decía.

-Hay dos grandes errores -escribió un sabio de Kai muerto hace mucho en pergaminos que se conservaban en Khum Karta. *–El primero, pretender que no existe el camino de los cielos; El segundo, seguirlo.*

Quizás Russ había intentado apagar a los dotados para siempre. El Khan podía imaginar a Horus tomar una posición en contra de ello; él era un alma noble, la más noble de todas. Sanguinius, también, había sido siempre puro de propósito y el tercer miembro del triunvirato. Desde el principio fueron los cuatro: el Khan, Magnus, Sanguinius, con la aprobación tácita del que un día sería Señor de la Guerra. Fueron ellos los que habían trabajado durante tanto tiempo en encauzar y proteger las artes de los psíquicos dentro de las Legiones.

Ahora, si creía lo que le estaban diciendo, uno estaba muerto y otro desaparecido.

¿Y qué ocurría con Horus?

¿Qué historia era la verdad? ¿Que era el defensor de los injustamente asesinados por los Lobos, o el que amenazaba con destruir el Imperio hasta los cimientos? El Khan nunca se había preocupado mucho por el Imperio, pero la verdad… eso era importante. Como la lealtad.

Esa es la diferencia entre el guerrero y el carnicero. ¿Cuál eres tú, hermano? Yo sé lo que soy.

-Khagan.

Se volvió para ver a Jian-Tzu, su señora de los oradores de estrella, mirándole con sus ojos sin vista como orbes lechoso de vidrio en su rostro marchito. -¿Más de Dorn? -preguntó.

-De Russ -contestó ella. -Llamadas de socorro desde la Nebulosa Alaxxes, exigiendo asistencia inmediata. Los lobos han sido atacados por la Legión Alfa. Le pide a su hermano recordar los lazos de lealtad entre primarcas y venir en su ayuda con toda la velocidad que le sea posible. Y termina con su agradecimiento.

El Khan se volvió a su séquito, sonriendo fríamente. -¿Habéis oído eso? -preguntó. -El Rey Lobo nos lo agradece. Debe estar desesperado.

Qin Xa lo miró fijamente. -¿Vamos a ir? -preguntó. -Y si lo hacemos, ¿Vamos a luchar?

Jemulan Noyan-Khan, cuya presencia era una proyección hololítica brillante de la *Lanza de los Cielos*, negó con la cabeza. -Los Lobos Espaciales siempre han sido renegados. Bien podemos dejarlos solos o hace lo que nos piden y destruirlos.

-Están luchando contra la Legión Alfa -dijo Hasik Noyan-Khan, también una proyección. -Refresca mi memoria: ¿No estábamos hace nada luchando contra ellos?

El Khan se cruzó de brazos, su rostro de halcón seguía jugando con los restos de la diversión invernal. -Quién sabe lo que tramaba la Legión Alfa fuera -dijo. -Tal vez ellos también tengan sus renegados.

Entonces ¿Cuál es su orden, Khagan? –pulsó Qin Xa, siempre con ganas de dar licencia para cortar suelto. -La flota está armada y lista.

El Khan apoyó la barbilla en la magnificencia dibujada en oro de su gorguera. El ambiente en el puente pareció espesarse, cortarse en anticipación. Todos los rostros permanecían fijos en él.

-Enviad este mensaje a Russ -dijo finalmente, levantando los ojos pesados hacia la Señora de los oradores de estrella. -Decidle que hemos recibido órdenes de Dorn de volver al Mundo Trono. Decidle que no podemos ignorarlas pese a que nos gustaría -cerró los ojos, moviendo la cabeza, cambiando de opinión. -No, sin mentiras. Decidle que podríamos ignorar la orden de Dorn, pero no lo haremos. La verdad no es evidente para nosotros. Necesitamos tiempo para descubrirla.

El Khan descruzó sus brazos y apoyó su mano derecha sobre la empuñadura de su dao. –Decidle que hemos recibido noticias inquietantes en relación a Prospero, que esperamos sean falsas. Por último, decidle que, cuando dibujemos el gran cuadro, esperamos luchar uno al lado de del otro de nuevo como hermanos, como debíamos. Luego deseadle un invierno seguro, o lo que ellos se deseen unos a otros cuando han terminado de hablar.

Jian-Tzu hizo una reverencia y se apresuró a comenzar el envío. Una vez ella marchó, Qin Xa fue el primero en hablar.

-¿Luego nos dirigimos a Terra? –preguntó con decepción evidente en su voz.

-Esa es la cuestión -dijo Khan, alejándose de la comitiva y mirando de nuevo hacia el campo de estrellas. -Invocad al Navegante. Tengo instrucciones de curso que darle.

Russ tomó la noticia en silencio, sujetando la gruesa piel de los dos lobos de Fenris que merodeaban a sus pies. Bjorn lo observó, notando cómo los ojos azul hielo del primarca brillaban con emoción contenida.

Las ventanas del puente de la *Hrafnkel* estaban casi opacas con polvo de color rojo óxido. Toda la flota colgaba en las profundidades de la nebulosa, hundidos en medio de las nubes cambiantes como peces en un arrecife. Las secuelas de Prospero les había dado tiempo para aprender cada rincón y aguja de la inmensa guardería estelar; sus variaciones gravitacionales, sus deflectores que desafían a los sensores. Ahora sus naves de guerra se escondían en sus profundidades de nuevo, recuperándose, rearmándose, esperando.

En algún lugar muy por encima de ellos, la Legión Alfa aún sondeaba y patrullada, enviando cargas de vacío ciegamente, rondando por las márgenes de la nube como chacales sobre un moribundo. Descubrirían la ubicación precisa de la flota muy pronto, pero el respiro evitaba la destrucción hasta entonces.

Había sido una ruinosa y terrible retirada. Sólo la presencia de Russ impidió que se convierta en una desbandada; manteniendo la unidad aparentemente por pura fuerza de voluntad, orquestando contra-golpes relámpago, bruscos movimientos de flanqueo, retiradas repentinas, todas con el objetivo de conseguir que el mayor

número de naves entraran en el corazón de la nebulosa antes de que les alcanzara la devastación.

Bjorn lo estudió cuidadosamente. Algo de la efervescencia del primarca que mostraba normalmente parecía haber sido expulsado de él. Parecía magullado, casi con resentimiento, como si su fiel servicio hubiera sido recompensado con nada más que una cara llena de cenizas.

-¿Hasta el próximo invierno? -preguntó Russ. -¿Realmente dijo eso?

El astrópata asintió. -Un intento de cortesía, creo.

Russ resopló.

Bjorn se acercó un poco más, ignorando el gruñido tamborilero de lobos del primarca. -Así que estamos por nuestra cuenta -se aventuró.

Russ asintió, sin mirarlo, con el rostro tenso con preocupación. –Lo estamos.

-Siempre han sido poco fiable.

-Lo son

Bjorn se sentía incómodo. Era difícil presenciar la duda de un primarca. Russ parecía sentirla, y se agitó a sí mismo.

-¿Sabes por qué te quería cerca de mí, Una Mano? -preguntó.

Bjorn negó con la cabeza.

-Eres joven. Todos podemos ver que los tiempos están cambiando -Russ lo miró con sus ojos profundos helados. -Seamos honestos; sabíamos que algo iba mal antes de Prospero. Estamos acostumbrados a los espectros de Fenris. Nunca creímos los mitos que mi Padre trató de decirnos. Ahora que han llegado al fin, no podemos fingir sorpresa.

Uno de los lobos acarició el muslo de Russ, empujando su contundente cabeza con colmillos a lo largo de la ceramita como si fuera a consolar a su amo.

-Nunca le pregunté lo que tenía en mente para nosotros una vez la Cruzada terminara, -continuó Russ. -Nunca le pregunté si nos necesitarían. Poco importa ahora; si no podemos detener esta locura nunca habrá un momento en que no

seamos necesarios -Russ rio vacíamente. -La ironía de esto. Horus nos ha dado el propósito que estábamos empezando a necesitar. Él nos hizo útiles de nuevo.

Bjorn no dijo nada.

-Vas a heredar esto -dijo Russ. -Mira en que lío hemos dejado cosas; yo y mis amados hermanos. Tendrás que recoger los pedazos.

-Horus lo causó -objetó Bjorn.

-¿Y por qué nos traicionó? -preguntó Russ tristemente. -¿Lo sabemos? ¿Se ha contado esa historia? -negó con su peluda cabeza rubia. -Recuerda cómo sucedió esto, Una Mano. Recuérdalo todo. La Legión tendrá que mantener vivo el conocimiento.

-No nos vas a dejar -dijo Bjorn, casi como si al afirmarlo pudiera estar seguro de que fuera cierto.

-Lo haré un día -dijo Russ sombríamente. –En tu caso no estoy tan seguro. Tu wyrd no está claro para mí.

Luego se trasladó, moviendo los hombros como para deshacerse de un manto de letargo. -Pero basta de esto. Tenemos trabajo que hacer.

Miró a la pantalla panorámica más cercana. El gran perfil de la *Fenrysavar* se arrastró por el campo de visión, su espalda quemada y medio rota. La propia *Hrafnkel* no se encontraba mucho mejor.

-Al diablo el Khan -dijo Russ. -Él siempre ha seguido su propio camino, y podemos prescindir de su manejo de la espada. Nosotros nunca hemos necesitado ayuda antes; fue un error pedirla.

Sonrió. Regresó algo de la antigua bravuconería.

-Volveremos -dijo, agarrando la nuca del lobo y acariciándola afectuosamente. -Este es el punto más bajo. Afilaremos nuestras garras y cuchillas.

La sonrisa salvaje se intensificó.

-Confía en mí -gruñó. -No han visto lo último de nosotros.

LIBRO SEGUNDO

CRISTALES Y RESCOLDOS

ONCE

Restos de Phemus

Portadores de la Palabra

Viejas Mentiras

Shiban esperó fuera de la cámara de Hasik Noyan-Khan, girando distraído la medalla en su mano. Llegó a la *Tchin-Zar* en un transporte de la flota durante una de las breves salidas fuera de la disformidad. En el viaje había visto el emblema de la Horda de la piedra, un perfil de una montaña contundente anillada por el fuego, empezando a crecer conforme se acercó a los niveles de hangares.

La Horda era la división legionaria de Hasik, que comprendía más de veinte hermandades. La propio *Tchin-Zar* era una buena nave; un depredador ágil, flexible, de mandíbula enjuta. Un día, si los destinos lo permitían, Shiban podía verse a sí mismo al mando de una nave similar. Ascender a la posición de Khan fue un honor. Ascender a Noyan-Khan lo coronaría aún más.

Tal vez en el futuro. Necesitaría muchas más marcas de muertes en su faja ritual primero, y las cicatrices que iban con ellas.

Un timbre sonó en la consola y las puertas se abrieron. Hasik estaba de pie al otro lado, con servoarmadura y su cara bronceada por el sol sonriente.

-Shiban-dijo. -Vuelves de nuevo con nosotros. ¿Cómo estás?

Shiban inclinó. -Bien, Noyan-Khan. ¿Y usted?

-Mejor al dejar Chondax.

Hasik le hizo pasar a una habitación grande con paredes finamente enlucidas. Estaba decorada con talismanes de caza chogorianas y lanzas Qo ceremoniales

colgadas en bastidores. Seis ventanales a lo largo del lado izquierdo de la sala estaban cerrados contra el éter.

Hasik paseó por un corredor de piel hacia dos asientos de madera de bajo talle, listones y un encuadernado a la antigua manera de las llanuras. Se sentó en uno e hizo un gesto hacia el otro.

-Has llegado a la flota justo a tiempo -dijo. –Un instante tarde y te estarías abriendo camino entre ellos para llegar a nosotros.

Shiban se sentó, manteniendo la medalla guardada en una mano. -¿Por qué estaban allí siquiera?

Hasik se encogió de hombros. No lo sabemos. Esto no es como en las viejas guerras.

-Evidentemente.

Hasik le miró. -Ser Khan te cae bien, Shiban. Yesugei siempre habló bien de ti.

-Él es generoso.

-No Siempre. ¿Cómo fue el trabajo en Phemus Cuatro?

-Inútil -no tenía mucho sentido ocultar la verdad. -Durante mucho tiempo me pregunté por qué había necesitado tanto tiempo para purgarse. Una vez que llegué allí, dejé de preguntarme.

Hasik rio. –Sin embargo siempre se ha completado la tarea -se echó hacia atrás en su silla. -¿Por qué deseas verme?

-Sobre Phemus. Hubo cosas que me preocupaban.

-¿Ah, sí?

-Me dijeron que el retraso en el sometimiento fue por los hain -dijo Shiban. -Lucharon duro, pero se sentía mal. El planeta entero se sentía mal.

-Fue una campaña difícil.

-No más que muchos otros. Le pregunté a mi hermandad que mirara con más dureza.

-Y ¿Qué encontraron?

-Cuerpos -dijo Shiban. -Quemados, con heridas de armas legionarias y sin señales de pieles verdes a su alrededor.

-¿Armas legionarios? ¿Estás seguro?

-Mi apotecario hizo una autopsia cuidadosa. Está seguro. Iba a preguntarle si había recibido informes similares.

Hasik juntó sus manos. -Ninguno en absoluto.

Shiban asintió lentamente. -Eso es una vergüenza. Tenía la esperanza de encontrar alguna explicación.

-Aparte de la que tiene. Dime cual es.

-No, no tengo una. No había otros despliegues en Phemus. Estábamos solos con los pieles verdes.

Hasik pensó por un momento. -Pero te parece que hubo otros.

-No -Shiban negó con la cabeza, todavía atrapada entre varias teorías medio trabajadas. -No lo sé. Mi primer pensamiento fue una lucha entre hermandades. Entonces la Legión Alfa llegó a Chondax; se me ocurrió que... Pero ¿Por qué habrían de hacerlo?

-Las acciones de esa Legión nunca son obvias –suspiró Hasik. -Tal vez incluso para ellos. ¿Lo has consultado con otros?

-Fuera de mi hermandad, no.

Hasik asintió. -Yo autoricé todos los despliegues a Phemus. Puedo mirar de nuevo las cifras de víctimas; Szu-Ilya mantiene registros completos en estos días. Pero viniste aquí para algo más que eso.

Shiban abrió el puño. .Puede ser nada. Lo encontramos en uno de los cuerpos. Nunca he visto algo antes.

Entregó a Hasik la medalla. El Noyan-Khan la sostuvo a la luz, girándola lentamente.

-Esto es una marca chogoriana -dijo Hasik, señalando la cabeza del halcón. -¿Plata? No pura, sin duda. ¿Hiciste un analizas?

No tuvimos tiempo.

Hasik manejó la medalla de cuidado, como si algo al respecto le inquietara. Shiban le entendía; él había sentido lo mismo.

-Deja esto conmigo -dijo Hasik. -El Zadyin Arga podría verlo. Y, por favor, permanece en la *Tchin-Zar*.

-¿Qué piensas?'

-¿Un token de batalla? Tal vez. En cualquier caso, tenías razón para traérmela.

Shiban se sintió alivio. Había sido difícil decidir si debía plantear la cuestión en absoluto.

-Una cosa -añadió el pensativo Hasik. -¿Tienes terrestres en tu hermandad?

-Ninguno.

-Pero luchaste con ellos.

-En Chondax. La Hermandad de la Luna, bajo Torghun Khan.

Hasik asintió. –Ya veo.

-Si se me permite preguntar…

-No lo sé. Podría ser útil, tal vez no. Haré preguntas.

Shiban vio que era hora de irse. Se puso de pie y se inclinó. -Gracias, Noyan-Khan. Por favor, dígame si hay algo más que hacer.

-Habrá, estoy seguro -Hasik no se levantó. Jugó con la medalla, ocultándola en la mano como hizo Shiban. -Me pondré en contacto contigo antes de la próxima traslación a la disformidad.

Shiban vaciló. Estaba empujando su suerte. -No supuse…

-¿Que se a dónde vamos? Por supuesto que sí, aunque el Khagan ha mantenido ese conocimiento celosamente. Lo sabrás muy pronto.

Shiban asintió. *Más secretos.*

-Mi agradecimiento, noyan-Khan -dijo, haciendo una reverencia.

La fragata de espacio profundo de los Portadores de la Palabra *Vorkaudar* se derramó de la disformidad, deslizándose del éter tan suavemente como una daga en la carne. Los motores de espacio real fueron programados en un patrón constante, impulsándolo desde el punto de salto y hacia distante orbe verde de Miirl.

Kal Zedej, sargento del cuadro incrustado Yesa Takdar y comandante de la *Vorkaudar*, caminó hasta la baranda del puente-balcón, mirando al planeta crecer en tamaño. Tenía un tono agradable; cool, pensó, más allá de la franja irregular de rocas que lo orbitaban.

-Haced la señal al puesto de avanzada -ordenó, agarrando la barandilla con sus guantes.

-Están callados, señor -fue la respuesta de uno de los siervos en el box de comunicaciones.

Los ojos de Kal se estrecharon. -¿Todos los canales?

-No hay nada todavía. Seguiré intentándolo.

La *Vorkaudar* siguió su camino, impulsándose constantemente más cerca.

-Alzad los escudos de vacío -mandó Kal. -Aproximación lenta. Ejecutad un barrido augur completo.

Su equipo trabajó en silencio y con rapidez. Observó sus cabezas calvas tatuadas inclinadas sobre estaciones de cogitadores, caras tensas iluminados en verde y naranja por el resplandor de las pictopantallas. Atrás quedaron los uniformes del puente que una vez habían desgastado; ahora portaban las túnicas de la fe, cosidas con amor por los acólitos en las cubiertas inferiores, cubiertas en pequeña escritura dorada que les protegía y concentraba sus mentes.

Kal recordó un momento en el que se arriesgó a la censura por una expresión así. Era preferible ahora; la lealtades fueron limpiadas y los largos años de secreto estaban llegando a su fin.

Era bueno saber quién era el enemigo, luchar contra él de manera abierta y usar su debilidad frente a él. El panteón sonreía a los que penetraban en la verdad con orgullo.

-¿Algo? -preguntó.

-Silencio. Nada en los augures.

-Acercadnos. Con cuidado.

La *Vorkaudar* empujó más cerca, bordeando el cartografiado cinturón de asteroides a la deriva, escaneando sin cesar. Un eco quedó registrado en uno de los alimentadores del sensorium, seguido de un crujido de estática.

-Relé Nueve Ochenta y Nueve -vino la voz de un lector de augur.

-¿Nos están saludando? -preguntó Kal.

-Transmisión de baja amplitud estándar. Grabada. No hay señales de actividad.

Kal parpadeó la alimentación de los sensores a pantalla retinal. Vio el asteroide designado "78976-764" rodando lentamente en el vacío, con una cara plagada de andamios metálicos oscuros. Una torre de comunicaciones era visible en el centro, disparado y entrelazado como un minarete de la perdida Monarchia. No había ninguna señal de daño, pero ninguna luz tampoco.

Pasó su lengua por los dientes afilados superpuestas. Esto sería un freno a las cosas. Eso le impediría cosas mayores. No había gloria en esto.

-¿Está sellada la estación?

-Negativo.

-Entonces voy a investigar. Permanezcan en posición. Notifíquenme si algo cambia.

Kal llamó a los otros. Ledak había estado con devociones y estaba irritado por que le molestaran. Rovel había estado haciendo algo secreto en las sentinas con los mortales, una de esas cosas que manchaban sus guanteletes de color rojo y le volvían taciturno después. Probablemente era una buena idea alejarle de esos lugares.

Ellos se unieron a él en la cámara de teletransporte, una sala octagonal revestido de hierro. El suelo estaba pegajosa y cobrizo, y había marcas de arañazos en las paredes inferiores.

-¿Es esto necesario? -preguntó Ledak con voz hosca.

-Esencial -dijo Kal. Rovel estaba murmurando para sí mismo y empuñando con sus dedos su espada-sierra.

Kal envió silenciosa la orden para activar la cámara. Podía recordar cuando la teletransportación siempre supo una torpe cuestión de localizadores de combate y pseudo-ciencia. Ahora era mucho más fácil ya que algunas supersticiones fueron desechadas.

-Por tu voluntad -ordenó, escaneando los planos de las plantas puesto de avanzada.

La cámara se llenó de un crujido denso, caliente, incluso a través de su servoarmadura. Durante unos segundos, se sintió la fiebre familiar; la suave sensación de ingravidez, el rugido en sus oídos. Hubo momentos en que envidiaba a los que habían profundizado más en los misterios y mirado directamente al abismo.

Luego todo terminó, y el éter se arrancó en rodajas andrajosos a su alrededor.

-Muerto -dijo Rovel.

Kal miró a su alrededor con cautela y estuvo de acuerdo. La cámara de mando del puesto de avanzada estaba vacía; sin luces, sin cuerpos. Unas pantallas seguían mostrando estática, arrojando una luz parpadeante a través de un espacio de otra manera a oscuras.

Sacó su bólter. -Comprobad en busca de objetivos -transmitió, ampliando ligeramente el rango de sus detectores de proximidad.

Ledak se movió hacia el centro de la cámara circular. Un trono vacío giraba libremente en un corto zócalo. Rovel cayó a plomo en los boxes perimetrales.

-¿Abandonado? -especuló, barriendo perezosamente con la boca del bólter de un lado a otro.

-Nos lo habrían dicho -dijo Kal, bajando a las puertas correderas dobles y escaneando el otro lado. -¿Consigues algo?

-Nada -gruñó Ledak, cayendo en su lado. -¿Qué tan grande es este lugar?

Kal se acordó de los planos. Era una estación autosuficiente diseñada para la repetición de retransmisiones a largo alcance. Varias docenas de niveles, una planta de gran potencia. Llevaría bastante tiempo barrerla.

-No es tan grande. Quedaos conmigo.

Las puertas silbaron y se abrieron bruscamente, atascadas a mitad de camino. Ledak agarró el borde más cercano y tiró de él, casi rasgando el metal del cuadro. Entraron en el pasillo; un tubo largo segmentado con suelo de malla metálica. Estaba vacía y amplificaba el eco de la cámara de mando.

-No consigo nada –se quejó Rovel, cerrando la marcha. -Nada en absoluto.

Kal se volvió hacia él, dispuesto a reprenderle. A medida que lo hizo algo cruzó por su visión: un *espectro*, blanco crudo, ojos hundidos, furioso.

-¿Qué fue eso? -dijo entre dientes, tirando por ahí con su bólter.

Ledak siguió caminando. -¿Qué era que? -llegó a otro doble juego de puertas al final del pasillo.

-Quédate donde estás -ordenó Kal. De pronto se sintió como lo hizo durante la batalla. Sus corazones estaban bombeando, inundando su cuerpo con hiper-adrenalina. -Tuve algo. Brevemente.

Pero él no tenía. El pasillo estaba vacío, a excepción de ellos tres.

Rovel hizo una pausa, aún a horcajadas sobre las ruinas de la primera serie de puertas. –Nada -dijo de nuevo.

-Basta de esto -gruñó Ledak y golpeó la liberación en sel segundo set.

-No lo ha… -comenzó Kal.

Las puertas se abrieron de golpe, inundando el pasillo con la luz. En la fracción de segundo que le tomó a su casco compensarlo vio algo de pie en el resplandor. Algo inmenso y contundente.

Entonces el espacio se llenó de fuego bólter.

Kal se arrojó contra la pared, devolviendo el fuego a ciegas. Oyó un ruido estrangulado desde Ledak detrás de él, sofocado rápidamente. De repente, su casco estuvo lleno de objetivos; más de diez, pululando cerca.

Un rayo le golpeó con fuerza, enviándolo de espaldas. Siguió disparando. Desde algún lugar cercano pudo oír a Rovel rugir. Su voz era bestial y extraña, usando palabras que Kal nunca había oído.

Kal se puso de pie y corrió de vuelta a la cámara de mando, esquivando la tormenta de proyectiles de los perseguidores antes de saltar sobre el cuerpo de Ledak. Mientras se tambaleaba por las puertas recibió un proyectil en la espalda, impulsándolo hacia adelante. Golpeó el suelo con torpeza, rodando a su izquierda para seguir disparando.

Vio la silueta borrosa de guerreros con servoarmaduras cargando tras él por el pasillo, seguidos por el fuerte olor a éter. Levantó su arma para disparar, viendo como una runa de objetivo se concentró en el atacante en vanguardia.

-*Fuera* -dijo una voz, al parecer pegada a su oreja.

El bólter de Kal voló de su agarre, resonando contra la pared y sonando fuera de su alcance.

Él se dio la vuelta para ver una figura de pie blanco sobre él, se indica en el parpadeo del rayo. La cabeza de la figura fue expuesta, muestra un par de ojos brillantes de oro.

Kal trató de volver a alzarse, empujarse a sí mismo contra él, tener sus manos alrededor de su garganta. Fue lanzado de espaldas, destrozado contra el metal. Su cascó se clavó como si estuviera magnetizado y sintió filamentos de energía etérica en forma de gusano a través de su servoarmadura. Al caer al suelo, los insultos de Rovel se silenciaron finalmente.

El guerrero blanco se dejó caer sobre el cuerpo extendido de Kal.

-Nunca me gustaron los perros de Lorgar –dijo con acento extraño.

Kal miró con ojos legañosos a un rostro curtido y denso con tatuajes. Quería hablar, escupir maldiciones a su asesino, pero su lengua yacía inerte.

Cuando el último eco de los bólter murió llegaron otros para unirse al brujo; algunos con servoarmaduras de Salamandras, uno con un casco augmético de los Manos de Hierro. Kal rugió en sus ataduras.

El brujo le miró fríamente. -No luches. No tiene sentido.

Todo el lugar apestaba a energía disforme. Eso lo sorprendió. Las legiones infieles estaban destinadas a haber renunciado a todo eso.

El legionario de los Manos de Hierro pisoteó hasta el brujo. Su servoarmadura se había ampliado con un extraño conjunto de flamantes apéndices mecánicos. Sus hombreras sobresalían de forma masiva, tarareando con carga electrostática.

-Los otros están muertos -le informó con delgada voz artificial. -¿Éste?

-Todavía no -dijo el brujo, mirando a Kal como si observara una losa de carne podrida.

Por alguna razón la mente de Kal se sentía lenta, y le resultaba difícil localizar los emblemas en la servoarmadura del brujo. ¿Lobos Espaciales? No, demasiado limpia.

Lo encontró. Cicatrices Blancas. Eso fue, *eso*, una auténtica sorpresa.

El brujo lo miró.

-Abriré de par en par su mente -dijo, y Kal sintió las primeras punzadas de dolor en las sienes.

-Hazlo rápido -vino una tercera voz, rica con el timbre triste de los hijos de Vulkan. -Debemos tomar la nave ahora.

-Deberíamos hacer tal cosa -dijo el brujo. -Mejor persuadir -se acercó más, sus ojos dorados brillando. -Ahora, *tú* vas a escuchar.

Ilya esperó fuera, preguntándose si se había entrometido, poco dispuesta a retirarse y no recibirá ninguna señal. Se sentía como una tonta, flotando en los márgenes.

Qin Xa parecía ajeno a su presencia. Estaba arrodillado detrás de pantallas de papel translúcido, vestido de seda, rodeado de espirales de humo de incienso. Su cabeza

desnuda estaba inclinada ante un pergamino colgado, en blanco salvo un solo carácter Khorchin dibujado en una forma antigua de chogoriano.

Ilya sabía que habría dibujado el signo por sí mismo, sumergiendo un pincel grueso de pelo aduu en tinta de hollín y desplegada rápidamente sobre el papel. Podría haberlo hecho una y mil veces, desechando cada intento hasta que fuera perfecto.

No había un trabajo tan arduo que involucrarse en este tipo. Era movimiento brusco, emergido directamente desde el alma. Era perfecto o no lo era; una vez elaborado no había manera de mejorarlo o corregirlo.

Ilya se preguntó si Qin Xa sabía que ella estaba allí. Era difícil imaginar que no, pero Halji le contó una vez que la meditación era una cosa absoluta. Tal vez incluso los Marines Espaciales bajaban la guardia de vez en cuando.

Así que permaneció de pie en las sombras, respirando tan silenciosamente como pudo, tratando de no hacer nada para romper el hechizo.

Después de mucho tiempo, Qin Xa levantó la cabeza. Se puso de pie en un solo movimiento y se inclinó ante el pergamino. El gesto era curiosamente religioso, como algo que podría haber tenido lugar antes de la unificación, aunque no había iconografía aprovechable; solo el rollo, el incienso en sus incensarios de bronce, y las capas de papel que colgaban en un cuadrado perfecto por las paredes oscuras de la sala de aislamiento.

Ilya tragó conscientemente cuando Qin Xa empujó la pantalla a un lado y salió a la luz. Su rostro curtido no dio ningún indicio de sorpresa.

-Szu -dijo. -Llegas temprano.

Ilya podría haber discutido sobre eso; no llegó temprano sino a tiempo, como siempre, y él no tenía crono pero optó por no hacerlo. -Puedo volver.

-No hay necesidad. He acabado.

Quería preguntarle lo que había estado haciendo, pero supuso que habría sido impertinente. Podría haber sido parte de los ritos guerreros que habían hecho de Qin Xa el espadachín más letal en la Legión después del propio Khan, o podría haber sido una resaca de los viejos tiempos de Chogoris. Pocos de los que habían estado con el Khan desde el principio vivían aún; la mayoría murió antes de que el

Emperador llegara, y otros cuando intentaron la Ascensión siendo demasiado viejos, haciendo caso omiso de las advertencias por los apotecarios terrestres.

Qin Xa lo había conseguido, al igual que Yesugei. Tal vez Hasik era otro.

-Ha finalizado la auditoría de la flota -dijo.

-Así es.

-El Khan quería saber los resultados.

Ilya respiró hondo. –El setenta y tres por ciento de los activos de la Legión fueron comprometidos en la campaña de Chondax. Durante los combates, cinco hermandades fueron enajenadas para otras tareas, aunque ninguna fue capaz evadirse de las mismas. De los no comprometidos con Chondax, el doce por ciento permanecieron en Chogoris, seis en comisión con otras legiones, y seis fueron dados por desaparecidas.

Qin Xa asintió. –Te quedas corta en un tres por ciento.

-No, lo son tus registros. Además, no me permito implementaciones especiales como las de Terra, Marte o con las casas de Navegantes.

-Dime entonces, ¿Es la norma?

-¿Quieres decir en comparación con las otras? No. La mayoría de las legiones fueron desplegadas más, dirigida por lords comandantes a través de una variedad de flotas. Por lo que yo sé, en base a las cifras que vi hace dos años, sólo los Lobos Espaciales y los Ángeles Sangrientos eran más coherente.

Qin Xa asintió pensativo. Su expresión era serena, tan a menudo en los cicatrices. -Así que, si alguien nos quería fuera del camino, como Legion, enviarnos a Chondax habría hecho el trabajo por ellos.

-¿Es eso lo que usted cree que sucedió?

-Todavía estamos tratando de dar sentido a la Legión Alfa.

Ilya sonrió con ironía. -Podríais haberlos combatido, allá en Chondax.

-No nos habrían dado respuestas.

-¿Pero no estás tentado a ello, sólo un poco?

Qin Xa se encogió de hombros. -El Khan lo estaba. Podía sentirlo, no importa lo que él ordenara. Pero eso es el pasado; él tiene preocupaciones más acuciantes. Acompáñame, por favor.

Él se alejó, abriendo la puerta a una pasarela convencional iluminada. Ilya trotó hacia él, luchando como siempre contra el paso de gran tamaño de los Marines Espaciales.

-Hay un dicho en Chogoris -dijo Qin Xa. *-Es mejor ser ignorante que sabio*. Muchos de nosotros estamos de acuerdo con eso. Nosotros no nos preocupamos de lo que hacen las otras Legiones. Así pues permanecimos ignorantes de lo que estaba haciendo el resto del Imperio, y tan felices. Este es ahora el problema.

Ilya levantó una ceja. -No podría haber sabido lo que estaba sucediendo. Chondax fue aislada por un largo tiempo.

-Sí, una extraña oportunidad.

-Estas cosas pasan.

-No, no esta vez. Estábamos satisfechos. Si Yesugei hubiera estado aquí podría habernos advertido.

Ilya negó con la cabeza. -No se puede aislar a todo un subsector. No se pueden orquestar tormentas de disformidad.

Qin Xa no respondió de inmediato. Cuando lo hizo, su voz era pensativa. -Le enseñaron que la humanidad ha ido más allá de la superstición. Lo cree, como debía. No hay dioses, se les dijo, y lo que parece magia es sólo el creciente poder de la mente humana. -la miró casi furtivamente. -Nosotros, por el contrario, nunca dejamos de creer. En Chogoris se llama la Prueba de los Cielos. Siempre la hemos sabido. ¿Cómo crees que se vuelven poderosos los Videntes de la Tormenta? Nuestros primos en Fenris beben de la misma fuente, aunque nunca lo admitirían.

Caminó con facilidad, de manera fluida.

-No sabe lo que es la disformidad. Ninguno de vosotros lo sabe. El Emperador mantuvo esas verdades ocultas, y por lo que sabemos que ha tratado de acabar con los que todavía las entiende. El Khan nunca estuvo de acuerdo con esto. Ambos

discutieron. Esta es la gran pregunta, Szu, la que cayó por su propio peso: ¿Puede descansar un imperio en una mentira?

A Ilya no le gustaba oír esto. Mucho de lo que las cicatrices habían dicho siempre le sonó extraño e incómodo, y aprendió a ignorar lo más esotérico de sus puntos de vista. Pero esto... esto sonaba cerca de rebelión.

-Yo no… -empezó.

-Escucha -dijo Qin Xa, deteniéndose y volviéndose a ella. -Sólo escucha. La disformidad no es lo que piensas. Está viva. Es peligrosa. Se puede utilizar. Nosotros, los de la Quinta no te dirían lo contrario, y por eso nunca nos confiamos y por qué nunca hemos estado en el centro de las cosas.

-Eso no es así.

-Por eso sucedió Nikaea. El Imperio fue voluntariamente cegado. Deliberado. Nunca ha querido ver lo que lo mantiene unido.

-¿Qué tiene esto que ver con Chondax? -preguntó Ilya, cada vez más nerviosa.

-Uno puede orquestar tormentas de disformidad.

-¡Tonterías!

"Se necesita un enorme poder, o dispositivos de origen antiguo, pero se puede hacer.

-¿Por qué me dices esto?

-Es necesario conocer la mente del Khan -dijo Qin Xa desapasionadamente. -Necesitas saber cuál es su dilema.

-Entonces, ¿Cuál es? Dímelo ahora; sin enigmas.

Qin Xa la miró con perfecta seriedad. -Cuando se nos dice que Russ se ha ido tras Magnus, podemos creerlo. Cuando se nos dice que Horus se ha convertido en un monstruo, podemos creerlo. Es la *disformidad*, Ilya. Corrompe a los mejores; cuanto mayor es la resistencia, mayor será la corrupción. Tal vez el propio Emperador ha sucumbido, tal vez el Señor de la Guerra. En cualquiera de los casos, significa la ruina.

Ilya miró a los ojos de Qin Xa y vio una certeza constante en ellos. Cualquiera que fuera la verdad de esto, *él* la creía.

-Entonces, ¿Qué vais a hacer? -preguntó Ella. -Tenéis una flota entera aquí, incendiando el vacío a su estela y nadie me ha dicho a dónde se dirige.

-Estoy tratando de decírtelo. Nos dirigimos a la fuente, al arquitecto. Sólo un alma ve la disformidad como es realmente.

-Terra -dijo Ilya, aliviado. -Así que vamos a Terra.

Qin Xa la miró decepcionado. -No -dijo. -¿No has estado escuchando? No podemos ir a Terra.

Apoyó una mano en su brazo. -El Khan solo ha confiado en uno de sus hermanos. Si Magnus vive entonces todo esto puede salvarse; si está muerto, entonces el Imperio está acabado para nosotros. Vamos a Próspero, Szu. Las respuestas están ahí.

DOCE

Una verdad

Sorprendido de Verte

Recuerdos de Ullanor

Kal se recuperó.

-¿Ledak? -transmitió. Su lengua estaba espesa, su cabeza retumbando. -¿Rovel?

Parpadeó fuertemente, despejando la niebla a través de sus ojos. Flexionó un guante; funcionó. Eso era algo.

-¿Alguno?

Se puso de pie. Debió de haber caído. Estaba desorientado. Todo a su alrededor parecía moverse lentamente.

-Parpadeó al canal de navegación. –Estado -dijo con voz áspera.

La voz de operador de comunicaciones de la *Vorkaudar*, cuando llegó, parecía aliviada. *-Habíamos estado preocupados, señor. Su señal se perdió. ¿Está todo bien?*

Kal no lo sabía. Sintió náuseas. El espacio alrededor de él estaba vacío y oscuro. Se sentía como si hubiera olvidado algo importante.

-No tengo localizados a Ledak o Rovel -dijo.

-Estaban con usted en la transición. Ya no tenemos loci para ellos.

Kal comenzó a caminar. Las paredes de metal alrededor de él estaban quemadas y peladas. Realizó un escaneo de proximidad y no recibió nada. Ni siquiera podía detectar a la *Vorkaudar* en la matriz del localizador. Su piel se erizó con inquietud.

-¿Encontró algo allí? -preguntó el operador.

-¿Qué?

-El puesto de avanzada, señor. ¿Necesita algo más?

Kal dejó de caminar. Su cabeza le palpitaba con dolor, disminuyendo sus pensamientos y haciéndole sentir más enfermo. Sin duda había olvidado algo. ¿Por qué no podía *pensar*?

-No hay nada aquí. Nada. Aquí.

Una pausa. *-Estamos a la espera de órdenes, señor* -dijo el operador con voz entrecortada.

Kal se sentía como estrellando su cabeza contra la pared; necesitaba cualquier cosa para desactivarla.

-Voy a volver.

-Muy bien. Tengo una fuerte señal de usted ahora. Bajando escudos. Puede hacer la transición cuando…

-Espera -tan pronto como el operador pronunció las palabras "bajar escudos", Kal lo recordó. *El Cicatriz Blanca. El Mano de Hierro.* -¡Espera!

Ya era demasiado tarde. El éter surgió a su alrededor una vez más, rabiando esta vez tiempo, consumiendo carmesí mientras se disolvía en el. En una fracción de latido corazón su cuerpo se precipitó entre reinos que recordaba muy bien.

Cuando fue rematerializado en la cámara de teletransporte que no estaba solo.

Las manos de Kal corrieron a por su bólter, pero demasiado lentamente. El brujo de los Cicatrices Blancas levantó un dedo, inmovilizándole.

En una agonía de frustración, Kal sólo pudo observar mientras el brujo cogió una daga curva. Sólo podía ver como empujó la hoja contra su garganta, situándola en la unión entre el casco y la gorguera.

-¿Desde hace cuánto os corrompisteis? -preguntó la bruja.

Kal encontró que sus labios podían moverse de nuevo. Permaneció mirando desafiante al Cicatriz Blanca.

-Desde que supimos la verdad -respondió.

El brujo lo miró, perplejo. -¿Verdad? ¿Qué verdad conduce a esto?

-La única.

-Una verdad -el Cicatriz Blanca negó con la cabeza. -Qué ilusos

Entonces los labios de Kal dejaron de funcionar de nuevo. Escuchó las sirenas de otras cámaras de teleportación y el paso pesado de botas blindadas aterrizando en metal. Sintió el poder del brujo retirarse de su mente como un chorro de agua de un vaso.

Trató de hablar de nuevo, para arremeter, para llegar a su bólter.

Pero el brujo no era estúpido. Presionó la daga con firmeza, cortando limpiamente los sellos protectores. Kal sintió la mordedura de la cuchilla, separando su carne y tendones con un siseo disruptor débil antes de que su visión se desvaneciera.

Yesugei empujó el cuerpo a un lado y salió de la cámara. Henricos surgió desde otro frente, seguido más tarde por Xa'ven y tres Salamandras.

-Asqueroso -escupió Henricos.

Yesugei lo miró con curiosidad.

-Conjuro -dijo el legionario de los Manos de Hierro a modo de explicación, sacudiendo sus manos como si estuviera tratando de limpiarse una infección. –La brujería fue la raíz de todo.

-No -dijo Yesugei, empezando a caminar. -De ningún modo.

Xa'ven se colocó junto a él. Su martillo, sostenido con una sola mano, crujió con un brillo suave de energía; agarraba una pistola artesanal dorada con su otro guante. Los ojos de Yesugei se sintieron atraídos por las armas. Los hijos de Vulkan sabían cómo hacer sus herramientas hermoso.

-Tiene parte de razón -dijo Xa'ven.

Las puertas al final del pasillo se abrieron, revelando a dos tripulantes con túnicas apresurándose hacia las cámaras de teleportación. Al ver a los Marines Espaciales sus ojos se abrieron y se apresuraron huir.

-La tecnología de los Manos de Hierro escondió nuestra presencia en la estación -dijo Yesugei calmado, estallando los corazones de los tripulantes con un solo gesto. -Mi habilidad tormentosa nos tajo aquí. Empate.

-No del todo -dijo Henricos, haciendo caso omiso de los mortales mientras se deslizaban, con ojos vidriosos, al suelo. –La tecnología de los Manos de Hierro no está prohibida.

Entraron en un pasillo más amplio, iluminada en rojo a nivel del suelo. El espacio apestaba a sangre y signos embadurnados corrían lustrosamente por los paneles de acero. Más tripulación emergió; algunos accidentalmente, algunos atraídos por el ruido. Xa'ven despachó a otros dos con disparos de su pistola bólter. Yesugei silenció cuatro más.

-Sólo porque no se conoce totalmente –respondió el Vidnet ede la Tormenta. -¿Qué se lleva a cabo realmente en Medusa?

Pasaron una intersección y Henricos se detuvo a descargar una andanada de bólter por un acceso en forma de conexión, enlucido con sangre y ropas andrajosas.

-No es lo mismo -gruñó, girando a su alrededor para acabar con un par de rezagados. Para entonces ya sonaban los clarines de alarma. .Escondí nuestras

señales con las máquinas. Meros dispositivos. Tú hiciste un puente con poderes proscritos.

-No proscritos para mí.

A medida que se abrían paso más cerca del puente, tropas mortales con armadura más pesada comenzaron a llegar, dejándose caer en formaciones defensivas en los cruces del corredor y lanzando olas de fuego de proyectiles.

Xa'ven siguió adelante, su servoarmadura desviando los proyectiles entrantes en un torbellino de chispas. -Hermanos, no es el momento -dijo, avanzando lentamente hasta el alcance de su martillo.

Henricos bregó para unirse a él, recibiendo golpes de refilón en su servoarmadura. -Puede que tengas razón -gruñó, disparando metódicamente su bólter.

Yesugei le alcanzó, cubierto por la presencia constante de los Salamandras a su alrededor. Los pasillos resonaban con fuego bólter. Las tropas humanas de los Portadores de la Palabra eran tercas y comprometidas, pero no podían competir con oponentes en servoarmadura. Murieron por decenas, obstruyendo los pasillos.

Ninguno de ellos huyó. Ninguno gritó pidiendo misericordia. Siguieron luchando, irremediablemente. Como sus amos.

Realmente creen en ella, pensó Yesugei, viendo a más de ellos lanzados por los aires por golpes expertos de Xa'ven. *Esta es ahora su causa.*

Entonces uno de los mortales penetró por el asalto de Henricos y corrió hacia el legionario de los Cicatrices Blancas. Llevaba una pistola láser y su rostro estaba rígido por la determinación.

Yesugei lo consideró un momento antes de estamparle un lado, viendo apenas como el cuerpo del hombre se estrelló contra la pared y su arma sonó en la cubierta. Era deprimente presenciar tal fervor.

-Tomad la nave rápidamente -transmitió al resto de la unidad de abordaje. -Hacedlo rápido. No hay honor en esta lucha.

Torghun se abrió camino de forma constante a través de los niveles inferiores de la *Lanza de los Cielos*. La rutina ambiental de los motores disformes vibraba a su alrededor. La nave viajaba rápido; dondequiera que el Khan estuviera llevando a su Legión, iba con su velocidad habitual.

Torghun pasó ante unos siervos en el camino. Se inclinaron y se apresuraron, apenas mirándolo.

Llegó al lugar designado y localizó el singo de la puerta deslizante.

Hizo una pausa por un momento. Al levantar el dedo hacia la runa un escalofrío débil pasó a través de él, momentáneamente, como de una fiebre.

Hundió la runa con un suave clic.

-*Naturaleza del asunto* -dijo la voz de Nozan.

-No puedo decirlo -dijo Torghun.

Oyó el zumbido débil de un detector vox confirmando su identidad y la puerta se deslizó.

Nozan llevaba la capucha. Detrás de él, la cámara estaba oscura y vacilante, como si iluminada por velas.

-Ha pasado un tiempo -dijo Nozan.

-Y siempre es un placer -dijo Torghun, sobrepasándole.

La cámara más allá estaba más llena que de costumbre. Más de cuarenta figuras de pie en un círculo abierto, cada una con una capucha y largas túnicas. La luz era baja, casi teatral.

Torghun tomó su lugar. Algo brillaba en el centro del círculo, como el aire desplazado por una turbina de postcombustión. No podía concentrarse en el. Cada vez que lo intentó sus ojos se deslizaron. Ninguno de los otros parecía estar intentándolo, por lo que se dio por vencido.

-Hermanos -vino una voz desde el otro lado del círculo. Torghun reconoció el acento de Hibou. –La logia se expande. Miembros de toda la flota se nos han unido. Para los nuevos en esto, mi bienvenida. El círculo se mantendrá en expansión, más rápido ahora que las cosas están en movimiento.

Torghun escuchó con atención. Todavía no sabía de qué se trataba. Las reuniones de la logia eran normalmente pequeños asuntos, confinados a una sola nave. Tal vez esto demostraba que las cosas estaban finalmente llegando a un punto.

El secretismo, el secretismo. Sin duda, la necesidad de ello se disiparía pronto.

-Es difícil hacer esto en la disformidad –continuó Hibou. -Aunque no tan difícil como en Chondax, y todos podemos estar contentos de librarnos de ese mundo.

Algunas risas roncas. Torghun tuvo que esforzarse para echar un vistazo a la sombra de las cubiertas a su alrededor. ¿Por qué estaban todos aún ocultos?

-Ahora que el Khagan nos ha sacado del vacío surgen oportunidades, que hemos estado esperando durante mucho tiempo. Tratad de mirad la luz. Para los nuevos en esto confiad en mí, lo hará más fácil.

Los ojos de Torghun se posaron de nuevo al centro del círculo. Entrecerró los ojos, concentrándose duramente.

Por un momento, lo único que vio fue un leve temblor de movimiento; temblores, vibraciones. Entonces algo se aclaró: una columna, a menos de un metro de altura, nebulosa en los bordes. Era translúcida, casi transparente, pero definitivamente estaba allí, como una columna de vidrio, o tal vez de agua, sostenida rígidamente ante ellos.

Seguía siendo difícil de observar. Torghun sintió ardor en los ojos y parpadeó lágrimas. Un sentido débil de náuseas se agitó en su estómago, acompañado por la conciencia, de alguna manera, de enorme poder en ebullición cerca.

-¿Qué es esto, hermano? -vino una voz del otro lado del anillo de cuerpos. Torghun no reconoció el origen, pero el tono era igual como si hubiera sido él: inquieto, suspicaz.

-Cálmate -dijo Hibou. -La náusea es normal. Se desvanece. Esto no es diferente al arte de los Zadyin Arga.

Torghun siguió mirando. Una vez empezó era difícil apartar sus ojos.

Poco a poco surgieron las formas en el centro de la columna de vidrio. Alcanzó a ver algo largo y sinuoso, encrespándose alrededor de un eje invisible como una llama.

Luego, con mayor claridad, surgieron las palabras: escritura Khorchin, brillando en un plata mate, colgando en el cuerpo de la columna y refractadas como bajo el agua. Torghun trazó el significado de las letras que parpadearon dentro y fuera de la existencia.

Vuestro curso es conocido. Vuestro destino es conocido. Una reunión será posible. Hasta entonces, trabajad como habéis estado haciendo. No forcéis las cosas. El Señor de la Guerra es consciente. Lo aprueba.

Torghun sintió que sus corazones latían desbocados. Ante la mención del Señor de la Guerra, el pulso aceleró un poco más.

Hibou entró en el círculo, con el rostro en su mayoría oculto por la capucha. -¿Y qué pasa con la Legión Alfa? No nos avisaron de que ello.

Durante un tiempo, el pilar permaneció vacío. Luego, poco a poco, surgieron más palabras.

Es difícil. No tenemos esa información. Alpharius es...

Hubo una pausa.

...Impredecible.

-Entonces, ¿Algunas instrucciones?

Las tiene. Vuestro curso es conocido. Vuestro destino es conocido. La reunión se llevará a cabo. Hasta entonces, permaneced fieles. La verdad se hará evidente.

-¿No es ya evidente? -preguntó otra figura encapuchada. Torghun no reconoció esa voz tampoco. Era difícil, recortada, fuertemente chogoriana. -Las cosas finalmente son revelados. Podríamos revelarnos a nosotros mismos también. No hay nada de qué avergonzarse. No tengo nada de qué avergonzarme.

Una vez más, una larga pausa. Entonces, el pilar de vidrio brilló con el movimiento de nuevo.

Entiendo. No, tenéis todo el derecho para estar orgullosos. Pero el Señor de la Guerra lo quiere así por una razón. La traición está en todos los lugares. Ninguna Legión está libre de ella, ni siquiera la vuestra. El destino del Imperio depende de ello. El destino de vuestra Legión depende de ello.

¿Qué estaba produciendo las palabras? Casi tenían el carácter de una perorata de cogitador, produciendo frases comunes, aunque algunas claramente respondían a las preguntas. Torghun observó las líneas de texto a medida que se dispararon y bailaron en el pilar, con los ojos picando un poco menos cuanto más leía.

Confiad en esto; vuestro Khan es tan noble como poderoso. Él verá la causa como lo que es. A él se le aparecerán las verdades de Nikaea y las verdades de Davin. Tenemos toda la confianza. Tenemos toda la confianza de todos vosotros. Manteneos fieles.

El pilar de cristal comenzó a desaparecer. El aire del alrededor se cerró en el, inundando la frágil escritura plateada. Torghun entrecerró los ojos, tratando de ver lo que quedaba.

Por la iluminación. Libertad de la tiranía. Fraternidad. Las últimas palabras eran casi ilegibles. *Por el Imperio del Hombre.*

Luego se apagó. Torghun respiró profundamente, consciente repentinamente de lo mucho que se había concentrado. Su piel se erizó; una línea de sudor le corría por la parte baja de la espalda.

Nadie habló durante un tiempo. Entonces las luces incrementaron en intensidad. Cuando Torghun parpadeó, vio impresiones de color invertido del pilar sobre sus retinas.

-¿Qué fue eso? -preguntó uno de los presentes.

Hibou empujó su capucha hacia atrás. -Esa es la naturaleza de ellos, hermano. Críptica. Lamentable, pero es necesario.

Otros, siguiendo el ejemplo de Hibou, se quitaron las capuchas. Uno de los oradores, el que tenía el acento chogoriano duro, mantuvo su anonimato.

-Si tuviéramos que tratar con formas menos opacas de comunicación seríamos descubrimos -dijo Hibou. –Los oradores de estrella confían en estos mismos enigmas. ¿Por qué debería ser esto diferente?

-¿Qué es, entonces? -preguntó uno de los hermanos. Torghun lo conocía; Xo Hutan, de la Hermandad de la Estrella del Cazador.

-Un conducto -dijo Hibou. -Una forma de hablar con los que nos uniremos.

-Ellos ya están llamando al Señor de la Guerra un traidor.

-Y ya sabes, Hutan, que esto no puede ser -Hibou se volvió hacia los demás. -Horus es el único que siempre trató al Khagan con el respeto que se debe. Si nos vemos obligados a elegir entre un tirano y un libertador, ¿Qué haría un verdadero hijo de Chogoris?

Los bajos murmullos de aprobación corrieron alrededor de la reunión.

-El halcón lo verá -Hibou continuó. -Él verá la verdad, como lo hemos hecho, cuando sea el momento adecuado, y nos han encargado entregarla.

Nozan asintió con entusiasmo. -Es el momento adecuado.

-¿Para qué? -preguntó Torghun. Su creciente sensación de inquietud no había disminuido. Miró alrededor de la cámara, a los cuarenta pares de ojos. -Para susurrar sobre magia? -miró a Hibou. -No hacemos nada más que hablar.

Hibou sonrió. -Por ahora. La Legión aún no está lista para más, hermano -se volvió hacia el resto. -Sé que os irrita esto, pero creedme, las palabras son más importantes de lo que sabéis. Seguid hablando a los que se puedan hacer para entender. Habla en voz baja, con cuidado, para que nuestro número se extienda. Algunos nunca se convencerán; hemos sido advertidos de esto. Si los otros khanes ordenan a sus hermandades silenciarnos brindad por cien de sus guerreros que ya serán nuestros aliados. La armonía prevalecerá. Ese es el resultado al que debemos aspirar. La Legión se encuentra en curso, y el Khagan verá que hemos tomado el camino honorable.

Hibou miró a Torghun, advirtiendo en sus ojos. -Al final tendrá que elegir. Todo lo que estamos haciendo es facilitar su decisión.

-Yo no ascendí con el fin de hablar -dijo Torghun, asqueado por la mojigatería de Hibou. -Me uní para luchar.

-¿De verdad crees que no lo harás?

Por un momento, ambos sostuvieron la mirada del otro. Finalmente, Torghun bajó. Ni siquiera sabía por qué estaba discutiendo. Algo sobre el ritual le molestaba y le hacía irritable. Su piel todavía picaba, como si ondulara estática a través de ella.

-Así pues, eso es todo -dijo Hibou, dirigiéndose al resto. -Convocaremos siempre que podamos antes de llegar a nuestro destino. Hasta entonces, permaneced en comunión. Mantened el fuego encendido.

Hizo una reverencia, y la logia se inclinó a su vez. Uno por uno, hablando entre sí, se separaron de la circunferencia. Bandejas de comida surgieron de alguna parte; astillas de carnes a la parrilla y pepinillos *cha-tazen*. La reunión adquirió su carácter más habitual y estalló un murmullo de conversación menos seria.

Torghun vio a Nozan en dirección a él y se alejó, con la esperanza de evitar hablar con él o Hibou. Cuando trató de alcanzar una jarra de algo que olía alcohólico, una figura le bloqueó el paso. Era el chogoriano que había mantenido su capucha arriba.

-No tiene que permanecer oculto aquí, hermano -dijo Torghun. -No, si usted no desea.

-Tú eres Torghun.

Torghun levantó una ceja. -¿Y usted es?.

El chogoriano retiró la capucha. Cuando vio quién era, Torghun no pudo ocultar la contracción más leve de shock.

-Me han dicho que conoces a Shiban, de la Hermandad de la Tormenta -dijo Hasik Noyan-Khan. Su cara bronceada llena de cicatrices parecía cuero curtido por el clima.

Torghun asintió, tragándose su sorpresa. -Luchamos juntos en Chondax.

-Él me dio esto -Hasik le entregó una medalla de la logia.

Torghun la sostuvo a la luz. Se parecía mucho a la que le habían dado, hace años. -¿Él es un miembro?

-De ningún modo. Lo encontró en Phemus.

Torghun miró a la mirada firme de Hasik. –Perdóneme…

-¿Quiere saber qué tiene esto que ver contigo? -preguntó Hasik, colocando una mano sobre el hombro de Torghun y guiándolo a los escanciadores de vino. -Me

gusta Shiban, él es uno de los mejores de mi ordu. Pero las cosas se están moviendo rápidamente ahora y él ya ha hecho algo de ruido, y me gustaría pararlo.

Torghun lo miró con incertidumbre. -¿Lo que ocurrió el Phemus?

-Nada que nos concierne, que yo sepa. ¿Las serpientes, tal vez? Pero aquí es lo importante -Hasik se acercó más y Torghun vio cuan profundo se había cortado su cicatriz. -No quiero verlo lastimado. Tal vez se pueda hablar con él. Como Hibou recomienda. Cuando se haga la elección, me gustaría verlo en el lado del argumento sensato.

Torghun pensó en eso. -No sé -dijo. –No nos vemos cara a car nunca. Es chogoriano y yo…

-Eres un legionario de los Cicatrices Blancas. Eres un guerrero de Jaghatai. Esto es todo lo que importa -Hasik fijó en él su mirada penetrante. No era difícil ser intimidado por su manera. Era uno de los pocos que habían estado allí desde el principio, que había luchado con el Khagan desde hace siglos. -Haz esto por mí, Torghun. Lo arreglaré. Habla con él. Creo que escuchará. Los que luchan juntos comparten un vínculo.

-¿Y si él no puede ser persuadido?

-Estará abierto a razones. Yo lo estuve.

Hasik sirvió una copa de vino de la jarra y se la entregó. Luego echó una para él.

-Hace mucho tiempo, el Khagan me dijo que el único enemigo que teníamos que temer era la decadencia. Cada vez que cortó la garganta de un emperador en Chogoris vi susurrar esa lección. Nunca descansar. Nunca engordar. Nunca sentarse en un trono que se convertirá en su ataúd. Cuando me dijo eso, vi que era cierto, y que lo amaba más que nunca, porque vi la pasión con lo que lo creía.

Tomó un sorbo, luego sonrió a Torghun.

-Esto lo hacemos por nuestras almas -dijo, y no un ápice de duda surgió en la cara de su guerrero. -Cuando llegue el momento, le harás entender.

-¿Sabes de lo que hablan, por toda la Cruzada? –dijo Sanguinius.

La atmósfera gris acero de Ullanor colgaba detrás del Ángel, haciendo que su armadura ruborizada brillara con mayor energía. El primarca hacía honor a su apodo, y su impecable rostro brilló con diversión honesta.

No pasó mucho tiempo después de la investidura de Horus y la plaza de armas todavía pululaba con guerreros apáticos. Se necesitarían semanas para organizar los transbordadores para transportar a todos a la flota en órbita.

En la terraza con vistas a la parada principal, toldos de seda protegían a cuatro Primarcas de lo peor de la suciedad picante de los motores. Ahí podían evadirse, si lo intentaban, de los miles de millones de soldados tratando de encontrar su billete de salida de este mundo al mismo tiempo. El Khan, sentado junto a sus hermanos, preguntó distraídamente quién había recibido la ingrata tarea de orquestarlo.

-Dime -dijo Mortarion, aunque el Khan pudo ver que él no estaba realmente interesado. El Señor de la Muerte se recortó como una figura aislada durante las celebraciones, incómodo en todo menos en su propia compañía. A este respecto, el Khan tenía cierta simpatía por él.

Sanguinius se reclinó en su silla, colgando una copa de oro casualmente en una mano. -Ellos ponen las apuestas sobre cuál de los dos ganaría en un combate singular. Hay probabilidades. Yo las he visto.

Mortarion resopló. Fulgrim, el cuarto de la reunión, se echó a reír.

-Eso se ha resuelto, ¿No es así? Nuestro hermano Horus los gana todos.

Fulgrim y el Ángel tenían un aspecto similar en algunos aspectos. Tenían las mismas caras escultóricas, la misma armadura extravagante. Donde Sanguinius parecía que había nacido para llevar hombreras con borde de oro, el Khan siempre pensó sin embargo que Fulgrim parecía estar intentándolo un poco demasiado duro. Al final, él supuso que Sanguinius habría sido feliz de deshacerse de sus atavíos; Fulgrim daba la impresión de que preferiría morir.

-Esa parece ser la opinión de nuestro padre -dijo Sanguinius. -No detendrá al hombre común de hacer apuestas.

Mortarion negó con la cabeza pálida, y los tubos que surgían de su respirador arcaico sonaron unos contra el otro. -Estúpido.

Fulgrim le concedió una mirada divertida. -¿Ah, sí? ¿Por qué?

-Porque estamos hechos para diferentes peleas -gruñó el Señor de la Muerte. Su voz filtrada nunca parecía pasar de un registro hosco. -Ven a Barbarus, pavo real, y verás en cuánto tiempo tus plumas se disuelven en la niebla.

Las cejas de plata de Fulgrim subieron. -Tal vez debiera, hermano.

-No te lo recomendaría -dijo Sanguinius. -He visto esas nubes químicas. Sospecho que él aguantaría en pie por más tiempo que tú, Fulgrim.

-Algunos de nosotros lo tuvimos más fácil que otros –murmuró Mortarion.

Fulgrim miró maliciosamente a Sanguinius. Un incómodo silencio cayó.

-No debes lamentarte por ello -dijo Khan. Los otros tres se volvieron, como sorprendido de que tenía una voz. -La penuria.

Mortarion lo miró con acritud. Su carne pálida casi igualaba a los cielos nublados y húmedos de Ullanor. -No me arrepiento -dijo. –Sin embargo, podría lamentar que solo *muchos* de nosotros se ganaron el favor de nuestro padre. Podría.

Sanguinius tomó un sorbo de vino de su copa, serenamente indiferente. -Hermano, debes estar satisfecho de Horus".

-¿Por qué? -la expresión de Mortarion sufrió un pellizco. -¿Porque fue encontrado el primero? ¿Tuvo más tiempo para trabajar con su Legión? Si tú hubieras estado en Cthonia, si hubiera sido yo, ahora podríamos haber estado en su lugar.

Fulgrim olfateó. -Habla por ti. Ser Maestro de Guerra no es el único galardón.

Sanguinius rio. -No hables más de tu aquila palatina, hermano. Sólo le pondrás más celoso.

-No estoy celoso; no de Horus, ni de vosotros –Mortarion frunció el ceño, sin captar el humor en la voz de Sanguinius. -No entendéis el problema.

Fulgrim se inclinó hacia delante, juntando sus largas manos. -¿Que es?

-Mientras Él nos estaba guiando -dijo Mortarion, -hemos luchado para ganarnos siquiera una mirada o un gesto de Él. Eso era aceptable, porque ninguno de nosotros es Su rival. Nada en la galaxia es *Su* rival. Ahora vamos a luchar por

obtener una mirada de Horus, pero Horus no es el artífice de esto. Es sólo uno de nosotros. Esto llevará a problemas.

Fulgrim lanzó una mirada tolerante a Sanguinius. -*Está* celoso.

El Khan negó con la cabeza. Fulgrim podría ser irritantemente estúpido. -No, él dice la verdad. Nunca debería haber ocurrido.

Sanguinius miró al Khan, pensativo. -Pensé que tú, de todos nosotros, te sentirías alegre por Horus.

El Khan se encogió de hombros. -Él es el mejor de nosotros, no le envidio nada, y yo se lo he dicho. Pero nunca debería haber ocurrido.

-¿Así que deberías haber sido tú? -preguntó Fulgrim mordazmente. Mortarion resopló de nuevo, pero Sanguinius no dijo nada.

-No lo habría tomado -dijo Khan.

-Por supuesto que lo habrías -dijo Fulgrim.

El Khan negó con la cabeza. -No tengo ningún uso para otro título. Mi gente me da los suficientes.

Sanguinius sonrió. –Hermano mío, creo que eres el más inescrutable de todos nosotros. Yo sé lo que quiere Rogal, y sé lo que quiere Roboute, pero incluso después de tanto tiempo no tengo ni idea de lo que quieres.

-Quiere que lo dejen solo -dijo Fulgrim. -Dispararse en las estrellas y cazar xenos en esas motojets encantadoras. Son endiabladamente rápidas. He oído de un contacto en Marte, Jaghatai, que hacéis cosas extrañas a vuestras naves.

El Khan le lanzó una mirada de párpados pesados. -He oído que le hacéis cosas extrañas a vuestros guerreros.

El rostro delgado de Fulgrim estalló brevemente con ira, pero Sanguinius rio.

-Me pregunto cuál de los *dos* ganaría en un duelo –reflexionó el Ángel. -Me gustaría ver eso. Ambos manejáis una hoja como dioses.

-Nombra el lugar, hermano –dijo Fulgrim dijo al Khan. -Incluso me gustaría viajar a Chogoris, si construyeras un palacio para mantener el polvo lejos de mi armadura.

El Khan sintió el insulto. Le apuñaló, profundamente, pero su expresión no cambió. Nunca podían saber, ninguno de ellos, lo mucho que le dolía su fraternidad cerrada.

-Perderías -dijo Khan.

Fulgrim sonrió, pero había algo frágil en ella. -¿Ah, sí?

-Perderías porque lo tratas como un juego, como lo tratas todo, y yo no lo haría. Perderías porque no sabes nada de mí y sé todo sobre ti, porque lo gritas desde las torres de tus cruceros de batalla. Mi destreza sigue siendo desconocida. Tienes cierta reputación como espadachín, hermano, pero no hago alarde cuando te digo que te dejaría ahogarse en ella.

Las mejillas de Fulgrim se sonrojaron. Por un momento, parecía que iría a por su espada. Como siempre, la sonrisa tranquila de Sanguinius calmó el momento.

-Ahora me arrepiento de tocar el tema -suspiró. -Por la causa de la paz, ¿Pondremos esta estupidez a un lado? no estamos en guerra, y nunca sea probable, y eso es realmente una bendición.

-¿Quién lo hubiera pensado? -dijo Mortarion al Khan, con un brillo astuto en sus ojos legañosos. -Tienes tu orgullo.

-Como todos vosotros.

-Entonces, ¿Cuál sería la apuesta por nosotros, hermano? -preguntó Mortarion. -¿Cuánto pagarías si luchamos?

El Khan suspiró. -No. Me he cansado…

-Dime –insistió Mortarion. -¿O es que sólo tienes en cuenta las probabilidades con espadachines?

El Khan le devolvió la mirada. Mientras lo hacía, se dio cuenta de que, de todos sus diecisiete hermanos, Mortarion era el único que, como él, quedó a un margen pronunciado durante la Gran Cruzada. Incluso Alpharius había jugado un papel

más importante en el centro. El Señor de la Muerte era tan misterioso para él como la disformidad.

Intrigante.

-No sé -dijo, con suficiente sinceridad. -Sería interesante averiguarlo.

Mortarion rio entonces, pero lo que podría ser visto de su expresión estaba torcido. Toda su cara parecía dispuesta para la dureza, como si la levedad le arriesgara a descifrarle.

-Eso si lo sería -dijo. -Pero no tenemos nada por que pelear, tú y yo, así que respira fácil.

-¿No? -preguntó Sanguinius, en serio esta vez. -¿Ni siquiera el Librarius?

La sonrisa torcida se desvaneció. -Eso es diferente.

El ángel tomó otro sorbo de vino. ¿Cómo es eso posible?

-Entonces no has oído las noticias. Nuestro padre ha tomado el asunto entre sus manos. Sé que te tomas su creación en serio, pero debes saber que no se podía permitir que siguiera adelante.

Fulgrim le miró intrigado. -¿Qué quieres decir con "tomado entre sus manos"?

-Habrá un cálculo -el Señor de la Muerte lanzó una mirada irónica al Khan, como si deleitándose con algún conocimiento secreto que se convertiría en público muy pronto. -Estaré allí cuando suceda. Espero que vosotros estéis allí también. Algunas peleas son demasiado importantes como para dejarlas en manos de los abogados.

-Tu mente no está en esto, señor.

El Khan se agitó a sí mismo. No tenía idea de donde había venido el recuerdo. Ullanor incidía en sus pensamientos cada vez con más frecuencia. Se estaba convirtiendo en un problema.

Hizo una reverencia a modo de disculpa a Ilya, que estaba sentada frente a él. Las velas ardían bajas y el tablero de Go estaba relleno con una partida desordenada, inconcluyente.

-No, no lo está -admitió.

Ilya cogió su vaso. -Podemos jugar en otro momento. De todos modos estoy mejorando, ¿No te parece?

El Khan rodó los hombros con aire ausente. Estaban apretados, y necesitan movimiento para evitar que se pegaran.

-Estás aprendiendo.

Ilya se recostó en su asiento. -Qin Xa me dijo a dónde vamos.

-¿Lo hizo?

-También quería saber si los Cicatrices Blancas eran típicos.

-¿En qué sentido?

-Cohesión de la Legión. Despliegue Singular.

El Khan se rascó la nuca. -Chondax lo hizo por nosotros. Hubiera preferido dejar que los khanes siguieran su propio curso.

-Podrías haberlo hecho.

-Ya no más -él tomó su propia copa y tomó un trago. Leche aduu fermentada. No era una opción popular, incluso en su propia Legión.

Ilya le miró seriamente. -Señor, ¿Te acuerdas de cuando te conocí?

El Khan asintió.

-Horus estaba allí también -dijo. -No sé si lo estabas esperando. Si es así, fue poco amable no avisarme -esa fue la última vez que hablaron antes de que el velo cayera. -Recuerdo cómo erais, los dos, por lo que entiendo un poco la decisión.

El Khan levantó una ceja. -¿Tú si?

-Tal vez no. Pero yo pensé que erais como hermanos. Puedo ver cómo es posible que no quieras creer... Bueno, eso...

Las palabras se secaron. El Khan observó su lucha por un tiempo.

-No se trata de la emoción, Szu -dijo. -Si Horus ha cometido crímenes de entonces le daré caza, al igual que con Russ o Alpharius.

-Tenemos órdenes de Terra -dijo Ilya, llegando al corazón de la misma. -Si las cosas no están claras, sin duda seguimos las primeras.

El Khan tomó otro sorbo de leche. -¿Tienes Familia?

-Ninguna viva. Tenía un hermano.

-Supón que recibes el aviso de una disputa entre tu padre y tu hermano. Supongamos que no puedes verificar que nadie tiene razón. Supongamos que tenéis una... difícil relación con vuestro padre. Habría que elegir. ¿Sería correcto, si no sabes nada más, ponerse del lado de uno u otro? ¿Es que no tienen ambos razón en reclamar tu lealtad?

Los ojos grises de Ilya no parpadean. -¿Por qué es difícil la relación con el padre?

El Khan hizo una pausa. Compartís diferentes creencias.

-¿Significativas?

-Sobre el destino de la humanidad.

-Eso es bastante significativo.

-Sí.

Ilya se encogió de hombros. -Terra es donde yace mi lealtad. Hice juramentos al Departamento. Para ti esto se trata de una lucha dentro de la familia. Para mí, se trata de donde vienen las órdenes.

-Las órdenes no son importantes -dijo Khan. –Los juramentos, por otro lado, lo son. Veremos quién ha estado manteniendo el suyo.

-¿Por qué? ¿Qué es lo que esperas encontrar en Próspero?

-Espero encontrar a mi hermano.

-¿Y si los rumores son ciertos?

-Entonces, sabré al menos a quién creer.

Ilya vaciló. -Pero ¿Qué piensas de todo esto?

Por un momento, el Khan dijo nada. El resultado del juego en el tablero antes él todavía no estaba claro; podría ir en cualquier dirección. Algunas estrategias aún estaban por jugarse, incluyendo la que él había puesto en marcha desde el principio.

-Me gustaría saber si Magnus ha muerto. Haría falta mucho para convencerme de que él ya no está.

Finalmente alcanzó una ficha y la puso en la parrilla. No cambió mucho.

-Pero estaremos allí pronto -dijo. -Luego vendrán las respuestas.

TRECE

En lo que te Conviertes

Máxima Velocidad

Ríe cuando estés matando

La nave de los Portadores de la Palabra necesitó mucho tiempo para ser tomada. Ninguno de los tripulantes tenía previsto ser tomado prisionero; sólo siguieron luchando hasta el final. Cuando sus carabinas láser y armas automáticas se quedaron vacías llegaron con cuchillos curvos. Cuando estos quedaron romos arañaron con las manos y los dientes.

Había algo particularmente patético acerca de ver a un mortal intentando abollar ceramita con las uñas. Sus dedos se trituraron casi instantáneamente, sin dejar nada en la superficie de la servoarmadura salvo largas manchas.

Para Xa'ven sanear la nave fue una tarea monótona. Él no tenía nada de furia de Henricos para conducirle, sólo su vieja dedicación a cumplir su deber con diligencia. Miró a los rostros de los que él había matado y vio vidas arruinadas detrás de sus ojos. A pesar de que su bólter descerrajaba o sus guanteletes arrancaban, se preguntó qué debía haber tenido lugar alimentar tal fanatismo.

Cientos murieron antes del final. Los niveles del puente fueron limpiados primero, después de lo cual comenzó el largo proceso de purga hasta los bajos fondos. Los

servidores, que trabajarían sin importar quién estaba a cargo, se quedaron solos. Los altos oficiales mortales fueron capturados con vida y entregados a Henricos, quien les equipó con amortiguadores corticales. Después de eso fueron lo suficientemente condescendientes, aunque las expresiones de holgura en sus rostros eran inquietantes.

Después de que Henricos hubiera tomado el control del sistema de impulsión de la *Vorkaudar* se retiró raudo del puesto de avanzada en Miirl hacia el vacío. La cita con la *Hesíodo* y la *Luna Segadora* transcurrió sin problemas; las tres naves se dirigieron a las profundidades sin caminos y colgados en silencio, invisibles para todos salvo los más poderosos augures de largo alcance.

Hubiera sido bueno regresar a la disformidad de inmediato, pero el Vidente de la Tormenta necesitaba respuestas. Eso, después de todo, era el por qué habían asaltado la *Vorkaudar* en primer lugar.

Por ello Xa'ven permaneció con Yesugei y Henricos en las entrañas de la nave de los Portadores de la Palabra. La gran cámara a su alrededor era perfectamente circular, un eje vertical que se elevaba muy por encima de sus cabezas. Palabras corrían alrededor de las paredes en solerías continuas de runas fluyendo. Xa'ven no podía leer lo que decían. Dudaba que muchos pudieras.

La luz alrededor de ellos era centelleante e incómoda, y no tenía ninguna fuente obvia. Muros de obsidiana parpadeaban como si lamidas por lenguas de fuego.

-¿Qué hace a esta diferente a las demás? -preguntó Xa'ven.

-Es la más grande -dijo Henricos. -Eso hace que sea la más poderosa.

Yesugei asintió. Su expresión era sombría. -Puedo sentirlo.

Xa'ven contempló el objeto de su atención. Una máquina gigante se levantaba ante ellos, con más de veinte metros de altura y más de treinta de ancho. Sus superficies estaban cubiertas de conductos y tuberías aceitosos. Sus rejillas brillaban con tonos chillones; verde, naranja, rojo sangre. Zumbaba y gruñía, lanzando columnas de humo en espiral hasta el eje anterior y salpicaduras orgánicas de líquido oscuro manchado por cada apertura. El suelo a su alrededor estaba cubierto de huesos. Siempre que Xa'ven se movía aplastaba otro.

-¿Puedes acceder? -preguntó Yesugei.

Henricos observó la máquina. Xa'ven pudo oír el zumbido de sus implantes oculares ejecutando exploraciones.

-Tal vez -gruñó. -Dame tiempo. No entiendo mucho de eso. Han degenerado algunas de las unidades con cosas que no reconozco. Eso es... Dulce alma de hierro. Eso es sangre. Está refrigerada con sangre.

Xa'ven hizo una mueca. Era difícil de comprender lo que le había ocurrido a la Legión de Lorgar. -¿Cuánto tiempo necesitas? -preguntó.

Henricos se volvió hacia él y se rio con dureza. -¿Unos pocos días? ¿Una vida?

Yesugei puso una mano tranquilizadora en el hombro del legionario. -Haz lo que puedas, hermano. Te estoy muy agradecido.

Henricos casi retrocedió ante el toque de Yesugei antes de relajarse. Aún estaba algo escaldado: poner al Manos de Hierro a cargo de una tarea mecánica era una buena idea. Mantendría su mente analítica ocupada, impidiéndole cavilar sobre otros asuntos.

Xa'ven se volvió a Yesugei. -¿Entonces, deberíamos hacerlo nosotros?

Yesugei asintió. –Ve por delante.

Los dos abandonaron a Henricos en el eje circular y se abrieron paso a lo largo de los sangrientos y malolientes pasillos exteriores.

-Nunca sospeché... *esto* -dijo Yesugei mientras caminaban, mirando a la suciedad garabateada en las paredes de su alrededor. -¿Y tú?

Xa'ven negó con la cabeza. -Serví con ellos una vez. Hace años. Buenos luchadores, pero nunca me gustaron.

-Pensé que a los Salamandras les gustaba todos.

Xa'ven rio. -Demasiado piadoso para mí. Y su primarca. No debería ser una falta de respeto, pero...

Empezaron a subir, a los niveles donde la iluminación funcionaba de manera más fiable. Los siervos mortales con respiradores y libreas de los Cicatrices Blancas les saludaron al pasar.

-Quizá deberíamos haber hecho más preguntas -dijo Yesugei.

-Bueno, ahora es el momento para empezar.

-Me temo que sí.

Llegaron a su destino: un par de puertas pesadas, remachadas y varios paneles. Doce guardias estaban ante ellos, cada uno con una armadura de caparazón y portando una carabina láser con silenciador. Saludaron cuando los dos Marines Espaciales se acercaron y el sistema hidráulico de las puertas silbó al activarse.

La cámara en el extremo era pequeña, de pocos metros de diámetro. Las paredes estaban cubiertas de azulejos de cerámica blanca, y una tira-lumen de brillo duro colgaba del techo. Una estructura metálica vertical se alzaba en el centro, en la que estaba encadenado un legionario de los Portadores de la Palabra. Esposas de Adamantium lo inmovilizaban en las muñecas, tobillos, cuello y parte inferior del torso. No portaba su servoarmadura, sino una bata dura que llegaba a sus rodillas. Retazos de oraciones ritualísticas fueron tatuadas en su carne, desde el cuello hasta los pies.

Él los miró venenosamente en ellos cuando entraron. Las puertas se cerraron, sellando a los tres de ellos dentro de la cámara. Por unos instantes se quedaron mirando los unos a los otros.

-¿Y Bien? -graznó el legionario, y una línea de sangre espesa corrió de sus labios rotos.

-Tu nombre -dijo Yesugei.

-Tómalo de mi mente.

-Si pudiera, ¿Crees que te preguntaría?

El legionario sonrió. -Ledak. Bicentésimo Quincuagésima Sexta Compañía. Yesa Takdar.

Xa'ven se apoyó contra la pared. Cada cámara en la *Vorkaudar* olía asquerosa, como órganos descompuestos hace tiempo, pero estas pequeñas habitaciones eran lo peor.

-¿Cuál era vuestra misión? -preguntó.

-Ledak. Bicentésimo Quincuagésima Sexta Compañía. Yesa Takdar.

Yesugei suspiró. -Tenemos la nave. Estás lejos de la ayuda. Hablamos y te mantendremos con vida.

Ledak siguió sonriendo. Xa'ven se dio cuenta de que sus labios se habían juntado en una línea finísima. Eso debe tener horas tomadas.

-¿No quieres vivir, Ledak? -preguntó.

Ledak siguió sonriendo.

-¿Cuál era tu misión? ¿A dónde os dirigíais?

-Ledak. Bicentésimo Quincuagésima Sexta Compañía. Yesa Takdar.

Xa'ven se desprendió de la pared y se acercó más. -¿Por qué no desahogarte, hermano? -suspiró con cansancio, mirando directamente a los ojos inyectados en sangre del legionario. -Desde Isstvan no habéis hecho nada más que correr o luchar. Me gustaría saber *por qué* antes de hacer algo más con él.

Ledak le devolvió la mirada. Por un momento pareció que quería hablar. Su rostro brillaba con energía, como un predicador a punto de explicar el secreto de la salvación a un converso potencial.

Luego la luz se apagó. Ledak negó con la cabeza, chocándose contra las barras de metal a ambos lados de las sienes.

-Ledak. Bicentésimo Quincuagésima Sexta Compañía. Yesa Takdar.

Yesugei lo agarró por el cuello, presionando el cuello y obligando a los vasos sanguíneos a emerger. *-Habla.*

Xa'ven soltó un largo suspiro. Todo el asunto le hacía sentirse sucio. Casi se había acostumbrado a matar a sus antiguos parientes en el fragor de la batalla. Ver uno tan cerca, miserable y vulnerable; era diferente.

-¿No puedes hacer algo con su mente? –preguntó Xa'ven a Yesugei.

Yesugei, sin soltar la garganta de Ledak, sacudió la cabeza. -No funciona de esa manera.

-Pero el otro, en la estación…

-No estaba preparado. Era engaño, y uno débil -Yesugei miró a Ledak oscuramente. -Ahzek podía hacerlo. Yo no tengo su arte.

Ledak logró soslayar hacia atrás, de alguna manera, con el rostro medio aplastado por guante de Yesugei. Un destello de triunfo brilló en sus ojos.

Yesugei sacó el puño en ese momento, dejando que la cabeza de Ledak cayera hacia adelante y lo golpeó con fuerza, rompiendo su nariz. La sangre manchó las baldosas y Ledak se tambaleó atontado. Yesugei lo golpeó de nuevo y Xa'ven oyó el chasquido de más huesos fracturándose.

-¿Esto es necesario? –preguntó Xa'ven, mirando con incertidumbre a Yesugei. Ledak era un traidor y un asesino, pero seguía siendo de las Legiones Astartes. Los Salamandras nunca se habían rebajado a esto, incluso con xenos, y un legionario de los Portadores de la Palabra era mucho más cercano a casa.

-No tenemos tiempo, Xa'ven -dijo Yesugei. El arrugado rostro del Vidente de la Tormenta regaló su propio malestar, pero no había de acero en sus ojos dorados. -Hemos venido aquí a por información, no por otra nave. Él sabrá movimientos de la flota, planes. ¿Tienes una idea mejor?

Xa'ven miró a Ledak. El legionario seguía sonriendo, aunque sus dientes afilados estaban negros por la sangre.

Yesugei retiró su puño y juntó sus guanteletes. Una perla de luz azul eléctrico se encendió entre los dedos. Abrió sus palmas y el relámpago saltó de sus manos a la cara de Ledak. Lanzas crepitantes pasaron rápido, adentrándose en los ojos de Ledak y chispeando a través de su piel expuesta.

El olor de la carne crujiente llenó la cámara. Ledak gritó, retorciéndose en sus grilletes, espasmos y sacudidas. Yesugei mantuvo la presión durante unos segundos, echándoles más dolor, dejando que la danza relámpago a través del cuerpo del legionario, antes de detener abruptamente.

Ledak se desplomó, respirando con dificultad. Parecía desorientado. Una gran parte de su mejilla izquierda fue quemada, exponiendo los tendones debajo. Jirones de humo se elevaron de su cuerpo.

-No vuelvas a hacer eso -dijo Xa'ven.

-Movimientos de la flota –dijo Yesugei a Ledak. -Comunicaciones. Estas cosas pueden salvarte.

El rostro de Ledak colgó hacia delante. Parecía estar teniendo problemas para concentrarse. Permaneció mirando con ojos legañosos a Yesugei, después a Xa'ven.

-Le... dak. Bi... Quincuagésima Sexta... Compa…

Yesugei desató más relámpagos. Los gritos fueron húmedos e hicieron gárgaras todo el tiempo, obstaculizados por una garganta que se estaba quemado. Pareció durar más tiempo.

Eso fue suficiente. Xa'ven sacó su pistola bólter y la apuntó a Yesugei.

-No más, hermano -dijo en voz baja.

Yesugei volvió, sorprendido. El rayo se extinguió y el rostro carbonizado de Ledak se desplomó de nuevo.

-¿Me apuntas con tu arma? -preguntó Yesugei, incrédulo.

-No me hagas usarla.

El legionario de los Cicatrices Blancas vaciló, como si se preguntara cuántos enemigos tenía realmente en la cámara. -No tenemos tiempo. Sabe despliegues. Tenemos que saber.

Xa'ven asintió. –Los descubriremos. Henricos está trabajando en la máquina.

-¿Crees que no harían esto con nosotros?

-Esa es la cuestión, hermano -Xa'ven mantuvo la pistola fija. -Has visto lo que hay en esta nave. Has visto en lo que se han convertido. Estabas tan disgustado como yo.

Yesugei movió la cabeza en señal de frustración. -Tenemos que *saber*. No se puede luchar sin información. No se puede encontrar a mi Legión.

-Estuve de acuerdo en unirse a ti -dijo Xa'ven constantemente. –Lucharé contigo para encontrar a tu Khan. Moriré por hacerlo, si llevamos la guerra al enemigo.

Pero ambos tenemos el ejemplo de nuestros primarcas y cuando le vea otra vez no miraré a Vulkan a los ojos y decirle que me olvidé de mis votos.

Por un momento, Yesugei le miró desafiante, tan desesperado como un animal acorralado. La sed de conocimiento, de más velocidad, iluminaba cada gesto.

Ledak tosió luego, asfixiado con sangre y bilis. Su rostro estaba arruinado, un lío de músculos y fluidos. Si hubiera sido un mortal tales heridas lo habrían matado sin duda.

Yesugei miró a su obra y el fervor dejó su cara. Bajó los guanteletes. Sus ojos dorados traicionaron una breve sensación de horror, como si estuviera viendo el contenido de la sala por primera vez.

-Me avergüenzas -dijo. -Por un momento…

Xa'ven enfundó su arma. -He vivido con ello durante más tiempo, eso es todo. Al principio yo también lo habría hecho y no importa -miró las heridas abiertas de Ledak. -Llega a ser como tu enemigo y él tendrá tu alma.

-¿Algo que dijo Vulkan?

-Es algo que podría haber dicho.

Yesugei respiró profundo. Parecía cansado. Xa'ven supuso que gastar su energía en la estación y durante la teletransportación etérica le había drenado.

-Tenemos que saber –insistió Yesugei.

Xa'ven pulsó la runa para abrir las puertas. –Lo haremos, Hacedor de Estaciones.

-El tiempo está contra nosotros -dijo Yesugei.

-Confía en Henricos -dijo Xa'ven, le advenimiento de la cámara. -He aprendido a hacerlo. Los Manos de Hierro son una raza extraña, pero, créeme, nunca se dan por vencidos.

Volvió la vista hacia el prisionero colgando de los grilletes.

-Al menos todos tenemos eso en común todavía.

La motojet atravesó el túnel, rugiendo como un ser vivo. Shiban condujo duro, inclinando más la montura para evitar los obstáculos mientras corrían a su encuentro. El espacio alrededor de él era estrecho, de pocos metros de ancho en las secciones más agudas y malévolo con pólipos letales de carpintería metálica.

La máquina se estremeció bajo él. Los motores tronaron, los tubos de escape flamearon. Un mamparo emergió de la oscuridad y en ángulo oblicuo. Un puntal le siguió y él se agachó.

El anillo de pruebas en ña *Tchin-Zar* era de cinco kilómetros de largo: más de dos kilómetros en las rectas, intercaladas entre un par de curvas cerradas temibles. Era poco más que un vacío entre las zonas del enginarium, dejado vacío por una legión que valoraba sus tácticas de ataque relámpago. Dominar una motojet requería horas en la silla y la habilidad podría olvidarse, por lo que las naves de guerra mantenían circuitos de formación en sus profundidades.

Shiban se inclinó hacia delante, ajustando su peso una fracción, inclinando la nariz para evitar una maraña de tuberías antes de inyectar más potencia para salir limpio . Elementos de ingeniería de hierro oscuro pasaron como un borrón. Podría haber ido acelerando a través del corazón de un mundo metálico olvidado.

La moto respondió bien. Era la última de las que le habían dado en Chondax, y los restauradores habían hecho un buen trabajo eliminando el polvo de sus filtros y limpiando de sangre de la rejilla de admisión.

Le tomó un tiempo captar el sonido de su perseguidor. En los túneles de prueba era difícil oír algo aparte el gruñido de su propia montura.

Shiban sonrió y apretó el acelerador. Runas localizadoras pasaron veloces por su casco; contornos parpadeantes de color rojo contra un telón de fondo de negro en bruto. Vio su señal, a unos pocos cientos de metros atrás pero acercándose.

Esfuérzate más.

El zigzag final se acercaba a gran velocidad. Shiban se precipitó en él, negándose a frenar hasta el último momento. El chasis tembló, apenas conteniendo la enorme potencia en pleno auge de los motores.

Sólo cuando la esquina-ápice subió en rango visual Shiban presionó los frenos de aire. La inercia echó su cuerpo hacia delante; sintió la sangre golpear su cabeza.

Una viga de metal pesado pasó a horcajadas por el camino a seguir y rodó hacia un lado para deslizarse por debajo de ella. Más allá de ella el túnel giraba bruscamente a la izquierda, enrollándose bajo los cimientos de las inmensas carcasas de motor. Por primera vez oyó un martilleo de combustión distinto al de su montura; la rutina de los reactores de fusión muy por encima.

En un segundo estaba doblándose, derrapando fuertemente por el espacio aéreo cerrado antes de patear los motores a plena potencia de nuevo.

Casi demasiado rápido. Los compensadores de la motojets gimieron a toda máquina; el flanco derecho rozó la pared interior del túnel, desatándolos en la oscuridad.

Rio en voz alta, aumentando la velocidad. El ruido era estimulante. No podía oír nada salvo el ritmo rotundo de los motores y el olor de otra cosa que no fueran los gases de escape.

Echó un vistazo a su pantalla retinal.

Aún sigue en la cola. Impresionante.

Shiban se impulsó bajo un pórtico esquelético antes de aplicar otra ráfaga completa. Una larga recta bostezó lejos de él, zigzagueando entre la inmensidad de las estructuras internas del acorazado.

Se sentía fuerte. Sólo había pasado poco tiempo desde que estuvo cazando a través de las llanuras de lava de Phemus IV. Sus reacciones, mates sobre las espaldas de aduun chogorianas eran tan confiables como su alabarda.

Pero estaba siendo cazado. La señal detrás de él creció, avecinándose de la oscuridad como un fantasma tenaz.

Rio de nuevo y fue aún más rápido. El extremo del túnel barrió hacia él. Incluso a un cuarenta por ciento de empuje, una motojet podía devorar la distancia de una pista corta a una velocidad aterradora.

Voy a perderte en la Pinza.

Shiban dejó que la motojet se deslizara una fracción antes de darle más poder y bordeando una masa de contenedores de carga que sobresalían. Se deslizó bajo los cimientos de un conducto de combustible grande e hizo un derrape.

La Pinza salió disparada hacia él desde la oscuridad; una estrecha abertura formada por dos columnas encorsetadas. El agujero entre ellos tenía apenas tres metros de ancho. Era lo suficiente para enhebrar en condiciones normales. En la oscuridad, obstaculizado por el confinamiento y la velocidad extrema, era una prueba agradablemente peligrosa.

Shiban aceleró, concentrándose tanto como pudo cuando entró en aproximación. Entonces su motor dio una patada, sacudido por una descarga de escape, enviándole una fracción más alto.

Shiban aplastó los frenos de aire, tensándose cuando la sección superior de la pinza corrió hacia él.

No había tiempo para hacer otra cosa que sacudirse. Herrería desigual agrietó la parte superior de su cabeza, casi aturdiéndole, pero logró abrirse camino a través de una lluvia de chispas.

El túnel en el lado lejano se hiló borracho, y Shiban tuvo que trabajar duro para controlar su montura. Apretando los dientes, colocando la proa de la misma manera que corría el riesgo de estrellarse en una masa sólida de una cubierta de arriostramiento de adamantium.

Recuperó la posición, pero su velocidad le costó un golpe. Abrió el acelerador de nuevo, sólo para ver a su perseguidor pasarle de largo. El piloto debió haber llegado a través de la pinza a una increíblemente alta velocidad.

Shiban rio por tercera vez, perdido en la locura gloriosa de la misma. Eso era *montar*. No habría avergonzado al propio Khagan.

Para entonces la última curva se acercaba rápidamente y Shiban moderó. El corredor por delante de él hizo lo mismo, y el túnel se llenó del humo espeso de propulsores apagándose.

Unos segundos más tarde toda la pista se inundó de luz. Las escotillas se abrieron por encima de ellos, el silbar de los bancos de pistones en ángulo, exponiendo los hangares de motojets en las bóvedas de arriba. Shiban continuó desacelerando, renqueando hasta la litera de acoplamiento más cercana. Seguía sonriendo.

El corredor por delante de él dio un codazo para arriba en un puesto más adelante. Dos pinzas segmentadas llegaron desde el techo del espacio y agarraron la proa y

popa de la motojet. El jinete desmontó antes de que la máquina pudiera arrastrarle hacia arriba y lejos de los niveles de servicio, saltando por encima de un pórtico de acero a su derecha.

Más allá del pórtico se estiraba el cuerpo principal del hangar; inmenso, curvando y bien iluminado, con un enjambre de servidores y equipos de mantenimiento de monturas. Otros pilotos de la Legión cruzaban el espacio de gran capacidad hacia sus monturas preparadas, armados y listos para descender al anillo para probarse a sí mismos.

Las garras descendieron sobre la montura de Shiban. Saltó de la silla cuando la máquina se detuvo más allá del pórtico y se acercó al vencedor, preocupado de que se fuera antes de que tuviera la oportunidad de felicitarlo.

-¡Hermano! -exclamó. -¡Buena conducción!

El piloto se retiró el casco con un toque y corrió un guantelete sobre la frente perlada de sudor. -Haces difícil superarte, Shiban Khan.

Sólo cuando habló Shiban lo reconoció: el terrestre de Chondax, el que había luchado a través de la Amoladora a su espalda. Parecía sin cambios bajo los duros lúmenes del hangar; fornido, alto, con su pequeña cicatriz en su mejilla. Shiban no esperaba volver a verle. En una Legión de tantos miles las Hermandades iban y venían como gorriones de verano.

-Torghun Khan -dijo Shiban, llegando para estrecharle la mano, sorprendido pero no disgustado. -¿Cómo estás tu aquí?

Torghun se encogió de hombros. -La fortuna de la guerra -dijo. -¿Compartirías una copa conmigo?

Shiban vaciló. No tenía ni idea de por qué; era bueno ver a Torghun de nuevo.

-Con mucho gusto -dijo, sonriendo. –Tú primero

-Así que, ¿Qué sucedió contigo después del Mundo Blanca?

Torghun parecía equívoco. –Hubo trabajo que hacer en los cañones. No los habíamos limpiado. No todos -sonrió con tristeza. -O no se hizo correctamente.

Shiban sonrió. -¿En serio?

Se sentaron en una mesa en una de las muchas cámaras refectorio del *Tchin-Zar*. Ésta estaba reservada para los legionarios y vacía salvo por los dos. Incluso los Cicatrices Blancas, que no se dedicaban tan servilmente al deber como algunas Legiones, tomaban refresco sólo en ocasiones por las exigencias del condicionamiento de combate.

Torghun sirvió su bebida en su taza de metal. -Reclutaron a una mujer terrana después de eso. Me han dicho que tiene el oído del Khagan. Hubo cierta reorganización.

-¿Has visto combate de nuevo?

-No. No después de que los últimos hain fueron desarraigados.

-Ah. Lo siento.

-Ya vendrá en otro momento.

Shiban trató de no estudiar a Torghun con demasiada evidencia. No parecía diferente. Por alguna razón, la campaña de la Amoladora se mantenía viva en su memoria incluso cuando tantos otros ejercicios se desvanecieron. Lo sintió entonces como el final de algo viejo y el comienzo de algo nuevo. Sólo que ahora la forma de esa novedad era cada vez más evidente.

-¿Cambiaron las cosas como esperabas? -preguntó Torghun.

-¿Qué quieres decir?

-Estar ahí, al final, con el primarca.

Shiban pensó. -No lo sé. Se nos ordenó ir a Phemus. Apenas tuvimos tiempo para nuestros ritos de la muerte. ¿Te acuerdas de Hasi?

-Por supuesto. ¿Murió?

Shiban asintió. -Y Batu. Sólo Jochi regresó conmigo.

Torghun acunó su taza en dos manos. -Sufriste muchas bajas. Ese es el precio de la velocidad.

Shiban sonrió con tristeza. -Como tú me advertiste.

Torghun miró al instante de disculpa. -No quise decir…

-Lo sé -Shiban tomó un sorbo de su bebida. -Pensé en lo que me dijiste en Chondax -captó la expresión escéptica de Torghun. -Créeme, lo hice. Me he convertido en un exponente de lo que dijiste. Tus guerreros eran más flexibles que los míos. He tratado de enseñarles estas cosas.

Torghun levantó una ceja. -Me sorprende.

-No lo hagas. La galaxia está cambiando.

-Así es -Torghun miró a su bebida, aun sin tomar nada. -¿Y qué es lo que hacemos de ella?

Esa era la pregunta. -¿Qué quieres decirme?

-Tú eres el poeta -dijo Torghun. -Tú tienes palabras para todo.

Los ojos de Shiban parpadearon por un instante, buscando la burla. Nunca había sido capaz de discernirla, no con Torghun. -Confío en el Khan -dijo. -Pero eso ya lo sabes. Él entenderá más que nosotros.

Torghun sonrió con ironía. -Podía compartir el conocimiento un poco más.

-Lo hará, con el tiempo. Estoy contento de esperar.

Torghun se reclinó en su silla, y los puntales metálicos reforzados se flexionaron bajo su peso blindado. -Lo admito, fue agradable ver a la Legión Alfa dispersarse así -su boca se arrugó en las esquinas. -Bastardos resbaladizos. Me pregunto qué pensaron cuando vieron la Tormenta de Espadas avecinarse.

Shiban compartió la sonrisa. -No tuvieron mucho tiempo para pensarlo.

Torghun rio. -Cierto

Se hizo el silencio entre ellos. El tintineo y golpeteo de sirvientes que trabajaban cerca hicieron las veces de intrusos, haciendo eco desde una zona de servicio de gran capacidad. El suelo tembló mientras un vuelo de motojets tronó por debajo de ellos, sólo a unos niveles más abajo.

Finalmente, Torghun habló de nuevo. -Shiban, ¿Qué está pasando?

-No lo sé.

-Nadie lo sabe. ¿Sabes que se nos ha ordenado volver a Terra?

-Si.

-¿Y que están diciendo que Russ finalmente se ha corrompido?

-No sólo él.

Torghun empujó su silla hacia atrás. -Quería verte, porque siempre se ha dicho que no podía durar. Recuerdo que lo dijiste.

Shiban no recordaba haber dicho eso. -Todo cambia.

-Las líneas se están dibujando. Cada vez que consultamos los oradores de las estrellas nos dan un acertijo diferente, pero saldrán pronto. Alguien está mintiendo -miró detenidamente a Shiban. -Y está en la Legión, también. Empiezo a sospechar...

La frente de Shiban se frunció. -Dilo. Viniste aquí para hacerlo.

Torghun se inclinó hacia delante. -Hermandad. Ese es el lazo que nos une. Lo vi en los Lobos Lunares. Tenían grupos. Grupos informales. Se reunían, renovaban votos marciales. Se toleraba. El Señor de la Guerra, me contaron, los fomentaba.

Shiban escuchó. -¿El Señor de la Guerra?

-Así me contaron. Es un buen sistema. Difumina rango. Se intercambia información. Ayuda con confianza.

-¿Estás en uno de estos?

Torghun asintió. -No hay nada siniestro. Es una fraternidad. Debéis haberlas tenido en Chogoris; logias guerreras.

-No que yo sepa.

-Bueno, hay chogorianos en ellos. Ahora nos superan en número. Esa es la forma de las cosas, ¿No?

Shiban no sonrió. Se sentía como si estuviera siendo controlado y eso le hizo tensarse. -¿Eras parte de esto en Chondax?

-Me sumerjo dentro y fuera. Durante algunos años. Algunos han estado involucrados durante mucho más tiempo. Pero, mira, no es nada grave. Solo recordé lo que había dicho, y pensé que podrías estar interesado. Todos somos guerreros. Algunos de los mejores de la Legión son miembros. Serías bienvenido. Podría hablar en tu nombre.

Shiban tomó otro sorbo. -Tengo mi Hermandad.

-Por supuesto. Como yo. No la reemplazarías.

-Entonces, ¿Qué sentido tiene?

Torghun parecía indiferente. -Como he dicho, para hablar. Compartir la comunión. A veces es bueno olvidarse de ser un Khan y sólo ser un...

-Hermano.

-Exactamente.

Shiban asintió lentamente. –Así pues, ¿Por esto has venido a buscarme?

-Escuché que estabas en la nave. Parecía una oportunidad.

Shiban frunció los labios. -Montas una motojet rápido. No recuerdo que montaras tan rápido.

Torghun resopló. -Tuve que hacerlo para encontrarme contigo. Te acercaste tanto que casi te quito la cabeza.

-Están construidos para la velocidad. Sería una lástima desperdiciarla.

-No todo se basa en la velocidad.

.Sí, eso me dicen.

Torghun empujó su copa a un lado. -Es una oferta, eso es todo. Sabes tan bien como yo que tendremos que hacer elecciones. El Señor de la Guerra nos envió su solicitud de asistencia.

-Como Dorn.

-Sí, después de estar en silencio durante... ¿Cuánto tiempo? ¿Cuándo fue la última vez que Terra nos buscó?

Shiban se sentía incrédulo. -Eres terrano, hermano.

-Soy Legiones Astartes -dijo Torghun con firmeza. -No he visto el Mundo Trono en cien años. Esto es acerca de lo que es correcto.

Shiban lo miró fijamente. -El Khagan decidirá. Podríamos esperar a eso.

-Sí. Sí, por supuesto que lo hará. Y sin embargo, ¿Cuando? -Torghun colocó ambas manos sobre la mesa delante de él y forzó una sonrisa. -Debo aprender a ser paciente. Sé que debería. Considéralo un defecto.

Shiban se mantuvo mirándole. Todo lo que él había dicho Torghun era cierto: *aprendió* de él. Respetaba su forma de guerra. La falta de dirección del primarca era desconcertante, casi tanto como lo fue la presencia inexplicable de la Legión Alfa.

Torghun se agachó y sacó una caja de su cinturón. -No es mucho, pero cuentan como insignias de inclusión -abrió la caja y sacó un medallón de plata con su mano libre.

Shiban mantuvo su sorpresa escondida. Como antes, en Phemus y después, no le gustaba el aspecto de la misma. A pesar del relieve de la luna y relámpagos no parecía chogoriano. Los chogorianos no eran plateros; cuando trabajaban el metal era bronce o hierro.

-He visto uno de estos antes -dijo en voz baja.

Torghun jugó con la medalla. Parecía dispuesto a dejarla ir por completo. -Me sorprende. Como regla general se los mantiene ocultos.

-Sin embargo me muestras el tuyo.

-Sí, porque eres un candidato -Torghun cerró su guante sobre la medalla y lo colocó en su caja. –Podrías obtener uno -sonrió tímidamente. -Sólo una ficha, nada más.

Shiban observó puño de Torghun cerrado firmemente y de alguna manera dudó. -He oído hablar de estas logias.

-Por supuesto.

-No permito nada de eso en mi Hermandad. Me pareció que la Legión era suficiente y ya tengo una prueba -hizo un gesto a su cicatriz la cual, a la manera chogoriana, era más profunda y más blanca que la de Torghun. -Eso no es oculto.

Torghun se inclinó. -Tienes razón.

Shiban suspiró entonces. Torghun no era un engañador experto; tal vez eso era algo para tranquilizarle. -Hasik te envió.

Torghun levantó una ceja. -¿Acaso es obvio?

-Hablé con él acerca de un descubrimiento que hice en Phemus. Ahora apareces tú mostrándome lo mismo.

Torghun extendió las manos en un gesto de resignación. -Esto no es una conspiración, Shiban. ¿No es tranquilizador que el Noyan-Khan sea parte de esto? Él estaba desde el principio.

Shiban pensó en Yesugei entonces. El Zadyin Arga estuvo en el inicio también. ¿Dónde estaba? Shiban, como muchos otros, sentía su pérdida tranquilizadora en el corazón de la Legión. No era una coincidencia que las cosas hubieran cambiado en su ausencia.

-¿Lo sabe el Khagan? -preguntó Shiban.

-¿Sobre Hasik? Eso es entre ellos, diría yo.

-No, no lo diría. Si el Khagan lo sabe eso lo cambia todo.

-No sé, Shiban. No estoy tan alto en la jerarquía realmente, sólo soy uno de muchos –Torghun le miró evasivo. -Pero me imagino que si. No hay mucho que pase fuera de él, creo.

Shiban se apartó de la mesa. Se sentía fatigado por el viaje y necesitaba limpiar su mente con la meditación. -Te dije que no podía durar, ¿Verdad?

Torghun asintió.

-Tal vez no podía. Todo es fluido. Por primera vez que recuerde no tenemos ninguna dirección. No tenemos nada que cazar y que podamos ver.

Torghun le dejó hablar. Shiban realmente no sabía de donde venían las palabras. -No me has convencido -dijo. -No confío en las logias, pero luchamos juntos. Volviste a por mí en la Amoladora, ¿Te acuerdas? Y no olvido tal cosa. Así que iré. He tratado de abrir mi mente. Esto puede ser una parte de ello.

Torghun pareció genuinamente agradecido. -Bien. Eso es todo lo que pido. Si no lo apruebas quedará sólo entre tú y yo y no se hable más.

-¿No van a reconocerme?

-Llevamos... capuchas -dijo Torghun, un poco avergonzado. -Todo un poco teatral, pero ayuda al principio. Nadie necesita saberlo.

-Ya veo.

-Me alegro, Shiban. De verdad que lo estoy. Esto, toda esto, es sobre el espíritu guerrero. Sé que lo tienes. He sido testigo de ello.

-Puedes verlo otra vez -dijo Shiban secamente.

Torghun sonrió. Pareció aliviado. -Sería un honor.

CATORCE

Espíritu-Máquina

Cuando todo Cambió

Mundo Carbonizado

Henricos alcanzó el componente, que descendía en las entrañas de la máquina. No es la primera vez que lamentó la íntima conexión que había establecido con su servoarmadura. Era difícil quitarse casi todo ahora y le hacía más voluminoso de lo que le hubiera gustado. Los instrumentos implantados en sus hombreras y coraza habían sido útiles en interceptar los barridos augures en el puesto de avanzada, pero su tamaño le hacían difícil adentrarse de lleno en el corazón del dispositivo. Trepó hasta la mitad una estrecha hendidura entre dos enormes trozos de metal zumbando y ahora se sentía como si hubiera sido enterrado vivo.

Activó con un parpadeo un sensor frontal y un trozo de metal se extendió de su guante derecho. Tanteó de nuevo, insertar el sensor en un nodo de entrada con cubierta de plata y trató de entender lo que surgió.

Los Portadores de la Palabra habían hecho algo muy extraño a sus máquinas.

Ya no emitían códigos derivados del binario, sino que parecían funcionar con un sistema interno de base cuatro; la razón de ello se le escapaba por completo. Algunos componentes se mantuvieron relativamente estándar mientras otros fueron reemplazados por repuestos mucho menos eficientes que hacían uso de cinturones de cuero de levas, engranajes de hierro o incluso partes orgánicas. Escritos devocionales fueron grabados todas partes, sobrescribiendo cualquier marca útil que una vez pudo haber adornado las carcasas.

Henricos desvió el sensor forntal a los buffers del casco. Los números cayeron en cascada, brillando suavemente en la curva interior de sus lentes. No por primera vez se sintió como rompiéndolo todo.

Es una corrupción. Han ensuciado lo que se les dio.

Lentamente, dolorosamente, comenzó a juntar las partes principales de los mecanismos internos. Algunas funciones podrían llevar semanas de trabajo en reconstruirlas, pero él había aislado una capacidad de proyección cartográfica en medio de todo el esoterismo. La realización de la cartografía estelar era muy difícil, por lo que incluso los Portadores de la Palabra no habían arrancado esos equipos en favor de sus propias construcciones enloquecidas.

Extendiendo el brazo tanto como se le permitió, empujó un lector binario en una ranura enterrada cerca de la base de la hendidura y la activó desde la fuente de alimentación de su servoarmadura. Más datos se desplazaron por el casco, y sonrió tristemente.

-Te tengo -gruñó para sí mismo, luego se empujó de nuevo hasta ponerse en pie, raspando los bordes de la máquina mientras se extraía.

Incluso tocar el equipo de los traidores le hacía sentir sucio. Henricos quedó agradecido de no haber tenido que quitarse los guantes y exponer su carne restante al material contaminado. Por otra parte, se estaba volviendo difícil para él contemplar la eliminación de sus guanteletes por cualquier razón. La visión de su

mano biónica izquierda le recordaba a las de Ferrus, y le recordaba a Isstvan, y eso lo envió al humor negro del que sólo *matar* parecía capaz de mitigarlo.

Para Xa'ven era diferente. Él, al menos, tenía la esperanza de encontrar a su primarca y reconstruir su Legión. Henricos vio las pictografías desde el campo de batalla, pasando por encima de cien lentes granuladas y transmitidas a toda nave de los Manos de Hierro en el sistema.

Ferrus desapareció. El inmortal había resultado se mortal, el eterno resultó ser mortal.

Después de eso, no hubo nada más que rabia; una rabia aullante y angustiosa que expulsó a la razón. La lucha resultó horrible. El enemigo no dejó de acudir a ellos, oleada tras oleada, impulsados por su victoria antes de tiempo.

La supervivencia, después de eso, no fue más que otra maldición. Hubiera sido mejor morir luchando, y fue sólo el azar ciego lo que le mantuvo con vida.

Si no hubiera encontrado a Xa'ven esa posibilidad nunca habría llegado. Había veces, en las profundidades de las noches sin dormir, cuando Henricos lo odiaba por eso. Hubo otros momentos en los que lo admiraba más que a cualquier otro guerrero que jamás hubiera conocido. Fue Xa'ven que los había guiado hacia el vacío, dirigiendo a los supervivientes con su determinación calmada, firme. Xa'ven mantuvo la cabeza cuando incluso sus compañeros Salamandras clamaron por una venganza suicida. Él era un buen ejemplo de credo idiosincrásico de su padre genético.

En otro universo, Henricos habría estado orgulloso de seguir a Vulkan. Sus hijos eran admirables en casi todos los aspectos. Pero no había otros universos, y su lealtad a Ferrus nunca moriría, no hasta que su alma se extinguiera en combate, a pesar de que sabía que esto iba a suceder pronto.

Nunca olvidar. Nunca perdonar.

Se liberó de la máquina, tropezando cuando tanteó los montones de cables que serpenteaban alrededor de su base. La pared circular del eje se alzaba sobre él, vasta y oscura.

Henricos se arrodilló y activó las unidades de energía que había colocado alrededor del dispositivo. Las células chispearon y escupieron por las líneas de alta tensión,

reavivando las flores de colores detrás de sus rejas de plasma. Un sonajero gutural comenzó en algún lugar en el interior de la cosa, enviando quejidos de humo a través de los tubos de escape similares a órganos.

Durante un momento, después de eso, no pasó nada. Sangre gorgoteó través de los tubos refrigerantes, arcos de energía azotaron entre los electrodos de bronce en la carcasa superior.

Luego, poco a poco, la cámara empezó a llenarse de luz. Henricos dio un paso atrás, revisando cuidadosamente los niveles de radiación. Por encima de él, un patrón luminoso de plasma arremolinado comenzó a tomar forma. Él la miró fijamente, incapaz de leer el patrón. La escritura en las paredes brillaba intensamente, alimentada por el poder de la máquina en mitad de ellas.

Luego, con la comprensión que le hizo sentir un cabezota por no haberlo visto antes, se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo.

-Xa'ven -transmitió, retrocediendo más y mirando al eje. -Creo que será mejor que vengas a ver esto.

Yesugei despertó en la *Luna Segadora* tal como lo había despertado cada ciclo desde que dejó Chogoris; con el rostro cubierto de sudor y sus corazones desbocados.

Los últimos restos del sueño aún permanecían. Eran idénticos cada vez: un planeta de cenizas, el Khan luchando contra una sombra sin nombre, sin rostro. Yesugei siempre despertó en el mismo instante.

Cuando el Khan cayó.

El Khan nunca había conocido a un enemigo que no hubiera superado. Quizás tampoco Ferrus antes de enfrentarse a Fulgrim. El rumor siempre había persistido, alimentado por los susurros de las atrocidades del pasado, que sólo un primarca podría matar a otro primarca. Tal vez incluso eso era cierto.

Yesugei desenrolló sus manos de su regazo. Había estado sentado en la posición de meditación, con la esperanza de que las viejas formas aliviarían el problema en su mente. No había funcionado.

La experiencia con Ledak le había afectado. Sabía que habría mantenido la tormenta de rayos si Xa'ven no lo hubiera detenido. La habría mantenido hasta que la carne goteara de la cara del Portador de la Palabra y sus gritos fueran ahogado con sangre cruda.

Nunca antes había perdido el control de esa manera. Matar era una cosa, habían sido criados para hacer eso, pero infligir dolor... Eso había sido consignado a la barbarie antes de la Unificación.

El timbre de entrada sonó suavemente. Yesugei se puso en pie y se acercó al cuenco establecido en las paredes de la celda. Mientras lo hacía, la puerta se abrió.

-¿Un mal momento? -preguntó Xa'ven, de pie en la escotilla.

-Tan bueno como cualquiera.

El Salamandras entró, agachándose ligeramente. -¿El mismo sueño?

-Sí.

-¿Has visto algo más?

-No. Lo mismo. Si tienes ideas...

Xa'ven sonrió con tristeza. -Suena como Nocturne. Aparte de eso, no.

Yesugei se frotó la cara con agua, lavando el sudor de la piel. -Sobre Ledak…

-Créeme, te entiendo. Tenemos que decidir si es demasiado peligroso para dejarle vivir.

-¿Qué piensas?

-Por ahora no. Él todavía podría sernos útil.

Yesugei alcanzó una toalla áspera. -Pero no has venido a hablar de Ledak.

-Henricos ha descubierto algo.

-Oh -Yesugei se puso su capa, cubriéndose con el tejido de marfil sobre su túnica de oficio. El tacto fue frío contra su carne. -¿Buenas noticias?

-Vas a tener que decírmelo -dijo Xa'ven.

Tomaron un transporte de servicio entre las dos naves de guerra. La *Luna Segadora* tenía tecno tripulantes arrastrándose por todas partes, la reparación de los daños sufridos durante el salto de la urdimbre. El Hesíodo colgaba en la distancia, una losa gris oscura que reflejaba poca luz. La *Vorkaudar* estaba en la mejor condición de todas, aunque los Portadores de la Palabra hicieron todo lo posible para contaminar sus líneas otrora orgullosas y su larga proa fue cubierta de glifos, dándole un aspecto casi como de arte xenos.

-Ibas a hablarme de Nikaea -dijo Xa'ven.

Yesugei apartó la mirada de las ventanas gráficas. –Iba.

Xa'ven se sentó fácilmente en el compartimento de la tripulación, apoyando las manos sobre las rodillas, y esperó.

Yesugei dejó escapar un largo suspiro. -¿Qué sabes?

-Sólo que el Edicto entró rápidamente. Vulkan lo promulgó inmediatamente. Para cuando nos llegaron noticias de Isstvan III no teníamos bibliotecarios activos en la Legión.

Yesugei sacudió la cabeza con incredulidad. -¿Qué hicisteis con ellos?

Xa'ven se encogió de hombros. -Hicieron votos. Volvieron a entrar en las líneas normales. No sé cuántos sobrevivieron a la masacre. Tal vez ninguno.

-¿Y nunca pensasteis, sólo una vez, que esto fue una locura? ¿Nunca pensasteis que os deshacíais de vuestra fuerza?

-Algunos de nosotros lo hicieron. Recuerdo argumentos -Xa'ven miró sus guanteletes. -Pero era una orden directa del Emperador. Somos una legión leal.

-Esperamos que otros fueran menos leales. No puedo imaginar a Lobos renunciando a sus sacerdotes.

Xa'ven resopló de acuerdo. –Sin embargo Russ estaba allí.

-¿En Nikaea? No lo sé. No abiertamente. Sin embargo Él y Valdor estaban cerca y todo el lugar estaba repleto de Custodes -Yesugei se apoyó contra la pared, recordando. -En ese momento yo pensé que era un duelo real. La arena estaba llena. Te habría gustado, Xa'ven; un mundo volcánico, aire lleno de cenizas.

Millones vinieron. La audiencia era enorme, verdaderamente enorme. Parecía que todo el Palacio Imperial viajó para estar allí.

Xa'ven escuchó. A Yesugei no le gustaba recordarlo muy de cerca, pero siguió hablando de todos modos. A medida que sus labios se movían, las imágenes llenaron de nuevo su mente.

-Nunca estuve destinado a estar ahí -dijo. Debería haber sido el Khan. Discutió con los otros.

-¿Otros?

-Magnus, principalmente. Sanguinius también. Eran los tres. Magnus era el testaferro, más potente, pero él no era sólo voz. Sanguinius siempre fue sutil. De alguna manera, creo que es el más cercano al éter. En esto, sin embargo, el Khan siempre argumentó de la misma manera. Redactó la mayor parte de las reglas para el Librarius, a pesar de que su nombre nunca estuvo en los archivos.

Xa'ven le miró con escepticismo. -Esto nunca se supo.

-No -sonrió Yesugei. -Por supuesto que no. Es como te dije; Magnus nunca quiso el Librarius. Él quería que cada psíquico desbloqueara su pleno potencial. *Exploradlo todo*, decían. Sin restricciones, sin orientación. Tenía *tutelares* revoloteando en sus oídos y hablándole aunque no los vi. Era peligroso. Tenía que ser frenado, por lo que el Khan y el Ángel crearon estructura. Limitaron lo que los psíquicos podían hacer. En Chogoris lo llamamos el Camino del Cielo. Apártate de él, decimos, y la disformidad se comerá tu alma.

-Así que sabíais que era peligroso.

-¡Por supuesto! ¿Qué no es peligroso? Tu Credo Prometeano es peligroso. Vivir en el universo es peligroso. Andamos por una estrecha cornisa. Hubo quienes pensamos que somos brujos, maduro para la quema, y los que pensamos que somos dioses. A ninguno se le podía permitir tener razón.

-Pero lo hicieron. Ganaron los cazadores de brujas.

Yesugei asintió. -Durante los días siguientes pensé que el error podía ser corregido. Para cuando supe que era permanente las Legiones ya se estaban reformando. ¡Fue

tan rápido! Se podría pensar que estuvimos siempre dispuestos a tirar nuestro poder.

-¿Cómo ocurrió?

-Yo hablé -dijo Yesugei tristemente, recordando. –Torpe. Fue en Gótico, y por eso no lo hice bien. Alguna clase opresión se instaló en mí. Magnus habló demasiado. Hizo lo que temíamos; fue demasiado lejos. Él nunca entendió cuanto miedo causó. Si se hubiera puesto en pie y dicho: "Sabemos que tenemos que reformarnos, sabemos que tenemos que tener cuidado", entonces podríamos haber ganado. Pero no, predicó sobre el conocimiento y el poder y dio la impresión que era su profeta. Cuando lo oí hablar fue cuando empecé a preocuparme.

-¿Quién habló en contra?

-Un sacerdote rúnico de los Lobos Espaciales. Eso era extraño. Sospecho que él estaba allí para algún otro propósito, pero tal vez no. Uno que habló durante más tiempo fue Mortarion. Llenó el anfiteatro con veneno.

-Mortarion. No sabía que él estuviera allí.

-No esperaba que fuera él. Pensé que Russ podría ponerse en pie, o tal vez Angron. No, fue el Señor de la Muerte. Estuvo en Ullanor también, lanzando su sombra sobre todo. Tiene un alma oscura, y nada de lo que hizo en Nikaea cambió mi visión.

Xa'ven pensó en eso por un tiempo. -Me parece extraño que su argumento prevaleciera.

Yesugei asintió. -Tú y yo. Le dije a Ahriman lamentaríamos esto, y así fue. Si alguien pregunta, si todo no se pierde en los días por venir, quien mató al Librarius, el nombre es Mortarion. Él lo hizo -incluso ahora, el recuerdo lo exasperaba. -Nunca debería haber sido dejado a Mil Hijos; el Khan debería haber estado allí, junto con el Ángel y Magnus. Nadie le podía acusar de ser brujo. Hubiera calmado a los demás, para ver a un guerrero primarca obedeciendo.

-Así pues ¿Por qué no fue?

-Horus le ordenó ir lejos –Yesugei se quedó mirando el suelo, reflexionando sobre lo poco que vio. -A Chondax, al mismo tiempo que se preparaba Nikaea.

Hablamos, él y yo. Consideró la posibilidad de rechazarlo, y podría haber hecho, pero nos pareció que Chondax sería saneada en semanas. Eran sólo pieles verdes, después de todo –dio a Xa'ven una mirada triste. -Sólo pieles verdes.

-Así que Horus lo ordenó -repitió Xa'ven. -Interesante.

-No tenía idea de entonces -dijo Yesugei amargamente. -No tengo idea. En verdad no creo Horus fuera corrompido mientras estaba en Ullanor; habría sentido algo. Si alguien deseaba que el Khan no estuviera en Nikaea no era él.

-¿Quién, entonces?

-¿Quién sabe? ¿Por qué Chondax quedó ciego durante tanto tiempo? ¿Por qué la galaxia sigue encerrada en tormentas de disformidad? ¿Por qué la luz del Emperador vacila y las visiones de los oradores de estrellas fracasan? Estas son preguntas. Una mente ha estado actuando aquí, y por mucho tiempo.

Xa'ven miró hacia arriba. El transporte se deslizaba hacia la bahía de atraque de la *Vorkaudar*. -No tuvieron éxito en todo -dijo. -Algunos de nosotros todavía están vivos.

-¿Alguna vez se agota tu optimismo, aunque sólo por un momento?'

Xa'ven sonrió. -¿Optimismo? No lo llamaría así.

Los flancos de la *Vorkaudar* los envolvieron, arrojando sombras sobre las ventanas. Yesugei sintió el chasquido suave de varillas de conexión extendiéndose. ¿Cómo lo llamas entonces?

Xa'ven se puso de pie, listo para activar las puertas de la sección de la tripulación.

-Fe -dijo, muy serio.

La *Tormenta de Espadas* se liberó de la disformidad sobre los límites exteriores del sistema e inmediatamente encendió las unidades convencionales. A medida que salía del punto de salto y entraba en el espacio real, más naves de la flota volvieron a la existencia en su estela. La curva de la orilla del vacío se desplazó a medida que fue traspasada, lanzando coronas de luz multicolor al exterior en oscuridad. Toda

nave se estrelló en el reino de los sentidos con velocidad, alanceando la existencia y en posición para máxima velocidad.

El Khan estaba en el balcón de observación de la Tormenta de Espadas, puños cerrados, mirando los oculus ante él. En los niveles escalonados alrededor del puente y por debajo de él los servidores y la tripulación mortal se apresuraron en silencio para activar los sistemas de la nave en y ejecutar barridos augures.

Qin Xa se detuvo al lado del primarca, flanqueado por miembros armados del keshig. Ninguno de ellos habló, ninguno de ellos se movió. Los datos les fueron transmitidos, brillando en patrones de runas en sus lentes retinales.

-Firmas de naves -dijo el primarca suavemente. -Rápido.

Desde muy abajo se oyó el zumbido delator de lanzas encendiéndose. Las cubiertas de la Tormenta de Espadas estremecieron cuando las unidades convencionales alcanzaron la velocidad máxima. Los escudos de vacío ondearon a través de las panorámicas delante aun mientras las persianas disformes se abrían y el campo Geller era desactivado.

-Nada a nuestro alcance, señor -dijo la voz de Jian-Tzu por el vox del puente.

-No hay señales de barridos augures -confirmó el maestro sensorium, un austero y eficiente chogoriano llamados Taban.

-¿Y el planeta? -exigió el Khan. Estaba equipado con su armadura de combate de ceramita blanco perla y bordes dorados. Su espada dao colgaba de su costado, cuya vaina de cuero estaba tachonada de runas. Sintió la tensión de batalla.

-Estará en rango de inmediato.

Los tecnosacerdotes en los boxes del sensorium charlaban y se balanceaban en sus largas túnicas rojas, insertando mecadendritos dentro y fuera de los nodos de enlace.

Los ojos de Qin Xa se estrecharon mientras estudiaba los datos entrantes. Las únicas señales en las esferas de proximidad llevaban marcadores de los Cicatrices Blancas, desplegándose en formación de batalla a la estela de la *Tormenta de Espadas*.

-Nada -dijo en voz baja. -No hay transportes. Ni rastros de energía.

El Khan asintió. Un sistema importante como Próspero debería haber tenido miles de naves colgando en el vacío, liberando residuos químicos de sus motores, pero las rutas de entrada desde el punto de Mandeville eran estériles. La inquietud se disparó en su estómago y le sofocó.

Lo veré con mis propios ojos. Hasta entonces, nada de juicios.

El planeta entró en rango del sensor delantero. Pictografías borrosas parpadearon, aclarándose rápidamente cuando los servidores ajustaron los motores lógicos de imágenes.

-Es negro -dijo Qin Xa.

-Lo veo -dijo el Khan.

Próspero había sido una joya de mundo, un orbe azul pálido del color de un amanecer terrestre, con bandas de lila y poco iluminado por brillantes capas de hielo. Desde el espacio parecía virgen, sin tocar por la hiper-expansión industrial que convirtió el Mundo Trono en una bola con tintes grises de rococemento y hierro.

Ahora estaba moteado del color del carbón quemado.

Cuando las imágenes recogidas ganaron definición el Khan vio enormes remolinos de nubes a la deriva, tan gruesas y oscuras como las que habían arrasado Ullanor.

Apretó los puños en la baranda. -¿Alguna señal?

-Ninguna, señor.

El Khan sintió ira hincharse dentro de él. Había hecho bien en venir.

-Ponednos órbita -ordenó fríamente. -Colocad a la flota en posición de bloqueo, luego preparaos para desembarcar. Mantened los barridos y ampliarlos. Si detectáis cualquier cosa con un marcador fenrisiano...

Incluso entonces, dudó por un momento.

-Matadla -gruñó.

-Es negro -dijo Ilya, mirando fijamente por la panorámica.

Halji no respondió. Parecía sombrío.

-En serio, Halji, el planeta entero es negro. He visto imágenes de Prospero y era precioso. ¿Qué podría hacer eso a un planeta?

-Una legión -dijo Halji. -Una legión podía hacer eso.

Ilya se sintió enferma. -¿Cuántas personas vivían allí?

-Tú eres nuestra mujer para los números, Szu.

Ilya probablemente podría haber dragado las cifras de alguna parte, y supo que no quería. Prospero no había sido un mundo de muerte como Barbarus, con unos pocos habitantes enloquecidos aferrándose a sus vidas infernales. Era civilizado, fino y cortés, paradisíaco.

Debería haber tenido miles de millones.

Miles de millones.

Su garganta se apretó con rabia. -Serán castigados. Si fue uno de los nuestros deben ser castigados.

-Lo serán, si está a su alcance.

-Tenemos que saber, Halji -Ilya se volvió hacia él. -Tenemos que saber quién lo hizo.

-Ya lo sabemos.

-No voy a creer eso. ¿Podría... podrían los xenos haber penetrado hasta aquí?

Halji negó con la cabeza. Su habitual alegría se había esfumado. -¿Qué xenos? Todos están muertos o moribundos. No queda nada que nos pudiera hacer daño.

Con un shock de reconocimiento, Ilya recordó haber dicho exactamente lo mismo cuando ella conoció al Khan en órbita sobre Ullanor.

No queda nada que nos pudiera hacer daño, respondió el Khan. *Me pregunto, Yesugei, cuántas veces y en cuántos imperios olvidados han sido pronunciadas esas palabras.*

Todo parecía terriblemente profético. Se volvió hacia la ventana y vio el odioso orbe cubierto de nubes colgando en el espacio como una lápida.

-No hay nada para nosotros aquí -dijo, con la voz temblorosa. -Nunca debimos venir.

-Él tenía que venir.

-Entonces debemos ir pronto. Atrás. Hacia algún lugar, cualquier lugar, pero no aquí.

Halji descansó su inmensa mano sobre su hombro. -Cálmate. Las respuestas estarán en la superficie.

Ella respiró temblorosa y extendió la mano hacia el alféizar de la ventana. -No voy a ir allí.

-No tienes que hacerlo, pero el Khagan depende de ti. La flota necesita orden. Ya recibimos órdenes de combate.

Ilya no quería escuchar eso. Por una vez, deseó que se las arreglasen por sí mismos. Por una vez, se sintió tan antiguas como le decía el crono.

-Llevadla a mi estación -dijo ella, con aire ausente, incapaz de apartar sus ojos del portal.

-Así se hará.

-Asegúrate, si puedes, de que el bloqueo esté en un patrón *ch´ang*.

-Así se hará.

-¿Cómo terminará todo esto, Halji?

El guerrero le devolvió la mirada, sin atisbo de sonrisa en su rostro cicatriz blanca de piel marrón.

-Szu, esto acaba de empezar -dijo.

Para cuando la *Tormenta de Espadas* alcanzó la órbita geoestacionaria sobre Tizca no hubo lugar para la duda. Recibieron lecturas atmosféricas, añadiéndose a la evidencia visual y haciendo a Taban difícil escuchar.

-Actividad tectónica sustancial, señor -dijo Taban, mirando fijamente a su placa de datos. -Niveles de contaminación atmosférica muy por encima de las tolerancias mortales. A consecuencia de, suponemos, intenso bombardeo con convertidores de masas desde la órbita, seguido de trauma secundario.

-¿Trauma secundario? -preguntó el Khan. -¿Qué es?

-Desconocido. Estamos trabajando en ello. Los niveles de radiación de fondo son altos, pero hay otras cosas.... Las nubes cubren el cien por cien, formadas en gran parte por las partículas de la anterior fase destructiva. Residuo ácido. Toxinas de amplio espectro presente en cantidades letales y una extensa actividad volcánica a través de la zona ecuatorial.

El Khan flexionó sus brazos. Era difícil saber cómo se sentía. Por alguna razón no estaba enfadado; simplemente más insensible. Siguió esperando que alguna gran ilusión se diera a conocer. Magnus podría haber sido capaz de hacerlo. Si alguien podía ocultar el verdadero estado de un planeta entero era él.

-¿Signos de vida?

Taban negó con la cabeza. -Imposible leerlos.

-Entonces vamos ahí abajo.

-No podemos, mi señor.

El Khan fulminó con la mirada. -*No podemos* -repitió, infundiendo desprecio a la palabra. Como si tal cosa jamás disuadiera a un primarca.

Taban tragó. .Hay una barrera. Algo en la atmósfera superior; un campo etérico, uno verdaderamente masivo. Ya hemos ejecutado las simulaciones. Los landers no van a sobrevivir, ni las cápsulas de desembarco.

El Khan negó con la cabeza. -Imposible. Tiene que haber una manera.

-El mundo se está muriendo, señor. El fenómeno sigue creciendo, tal vez un resultado de lo que pasó aquí. No se mata un planeta entero sin réplicas.

El Khan miró a Qin Xa, que estaba a la espera de órdenes. No había dicho nada en todo el intercambio. -¿Pensamientos, Xa?

Qin Xa levantó la cabeza. -Hay un obstáculo en la troposfera -dijo pensativo. -¿Y por debajo?

-Es difícil de decir -respondió Taban. –No tenemos casi nada de la superficie.

-¿Pero el campo se limita a la atmósfera superior?

-Así es.

Qin Xa miró a una zona hexagonal en la parte trasera del puente. Dieciocho pilares de adamantium puro encerraban un suelo de obsidiana, cada uno tallado con una runa de protección chogoriana. El Khan siguió su mirada, vio lo que él propuso y asintió con aprobación.

-Excelente, Xa -dijo.

El maestro sensorium hizo un esfuerzo final para disuadirlos. -Será inestable -protestó. -Puede que no seamos capaces de extraerlo, o incluso mantener un enlace vox.

-Tengo plena confianza en ti -dijo el Khan con calma, antes de girarse a su keshig. -¿Listos?

Qin Xa asintió. –A sus órdenes.

El Khan buscó su casco de oro adornado con una cresta. La placa frontal estaba decorada con una máscara de dragón Qo-era en rizos floridos. -Vamos.

Los doce Exterminadores marcharon desde el balcón de observación.

-¿Y la flota? –preguntó Qin Xa con su casco ya puesto.

-Hasik puede manejar un bloqueo. Transmítele la señal de autorización. Y dile que consulte a Ilya; él la trajo para estas cosas.

Qin Xa se inclinó y el Khan oyó el débil chasquido de sus canales del casco cambiando.

Taban corrió tras él. -El aire es tóxico, incluso para uno bendecido con sus dones particulares, señor. Por favor, no se quite el casco.

El Khan asintió mecánicamente, tomando su lugar en el centro de la parrilla de teletransporte. -Gracias por su preocupación.

-El terreno alrededor de la ciudad es volátil. A la primera señal de actividad…

-Esperará mi orden .dijo el Khan fríamente, mirando como Qin Xa se unía a los otros.

Taban se inclinó. -Algunas lecturas eran... anómalas. Un Vidente podría…

-Generad un baliza para el corazón de la ciudad -ordenó el Khan, ignorando al maestro sensorio y hablando directamente con los operadores de teletransportación.

-Está hecho, señor.

-Activar el teletransporte.

Taban se retiró, al igual que el resto de la tripulación a pocos metros de la plataforma de teletransportación. Un campo de fuerza crepitó a través de los pilares, doblándose el espacio hexagonal entre ellos. El puente desapareció detrás de una cortina de estática retorciéndose.

Un segundo más tarde, se había ido.

Un escalofrío corrió por el cuerpo del Khan, como siempre. Por una fracción de un latido del corazón tuvo la semi-conciencia de estar suspendido sobre el abismo del infinito. La sensación siempre fue extrañamente tranquilizadora, como si aquello fuera de donde pertenecía realmente.

Entonces las luces desaparecieron. Sintió la tierra firme bajo sus botas y el aire real filtrándose a través de su máscara. Incluso mediante su armadura sabía falso.

Su keshig estaba alrededor de él. Qin Xa se situó a su hombro. Todos ellos sacaron sus armas: lanzallamas, cuchillas con campos de energía, combi-bólter.

El Khan mantuvo su espada envainada.

Delante de él, una escena de devastación se extendía bajo un cielo oscuro. Astillas de luz apuñalaban el horizonte mientras los truenos caían y gruñían en la lejanía. Una maraña de puntales de acero y rococemento desmoronados se extendió en todas direcciones. Imponentes marcos de estructuras ahuecadas por el infierno se

alzaban contra el cielo aburridos como esqueletos. El polvo se desvió a través de lo que quedaba, amontonándose en dunas grises como arena. Todo brillaba tenuemente en la penumbra.

El Khan se arrodilló y recogió algo de polvo en su guante. Fragmentos minúsculos de cristal corrieron por entre los dedos. Muy por encima las nubes hirvientes se deslizaban en una capa ininterrumpida.

El keshig se alejó, yendo poco a poco, sus botas crujiendo a través del residuo. La baja de su rutina de batalla juego con el tenor del planeta.

El Khan miró a su izquierda. Los restos de una inmensa pirámide seguían en pie en medio de las ruinas, sus flancos rotos y su carcasa repleta de mugre. Un inmenso ingenio, un Titán clase Warhound, yacía entre los escombros, tendido de espaldas con su armadura ennegrecida y cubierta de ampollas. Parecía como si hubiera sido noqueado y quemado.

Todo olía a metal quemado. Toda la ciudad apestaba a ello. Los sensores de blindaje del Khan le dijeron que las superficies a su alrededor estaban aún calientes por el resplandor del apocalipsis que había descendido sobre Próspero.

Qin Xa, a sólo unos metros de distancia, se volvió hacia él.

-¿A dónde vamos en primer lugar, Khagan? -preguntó.

El Khan volvió a ponerse en pie y dejó que el polvo de vidrio lloviera al suelo.

Todo había desaparecido. Todas las bibliotecas, los depósitos, los arcanos. Si los Lobos Espaciales verdaderamente hubieran hecho esto, entonces tal vez su poder igualaba a su ego.

-Había cuevas -dijo. –Me lo contó. Bajo la ciudad.

Emitió una respiración profunda filtrada, sin hacer caso de la mancha de ceniza que quedó en el aire.

-Empezaremos por allí.

QUINCE

Cartografía

Ciudad de los muertos

Yaksha

Lo primero que Yesugei notó al entrar en la cámara abovedada fue la luz. Estaba en todas partes, bailando a través de la obsidiana y reflejándose de las antenas de la máquina. Las líneas de fuerza eléctrica brillante serpenteaban y quebraban antes de lanzarse en espiral hacia el enorme espacio vacío arriba.

Henricos extendió los brazos cuando entraron Yesugei y Xa'ven. -Impresionante, ¿No?

Los tres se quedaron a la sombra del dispositivo y miraron la proyección. Un inmenso remolino galáctico de treinta metros de diámetro brillaba por encima de ellos, recogido en los puntos de oro. La disposición ondulaba y parpadeaba cuando las unidades de potencia de la máquina tronaron.

-Un hololito estelar -dijo Xa'ven, sonando decepcionado.

-Uno jodidamente grande -respondió Henricos, ofendido. -¿Sabes cuánta energía está absorbiendo?

Yesugei vagó hasta el borde de la máquina. Una serie de esferas de metal colgaba de una estructura de hierro con púas, todo crepitante con relámpagos negro. -¿Qué son éstas?

-No tengo ni idea -Henricos se reunió con él. -Pensé que podrías ser capaz de decírmelo.

-No soy un tecnomarine.

-No, lo sé, pero no es maquinaria. En todo caso no cualquiera que reconozca -Henricos elevó su guantelete hasta el relámpago y este pasó por la ceramita sin esfuerzo. -Esta cosa no está aquí. No físicamente. No se registra en cualquiera de mis instrumentos. Aun así, está haciendo algo.

Tan pronto como el Manos de Hierro habló, Yesugei vio la verdad de ello. El rayo era un desbordamiento de algo que tenía lugar en el otro lado del velo. En alguna parte, en el interior de la máquina, se estaba canalizando energía disforme.

-Es imposible -dijo Yesugei, aunque la evidencia de sus sentidos internos le dijeron lo contrario. -No se puede encadenar a una máquina.

Henricos resopló. -Bueno, lo hicieron. Puedes verlo, puedo verlo. Tenía la esperanza de que podrías desbloquearlo; está claramente diseñado para ser utilizado.

Xa'ven se unió a ellos. Las ondas de luz se dibujaron en su servoarmadura verde, brillando sobre las lentes de tinta negra. -No lo recomendaría.

Yesugei tuvo una pausa. Podía sentir el éter hirviendo dentro de la máquina. La barrera entre los mundos era delgada, disipada de alguna manera por el aparato frente a él. Observó los tubos de refrigerante gorgoteando, vio las runas brillar en la carcasa y se preguntó cómo lo habían hecho.

-Todo lo que tenemos es un mapa galáctico -dijo Henricos, paseándose por la plante. -Puede hacer más.

Xa'ven lo siguió. -Es un dispositivo de hechicería.

-Supongo que lo es.

-Pensé que los odiabas.

Henricos volvió. -Y lo hago. Odio todo acerca de esta nave, pero me pediste averiguar de qué se trataba, así que lo hice.

Yesugei miró al hololito brillante a medida que giraba suavemente. La escala del mismo era lo suficientemente impresionante, pero Henricos tenía razón; no estaba hecho solo para eso.

-Puedo llegar a el -dijo en voz baja.

Tanto Xa'ven como Henricos se volvieron para mirarlo.

-¿Con seguridad? -preguntó el Salamandra.

-No lo sé -Yesugei presionó sus palmas contra la máquina, inclinando la cabeza como si los sonidos que buscaba eran los físicos. -Puedo oír voces.... Idiomas. Como en la disformidad. Lo que oyen los Navegantes -Apretó los guanteletes con más fuerza contra el metal. -Algo está vivo.

-¿Para qué sirve? -preguntó Xa'ven. -¿Puedes decirnos eso?

Yesugei casi podía oír lo que estaba *pensando* en la cosa. Fragmentos de pensamientos rozaron su conciencia, tan fugaces como la luz del sol sobre el agua.

-Es un dispositivo de comunicaciones -dijo lentamente. -Creo. De largo alcance, transmitido por el éter -quitó la mano, estremeciéndose cuando la retiró. –Como los oradores de estrellas, pero más potente. Utiliza directamente la disformidad. Creo que es muy viejo.

Henricos asintió. -Fue construido antes que esta nave.

-¿Puede ayudarnos? -Xa'ven sonaba dudoso.

-Sí -dijo Yesugei. -Me reconoce. Puedo desbloquearla.

Xa'ven se movió pensativamente hacia la pared cerca del dispositivo. Garabatos sangrientos cubrían su superficie. Una mano marrón oxidado se destacó entre las líneas.

-No me gusta la forma en que esto se siente.

-¡Maldito seas entonces! -escupió Henricos. -¿Por qué tomamos esta nave? Querías un camino a través de la disformidad y nos están dando uno. Pero si quieres tirarlo…

-Entiendo, Bion -dijo Xa'ven con calma. -Sé lo que estamos haciendo. Pero, ¿Hay alguna otra manera?

El Manos de Hierro sacudió la cabeza. -Nada más que haya encontrado. Si no deseas activarlo entonces deberíamos dejarla, destruir la nave y probar suerte en las otras. Eso es todo.

Xa'ven miró a la proyección de nuevo, y lo miró por un largo tiempo. Yesugei podía decirles lo que estaba pensando.

El portador de la Palabra. Esa es la otra manera.

-Haz lo que debas –dijo Xa'ven finalmente, su voz pesada.

Henricos retrocedió, satisfecho. Yesugei examinó más de cerca las esferas de bronce. Moviéndose lentamente, extendió su mano para tocar la superficie. Mientras lo hacía, un cosquilleo estático corrió por su brazo.

Cerró los ojos. Inmediatamente, la charla en el borde de su oído interior se hizo más fuerte. Oyó una cacofonía de voces semi-humanas susurrando en su mente. Nada de lo que decían tenía sentido; eran como medias palabras utilizadas por niños o animales. En el ojo de su mente, vio un miasma hirviendo en el centro de la estructura.

Entonces, emergiendo de la confusión, vio dos runas aclarándose ante él. Ambas brillaban de un rojo furioso y sus contornos parecían desenfocados. Mirar directamente a ellos era difícil.

Eligió el de la izquierda, llegando a ella con sus pensamientos. Mientras lo hacía, el balbuceo se acalló un poco y algo parecido a un silbido recorrió las entrañas de la máquina.

-Ah -dijo Henricos. -Sí, eso *es* más útil.

Yesugei abrió los ojos. El mapa galáctico se cubrió con un enorme y complejo entramado de flujos de movimiento. Parecía orgánico, como la red de vasos sanguíneos en un cuerpo. Los mundos fueron recogidos en varios tonos luminosos, cada uno marcado por runas en un idioma que Yesugei no podían entender. El campo de estrellas debajo estaba moteado y arrugado en algunas áreas, pero claro en otros.

-Esas son las rutas por la disformidad -dijo Henricos entusiasmo. -Canales de navegación. Deben serlo; es el núcleo de red.

La mirada de Yesugei siguió los remolinos translúcidos. -Estoy de acuerdo. Y los mundos; ese es Terra. Ese es Colchis.

Los conductos de disformidad serpenteaban y se separaban como un colmatado delta del río. Pocos eran rectos, y la mayoría terminaba en pozos tormentosos.

-¿Qué está creciendo en Ultramar? -preguntó Xa'ven, apuntando a un modelo verdaderamente masivo de tormentas que ejecutándose en una sola franja a través del sureste galáctico.

-Están cortados -dijo Henricos.

-Si no ahora, entonces pronto -acordó Yesugei. -Y no sólo ellos. Mirad las barreras alrededor de Terra, y Chondax.

A medida que su mirada se posó en el sistema donde fue enviado el Khan señaló cuán lejos se estaba despejando la interferencia. Las barreras en la disformidad parecían extrañas, casi geométricas, como si causadas por algún algoritmo en lugar de por fluctuaciones del éter. Fuera cual fuera su origen el sistema parecía haber sido completamente cortado, aunque ahora una serie de pasajes se abrían a su alrededor.

-Así que pueden ver la forma de las tormentas de disformidad -dijo Xa'ven. -Útil.

-¿Cuántas de estas máquinas puede haber? -preguntó Henricos. -La *Hesíodo* no tiene nada igual. ¿Qué más puede hacer?

Yesugei sonrió. La pasión de Henricos para la mecánica era su atributo más atractivo. –Más -dijo, canalizando su mente de nuevo en el dispositivo. Dirigió sus pensamientos hacia la segunda runa, y una segunda malla de superposiciones onduló a través del hololito galáctico. Para cuando levantó la vista de nuevo, las formas se habían solidificado en signos reconocibles.

-Por la fragua... -susurró Xa'ven.

Durante un segundo Yesugei no pudo ver lo que quería decir. Luego, poco a poco, las formas cobraron sentido para él. -Iconos de la Legión -dijo.

Henricos asintió. -Agrupaciones tácticas. Expediciones. Flotas de guerra. Formaciones estáticas -negó con la cabeza. -Saben demasiado.

Ellos no lo saben todo. No hubo movimientos registrados cerca de Terra y algunas legiones, como la Guardia del Cuervo o los Amos de la Noche, estaban completamente ausentes. Sin embargo, la medida de lo que sabían era escalofriante. La trayectoria de los Ángeles Sangrientos estaba marcado en rojo; parecían haber ido directamente a un solo sistema en el extremo este de la galaxia. Los

Ultramarines parecía estar cercados alrededor de los márgenes de su gran imperio estelar, y formaciones masivas de Portadores de la Palabra y Devoradores de Mundos se dirigían a través de las tormentas de disformidad directamente a por ellos.

-¿Guilliman sabe esto? -respiró Xa'ven, horrorizado.

Henricos sacudió la cabeza tristemente. -Lo dudo. Él estará tan ciego como el resto de nosotros.

Los detalles no eran completos. Algunos de los signos brillaban bajos, como si la máquina estuviera trabajando con una información incompleta o poco fiable. La pantalla tenía el aspecto de un antiguo manuscrito en lugar de un libro de contabilidad; los iconos eran floridos, los símbolos místicos. Algunos eran completamente indescifrables, otros parpadearon dentro y fuera de la existencia.

Aun así, era mucho más completo que cualquier mapa galáctico que Yesugei hubiera visto nunca.

-¿Cómo lo están haciendo? -preguntó Xa'ven.

-Ninguna estación tiene el rango -dijo Henricos.

-Estoy de acuerdo -dijo Yesugei. -Están aprovechando la disformidad. Esas flotas están sumidas en el éter, su presencia es conocida por los que moran allí.

Yesugei movió la vista hacia el sector Chondax. Estaba vacío. Las tormentas de disformidad hacían estragos en fragmentos rotos alrededor de él, los últimos rescoldos de un largo infierno.

-Eso no es suficiente -dijo Xa'ven tranquilamente. Se volvió hacia Yesugei. -No puede ser. Simplemente no pueden *saber* estas cosas; si así fuera la guerra ya habría terminado.

Yesugei asintió, sus ojos siguiendo un rastro de Chondax. Justo en el límite de su visión creyó ver ecos fragmentarios de simbolismo chogoriano y concentró su mente en ello. -Se necesita algo más -dijo, distraído.

Henricos resopló. -¿Oraciones y peticiones?

-No te burles -dijo Yesugei, siguiendo con sus ojos una ruta imprecisa. ¿De vuelta hacia Chogoris? Seguramente no.

Xa'ven se movió cuidadosamente hacia las esferas de bronce. –Hacedor de Estaciones -dijo el Salamandra con cautela. -¿Es prudente mantener esto activo?

Yesugei oyó el silbido de nuevo, e inmediatamente concentró sus pensamientos de nuevo. Se dio la vuelta y vio las esferas ardiendo con fuerza con energía oscura.

-No, tal vez no -dijo, retirando su mente de nuevo al corazón de la máquina. -Hemos visto lo suficiente.

Su mente se remontó dentro del dispositivo, hasta donde las runas simbólicas brillaban en su niebla de semi-realidad. Se dispuso a cerrar el proceso, y el primero de los dos signos se hundió en la oscuridad.

El siseo creció. Vio lo que parecían un par de ojos nadar desde el miasma. Había visto esos ojos antes, pero sólo en las visiones. Sus corazones comenzaron a latir más fuerte.

Alcanzó la segunda runa, cerrándola con su mente, sellándola como si apretara una mano sobre una llama de vela.

No desaparecería. Seguía ardiendo, furiosa e intensa, antes de girar lentamente y devolverle la mirada.

-Apágalo -oyó decir a Xa'ven, aunque la voz sonaba muy lejos.

Yesugei apretó el foco de su mente. La runa permaneció tercamente en su lugar. Las bobinas de humo a su alrededor crecieron en solidez, formando figuras en la oscuridad semi real. Una voz surgió del balbuceo; una sola voz, bestial y enloquecida, furioso con la ira de algo azotando a través de capas de inercia para llegar a su presa.

-¡Apágalo! –gritó Xa'ven.

Yesugei no podía ver lo que estaba sucediendo en la cámara. Su mente se hundió aún más en la interfaz de disformidad dentro de la máquina. Una cara se abalanzó hasta salir de la ciénaga antes él; una cara larga y de corona alta, erizado de huesos, revestido de piel de sangre, una destilación de las pesadillas humanas.

Le miró a los ojos, y en ellos se reflejaban todos los dolores, todas las agonías, todos los terrores de un millón de mundos. Yesugei trató de apartarse y no pudo. La criatura lo había visto.

Sus ojos se estrecharon malévolos. Su carne reluciente se solidificó.

Y luego, con una contracción de sadismo de gato, sonrió.

La muerte nunca ocupó terror para un hijo de Chogoris. En los días previos a la llegada del Señor de la Humanidad estaba en todas partes; en las guerras por feudos, crímenes de honor, la caza, la miseria o la exposición o la enfermedad. La gente de las llanuras lo tomaba con calma, ni quejándose ni celebrando la misma. No erigieron mausoleos a los muertos, sino que dejaron los cuerpos para ser comidos por los vientos y las aves carroñeras.

En eso, como en todo lo demás, el Khan se había convertido en uno con su hogar adoptivo. Había visto un centenar de muertes antes de dejar atrás su antinatural corta juventud. La edad adulta trajo más derramamiento de sangre, mucha de ella en sus manos, y se encontró con ella de la misma forma independiente. Nunca lloró; la muerte era la forma de las cosas, el patrón inmutable del universo. Era de agradecer, porque ponía coto a la enfermedad, cortaba el alma vigorosa antes de que pudiera llegar a ser floja, despejaba el terreno para un nuevo crecimiento.

Incluso los Primarcas morían, por lo que se murmuraba. Incluso los dioses.

Por todo eso, era difícil presenciar lo que quedaba de la ciudad iridiscente de vidrio y cristal de Magnus. El Khan crujió a través de capas de polvo gris-plata, viendo escudos de nubes pesados entre los esqueletos ennegrecidos de las viejas estructuras. Los rayos nunca se detenían, vacilantes en el lejano horizonte norte como grietas bailando en otra extraña realidad. De vez en cuando un formidable trueno rugía, el latido del corazón irregular de un mundo en los últimos estertores de su agonía.

El Keshig del Khan se desplegó en torno a él. Iban tan cautelosamente como él, y sus servoarmaduras blancas como el hueso les hacían parecer como fantasmas en la oscuridad. El polvo de Prospero ya se aferraba a ellos, manchándolas, enrojeciéndolas y estropeando el blanco y oro.

Los Exterminadores portaban sus espadas de energía, brillando de color azul pálido. A medida que avanzaban, sus combi-bólters barrieron el terreno por delante, gimiendo débilmente cuando los designadores de objetivos fijaron a media blancos imprecisos. Todo lo que quedaba en Tizca; el lugar que Magnus llamó una vez con orgullo la Ciudad de la Luz, era un fantasma.

El Khan acechó a la cabeza del grupo, sosteniendo su espada dao ligeramente en la mano derecha. Su capa forrada de piel colgaba con rigidez, manchada de negro donde el polvo la cortaba. El camino a seguir fue recogido en los falsos colores de su pantalla, aunque incluso eso fallaba en elidir la opresiva sensación de completa oscuridad. La cobertura de nubes era tan completa que podrían haber estado arrastrándose por las entrañas de alguna colosal aguja de colmena.

-Algo más adelante -informó uno de los keshig más por el vox de escuadra.

Qin Xa levantó un guante para detener la formación. -Detalle.

El Exterminador se detuvo. -No, nada -informó. -Falso positivo.

Ocurrió muchas veces. Los sensores estaba locos, enloquecidos por la alta radiación y estática que zumbaba por la atmósfera.

El Khan siguió adelante. Reconoció a medias algunos de los edificios. Rodearon las figuras blindadas derribadas; ahora sólo cáscaras, paredes de carbón negro con nada más que escombros humeantes dentro. Divisó viejos emblemas en medio de los escombros: iconografía imperial, ojos prosperinos, homenajes estilizados a conocimiento antiguo y lo esotérico.

-Más cadáveres –transmitió Qin Xa al pasar por el largo paseo que llevaba hacia el corazón de las ruinas.

El Khan ya los había visto. La mayoría eran esqueletos mortales, despojados de piel y músculo por un terrible armamento. Algunos elementos de la armadura habían sobrevivido entre el polvo: yelmos en forma de cúpula, hombreras y botas.

Algunos de los cadáveres eran mucho más grande. La ceramita era mucho más dura que las armaduras de placas, y muchas piezas de armadura carmesíes permanecían totalmente intactas. La mayoría tenía el sol resplandeciente de la XV Legión en oro o zafiro, erosionándose lentamente a medida que el polvo tóxico lo devoraba.

-Y esto -dijo Qin Xa, caminando hacia un arma personal larga, medio enterrada en un montón de cenizas a la deriva. Lo sacó y sacudió los restos en ella. -He visto esto antes.

El Khan tenía, también. El arma era de oro, en gran medida con incrustaciones de grabados de estrellas y la luna, demasiado grande para levantarla un mortal, menos aún empuñarla. Una larga hoja negra que coronaba el eje principal que tuvo una vez un escudo disruptor; un bólter fijo más atrás se quebró por el retroceso del arma.

-Custodios –transmitió el Khan, indicando lo que los otros ya sabían.

-¿Pero de qué lado estaban? -preguntó Qin Xa con esperanza.

-Ya lo sabes, Xa -dijo el Khan, presionando.

No quería creerlo, no realmente. Sus sentimientos sobre Russ siempre habían sido mezclados; el respeto al guerrero; exasperación ante los alardes, el excepcionalismo autoproclamado. Sin embargo otra cosa era ser testigo de lo que había hecho, ver la verdad del testimonio de los oradores de estrellas. El Khan encontró que la verdad, ahora delante de él, era un trago amargo.

Sus botas chocaron un peto gris acero y lo pateó lejos de él. Como todo lo demás estaba desecado, raspado por el viento. Vio runas en la curva del mismo, aún visibles, anguladas y fenrisianas.

-Nada -murmuró Qin Xa, siguiéndole de cerca. -No hay nada vivo.

Su tono dejó claro que no veía ningún propósito en seguir allí. Sin duda, él ya estaba pensando en las implicaciones de lo que habían visto, donde tendrían que ir, y contra los que tendrían que luchar.

El Khan anduvo más lento, escuchando con atención. Parpadeó-seleccionó los filtros auditivos de su armadura y dejó que su audiencia mejorada hiciera su parte.

Por un momento, más allá de sordo zumbido de los servomotores de los Exterminadores y el débil siseo de los campos disruptores, creyó ver algo fuera de lugar.

Como... un zumbido.

-Sé dónde estamos -dijo, mirando más allá de los bordes de diente de sierra rotos de edificios cercanos. A la izquierda se levantaban los restos irregulares de una pirámide, de cientos de metros de altura incluso en su ruina. Unos paneles de vidrio opacos por el polvo se aferraban a la subestructura. A través de una brecha en las paredes circundantes, vio otra carretera que se extendía casi paralela a la que ahora caminaban. -Ochenta y un calles radiales. Ridículo.

-¿Llevando a dónde? -preguntó Qin Xa, con una cuchilla en cada mano y su casco azul por el resplandor de las armas.

-Los templos de culto -dijo el Khan, recordando. -Las grandes pirámides. El Occulum. Todo.

Pasaron por más de lo mismo; cadáveres retorcidos, secos y en descomposición. Truenos rugían sobre todos ellos, blanqueando el color de su librea y dejándoles como fantasmas grises como en el vidrio. Delante de ellos la calle se amplió, revelando tres chasis de Rhino desplomados en medio de los restos de una especie de barricada.

-Un puesto -comentó Qin Xa mientras empujaba rollos de alambre de púas a un lado. –No les sirvió de mucho.

A unos cientos de metros más adelante, la calle se abría aún más cuando otras vías se cruzaban. Como un río de llegando a su delta las autopistas radiales convergían, fundiéndose en una amplia plaza. Al llegar a sus márgenes su escala se hizo patente.

El espacio delante de ellos era enorme, bostezando en la distancia bajo el cielo fulgurante como una imitación ennegrecida por el fuego de las llanuras de su hogar. Una vez estuvo pavimentada y bien iluminado, rodeada de arquitectura elegante y atestada de multitudes. Ahora sólo quedaba escombros; carcasas de servoarmaduras, restos masticados de vehículos. Se habían abierto fisuras entre las losas de mármol, algunas lo suficientemente amplias como para tragarse a un hombre, todas tan negras alquitrán como el vacío. Un pilar solitario se situaba en el centro, roto a unos cincuenta metros de altura. El zócalo de piedra en su base aún llevaba figuras reconocibles; una mujer con túnica que era alzada en alto por una figura de un solo ojo, blindada.

El Khan entró al otro lado de la plaza, en dirección a la columna. El keshig se desplegó en silencio a su paso, Qin Xa con ellos.

Mientras caminaba, el suelo bajo sus pies se sentía cada vez más frágil, como si se tratara de una piel fina sobre nada. Las grietas surgían por todas partes, surgiendo de los labios de las fisuras como dedos buscadores. Este había sido el epicentro de aquel infierno. Tal vez la corteza del mundo mismo fue comprometida.

Luego lo oyó otra vez; un zumbido, como el de las alas de insectos congregándose.

-¿Captáis eso? -preguntó, deteniéndose bajo la larga y débil sombra del pilar.

El keshig ya estaba ampliamente disperso, abriéndose paso de manera constante a través de los residuos.

-No hay señales de vida –transmitió Qin Xa con cuidado. -No hay marcadores de proximidad.

Su voz delataba su incertidumbre. Todos podían sentirlo, sin importar lo que dijeran las lecturas de las servoarmaduras.

El Khan se volvió hacia el pilar picado de cráteres. Se erguía en la noche eterna de Prospero, y el cielo moteado por encima corría y hervía.

Luego vino otra vez; distinto esta vez, como el zumbido de un enjambre de insectos.

El Khan se volvió, espada en mano, y sintió las losas de piedra tembló bajo él. Su armadura no registraba nada; ni objetivos, ni cuerpos.

Para entonces los keshig también se movían. Rodaron sobre sí, cuchillas y bólters listos, en busca de un enemigo invisible. Uno de ellos abrió fuego, y el sonido del mismo se estrelló discordante.

-¡Ojos! -transmitió Qin Xa, de pronto corriendo por la plaza hacia, aparentemente, nada. -¡Desactivad los sentidos automáticos; usad vuestros ojos!

El Khan desestimó la celosía de retículas de localización y compensadores de medio ambiente, y la plaza se hundió en la niebla lúgubre de la vista no amplificada.

Sólo entonces los vio: artrópodos brillando en azul-blanco espectral, alados y masivos. Había docenas, deslizándose de la tierra como sombras inquietas emergiendo de la tumba. No perturbaron nada, ni siquiera una mota de ceniza. Sus

contornos rígidos brillaban con la fosforescencia del efecto fantasma de hechicería, aunque sus corazones eran tan transparentes como el cristal.

Eran cosas arruinadas, torcidas y encorvadas, aunque seguían teniendo el doble de tamaño de los Exterminadores ante ellos. Tenían tórax y abdómenes bulbosos como cucarachas, alas de gasa andrajosas y extremidades segmentadas que arrastraban contra el suelo. Cerebros grotescamente hinchados, palpitando con una luz misteriosa en medio de pliegues craneales cerradas, estallaban de juegos de mandíbulas de poca altura. Una vez libres de la tierra rota se balancearon en el aire bruscamente, tambaleándose como ciegos y hambrientos.

El Khan los miró fríamente.

-*Psychneuein* -dijo, preparando su espada. -Así que algo sobrevivió después de todo.

Energía etérica se desató por toda la armadura de Yesugei. -*Retiraos* -ordenó, levantando un puño.

En lo profundo de la interfaz disforme de la *Vorkaudar*, la cara de pesadilla se levantó, sonriendo ampliamente. Yesugei vio filas de dientes afilados, ojos sin pupilas de hierro fundido, una garra extendida.

La criatura gruñó y se retorció, meciéndose hacia adelante y hacia atrás. El miasma a su alrededor adelgazó. La runa se mantuvo activa, conduciendo la máquina, adelgazando la barrera entre los mundos. El poder que controlaba parecía estar acelerándose en un aumento gradual como un motor de desplazamiento en sobrecarga.

Yesugei fijó su mente en la runa. La giró ante el ojo de su mente, latiendo como una herida en el tejido del universo.

Ciérrate -ordenó, por otra parte, cayendo en el Khorchin. -*Yake'en.*

Con un roce como el hierro oxidado que se arrastra sobre el acero, la runa se apagó.

Yesugei abrió los ojos, aliviado. Se volvió para mirar de nuevo al mapa galáctico.

Había cambiado. Las estrellas se juntaron, arrastradas en un solo grupo como un enjambre de globos. La luminiscencia dorada se intensificó, ardiendo dolorosamente. Los motores de la máquina emitieron una serie de sonidos metálicos llenos de humo, pero el brillo se mantuvo en crecimiento.

Xa'ven sacó su martillo, Henricos su bólter.

-¿Puedes detenerlo? -preguntó el Salamandra, aguantándose en pie mientras miraba a la niebla arremolinarse.

Yesugei tomó su bastón con ambas manos. El cráneo aduu en la punta onduló con los dedos de los rayos. Toda la cámara se sintió de repente apretada y húmeda, como si hubiera sido comprimido demasiado aire en muy poco espacio.

-La máquina está apagada -dijo.

Henricos retrocedió. -Bueno, algo sigue funcionando.

Las estrellas se acercaron más, acelerando su conglomerado y fusión. Un aplauso como un trueno resonó por toda la bóveda, agrietando la carcasa de contención de la máquina y resonando por el eje por encima de ellos.

-¡Retroceded! -advirtió Yesugei, dándose cuenta de repente de lo que estaba sucediendo.

Las luces se estremecieron. Un sonido como un grito fracturado resonó desde el aire a su alrededor. Lo que quedaba de la proyección estelar se unió en un coágulo de tinta y cayó rápidamente, arrancando a la corporalidad y agrietando el suelo. Estalló, rompiéndose como una cáscara de huevo.

Liberándose de ella llegó una criatura esquelética, de piernas largas con la piel de color rojo sangre y cuernos largos y curvados. Tenía los mismos ojos fundidos, los mismos dientes de aguja. Era más grande que todos ellos y esprintó con un movimiento espasmódico, de velocidad irreal. Se abalanzó sobre el suelo en cuclillas, como un enorme y grotesco insecto, antes de saltar directamente sobre Xa'ven.



Xa'ven es atacado por una bestia disforme a bordo de la Vorkaudar.

Henricos disparó primero, golpeándola con proyectiles que parecieron mirar y gemir desde su cobertura. Xa'ven se precipitó hacia adelante, arrastrando su martillo trueno a su encuentro.

-¡No! -rugió Yesugei, demasiado tarde para arrastrarlo de vuelta.

El Salamandra envió el martillo crepitante en el torso de la criatura. El golpe fue perfecto; debería haber aplastado sus costillas, rompiéndolas y enviando a la criatura, con la espalda rota, por los aires. En cambio, Xa'ven salió despedido por el impacto con un chasquido seco de energía desplazada, su arma arrancada de las manos. Su cuerpo masivo y blindado crujió en la pared de la bóveda, mellando la piedra y colmándola de polvo.

La criatura saltó tras él. Cada movimiento suyo era borroso y astillado, como grabado en una película rota. Aterrizó, cerniéndose sobre su garganta, inmovilizándolo con sus garras, abriendo sus fauces babeantes y considerándole como un perro sobre su cuenco.

Yesugei niveló su bastón.

-*¡Ta qarija!* -gritó.

Un rayo de plata, afilado como neón cargado, saltó del bastón y se estrelló contra la criatura, bañándola en un estallido de luz etérea y rasgándole del cuerpo postrado de Xa'ven.

Se gritó mientras volaba, estrellándose de nuevo en el suelo en una maraña de espinas y pezuñas antes de girar para gritarle. Por un momento, Yesugei miró directamente a su cara, y la malicia de ellos heló sus corazones.

Convocó más rayos, golpeando la cosa y haciéndola derrapar más por el suelo de la bóveda. La energía disforme era el único que parecía hacerle daño: Henricos siguió disparando todo el tiempo, vaciar su cargador en su carne, pero los proyectiles no tuvieron ningún efecto.

Xa'ven quedó tumbado, boca arriba y jadeando húmedamente por respirar. Yesugei siguió a la criatura y el éter se apoderó de él como una inundación, caliente y dolorosa.

-¡Desaparece! -rugió en Gótico. -¡Retírate!

Más pernos agrietados en ardiente piel de la criatura. Se enfureció, deslizándose en la cubierta, gritando de dolor. Relámpago chispeó y arremetió de su cornudo y disparó de nuevo. Yesugei rampa hasta la intensidad, verter todo en el ataque.

En medio de todo esto, la criatura se tensó para otro ataque repentino, alzando sus hombros contra la avalancha de lanzas incorpóreas de luz. Atrajo sus largas extremidades atrajeron hacia el interior, sus hombros se erizaron con púas, su cola en forma de látigo se enrolló.

Y entonces voló en pedazos.

Una explosión ensordecedora corrió alrededor de la cámara, seguida por una enorme onda expansiva de aire sacado de una fragua. Los fragmentos de huesos y tendones salpicaron todas las superficies, tintinearon de las paredes y gruesos cordones de bilis abofetearon la servoarmadura de Yesugei. Los ecos de los chillidos animalistas de la criatura rebotaron por un momento, largos, agudos y llenos de odio, antes de que los últimos trozos de carne de otro mundo cayeran al suelo.

Henricos quedó inmóvil, su arma vacía, mirando el epicentro de la explosión. Por una vez no tuvo nada que decir.

Yesugei miró a su alrededor con cautela, casi esperando ver más horrores saliendo de la nada, pero la cámara permaneció vacía, marcada solamente por el cada vez menor tic-tac de la gran máquina y el hedor a carne quemada.

-¿Y qué -dijo al final Henricos, -fue eso?

Yesugei no lo sabía. Había oído leyendas de cosas que nadaban en las profundidades de la disformidad, sueños conscientes de presencias antiguas, pero nunca imaginó que viviría para presenciar una. No deberían haber sido capaces de vivir y respirar en el mundo material más de lo que él podría sobrevivir en el hervidero del éter.

¿Alguna vez has viajado con un Navegante? ¿Has visto lo que ellos ven?

-Nunca debimos haber utilizado la máquina -dijo Yesugei, respirando con dificultad. -Sabían que habían caído. No sé hasta qué punto.

Gritando. Arañando la nave.

Henricos ruñó cáusticamente, aunque el sonido fue interrumpido por la tos entrecortada de Xa'ven. No se había puesto en pie.

Ansioso de repente, Yesugei se apresuró y se agachó junto a él. -¿Tan mal estás, hermano?

El pectoral del salamandra estaba brillante con sangre. Bombeaba libremente de una herida profunda en el cuello, manando del sello roto entre el casco y la gorguera. La ceramita estaba rasgada, el atractivo borde dorado marcado por dentelladas.

El aliento de Xa'ven llegaba en exhalaciones espesas. La sangre no se coagulaba. Se apresuraba a salir de él, salpicando su servoarmadura y goteando en el suelo.

Yesugei alcanzó el sello roto y lo abrió. Henricos llegó para ayudar, cogiendo el casco y tirando de él con cuidado. Los mecadendritos emergieron de sus guanteletes, pequeñas sierras y agujas.

Tan pronto como vio la cara de Xa'ven, Yesugei supo que no iban a ser necesarios.

Los rasgos de ébano del salamandra se habían vuelto grises. Sus labios estaban pálidos, con ojos vidriosos. Yesugei presionó su guante contra la herida abierta en el cuello, pero la sangre se escurrió entre sus dedos.

-Aguanta hermano -exhortó.

Xa'ven agarró el brazo de Yesugei por la muñeca. Su rostro se arrugó por el dolor.

-Usa lo que viste –dijo Xa'ven con voz áspera y sangre corriendo entre los dientes.

-Nunca debimos haberlo hecho.

Xa'ven aguantó, agarrando su brazo apretado. –Ahora sabes lo que son ahora. Úsalo.

Su cabeza cayó hacia atrás. Sus ojos perdieron el enfoque.

Yesugei se puso enfermo. -Hermano, *lo siento*.

-Sólo utilízalo -Xa'ven se esforzó mucho para escupir las palabras. –Vidente de la Tormenta -sonrió dolorosamente. -Encuentra a tu Khan.

Entonces Xa'ven tosió una gruesa gota de sangre. Su espalda se arqueó, agarrando con sus manos con más fuerza antes de perder las fuerzas. La mancha de sangre se expandió bajo él, tan oscura como el petróleo.

Durante un momento Yesugei permaneció inmóvil, aturdido por la velocidad del suceso. Sacó sus manos con sangre de Xa'ven. Su cuerpo aún seguía preparado para combatir, inundado de hiperadrenalina, pero durante ese instante no tenía ni idea de qué hacer. Lentamente la náusea se hizo cargo de la agresión.

-*Pesadillas* -dijo, aturdido. -Liberan pesadillas –se puso de pie, oyendo el ruido metálico sordo cuando el guantelete de Xa'ven cayó. -¿Nunca visteis uno antes, ni en Isstvan?

Henricos negó con la cabeza. -He oído historias...

-Ya no son historias. Esta nave debe ser destruida. Tenemos que irnos.

Henricos permaneció agachado sobre Xa'ven, sosteniendo el ensangrentado casco en una mano.

-¿Entonces qué? -preguntó.

-Volver a la disformidad. Vi a dónde van.

-¿Chogoris?

-No. Próspero.

Henricos alzó la vista hacia la silueta humeante de la máquina. -Si nosotros lo sabemos, ellos también. ¿Cómo lo están haciendo? ¿Cómo están localizando Legiones a medida que se mueven?

-No lo sé -dijo Yesugei, sintiendo el amargo precio del poco conocimiento que habían comprado. -No lo sé.

-¿Por qué lo llamáis logias? -preguntó Shiban.

-Es una tradición -dijo Torghun, colocando la capucha sobre su cabeza.

-¿Tengo que llevar esto?

-Para empezar'.

Shiban vaciló. Se sentía torpe, tonto. Más que eso, sin embargo, era clandestino, y por razones que todavía no entendía.

-Lo sé -dijo Torghun. -Es tedioso. Pero aquí está el asunto: todos somos iguales allí, al menos una vez se toman los juramentos. Muestra tu cara antes de esa fecha y llevarás tu rango contigo.

Shiban miró a Torghun. Con su cara oculta en las sombras parecía un ladrón. Ni siquiera era visible su marca, la marca de la Legión, lo único que los diferenciaba de los demás. -¿Será esta una pequeña reunión?

Torghun asintió. -Nada grandioso. Estarán encantados de ver a otro miembro.

-¿Cuántas logias hay?

-¿En toda la Legión? No lo sé. Mucha, creo. Encaja con el espíritu guerrero. Alguien me dijo que una cuarta parte de los Hijos de Horus son miembros de la logia. No tengo ni idea de si es verdad.

-¿Cómo podrías tenerla?

-Bueno, casi. ¿Listo?

Shiban colocó la capucha sobre su cabeza, sintiéndose algo ridículo. Torghun se acercó a la puerta y apretó la runa de entrada. Esta se deslizó para revelar una cámara oscura. Cinco o seis encapuchados permanecían en la oscuridad parpadeante.

Shiban siguió a Torghun y los demás se abrieron para darles espacio. Las puertas sisearon al cerrarse.

-Bien hallado, hermano -dijo el primero de los miembros de la logia. -Traes sangre nueva.

Torghun se inclinó. -Aquel que ha demostrado ser digno.

Shiban tomó su lugar en el círculo. Las caras de los otros estaban solo parcialmente ocultas; si hubiera querido podría haber adivinado la identidad de algunos. El aire olía extrañamente dulce, como si ardiera incienso en algún lugar cercano. Todos los Cicatrices Blancas reunidos llevaban sus servoarmadura bajo sus ropas, procedimiento estándar ahora que se había establecido el bloqueo, lo que los hacía parecer voluminosos y desproporcionados.

-Bien hallado, extraño -dijo la voz. -Deseas unirte.

-Observar -dijo Shiban.

-Eso es aceptable. No hay nada que ocultar.

¡Estás usando una capucha!

-El momento de la decisión está cada vez más cerca –clamó el orador, dirigiéndose a los otros. –Las preguntas han sido contestadas, se han aclarado algunos asuntos. Ahora podemos hablar más claramente que antes; todos habéis visto las imágenes del planeta bajo nosotros. ¿Puede alguien dudar ahora lo que escuchamos por los oradores de estrellas del Señor de la Guerra? El cisma ha llegado, hermanos, como siempre nos advirtió el Khagan que pasaría. Ahora tenemos que tomar partido. Nuestra tarea es asegurar que la Quinta Legión sigue siendo pura de propósito.

Shiban escuchó con atención. Así que era eso; no una hermandad neutral sino una facción de Horus. Una parte de él se sorprendió de su encubrimiento, pero tal vez eso era ingenuo.

Podía sentir a Torghun tenso a su lado, como si estuviera ansioso por la reacción de Shiban a lo que le estaban diciendo. Todo deseo del Khan terrestre de verlo incluido en la logia parecía genuino, casi conmovedor.

Ellos creen en esto.

-El vínculo permanece establecido –continuó el orador. -Las fraternidades fieles ya han respondido y la ventana de acción se contrae. Se están haciendo preparativos en toda la flota. Tenemos que estar preparados.

La boca del orador, visible bajo la sombra de su capucha, se extendió en una sonrisa benigna.

-Vienen, hermanos. Vienen hacia aquí, a Prospero.

DIECISÉIS

Cuevas

Renacimiento

Aún dando vueltas

Psychneuein.

Magnus le habló de ellos, pero lo hizo acerca de cosas sólidas, de carne y hueso. Productos del último capítulo bizarro y disforme de la historia de Prospero, fueron una plaga en un planeta de otra manera benigno, consumiendo las mentes de los mortales. Los Mil Hijos los habían cazado, encerrándoles en las selvas y lejos de sus agujas brillantes.

Ahora, como todo lo demás, fueron reducidos a fantasmas; restos de los horrores vivientes que fueron. Sólo que, a diferencia del resto de fauna destruida, conservaban algunos vestigios de su voluntad. Sus cuerpos insectoides grotesco seguían siendo impresionantes, sus cráneos asquerosamente agrandados todavía pulsaban con las energías rapiñadas del Immaterium. Sus mandíbulas resonaban, como siempre lo habían hecho. Sus enormes alas aún batín, sus aguijones todavía se arqueaban bajo sus abultados abdómenes; sólo que ahora eran translúcidos y brillantes, ecos psíquicos de los una vez vitales neuro-depredadores.

Emergieron por toda la plaza, deslizándose misteriosamente por la piedra y realizando barridos oculares combinados alrededor de ellos.

Los keshig abrieron fuego con sus combi-bólter, enviando proyectiles perforante a través de ellos. Eso solo pareció atraerles y comenzaron a dirigirse la fuente del ruido.

El Khan cargó hacia el más cercano de ellos, saltando y girando en el aire para hundir su dao en la cabeza de la criatura, con el objetivo de cortarla limpiamente desde el tórax.

No conectó con nada. Su impulso lo llevó al cuerpo fantasmal del psychneuein y una sensación de total frigidez estremeció su cuerpo. Sus corazones estallaron a toda marcha. Sintió una succión en el pecho y una explosión que asaltó sus oídos.

Se tambaleó al salir al otro lado de ella, cayendo de rodillas, jadeando. Grumos nadaban delante de sus ojos.

El Khan dio la vuelta, justo para mantener su espada en guardia. La cosa llegó a él de nuevo, todavía balanceándose de manera irregular. Se tambaleó hacia él, calculando mal la dirección y aró sin fricción el suelo a su izquierda.

No puede ver.

El Khan se retiró, jadeando, sintiendo todavía el arrastre horrible en su alma.

-No dejéis que os toquen -transmitió. -Son ciegos; mantenedlos a distancia.

Más psychneuein estaban subiendo por entonces, flotando sobre las cenizas y ruinas. Uno de ellos pareció sentir la presencia de un Exterminador cerca y se abalanzó hacia él. El guerrero, llamado Maji, un veterano que había tallado un rastro de sangre a través de un centenar de mundos soltó una ráfaga perfectamente dirigida desde su combi-bólter. Los proyectiles no hicieron más que triturar las ruinas más allá.

El psychneuein golpeó, agarrándose a Maji con sus miembros traseros e inclinando su abdomen hinchado por una picadura. Maji arremetió, hundiendo su espada profundamente en el cuerpo de la criatura; nada fue dañado. El psychneuein trabó una probóscide sobre su casco y su punta encendida se hundió en la ceramita.

Maji *gritó*. En un siglo de guerras, Maji nunca había gritado. El ruido era horrible; un grito de pura agonía arrancada de los amplificadores de su casco y la arrastrado hacia la noche. Materia grumosa salió aspirada de la probóscide translúcida, abultándose y flexionándose obscenamente. Maji quedó rígido, abrazado por los miembros espectrales del psychneuein, dejando caer su espada y retorciéndose violentamente. La sangre brotó de manera irregular desde su gorguera cuando fue levantado del suelo.

Para entonces otro de los keshig corrió a su lado, embistiendo hacia él y arrastrándolo hacia atrás. Tres más se concentraron en la criatura misma, descargando rondas tras rondas de proyectiles en su contorno incorpóreo sin ningún efecto visible.

El Khan, dao en mano, era casi allí mismo cuando escuchó un fresco zumbido buceando bajo su cabeza. Él patinó hasta detenerse para mirar la enorme silueta de

un psychneuein descender sobre él. Sintió la misma frialdad que antes, como un puño helado cerrándose en sus pulmones.

Empujó hacia arriba instintivamente, golpeando con su espada en la cabeza-cerebro inflamado del monstruo. Durante un instante terrible sintió como si su carne estuviera siendo arrancada de los huesos, cortada de la armadura y dispersada en la nada; después el metal conectó con algo esponjoso, perforándolo.

El psychneuein retrocedió, abriendo sus mandíbulas por dolor, pero sin hacer ruido. Se sobresaltó, parpadeo en y fuera de foco. Al ver que podía ser herido, el Khan se lanzó al ataque, liberando su hoja y deslizándola hacia atrás, en el tórax de la criatura.

Esta vez, el filo de la espada conectó. El psychneuein herido explotó, disolviéndose en una nube de brillo espeluznante. Jirones de materia ardiente se dispersaron por todas partes, gritando a la noche en un torbellino de energía liberada. El polvo aulló a su alrededor, agitado por la onda expansiva. Un sonido de cristales rotos resonó a través de la plaza, arrancando metros de losas en todas las direcciones.

Dañado por la detonación, el suelo cedió aún más bajo los pies del Khan, ondulando como el agua antes de astillarse en fragmentos. Con una racha de grietas cortantes y duras una fisura bostezó ampliamente bajo él, arrastrándolo hacia abajo en medio de una avalancha de escombros y guijarros deslizantes.

Trató de agarrarse a algo, aprovechar el borde del agujero que se estaba formando y tirar de si hacia fuera. Casi lo consiguió; sus dedos atraparon en una estrecha cornisa de piedra, y por un segundo pensó que podría sostenerse.

Entonces la cornisa se quebró y cayó.

Una lluvia de escombros descendió sobre sus lentes retinales. Sobre el tronar de albañilería colapsándose oyó los gritos de sus guerreros y el zumbido enloquecedor de más psychneuein.

Entonces todo desapareció, perdido en el rugido piedra quebrándose. Cayó a toda velocidad a través de un mundo subterráneo borroso de tierra colapsada. Durante un terrible momento pensó que nunca pararía, que se había abierto algún portal en la disformidad bajo la superficie carbonizada de Próspero y arrastrado hacia sus fauces, pero luego golpeó algo sólido.

Más escombros se estrellaron y cayeron, enterrándole incluso mientras se deslizaba hacia abajo aún más, escarbando contra la pendiente de todo lo que había aterrizado sobre él. En la total oscuridad su casco luchó para compensarlo, dándole sólo impresiones borrosas y cambiantes de dónde estaba.

Poco a poco, grano a grano, llegó a un alto. La caída de rocas continuó durante unos momentos antes de que eso también se detuviera.

Quedó enterrado hasta el pecho. La pared de la roca en su espalda se sentía sólida pero todo lo demás seguía siendo frágil. Se preparó lo mejor que pudo.

Había caído un largo trecho. Su pantalla bullía de estática y no le dio ninguna cifra, pero la boca de la grieta no era visible por encima de él. Se sentía metido entre hombros de solidez.

-Qin Xa -transmitió.

Nada.

Cautelosamente, movió su brazo. De alguna manera se las había arreglado para mantenerlo asido a su espada en el camino, y la dao surgió de una cascada de piedras sueltas.

Sus lentes retinales se estabilizaron. Sus alrededores se dieron a conocer en una serie de contornos grises borrosos y él volvió la cabeza con cuidado, determinando el alcance.

Los túneles huyeron de él, retorciéndose orgánicamente en la penumbra. Algunos se ahogaban con escombros, otros estaban medio despejados. Vio columnas tenues de luz por encima, sin duda, desde donde otras grietas llevaban de vuelta a la superficie.

La tierra alrededor de él era un laberinto de cámaras y arterias. Un vacío se escapaba a su derecha, poco más de altura de la cabeza pero estrecho. Podía oír caer más piedras en la distancia, haciendo eco a través del inframundo.

-Xa -transmitió de nuevo, liberándose cuidadosamente de los escombros. Los escombros se movieron pesadamente, alojándose en las grietas alrededor de él, quedando libre.

De nuevo, nada. La señal vox silbó con interferencias.

El espacio alrededor de él era caliente y claustrofóbico. Apenas podía mover los brazos sin rasparlo y tuvo que agacharse para moverse.

Miró hacia arriba. El camino de su descenso desapareció a los pocos metros, perdido en los vericuetos del laberinto subterráneo. Juzgó cuán posible sería abrirse camino hacia arriba y buscó un asidero.

La roca se desmoronó bajo su tacto. Más escombros cayeron por la brecha, deslizándose por su armadura.

No es posible.

Comprobó el vox de nuevo; sin señal. Comprobó marcadores de proximidad, objetivos, designadores de amenazas y no encontró nada.

El Khan apartó los últimos escombros de sus botas. Podía seguir la fisura a su derecha por un tiempo. Era una dirección por lo menos. En este extraño mundo subterráneo de dolinas y simas podría abrirse en algo más grande.

Había venido en busca de cuevas. Las había encontrado.

Qin Xa trató de correr, pero la onda de rococemento fracturándose casi lo volcó.

-¡El Khagan! -rugió sobre el vox de escuadra, manteniéndose en pie contra la ola y el chasquido de la tierra bajo sus pies.

Se estaban abriendo escisiones por toda la plaza. Un géiser de metano surgió cuan espada a unos pocos metros de distancia, encendiéndose en llamas azulada cuando un trueno le alcanzó. El zócalo del pilar se fracturó.

Todos los guerreros keshig se movieron al mismo tiempo, abriéndose paso hacia el abismo incluso cuando la piedra que les rodea se abrochó. Los psychneuein mantuvieron el ataque; parecían haber sido enloquecidos por la explosión que aniquiló a uno de ellos.

Maji estaba muerto. No tenía heridas visibles, pero el psychneuein le mantuvo a su lado, abrazando su cuerpo y extendiendo sus probóscides en su cuerpo tendido. Los dos guerreros que vinieron en su ayuda fueron obligados a retirarse, no malgastando más proyectiles en criaturas que no podían ser golpeadas.

Justo cuando Qin Xa se acercó al abismo que se había tragado el Khan más psychneuein entraron en rango, balanceándose hacia él con intención extrañamente infalible.

Qin Xa se alzó por el más cercano, impulsado por los servos de su armadura. Siguiendo el ejemplo del Khan lo cortó en la unión entre el músculo del ala el y tórax. Su espada, perfectamente dirigida, atravesó limpiamente y al igual que antes le congeló cuando su brazo fue absorbido por la carne fantasmal.

El psychneuein se fijó en él, hundiendo zarcillos en su cuerpo aún en movimiento. Qin Xa cayó poco a poco en la frialdad sobrenatural y sintió a sus corazones fuera de control. Su mente parecía aflojarse, como si su ser estuviera siendo extraído de su recipiente.

El psychneuein sumergió más cerca, babeante y chillando. Qin Xa se desbarató, cortándoles con las cuchillas de forma ineficaz. De alguna manera el Khan había conseguido hacerles daño, pero lo que había hecho no era fácil de replicar.

El suelo se sacudió otra vez y un relámpago azotó contra el pilar roto. Un estruendo enorme corrió desde el suelo, abriendo más fisuras. Otro de los keshig gritó cuando lo cogieron, igual que Maji.

No podemos luchar contra esto.

-¡Retirada! –rugió Qin Xa rugió, tambaleándose lejos de la criatura frente a él. Esta le persiguió de la misma manera irregular como antes, guiada por un imperfecto sentido psíquico.

Los otros guerreros no respondieron a la orden inmediatamente. A pesar de sus terribles niveles de disciplina dejar el sitio de la caída del Khagan era anatema. Ascendieron de nuevo a través del terreno agitado, esquivando los ataques psychneuein lo mejor que pudieron, tratando de llegar a las fauces en desmoronamiento de la fisura que se había tragado su primarca.

Fue un intento condenado al fracaso. Otra de las criaturas golpeó, agarrando al guerrero en vanguardia y provocando el grito ahora familiar de agonía mental. Otros psychneuein se aferraron al cuerpo paralizado de la víctima, enhebrando sus tentáculos fantasmales a través de la servoarmadura como dedos a través del agua.

-¡Retirada! -ordenó Qin Xa por segunda vez, retrocediendo paso a paso de la plaza. Esta vez los miembros supervivientes de la keshig vinieron con él, haciendo crujir los escombros, acosados y perseguidos por un enjambre de depredadores brillantes.

Avanzaron juntos, sus rostros vueltos a los fantasmas que venían de frente, y se retiraron hacia las fauces abiertas de una terraza bombardeada en el borde cercano de la plaza. Los psychneuein vinieron tras ellos, sin hacer ruido más allá del zumbido interminable y balanceándose ciegamente aún.

Qin Xa barrió con su mirada el terreno. Había un montón de coberturas, pero serían de poca utilidad si las criaturas no se veían obstaculizados por ellas. Su visión era obviamente defectuosa o ausente; si de alguna manera podrían quitárselos de encima, podría ser posible desbordarlos y volver a la orilla del barranco. El sensor de proximidad de Qin Xa había perdido la señal del Khan, y el canal vox guardaba silencio.

Los nueve Exterminadores supervivientes despejaron el perímetro de las ruinas. Otro guerrero, Juma, por los marcadores de muertes en su hombrera, fue capturado justo antes de cruzar la frontera. Sus hermanos de batalla trataron inmediatamente de apoyarlo.

-¡No! -gritó Qin Xa, aunque tiró de él para dar la orden. -Permaneced juntos. -Manteneos en movimiento.

Ellos obedecieron y se retiraron más a la sombra de las paredes sin ventanas. Detrás de ellos, la agonía de Juma se hizo eco en las piedras. Empujaron más adentro, cargando de lado a una línea discontinua de viejos marcos de puertas y atravesaron secciones tambaleantes de pared.

La mente de Qin Xa corrió a su paso. Nada les hería, nada les disuadía. Por un momento terrible empezó a preguntarse si habían malinterpretado las historias de los Lobos Espaciales; tal vez fueron estas cosas lo que devastó el planeta, barriendo cualesquier defensores que se erigieron ante ellos.

Irrumpieron en lo que fue una enorme cámara abovedada. Mástiles desde el techo todavía se extendía hacia arriba, como los huesos quebrados por la mitad. Un enorme estandarte, hecho jirones y rígido por la ceniza, colgaba de un asta, luciendo el ojo-motivo de Magnus. Al otro lado había un muro en gran parte intacto, sosteniendo aún una fachada de mármol en algunos lugares. Enormes

trozos de mampostería y acero cubrían el suelo, formando barricadas naturales. Cuerpos revestidos de polvo yacían por todas partes, mortales y Marines Espaciales por igual.

Qin Xa detuvo su retirada. Los keshig restantes permanecieron a sus flancos, formando una línea discontinua entre las barricadas. Oyó el tintineo y movimientos de los combi-bólter siendo recargados.

Los psychneuein los siguieron. Subieron directamente a través de paredes y pilares, brillantes entre senderos disformes. Su luz impía cayó sobre los escombros ensombrecidos.

Qin Xa mantuvo sus espadas en alto. Por alguna razón parecía más probable que una espada les dañara que un arma a distancia. El Khagan lo había conseguido; quizás era una cuestión de técnica.

Los psychneuein se deslizaron más cerca, docenas de ellos ahora, cada uno tan insustancial como medusas.

-Por el Khagan -murmuró Qin Xa, preparando su alma para el juicio.

Entonces, de repente, sintió la acumulación de un enorme poder. Un segundo más tarde toda la cámara se llenó de luz. Las llamas surgieron de la retaguardia de los psychneuein, surgiendo aparentemente de la propia tierra.

Las criaturas lloraron y gimotearon, atrapados en un torbellino de fuego teñido de púrpura. Uno a uno reventó, estallando en astillas afiladas que agrietaron la tierra bajo ellos. Más llamas corrieron por la línea, creciendo y lamiendo los ejes de los pilares.

El calor era increíble, el sonido del misma ensordecedor, aunque el aluvión sólo duró unos segundos. El último de los psychneuein desapareció, dejando tras de sí sólo lamentos desvaneciéndose y destellos de imágenes residuales.

La cámara abovedada volvió a guardar silencio. Qin Xa escaneó sus alrededores y por encima, en busca de la fuente. Mientras lo hizo sintió una nueva oleada de poder justo detrás de él. Se dio la vuelta, pero era demasiado tarde.

Sus brazos fueron paralizados, encerrado por una red de araña de energía que se desarrolló desde los guanteletes a la articulación del hombro. Sintió un enorme

peso presionando contra sus corazones, ralentizándolos y amortiguando sus movimientos.

Un bólter fue apretado contra su pecho, en ángulo hacia arriba por una figura delante de él en servoarmadura carmesí. Su pectoral era una variante dorada del Mark III, arcaica y adornada con iconografía de los Mil Hijos.

-Moveos y lo mato -dijo el legionario, hablando en voz alta a todo el keshig. Las bocas de media docena de combi-bólter giraron en su dirección.

Qin Xa parpadeó-transmitió una orden de *desistir* a sus hermanos. -¿Y tú eres? -preguntó.

-Revuel Arvida. El último de mi especie. ¿Tú?

-Qin Xa, Señor de los keshig, Quinta Legión -miró al bólter. Incluso a quemarropa probablemente no penetraría su blindaje d Exterminador; su aspirante a asesino estaba tomando un riesgo temible. -¿Qué ha pasado aquí?

El legionario no respondió por un momento. Levantó la mirada hacia los gigantes de marfil que lo rodeaban, como si sopesara sus opciones. -¿De verdad no lo sabes?

Qin Xa sintió el agarre en sus brazos aflojarse. -Mi Primarca está ahí abajo.

-No podéis volver atrás.

-¿Cómo podemos llegar a él?

-No podéis. Ellos infestan ese lugar.

Qin Xa sintió que se le encogía el corazón. Tenía que haber una manera. -Pero tú puedes hacerles daño.

Arvida negó con la cabeza. -No por mucho tiempo. Antes solían morir, ahora se limitan a volver. ¿Por qué estáis siquiera aquí? Este mundo se está despedazando.

El legionario de los Mil Hijos tenía un aura a su alrededor como Yesugei, ondulante con la energía acumulada. Sin embargo él estaba dañado. Qin Xa podía oír la respiración forzada a través de su rejilla vox.

-Vinimos para encontrar la verdad -dijo.

Arvida rio entonces, un agrio y áspero sonido emitido por su rejilla. -Ah, la verdad.

Mientras hablaba, el sonido de más psychneuein reuniéndose se hizo eco por donde habían venido. Arvida bajó su bólter y la enfundó.

-Estarán de vuelta pronto, y no voy a ser capaz de pararles de nuevo.

-No voy a dejarte.

-No podéis hacer nada bueno, no en este momento. Confía en mí: esto es, o era, mi mundo -el zumbido se acercaba. -Puedo sentirlo. Está vivo. Todo lo que haréis si os quedáis aquí es dejar que vuestra mente sea consumida, lo que no ayudará a nadie.

Qin Xa miró por encima del hombro. A través de los marcos vacíos de las ventanas viejas podía ver el brillo de más enjambres. No pasaría mucho tiempo antes de que llegaran de nuevo, en busca de almas.

-Lidéranos entonces -gruñó, sintiendo la quemadura del fracaso. -Sácanos de aquí.

Yesugei se dirigió de nuevo a celda de Ledak, su estado de ánimo oscuro. La extracción de la semilla genética de Xa'ven por Henricos fue un asunto complicado pues no era un apotecario. Se había sentido como un insulto a la memoria de la Salamandra.

La muerte había sido innecesario. Había sido imprudente, impulsado por el orgullo y deseo de conocimiento, todas las cosas que habían advertido contra Ahriman.

Los mortales se escabullían de su camino mientras caminó. La nave estaba siendo vaciada. Unos pocos cogitadores habían sido tomados para la *Hesíodo*, pero casi todo lo demás, incluyendo la tripulación mortal de los Portadores de la Palabra, seguía en ella. Cuanto más permanecía Yesugei a bordo, más el lugar ponía su carne de gallina.

Demonio. Esa era la palabra, el viejo título gótico que no había sido capaz de escarbar en su mente hasta después. *Yaomo* o *yaksha* eran los equivalentes en Khorchin, fragmentos de viejas historias que habían sobrevivido de alguna manera la venida de la Unificación y el destierro de los viejos temores.

Nunca se habían ido, no realmente; sólo fueron escondidos bajo un barniz de hiperpotencia tecnológica.

Xa'ven se mereció algo mejor. A Yesugei le hubiera gustado haber estado al lado de él cuando se encontrara con Vulkan y ver su fe recompensada. Él sabía cómo habría ido: una inclinación estoica, unas breves palabras de reconocimiento, y después vuelta al trabajo, hombro a la rueda.

Si todo el Imperio hubiera sido prometeano la corrupción nunca habría ganado tanto como una cabeza de puente.

Llegó a las puertas de las celdas, y los guardias le miraron con recelo.

-Marchaos ahora -les dijo.

Se miraron el uno al otro, luego a él de nuevo.

-Señor, yo… -comenzó uno.

-Marchaos ahora.

Yesugei esperó a que se fueran antes de abrir las puertas de nuevo. El lumen se encendió cuando entró, lanzando su sombría luz antiséptica sobre el prisionero colgante.

Ledak abrió los ojos y sonrió de nuevo. -¿Vuelves para más, brujo? -preguntó. -¿Dónde está el otro?

-No se unirá a nosotros -dijo Yesugei, sellando las puertas detrás de él.

El legionario Portadores de la Palabra le miró fijamente. -Así que, ¿Qué quieres saber? -preguntó.

-Nada -Yesugei juntó sus manos, sintiendo los primeros pinchazos de poder etérico contra el interior de sus guanteletes.

Ledak asintió con resignación. -Me pregunté cuánto tiempo tardaría.

Yesugei lo miró con desprecio. -Xa'ven era un buen guerrero. Me gustaba. No creo que él entendiera cómo cambian las cosas -se puso de pie ante Ledak y levantó las manos. -Todo cambia. Pronto esta nave será átomos. Tú también, Ledak.

El legionario de los Portadores de la Palabra le devolvió la mirada, cara a cara, sin pestañear. Sus mejillas estaban aún semi-curadas, cubiertas de una corteza de costras cubiertas de pus.

-¿De verdad no hay preguntas? -preguntó.

Yesugei negó con la cabeza.

-No más -dijo, y la cámara se llenó de fuego.

El Khan pasó por encima de un bloqueo hasta la cintura en el túnel, desplazándose a través de la brecha más allá. Su armadura rozó la roca, arrastrando polvo con ella. Podía oír su respiración hacer eco en su cabeza, pesada y arrastrándose.

Eran terriblemente calientes. Las paredes de los túneles se apretaron contra él, lo que le obligó a doblarse en dos. Sólo había sido capaz de bajar, a pesar de varios intentos de encontrar una ruta de vuelta a la superficie.

El espacio bajo la plaza era extraño; un panal de capilares y cámaras, todas apretadas y fisuradas, todos con signos de movimiento reciente. La ceniza que cubría la superficie estaba allí también. No había agua, ni ninguna señal de ello. Una o dos veces vislumbró un resplandor rojo hosco arrastrándose fuera de la boca de los abismos particulares y bordeó ampliamente alrededor de ellos.

Siempre hacia abajo. Algunos túneles tenían una pendiente suave, otros caían a lo largo de gradientes empinados de piedra rota.

Se detuvo a menudo, escuchando los latidos de sus corazones, tratando de detectar cualquier cosa menos calma a su alrededor. Los psychneuein no lo habían seguido hasta aquí, lo cual era algo, pero la ausencia de cualquier movimiento más allá de si era escalofriante.

Se arrastró a través del bloqueo, enderezándose en el otro lado. El aire se sentía un poco más claro en la distancia, y el techo del túnel se incrementó en medio metro.

Se las arregló para mantenerse en pie y siguió adelante. La oscuridad a su alrededor era completa, impuesta en falsos contornos de la visión nocturna de su casco. El túnel se ensanchó con cada paso. El calor aumentó.

El Khan viajó otros cincuenta metros o así antes de que se abriera por completo. Una mandíbula dentada de estalagmitas enmarcó el último obstáculo, y él la sobrepasó hacia la cámara más allá.

El espacio era inmenso. La parte alta se disparaba en la oscuridad, vasta y abovedado como una catedral enterrada. Estalactitas gigantes colgaban, brillantes por los residuos minerales depositados por edades de humedad. Otras entradas de los túneles se abrían a lo largo de las paredes, otras bien arriba, y algunas a nivel del suelo. Las paredes se curvaban hacia arriba abruptamente, en terrazas como un auditorio y veteadas de bandas de mineral metálico. Si hubiera habido alguna luz, todo el lugar podría haber brillado y refractado como una inmensa geoda. Así las cosas, sus auto-sentidos escogieron la misma capa lúgubre de cenizas cubriéndolo todo.

Se dirigió hacia el centro de la cámara. Sus pisadas apenas se hicieron eco en el polvo. Delante de él, enormes figuras emergieron en la penumbra. Le tomó un tiempo ver lo que eran.

Unas lentes de visión yacían destrozadas en el suelo, de seis metros de diámetro. Instrumentos de metal yacían sobre él, todos rotos o deformados. Un enorme cilindro de la longitud de una Thunderhawk se disparaba en la distancia, su perfil en ángulo desfigurado por una grieta larga e irregular.

El Khan se agachó. Había cuerpos enterrados bajo la ceniza y el metal: cuerpos humanos, mortales en estatura. Estaban desnudos, o sus ropas fueron quemadas, dejando nada más que carne marchita y huesos expuestos. Vio un rostro seco y sin ojos mirándole desde la suciedad. Al principio pensó que se estaba moviendo, pero no era más que un truco de la oscuridad. Todo, todo el mundo, estaba muerto.

Qin Xa estuvo en lo cierto; no quedaba nada de Prospero. Había sido un idiota al venir, y un idiota aún mayor por bajar a la superficie en persona. Tal vez podría haber seguido escaneando desde la órbita si hubieran trabajado más duro y encontrado alguna forma de hacerlo de forma remota.

Apoyó las manos sobre las rodillas, y miró a su alrededor. Fue entonces cuando lo sintió.

Una agitación. Un suave movimiento inquietante en el polvo.

Se puso de pie y se dio la vuelta.

La figura delante de él brillaba vacíamente, como lo hicieron los psychneuein. Luz de hechicería parpadeó alrededor de su contorno fantasmal, ardiendo fríamente.

Era un poco más alto que el Khan, tal como lo había hecho en vida. Su rostro era el mismo, aunque la expresión era infinitamente más cansada y un poco distraída. Su único ojo no se centraba; en el pasado, su enfoque fue implacable.

El Khan se mantuvo firme, sin palabras, sin soltar su espada. Podía sentir sus corazones bombeando, inundando su cuerpo con estimuladores de combate.

Nada de eso era necesario. Cuando la figura habló, la voz disipó cualquier rastro de duda.

-Jaghatai -dijo Magnus, su voz resonando extrañamente cansada. –Amigo mío. Qué bien volver a verte.

DIECISIETE

Retirada

Hacia la Disformidad

Callejón sin Salida

Shiban corrió por los pasillos de la *Kaljian* hacia sus aposentos privados. La nave sonaba por la actividad y la tripulación mortal se escurrió fuera de su camino. No reconocía a ninguno de ellos.

Llegó a su habitación y entró. Su lanza colgaba de soportes en la pared, rodeada de banderas de devoción. Él la miró por un momento, observándola como si notara por primera vez que el equilibrio en el arma. Rollos de pergamino suspendidos los soportes registraban sus muertes significativas, enumeradas en orden como uno de sus viejos poemas.

En cuanto a la hoja, una de las armas firma de la Legión, Shiban sintió una mezcla de emociones. Una vez no hubo nada más que orgullo. Ahora, teniendo en cuenta lo que había visto y oído, era imposible sentir lo mismo.

Se dio la vuelta y activó la consola sobre su altar de meditación. Un hololito de acceso surgió; Shiban sincronizó los sistemas de su servoarmadura con el altar y solicitó datos sumarios de la flota.

-¿Khan?

Se volvió para ver a Jochi en la puerta.

-No hemos discutido durante un tiempo. Pensé que quizá…

Shiban pasó junto a él y cerró la puerta deslizable.

-¿Qué estás haciendo? -preguntó Jochi.

-No puedo decirlo -dijo Shiban, cerrando la puerta.

Jochi miró desconcertado. -¿No puedo decir qué?

Shiban miró con dureza. *-No puedo decirlo.*

Una expresión de desconcierto arrugó la frente de Jochi. -Khan, ¿Estás bien?

Shiban se relajó. No había engaño allí. Jochi era un alma recta e inquebrantable; un cazador alegre de la mejor tradición de la Legión.

-Dime lo que sabes de las logias de guerreros -dijo Shiban, caminando de regreso al altar.

-¿Logias de guerreros? Nada, creo.

-Eres consciente de que existen.

Jochi se encogió de hombros. -He oído historias, de otras legiones. No están presentes en los Cicatrices Blancas.

Shiban resopló. –Lo están. Lo están muy mucho -el hololito bailó delante de él. Mostraba los marcadores de naves de la flota sobre Próspero. Fueron desplegadas en un patrón de bloqueo estándar, distribuidos ampliamente entre intervalos orbitales. La posición de la Tormenta de Espadas se mantenía sobre la ubicación de Tizca, en tiempos la zona más densamente urbanizada del planeta.

Jochi lo atrajo a su lado. -¿Qué ha pasado?

-Uno de los muertos en Phemus era miembro de una logia. Ha estado sucediendo durante años. Entre los terrestres, para empezar, pero se ha extendido. Se reúnen en secreto. Planean en secreto.

-¿Cómo sabes eso?

-Me invitaron a participar -Shiban sonrió secamente. -Pensaron que sería de interés para mí. Un verdadero guerrero, dijeron.

-¿Quién lo hizo?

-¿Te acuerdas de los terrestres de Chondax? ¿La Hermandad de la Luna?

Jochi asintió. -Nunca me gustaron.

-A mí sí, al final.

-Debes informar de ello. A Hasik.

-Hasik es miembro –suspiró Shiban.

Jochi dejó escapar un silbido. -¿Quién no lo es, entonces?

-Ese es el problema.

Jochi pensó por un momento. -¿Es esto algo de lo que preocuparse? ¿Cuál es su propósito?

-Hemos sido demasiado lento -dijo Shiban. -El Khagan ha sido demasiado lento. Ya han hecho su elección. Cuando llegue el momento, se moverán, como uno solo, tan silenciosamente como lo hacen ahora.

-No entiendo.

-Están preparando a la Legión. Han estado manteniendo algún tipo de comunicación con el Señor de la Guerra; al menos desde Chondax, posiblemente, incluso cuando aún estábamos luchando. Para cuando el Khagan regrese podrían haber terminado.

-No sabemos si Horus es un traidor.

-Sí, esa es la cuestión. No sabemos nada -Shiban miró por encima de la alabarda, y se preguntó si tomarla. Llamaría la atención, pero podría ser útil. -No es nuestra decisión. ¿Por qué crees que el Khagan nos trajo a este lugar?

-Él está en la superficie desde hace mucho tiempo.

-Esa es su prerrogativa. Tenemos que movernos.

-Ellos te invitaron -dijo Jochi con cautela. -¿No te estarán observando? Si han guardado el secreto durante tanto tiempo...

-La hora de mantener el secreto ha terminado. Mostraron su mano, conocían los riesgos.

-Khan -Jochi descansó un guante en su brazo, deteniéndolo. -Hasik es Noyan-Khan. No se puede ir contra él.

-No, lo sé.

-Entonces, ¿Qué vas a hacer?

Shiban le dedicó una sonrisa sombría. -Encontrar a alguien que pueda hacerlo.

La *Vorkaudar* ardió en el vacío, sus motores encendidos y su estructura perdiendo atmósfera. La nave-carcasa se volvió lentamente en la oscuridad, sacudida por explosiones secundarias.

Era una visión extrañamente espeluznante. Yesugei vio los fuegos desde la cubierta de observación de la *Luna Segadora* y pensó en los antiguos ritos de limpieza. El destierro de un yaksha siempre iba acompañado por ceremonias crematorias y fue así en tanto los seres humanos vivieron en Chogoris.

-Estamos listos, señor -dijo Lushan.

Yesugei se apartó de las ventanas panorámicas. Lushan se colocó delante de él, bastante atento como siempre.

-¿Cuál es el estado de la nave? -preguntó.

-Graves daños. El Navegante…

-Anotado. Sí, lo entiendo. ¿Qué tal la *Hesíodo*?

-Le ha ido mejor.

-Estoy seguro de que disfrutó de alguna protección, al menos hasta que cayó en nuestras manos.

Yesugei todavía no podía quitarse de encima lo que había visto. La legión de los Portadores de la Palabra había pasado de ser una orgullosa a la vanguardia de la Gran Cruzada a una horda de fanáticos degenerados, y en tan poco tiempo. Su nave había sido un ataúd de los horrores. Aún podía ver la confianza de Ledak mientras moría. Se deleitaban en lo que ellos se habían convertido.

Xa'ven se merecía una muerte mejor.

-¿Entonces dará la orden? -preguntó Lushan.

-Puede hacer la traslación cuando esté listo -dijo Yesugei. -Asegúrese de que la *Hesíodo* permanece en tándem durante el viaje.

Lushan hizo una reverencia y se retiró al trono de mandos para iniciar el proceso. Solo de nuevo en la plataforma de observación, Yesugei observó detonaciones secundarias silenciosos desgajar la *Vorkaudar*.

Al menos ahora sabían a dónde iban. El dispositivo demoníaco les había mostrado cuán vastas eran las tormentas de disformidad, cuan poderosas. Sería difícil conseguir atravesarlas rápidamente, como lo había sido antes.

Horus no sólo había sobornado legiones a su causa; había fracturado de alguna manera la piel entre realidades e hizo estallar la galaxia en una erupción de dolor.

¿Qué poder puede hacer eso? ¿Qué poder puede romper el arco de los cielos?

Incluso el Emperador, sin duda, no poseía tales poderes. Magnus no los tenía, ni tampoco cualquier psíquico, brujo o xenos que conociera Yesugei. Algunas de las preguntas aún no se habían contestado.

El esbozo de Henricos parpadeó a su lado. El Manos de Hierro apareció a tamaño natural en la proyección hololítica. Su servoarmadura aumentada le daba un aspecto encorvado y similar a un cangrejo.

-Una comprobación final -dijo con voz áspera. *-¿Estás seguro de esto?*

-No estoy seguro de nada, hijo de Medusa, pero no voy a quedarme aquí y esperar a que la guerra venga a mí.

Henricos gruñó en señal de aprobación. *-Sabes que el enemigo habrá visto esas proyecciones también.*

-Por supuesto.

-Se dirigirán a Próspero, como nosotros.

-Soy consciente. Tenemos que ser más rápidos.

Henricos rio a su manera descarada, cínica. *-Y romper nuestras naves en el proceso.*

-Eso no va a suceder.

-Eso dices.

Yesugei sonrió con indulgencia. -Te tenemos, amigo mío. Tened confianza en vuestras capacidades, como Xa'ven lo hizo -se volvió hacia el espectador cuando los restos de la *Vorkaudar* escaparon de rango. -Y me tienes a mí. Siempre ha sido una de mis ambiciones guiar una nave espacial a través del éter. Los Navegantes son almas dignas, pero incluso ellos pueden aprender algunos trucos nuevos.

Henricos lo miró de reojo, su proyección verde del casco parpadeante. *-No dudo de ti, brujo, pero cuando te encontramos no tenías idea de lo que había sucedido en Isstvan. Tengo que preguntar. Esta cosa ya ha probado las lealtades. ¿Qué te hace pensar que, si conseguimos llegar, el Khan habrá hecho la misma elección que nosotros?*

Yesugei comenzó. Era algo que no había considerado.

-Él nunca…

-Sí, ya sé; nunca será como ellos. Pero no es así de simple. A todos nos entusiasmaba Horus. Ferrus quería a Horus. A veces todos los datos simplemente no están allí, y para cuando los encuentres tu camino ya se habrá establecido.

-Él sabrá la verdad.

-Soñaste con él muriendo.

Yesugei levantó una ceja. No recordaba contarle a Henricos acerca de esos sueños.

-Xa'ven me lo contó -dijo Henricos. *-Estaba preocupado. Tienes que prepararte, hermano. Fueron los Primarcas quienes trajeron esta cosa nosotros. Son dioses imperfectos. Aquí está el quid de la cuestión: ¿Cómo de bien conoces al Khan?*

Yesugei podría haber reído a carcajadas entonces. Podía haberle contado acerca de las décadas que habían pasado unos con los otros, cazando bajo un cielo azul ininterrumpido, asaltando los muros derruidos de los palacios. Luego, más tarde, llevando al vacío a las primeras naves de la V Legión, cabalgando hacia los márgenes de la galaxia donde la luz del núcleo se oscurecía y el propio vacío brillaba con energías extraterrestres.

Pudo también recordar la inquietud, la frustración con Terra, la cercanía con su hermano, el Señor de la Guerra.

Tú me llamas, yo respondo.

-No me enfades, Bion -dijo Yesugei. -Tienes razón en preguntar. Déjame preguntarte con una duda mía; si alguna vez dudaste de Ferrus, en el fondo, hasta el punto de considerarle traidor, ¿No seguirías buscándole si pudieras?

-Por supuesto. Esa no es la cuestión. Aquí está el problema: cuando lleguemos allí, si él se declara a favor del Señor de la Guerra, ¿Qué vas a hacer?

Yesugei no tenían una respuesta. La posibilidad era tan inconcebible, tan completamente más allá de las expectativas, que la verdad no tenía idea.

-Le pregunté a Xa'ven una vez -dijo Yesugei, -lo que justificaba su optimismo. ¿Sabes lo que me dijo? Fe.

Henricos resopló. *-Dejamos todo eso atrás.*

-Lo hicimos.

Yesugei observó mientras las persianas anti disformidad ocultaron las ventanas. En su última visión del espacio real antes de que las unidades disformes se encendieran vio la muerte vacilante de la *Vorkaudar*, una tumba para los que habían creído demasiado.

-Tal vez, sin embargo, tengamos que volver a aprenderlo.

-¿Por qué están caídos los escudos? –exigió Ilya, caminando con furia a través del puente de mando de la *Tormenta de Espadas*.

Halji siguió tolerante su estela. -Perdimos la baliza teleportadora el Khan. Estamos manteniendo los escudos caídos en el caso de que requiera un transporte inmediato.

-¿Qué pasa con el resto? ¿Dónde está Qin Xa?

A su alrededor, en las muchas terrazas y cubiertas entreplanta del puente de gran capacidad, los siervos y sirvientes trabajaban frenéticamente en sus puestos. Las señales continuaron transmitiéndose desde los augures planetarios, la mayoría de ellos de color rojo rayado.

-Estamos trabajando en ello, Szu.

Ilya se volvió hacia él. -No es lo suficientemente bueno. No elegí tomar este trabajo, me fue encomendado. Puede que no te guste, pero él me dio el mandato.

Halji extendió las manos a modo de disculpa. -Como ya he dicho, estamos trabajando.

Ilya maldijo en voz baja. Todo había sido una *estupidez*; Khan debió ver las lecturas tectónicas, conocidas sobre el remolino de éter ardiendo alrededor de la troposfera devastada de Prospero, y sin embargo descendió allí de todos modos. Por lo que podía ver, el planeta parecía susceptible de romperse en cualquier momento, y sin embargo la flota aún se mantenía en órbita baja, con los escudos caídos y en una formación dispersa.

Todo era tan arbitrario; exactamente los fallos por los que ella había trabajado tan duro en erradicarlos de la Legión.

Miró hacia arriba, a más de media docena de plataformas de mármol y balaustradas, a donde Hasik Noyan-Khan permanecía en pie, rodeado de su séquito, tecnosacerdotes y tripulación del puente. En ausencia del Khagan estaba al mando del acorazado y, por extensión, de la flota. No podía recordar haber visto la orden que le permitió teletransportarse al puente.

-Es como si estuvieran esperando algo -murmuró.

-¿Qué fue eso? -preguntó Halji, de pie sobre su hombro.

-¿Estamos esperando una cita? -preguntó, moviéndose a una pictopantalla y ajustando los diales. -¿Por qué la *Guang-zho* se ha movido fuera de su posición?

Halji negó con la cabeza. -Tienes todos los datos, Szu.

Los tenían. Tenía todo al detalle. Sin embargo, lo más importante se almacenaba en su memoria eidética. Ella había visto y firmado los planes de despliegue, y sabía exactamente donde estaba destinada cada nave, cuánto tiempo estaría allí y que naves vendrían a relevarla cuando se programaron las rotaciones.

-Las cosas están cambiando -murmuró, solicitando una serie de libros de contabilidad. –Se está moviendo personal entre las naves.

-Eso es normal.

-No en estos números -Ilya frunció el ceño. -Halji, ¿se han dado órdenes para fusionar hermandades, como lo hicimos en Chondax?

-No que yo sepa.

-Mira esto -ella tiró de la pantalla de su apoyo de latón y se lo mostró. –Los Khanes se están moviendo por todo el lugar. No sólo khanes; los hangares de lanzaderas de la *Lanza de los Cielos* están inusualmente activos.

Halji tomó todo. -Ha sido un largo viaje -dijo. -No estamos obligados a controlar cada movimiento de transporte.

-Pero *yo* si -ella se apartó el pelo hacia atrás y solicitó más datos. -Hasik debe estar enterado. ¿Dónde diablos está el Khagan? Debemos autorizar una partida de recuperación, conseguir que alguien llegue a la superficie.

-Estamos…

-Trabajando en ello, sí. Te lo estás tomando esto con una calma notable -Ilya miró a Halji. El legionario de los Cicatrices Blancas llevaba el casco, como todos los demás en el puente. Eso en sí mismo era inusual; normalmente sólo se los colocaban al borde absoluto de combate. -¿Hay algo sucediendo de lo que no he sido informada, Halji?

Halji la miró. No respondió de inmediato, lo que en sí era ajeno a su carácter.

-Szu, no puedo decirlo -respondió.

[redacted]

Las cámaras de Jemulan Noyan-Khan estaban decoradas con una mezcla de iconografía terráquea y chogorianas. Las espadas rectas se mezclaban con tulwars, emblemas literales de flotas expedicionarias con versiones caligráficas Khorchin al lado de ellos. Aunque tan chogoriano como él, nunca había acumulado tanto patrimonio como Hasik. Su piel era más oscura de lo normal, el legado de sus raíces en los antiguos dominios del Palatino del cuarto vacío, aunque la larga cicatriz en su mejilla era tan cruda como cualquiera de sus hermanos.

-No eres de mi horda -dijo, mirando a un Shiban dubitativo.

Los dos estaban solos en la cámara. La luz ambarina del sol viejo de Prospero se filtraba en las alfombras Qo y altares Khitan.

-Lo sé -respondió Shiban, inclinándose a modo de disculpa. -No habría venido si pudiera haber pensado en otra forma.

-Hasik es tu señor del ordu.

-No puedo hablar de esto con él.

-¿En serio? No puedo pensar en una razón por qué no.

-Noyan-khan, hay logias de guerreros activas en la Legión.

Jemulan levantó una ceja. -¿Y qué?

-Ellos han establecido comunicación con el Señor de la Guerra. Le han hecho consciente de nuestros movimientos. Quieren forzar la mano del Khagan a su favor.

Jemulan frunció el ceño. -Nada obliga la mano del Khagan en nada.

-Muchos khanes están involucrados. Se mueven entre las naves, preparándose para su llegada. Hasik es miembro. Otros del grupo de mando son miembros. Por lo que sé, señor, usted es uno de ellos, pero mis opciones eran limitadas.

Jemulan sonrió levemente. -No soy un miembro de nada salvo mi horda y mi Legión.

-Están bien organizados -dijo Shiban. –Lo han estado planeando durante mucho tiempo. Cuando el Khagan regrese encontrará una legión lista para responder a la llamada del Señor de la Guerra.

-¿Cómo sabes eso?

-Porque trataron de captarme. Se están moviendo rápido ahora, sabiendo que el tiempo se está acabando.

-Luego hicieron un error, poniendo en ti su confianza.

Shiban pausa. -Tal vez lo hicieron.

Jemulan agitó la mano con impaciencia. -Imaginaciones -se acercó las ventanas de observación. A lo lejos podía ver la inmensa silueta de la *Tormenta de Espadas*, apenas visible sobre la curva oscura de la turbulenta atmósfera de Prospero. -¿Crees que no lo sabría si estuviera sucediendo?

-Han tenido cuidado.

-En realidad no -se dio la vuelta para mirar a Shiban. -No contigo.

-Han realizado todos los preparativos. No piensan que algo pueda detenerlos ahora.

-Razón de más para tener cuidado -Jemulan negó con la cabeza. -Una legión es una incubadora para los chismes y conspiraciones. Una vez escuché de un complot para exterminar a los aspirantes terrestres con el fin de hacer la Legión puramente chogoriana. Muchos de mis oficiales se lo creyeron que suficiente para venir a mí con sus preocupaciones. Era absurdo, como esto.

-He estado en una sesión, señor. Vi lo que estaban haciendo.

-Déjame adivinar. Sentados alrededor, hablando de revolución, quejándose por la inercia de sus líderes, anhelando más lucha. Los guerreros han hecho eso desde que han tenido espadas para empuñarlas -Jemulan se volvió hacia él. -Este es un momento difícil. Hay muchas cosas que no entendemos. Es natural estar impaciente, pero confía en el Khan. Él vino aquí por una razón. Él escogerá el camino correcto.

-No tengo ninguna duda en él -dijo Shiban. -Es la Legión. Hay un cáncer en su corazón.

Jemulan levantó una ceja. -¿Cáncer? Un poco florido, ¿No te parece?

-¿No podrías investigar?

El rostro de Jemulan permaneció pétreo. -No, no podría. La flota está en pie de guerra. El Khagan regresará pronto y tengo que estar listo para sus órdenes. Khan, este es el momento equivocado. Vuelve a tu nave. Prepara a tus guerreros. Hay bastante incertidumbre aquí como para introducir.

Shiban vaciló. El tono de Jemulan era definitiva. Una parte de él, condicionada por años de entrenamiento, se movió a cumplirlas.

-¿Tomará al menos esto? -dijo, entregándole a Jemulan la medalla que había recuperado de Phemus IV.

Jemulan la sostuvo en alto, llevándola a la luz. -¿Qué es?

-Un marcador. Por favor, si no hace nada, al menos guárdelo.

Jemulan le fulminó con la mirada. Un Noyan-Khan no estaba acostumbrado a que le pidieran. Por un momento Shiban pensó que iba a lanzarle la medalla de vuelta, pero él se mantuvo firme. Al final, el guante de Jemulan se cerró sobre la plata.

-Deberías irte ahora, Khan -dijo fríamente. -He oído lo suficiente.

Shiban inclinó. -Gracias por…

Jemulan ya había dado la espalda.

Jochi le estaba esperando fuera. -¿Qué te dijo?

Shiban siguió caminando, y los dos se dirigieron de nuevo por las cubiertas hacia los hangares de transporte.

-Él no vio el problema.

-No pensé que lo haría.

Shiban no dijo nada. Fue una esperanza caduca; Jemulan no tenía exactamente la misma reputación que Hasik. No había estado allí desde el principio. No estaba tan cerca del Khan. Tal vez siempre había esperado demasiado.

-¿Y ahora qué? ¿Esperamos a que regrese el Khagan?

Shiban negó con la cabeza. -No. No somos niños -dejó de caminar. -Estamos *reaccionando*. Estamos a la espera de que otros se muevas. ¿Cuándo se convirtió en nuestro camino? Esta cosa tiene que ser contenida.

-¿Qué tienes en mente?

-La *Tormenta de Espadas* -dijo con firmeza Shiban. -No podemos influir en nada en la *Kaljian*.

-Hasik ya está ahí.

-Entonces tenemos que estar allí también.

-Eso significa desobedecer órdenes.

-Así es.

Jochi sonrió. –En tanto lo sé.

-Reuniremos la hermandad. A todos. Al menos ellos se opondrán a esta locura.

-¿Hasta dónde llegará esto, Khan?

-¿Quieres decir qué estoy dispuesto a hacer para detenerlo?

Shiban pensó en su alabarda guan dao, la que Hasik le dio en su Ascensión; colgaba en silencio en sus aposentos, esperando. Estaría en sus manos de nuevo muy pronto.

Pensó en la última batalla en Chondax, cuando fue testigo de la lucha del Khan con tal aplomo y la perfección, un arte del combate dado forma física, que pensó nunca nada podría acercársele en la imaginación o la realidad.

Pensó en su primera reunión con Yesugei en las llanuras del hogar, con el viento tirando de su cabello.

Estas eran las cosas que le habían hecho. Estas eran las cosas que hicieron a la Legión.

-Cualquier cosa, Jochi -dijo, empezando a caminar de nuevo. -Haré lo que sea.

DIECIOCHO

El Rey Carmesí

Corvidae

La Reunión

El Khan no creyó la evidencia de sus sentidos durante un largo tiempo. Mantuvo su dao levantada, preparada para atacar, como lo hizo contra los psychneuein.

El fantasma ante él era como lo fueron ellos: translúcido, brillando con luz tenue y parpadeante, roto, como si se filtrara por un proyector hololítico defectuoso.

-¿Qué eres? –preguntó el Khan con cautela.

El fantasma se quedó pensativa. -Un remanente -dijo lentamente. -Un sueño de algo destruido -levantó una mano insustancial y la sostuvo ante un rostro insustancial. -Materia. Pensamiento. Energía. Al final, hemos aprendido que no hay mucha diferencia entre todos ellos.

El Khan se mantuvo firme. La voz de Magnus era la misma, exactamente la misma; sonora, un poco triste, rica con las cadencias de un centenar de dialectos acumulados. Su armadura barroca estaba abierta, colgando de su marco en astillas. Su capa estaba rasgada y sus ropas estaban manchadas con sangre seca.

-No eres Magnus -dijo el Khan.

-Tal vez no del todo -reflexionó el fantasma. -Tal vez no. Pero compartimos un alma. Eso es lo más importante; el alma. Veo la tuya ante mí, tal y como fue siempre. Impaciente. Ardiendo en resentimiento. No pensé que la vería de nuevo.

Los ojos del Khan se estrecharon. El parecido era asombroso, casi igual de seductor. La forma de moverse del fantasma, el aura que proyectaba, eran

exactamente iguales. El fantasma se abrió camino por entre el polvo antes de sentarse con fuerza en la carcasa de bronce del Occullum de gran alcance. El metal se flexionó bajo su peso. En algún sentido, así pues, el fantasma influía en el mundo de la materia.

-Baja tu espada -dijo Magnus. -No podrías hacerme daño con ella y no tengo ninguna intención de hacerte daño.

El Khan bajó la punta pero no la envainó. -¿Qué ha pasado aquí?

Magnus sonrió con cansancio. -Los Lobos. La venganza de nuestro padre, enviada desde Fenris. Trajeron a las Hermanas con ellos también, y a Valdor. Tal violencia. Valdor es una máquina. Russ, con toda su teatralidad, no es muy diferente. Sucedió algo rápidamente al final.

El Khan se sintió vacío. A pesar de todo lo que había visto, oír la confirmación de que todavía era difícil.

-No lo entiendo -dijo. -¿Por qué lo kicieron?

Magnus exhaló un largo suspiro. Mientras lo hacía, el polvo a su alrededor se agitó. -No los culpo. Ellos estaban haciendo para lo que fueron criados, como perros entrenados en un olor. Y, en cierto modo, tenían razón para ponerme de rodillas. Cometí errores. Me advertiste de algunos de ellos, antes de ir a Nikaea. ¿Recuerdas cuando hablamos sobre Ullanor? Debí haber escuchado entonces. Pero nunca escuché bien. Era más feliz *siendo* escuchado; una lástima.

El Khan observó cuidadosamente a Magnus mientras hablaba. La vieja extravagancia se había esfumado, reemplazada por una especie de sombría resignación. De vez en cuando su forma parpadeaba hasta casi desaparecer por completo, para después restaurarse débilmente. La presencia fantasmal parecía al borde de la extinción, como si fuera mantenido por alguna fuente de alimentación dañada.

-Magnus -dijo Khan, controlando apenas su impaciencia mal. -Dime claramente.'

-Tenías razón -dijo Magnus. -Tenías razón, y eso es lo que hay que decir. Debería haber refrenado a mis hijos. Nunca hiciste los tratos que yo hice, por lo que tu Legión nunca se vio comprometida. Pero aquí está la verdad: todos fuimos engañados. Todos nosotros. El océano nunca fue benigno, y estaba conspirando

contra nosotros mientras entrábamos en sus aguas poco profundas. Cuanto mayor el alma, mayor será el peligro. Horus era el alma más grande de todos, y por eso suya fue la mayor caída. ¿Decírtelo claramente? Muy bien. Horus ha sido devorado por la disformidad. Su cuerpo está estallando con él, corroyéndole, royendo su esencia desde el interior. Hubo otros: Erebus, Lorgar… pero la decisión fue suya al final. Él no puede esconderse detrás de ellos, porque ellos eran solo sombras comparadas con él.

El Khan se acercó, sin apartar los ojos de la cara de Magnus. Era difícil seguir su tren de pensamiento; la mente del Rey Carmesí siempre había trabajado con extraños rodeos.

-Traté de advertir a nuestro padre -dijo Magnus. -Ese fue mi crimen, y este es el castigo -miró alrededor de las cuevas apelmazadas de polvo. -Fue el orgullo, nada más. El orgullo que devoró a Horus, también. Ves Jaghatai, aquí está el problema: nos hicieron muy bien. Nada en la galaxia podría ponerse contra nosotros. Aprendimos que nosotros, y sólo nosotros, sosteníamos el destino de mil millones de mundos en nuestras propias manos. Así que los dioses esperaron y observaron, y se dieron cuenta de lo que no hicimos; sólo los Primarcas podrían destruir a los Primarcas. Sólo *nosotros* podríamos derribar el Imperio eterno, porque todo lo demás había sido aniquilado. Así lo llamó Lorgar. El Aniquilador Primordial –bajó los ojos. -Discúlpame, pero Lorgar puede ser tedioso. Podría haber captado las verdades más profundas, pero es tan esclavo de su genética como el resto de nosotros.

El Khan se puso en cuclillas, con lo que sus ojos se encontraron con los de Magnus. Apoyó dao boca abajo en el suelo de roca.

-¿Russ hizo esto? -preguntó.

Magnus asintió. –Tan completo como lo hace todo.

-¿Y Horus?

-No, hermano. No -Magnus sacudió un poco la cabeza por la impaciencia. -¿No lo ves todavía? Todos somos sólo dos caras de la misma moneda. La mayoría de nosotros hemos hecho nuestra apuesta, y sólo unos pocos quedan por hacerlo. Entonces comenzará el juego. He llegado a verlo así; los dioses exigen entretenimiento. Exigen concurso y juicio. No nos podían permitir derrotar a

nuestros propios demonios, porque eso sería aburrido, y el aburrimiento es lo único que los eternos temen. Nos están alineando, uno por uno, para desgarrar las gargantas de los demás. No creo que ellos deseen ver un vencedor. Creo que desean que luchemos siempre, encerrados en la locura hasta el final del universo.

Magnus sonrió de nuevo al Khan. Solía ser una sonrisa más cálida; ahora era condescendiente, consciente de sí mismo, cínica.

-Veo mucho, desde mi nueva casa -dijo. -Veo cómo las cosas se están alineando. Tú eres uno de los últimos, Jaghatai. Ellos no saben qué camino vas a elegir. Ninguno de ellos, y es por eso que al fin tienes los ojos de la galaxia puestos sobre ti.

-No hables así -dijo el Khan con frialdad. -Nunca he escogido bando.

-¿Los tomarías todos? -rio Magnus. –Te creo en eso. Pero vamos, sólo hay dos caminos posibles; puedes atrincherarte en lo que queda del Imperio de nuestro padre y tratar de evitar que los lobos lunares derriben la puerta abajo, o puedes recordar cómo Horus solía ser y ponerte de su lado mientras él trae el terror a la complacencia. El primero sería el curso más leal, pero el otro tiene sus méritos.

-¿Qué hay de ti?

Magnus hizo una pausa y luego, como si la pregunta apenas se le había ocurrido. -¿Yo? ¿Qué hay de mí? -su único ojo se arrugó bajo una ceja solitaria. -Mis opciones son limitadas. Sé más que nadie lo que nos espera en el otro lado. ¿Cree que doy la bienvenida a eso? Es la ruina contra la que durante siglos trabajé en evitar, pero nuestro padre no es de esos que perdonan. Mis puentes con él están quemados. Fueron quemados cuando destruí las salas más de su pequeño proyecto.

Magnus miró de reojo al Khan.

-Ha estado haciendo todo tipo de cosas, nuestro amado padre. Asociarse con xenos, resucitando tecnología antigua. No creas que no tiene culpa en esto, ni el viejo conspirador Malcador. Cada elección está manchada ahora, y todos estamos bailando por el mismo sendero de decadencia. La única pregunta es a cuál grupo seguir, y que destino es la menos desagradable.

-No -el Khan se puso de pie de nuevo. –Seas lo que seas no eres Magnus. Ni siquiera suenas como él.

Magnus se encogió de hombros. -Cree lo que quieras. Tal vez no *soy* Magnus. Solía serlo, es cierto, pero tal vez lo que cuenta como mi *yo* no es lo que era. Una parte de mí habita en otro lugar, en un roca estéril al otro lado del cosmos. Una parte de mí está aquí, persistente como un hedor sobre la carroña. No puedo salir, no todavía. Creo que tiene que suceder algo primero. Tal vez estás en ello, o tal vez nunca debías estar aquí. Estoy a favor de esto último; siempre fuiste imprevisible.

-Vine a buscar a un amigo -dijo el Khan con desagrado. -Independientemente de lo que había pasado, pensé, podría venir a ti en busca de consejo."

Magnus pareció herido. -No seas duro, *Khagan*. Sólo una parte de mí reside aquí, escabulléndose entre las sombras. La mejor parte está en otra parte, reflexionando sobre cosas más elevadas. Pronto él, o yo, o nosotros, llegaremos a un juicio.

-¿Qué será eso?

-No lo sé. Realmente no lo sé. Lorgar me envía peticiones casi a diario, recordándome lo que Russ hizo aquí. Él piensa que somos almas gemelas. Tocadas, de verdad -Magnus hizo una pausa y miró hacia abajo, a sus manos vacilantes. -A veces, sin embargo, sigo pensando que podría haber algún camino de regreso. Lo veo como un laberinto, uno en la que todo lo que tengo que hacer es encontrar la ruta de vuelta. Tal vez el Emperador me perdonará. Si sobrevive a lo que he desatado, tal vez lo hará –entonces el ojo espectral de Magnus parpadeó hacia el Khan de nuevo. -¿Pero tú, Jaghatai? ¿Cuál es tu elección?

El Khan negó con la cabeza. -Somos lo que somos; esclavos de nadie.

Magnus rio. -Eso no es lo suficientemente bueno. Tienes que elegir.

-Si lo que dices es cierto, entonces el sueño se acabó. Cada Legión está sola.

-No funciona de esa manera.

-Horus está corrompido, el Emperador es un tirano.

-Es verdad.

-Entonces elijo a ninguno.

Magnus rio de nuevo, aunque el sonido era amargo. -Esta cosa es como una gran estrella oscura, rodeada por el fuego. Te atraerá, poco a poco, hasta que orbites con

el resto de nosotros. Aún no tienes naves lo suficientemente rápidas para escapar de ella, Jaghatai. Incluso tus Cicatrices Blanca no podrán escabullirse.

El Khan se sintió mal por el hedor de la muerte y las cenizas. Su espada brillaba con frialdad en la oscuridad casi perfecta. -Podemos dejar atrás todo lo que vive.

-Pero ellos no viven, no les gusta lo que hacemos. No miento, hermano. Elije. Nos reuniremos de nuevo, ya sea como aliados o enemigos, así que podrías decidir ahora tan bien como luego.

El Khan miró a Magnus, con la mente en estado de agitación.

-¿En qué te has convertido? -preguntó, ya no más capaz de mantener el horror fuera de su voz.

-En lo que siempre estuve destinado a ser -dijo Magnus, mirándolo con tristeza. -Pero aún tienes una opción, hermano. Haz la correcta.

La cámara, como todas por las que habían marchado a través, debió haber sido magnífica una vez. Qin Xa dejó de notar los adornos destrozados; después de un tiempo se hizo deprimente pensar en ellos.

Arvida los había llevado lejos por la ciudad vacía. Mientras caminaban el suelo se sacudió con más frecuencia; las grietas se abrieron delante de sus ojos, extendiéndose por los lados de paredes ya rotas. Pasaron ejes derruidos durante largos, largos trechos, sus corazones brillantes de rojo como hierro fundido. Muchos distritos completos parecían haber sido tragados por la tierra, perdidos en sumideros ahogados en humo.

Terminaron en las ruinas de una gran sala de audiencias. Pilares jónicos se disparaban por encima de ellos, sosteniendo en alto una cúpula medio colapsada. Estanterías de mármol se alineaban en las inmensas paredes, aunque el contenido fue quemado. El suelo estaba cubierto de escombros y cada una de las tres puertas estaba bloqueada con barricadas improvisadas.

-No os puedo ofrecer mucho -dijo secamente los legionarios, cojeando hasta un viejo trono de piedra en el centro del espacio. Sonaba exhausto.

Qin Xa y los otros permanecían de pie. -¿Cuánto tiempo has estado aquí? -preguntó.

Arvida negó con la cabeza. -No tengo ni idea -tocó el costado de su cabeza. –El Crono está muerto. Todos los días es el mismo. Pierdes la pista.

Qin Xa miró alrededor de la cámara. Una antigua biblioteca, tal vez. Trató de imaginarla como una vez fue.

-¿No hay otros? -preguntó Qin Xa.

-No que haya encontrado -el legionario le miró. -Era de la IV Compañía. Un sargento.

-¿Tu equipo?

-Muerto.

-¿Qué le pasó?

-Yo me pregunto lo mismo -Arvida dejó escapar un suspiro largo y filtrado. -Si deseas saber por qué fue carbonizado este planeta no puedo decírtelo. Llegué después de que la lucha terminara. Por eso aún sigo vivo. Sin embargo, preferiría haber luchado contra los Lobos. Preferiría haber muerto y pintado con un poco de sangre, en lugar de enfurruñarme entre los restos, ignorante e inútil.

-¿Evitando esas... cosas?

-Los psychneuein, sí. O mejor dicho, en lo que se han convertido. Hay otras cosas también. Fragmentos, fantasmas. Prospero estaba saturado de éter; era de esperar. Hay un aura, quemando allá arriba. Una réplica. A veces oigo las voces de los que murieron. Al principio fui tras ellos con esperanza. Dejé de hacerlo pronto. Son sólo voces ahora. No creo que siquiera estén realmente aquí.

Qin Xa consideró con cautela a Arvida. El poder del hechicero era prodigioso, incluso para uno de su clase, pero su voz era apenas más que un susurro. -¿Cuándo fue ña última vez que comiste?

-Como dije, los cronos están muertos. Un largo tiempo.

Qin Xa hizo un gesto a uno de los keshig, que abrió un compartimiento en su blindaje y extrajo un paquete de nutriente. Avanzó pesadamente hacia Arvida y se lo ofreció.

El legionario lo tomó, abriendo con un chasquido el recipiente bajo su pectoral e insertándolo. Los mecanismos de la servoarmadura harían el resto. El alimento penetró lentamente en su torrente sanguíneo, restaurando lo que necesitaba ser restaurado. Físicamente añ menos.

-Sabes que tenemos que volver -dijo Qin Xa.

-¿A por vuestro primarca? Yo no me preocuparía. Se puede luchar contra ellos. Trono, fue *hecho* para luchar contra ellos -Arvida rodó los hombros lentamente, como si sintiera que la sensibilidad volvía a músculos largamente muertos de hambre. -Estaba tratando de llegar allí también. Hay algo ahí abajo. La única fuente de poder que queda. Me repelieron cada vez.

-¿Qué es?

Arvida se encogió de hombros. -Las Cuevas Resplandecientes están bajo la plaza. Tal vez al que hizo Magnus aún sobrevive en las cavernas. Hizo un montón de cosas, incluyendo enemigos.

Qin Xa comprobó su pantalla. El contacto con la flota todavía estaba roto, pero podría ser capaz de hacer pasar un paquete de datos. -Tenemos naves en órbita. Hermandades completas. Si tenemos que descender…

-Volverá. No perdáis vidas en ello. Alejaos de este mundo: es lo único que importa -miró a Qin Xa, y algo en su mirada delató su desesperación. -Y llevadme con vosotros.

Qin Xa comprobó el enlace vox de nuevo.

-Si consigo fijar una señal llamaré a más apoyo -dijo. -Pero cuando te recuperes volveremos a la plaza. No voy a dejarle.

Arvida asintió, como si hubiera sabido lo que Qin Xa iba a decir antes de decirlo. -Bien. Todo lo que quieras. De todos modos dame un poco de tiempo. Lo necesitaré si quieres cualquier tipo de oportunidad. No soy *Pyrae*; no es mi disciplina.

-¿Cuál entonces?

Arvida soltó una carcajada seca, amarga. -Ver el futuro -dijo. -Funcionó, ¿No crees?

Torghun marchó hacia la cubierta de embarque de la *Lanza de los Cielos*, hacia donde las Stormbirds esperaban en sus rieles de lanzamiento. Llevaba su servoarmadura completa, con el rostro oculto detrás de su casco angular. Hibou Khan marchó junto a él, vestido de manera similar. Detrás de ellos iban los guerreros de sus hermandades; cientos de ellos, sus botas resonando en el suelo áspero.

-Fracasó, hermano -dijo Hibou.

-¿Qué quieres decir? -preguntó Torghun.

-Tu plan. La Hermandad de la Tormenta. Tu Khan ha ido a ver a Jemulan. Hasik no está contento.

Torghun sintió una punzada de irritación. -Fue a petición de éste.

Hibou se rio entre dientes, aunque el sonido era metálico por la rejilla vox. -No importa mucho. Se ha dado la señal; hay disputas en una docena de fragatas. Shiban es sólo uno de los rebeldes, pero habrá muchos más.

-¿Qué le contó a Jemulan?

-¿Quién sabe? Las cosas se mueven demasiado rápido. Hasik tiene la Tormenta de Espadas, y yo voy a tomar la *Tchin-Zar*. Mientras tengamos las naves capitales los otros caerán en línea.

Torghun se volvió hacia él. -¿Y qué hay del Khagan?

-¿Qué quieres decir?'

-¿Y si él no ve la verdad de todo esto?

Hibou resopló. -Oíste el testimonio del orador: Horus y el Khagan siempre han visto las cosas de la misma manera. ¿Qué podría hacer si su flota es de la misma opinión? Reconocerá lo que hemos hecho. Verá la justicia en ello -Hibou se volvió hacia él. -Has hecho tu elección. No lo dudes, hermano. Fue la más adecuada.

Torghun lo sabía. Hizo su elección hace mucho tiempo, años atrás, cuando llegaron a sus oídos los primeros movimientos de las logias. Era la oportunidad de moldear la Legión en lo que debería haber sido: una fuerza de choque-ataque que rivalizaría

con la punta de lanza tan cacareada de los Hijos de Horus, sólo encadenada a una mente mayor y más generosa que la del frívolo Khan.

Sólo que ahora, cuando la etapa final del largo juego dibujó su conclusión, su determinación se quebró un poco. La forma en la que Shiban lo miró después de la sesión final: decepcionado, incluso incrédulo. No debería haberle importado, pero de alguna manera lo hizo.

-Este es el destino de la Legión –continuó Hibou. –En el fondo el Khagan lo sabe. Todo lo que estamos haciendo es ayudar a que el proceso avance.

Delante de ellos bostezó vasta entrada al vacío del hangar, brillando con luces de posición y abierta al campo de estrellas más allá. Los guerreros se encaminaron a sus Stormbirds, dividiéndose en escuadrones y marchando por las rampas.

-Conoces tus órdenes -dijo Hibou, volviéndose a Torghun antes de encaminarse a su propia cañonera.

Torghun asintió. Antes de una misión siempre se había sentido bien, su cuerpo respondiendo rápidamente a los estimulantes y hormonas de batalla. Pero era difícil sentir la misma euforia ahora, sin importar lo duro que trabajara para convocarla.

-Por el Imperio, hermano -dijo Torghun, haciendo la señal de la aquila.

Hibou devolvió el gesto. –Por el…

Se interrumpió. La pantalla de Torghun le dio de repente una retransmisión de los augures de la Tormenta de Espadas. Cada miembro de la logia, sabía, estaría viendo lo mismo. Ver las runas brillar contra sus retinas le dio una sensación extraña; una contracción en el estómago, como de anticipación.

Hibou le miró y se echó a reír. Golpeó su guantelete contra la hombrera de Torghun.

-Alégrate, hermano -dijo, su voz resonante de excitación. -Llamamos y *él* ha respondido.

Torghun miró las señales, todavía en el borde del sistema, pero acercándose con rapidez; tres, luego cuatro. Podía sentir la euforia de Hibou, y se preguntó por qué se esforzaba para que coincidiera con la suya.

-Lo veo -dijo Torghun, esforzándose para mantener su voz ligera. Recordó el icono del lobo y la luna, veteado por la lluvia, hace toda una vida y una galaxia de distancia. -Él está aquí, entonces. Él está aquí por fin.

Shiban se dirigió al balcón con vistas a la cámara de reunión de la tripulación principal de la *Kaljian*. Su servoarmadura brillaba por los lúmenes arriba. Los tecnosacerdotes y servidores de la armería la restauraron a la perfección después de Phemus, y ya no portaba cualquiera de las marcas de ese mundo maldito. Su alabarda se sentía ligera en la mano.

-¡Hermanos! -dijo, dirigiéndose a los cerca de mil quinientos guerreros dispuestos delante de él. Se desplegaron en escuadrones, cada uno ataviado con servoarmaduras marfil, cada uno en un silencio expectante. -Todos habéis oído los rumores que corrían por la Legión. Todos habéis oído hablar de que ahora estamos a la deriva, que el Emperador se ha vuelto tirano, que Horus es un traidor y que todas las lealtades están ahora bajo sospecha. Algunos habréis hecho vuestras propias conjeturas. Es posible que hayáis luchado por ellas, o es posible que las hayáis mantenido en vuestras mentes.

Shiban escrutó las filas de guerreros. Mientras lo hacía, sintió una oleada de orgullo tranquilo. Runas chogorianas, grabadas crudamente sobre el blindaje blanco hueso, le devolvieron la mirada, todas obras maestras de caligrafía. Por encima de ellos colgaban los estandartes de batalla de la hermandad; el signo del relámpago de los khanes, el motivo de tormenta, las largas listas de combates anteriores.

.Todo lo que pensábamos que sabíamos se ha demostrado ser falsa. El hermano ahora lucha contra el hermano. Podéis ver a través de las ventanas a dónde nos ha llevado esto: Próspero es un erial quemado, y no puede haber vuelta atrás de eso.

Jochi se situó a su hombro, confiable como el granito. Shiban se alegraba de su presencia - Jochi nunca había preguntado nada, nunca cuestionó el pedido. Él era el epítome de la lealtad.

-Habrá retribución por esto -dijo, -y vamos a ser una parte de ella. Pero mientras que el Khagan mande no puede haber caza fresca. Todos vosotros, cuando ascendisteis, cuando recibisteis la cicatriz que os marca, aceptasteis eso. No somos combatientes, maduro para asesinar cuando el capricho nos lleve; somos *legionarios*. Somos guerreros del ordu de Jaghatai.

La cámara de reunión sonó con sus palabras amplificadas. Paredes pulidas de mármol y azabache brillaban débilmente, reflejando las servoarmaduras del interior. Desde muy abajo llegó el chasquido y silbido de los levantadores del hangar preparando las cañoneras de la hermandad.

-No todos nuestros hermanos de batalla lo creen así –continuó Shiban. -Algunos están tratando de adelantarse a la orden. Han estado trabajando durante mucho tiempo, alimentados con información procedente de más allá de la Legión, animados a creer en la palabra de extranjeros que no tienen conocimiento de nuestras costumbres o nuestra cultura.

Recordó el entusiasmo de Torghun, su confianza. No por primera vez Shiban se preguntó por qué el terrestre tomó el riesgo de invitarle; debería haber conocido el riesgo de rechazo. ¿Fue la arrogancia? ¿O estuvo buscando, de alguna manera, la confirmación?

-Puede que tengan razón, hermanos. Puede que tengan razón cuando afirman que el señor de la guerra ha sido traicionado y ahora exige nuestra lealtad. Ellos pueden decir la verdad cuando proclaman que la mano del Emperador está en el holocausto en el mundo bajo nosotros. No lo sé. Y ese es el núcleo del problema: ninguno de nosotros lo hacemos. Sólo uno en esta Legión tiene la autoridad para ordenarnos ir a la guerra. Él permanece en silencio, por lo que debemos esperar.

Shiban sintió acelerar su pulso. Estaba llegando a un punto de inflexión.

-Hoy el tiempo se ha agotado. Las logias han llamado al Señor de la Guerra, y él ha contestado. La flota ya está medio comprometida a su causa. Muchos otros son ignorantes, pues el conocimiento es guardado por unos pocos.

La voz de Shiban permaneció baja mientras hablaba, con los tonos suaves y sutiles que aprendió como aspirante en Khum Karta pero infundidos con solidez. Tendrían que creer en él. Tendrían que seguirlo, como lo habían hecho en Chondax, en Phemus, en Ullanor, y esta vez no iba a ser fácil.

-Recae en nosotros, hermanos. El tiempo de los argumentos ha pasado; han hecho su movimiento, por lo que nos vemos obligados a hacer el nuestro. Estamos cercados y nuestro espacio está disminuyendo. Tenemos que actuar. Debemos desafiar nuestras órdenes para asegurarnos de que la Legión sigue siendo libre.

Dio un largo suspiro. Y sucedió.

-Hermanos, Hasik Noyan-Khan tiene el control de la Tormenta de Espadas. Desde allí se controla la Legión en la ausencia del Khan. No debemos permitir que tome la decisión por nosotros. Por eso os he llamado aquí. Significa asumir el manto de renegados, al menos a los ojos de los que ahora tratan de subvertirnos. Significa tomar las armas contra nuestros propios hermanos. No necesitáis que os diga que tal rebelión nunca ha ocurrido dentro de los Cicatrices Blancas. Arriesgamos nuestro honor, y podemos pagarlo con nuestras vidas.

Shiban agarró la empuñadura de su alabarda con fuerza.

-No puedo pediros esto. No vamos a combatir xenos; son nuestros iguales. Todo lo que puedo hacer es pediros que confíeis en mí. Yo os he traído a través del arco de la galaxia por la causa de la Gran Cruzada. Hemos provocado el acatamiento de cientos de mundos y dado honor al nombre de “Cicatrices Blancas. Seguidme pues. Hermanos, habéis oído lo que yo juzgo que es verdad.

Se detuvo un instante.

-¿Me seguiréis ahora?

No hubo ninguna vacilación. No hubo miradas de reojo o murmullos de descontento. Como uno, la Hermandad de la Tormenta elevó sus hojas. Quinientas alabardas, tulwars y mazas de energía se elevaron en el aire. Con un crujido, los campos disruptores aparecieron con su brillo azulado.

-¡Khagan! -rugieron al unísono, y el sonido resonó desde el alto y abovedado techo de la cámara.

Shiban levantó su propia arma en señal de saludo, sus corazones latiendo con fuerza. Había llegado el momento, la elección se había hecho. No podía haber vuelta atrás.

-¡Khagan! –rugieron los guerreros de nuevo, blandiendo sus armas en homenaje ritual. Shiban se puso delante de ellos, con la alabarda en ángulo por encima de ellos, disfrutando de su lealtad inquebrantable.

-Así que ahí lo tienes, Khan -dijo Jochi por el vox, sonando impresionado y cauteloso. -Has iniciado tu guerra.

-No la empezamos -respondió Shiban sombríamente. -Pero haremos que siga siendo nuestra.

DIECINUEVE

Restauración

Hermandad de la Tormenta

Las Nubes se Abren

La tierra retumbó bajo los pies del Khan. Desde que llegó a las Cuevas Resplandecientes los temblores habían empeorado. Las grietas serpenteaban hasta los vastos muros de la caverna, derramando más polvo sobre un suelo ya ahogado con el. Las bocas de los túneles salpicaban el perímetro; algunas todavía adornadas con sus antiguos arcos ceremoniales, algunos disueltos en escombros.

Así que hay caminos de regreso, pensó.

Se paseó, primero lejos del Magnus sentado, luego de vuelta hacia él. Una mezcla de emociones luchó dentro de él; ira en su mayoría, pero también culpa.

-Debería haber ido contigo a Nikaea -dijo.

Magnus le miró equívoco. -Tal vez. Ese fue el comienzo de nuestra censura. Pero no sé si hubieras ayudado, Jaghatai. ¿Cuántos de nuestros hermanos confían en ti aparte de mí?

-Horus me mandó lejos -dijo Khan.

-¿Lo hizo?

-No hay accidentes en esto. Me mantuvo lejos. Estoy seguro de ello -se sentía como rompiendo algo. –Deberíamos haber sido los tres: el Ángel, tú y yo.

Magnus suspiró. -Ya está hecho, hermano. Déjalo. Todo lo que importa ahora es el futuro.

-¡No hay futuro! –espetó el Khan, levantando a medias su espada.

Magnus miró al filo de la dao con una expresión extraña. -Estábamos trabajando para algo mejor que... esto.

-¿Estábamos? Guilliman, tal vez. Lorgar también, a su manera retorcida. Pero tú no; estabas allí por la caza.

-Nos mantuvo puros.

-Te mantuvo *alejado* –sonrió Magnus. -Eras tan fácil de mantener fuera de la conversación. Estuve allí todo el tiempo, solo que no oí las palabras que se susurraban.

El Khan le miró fijamente, sintiendo un brote de enfermedad en la boca del estómago. -¿Dónde *estás*, Magnus? -preguntó. -Este no eres tú.

Del mismo modo que lo había hecho antes, Magnus se detuvo. Miró a su alrededor, como si viera algo diferente a lo que estaba viendo el Khan.

-No estoy completo –siseó Magnus. -Ya no estoy atado a un lugar. Estoy... distribuido.

-Solíamos hablar de demonios. Yaksha. Me dijiste que eran simplemente sueños y que no debía preocuparme, pues el ingenio humano era la cura para todos los males.

Magnus sacudió la cabeza, pareciendo preocupado. -¿Dije eso?

-¿Te has convertido en un yaksha, hermano?

Los ojos de Magnus se cruzaron con los suyos. -Tal vez. O en algo parecido. Hay un precio, sabes, por los pactos. No dejan que lo olvides -su frente se arrugó mientras se concentraba. -Veo un mundo espejo a éste. Veo roca negra como el carbón. Veo un cielo iluminado con hechicería. Estoy ahí, creo. Ahí es donde reside mi yo. Todo lo que queda aquí, en el mundo que me crio, es un eco -su rostro se ahuecó por la angustia. -¿Cuántos ecos hay dispersos en otros mundos, en otros lugares?

El Khan comenzó a moverse, dando vueltas lentamente, manteniendo la punta de la cuchilla entre él y la aparición. -Yesugei me dijo que estabas demasiado enamorado de la disformidad -dijo, tratando de no dejar que su sentido de repulsión sacara lo

mejor de él. –Dejaste que te contaminara. Era una *herramienta*, Magnus. Se puede utilizar, pero sólo con cuidado. Limítate, te dije.

Magnus asintió miserablemente. –Lo recuerdo.

-Toma la cantidad modesta. Toma un sorbo de la copa, pero deja restos; este es el saber de Chogoris. Tú, incluso *tú*, te reíste de eso.

La boca de Magnus se curvó en una media sonrisa burlona. -Chogoris -murmuró. -Tan orgulloso de tu mundo natal. Nada en Mundus Plano salvo vacío.

-Nos hizo, al igual que Próspero te hizo. Cthonia hizo a Horus y Calibán hizo al León. No somos sólo los hijos del Emperador; éramos los hijos de veinte mundos, cada uno tan diferentes como joyas.

-Sabes, por supuesto, que Nostramo ya es ceniza. Olimpia se encuentra en ruinas, y el mundo natal del León se dirige al mismo desenlace. Puedes ver lo que pasó con el mío. ¿Qué, supones tú, que detendrá a Chogoris de ser consumida por el fuego?

-Todas las cosas pasan.

Magnus le miró desdeñoso. Su rostro parecía estar distorsionando, como si bloqueado bajo el agua. -Cambiar. Esa es la única constante. Cambio, cambio, cambio.

Se puso en pie, con voz temblorosa, alcanzando la carcasa de su gran telescopio para mantener el equilibrio.

-Me alegra que hayas venido a verme, Jaghatai. Siempre nos vimos de ojo a ojo, tú y yo. Esa fue siempre tu debilidad, pero al menos has hablado con la verdad. A diferencia de ese bastardo de Russ. ¿*Sabes* lo que es, en su núcleo? ¿Tienes alguna idea de lo que Leman Russ esconde realmente dentro de esas pieles y tótems? He aquí una pista; sus Lobos Espaciales tienen que cubrir todas sus hachas con runas, para que no griten sus pesadillas al vacío. ¿Es eso *natural*?

El Khan se mantuvo firme, tenso. -Basta, hermano.

Magnus rio. -¿No quieres saber? Ese siempre ha sido su debilidad. Los sé todo ahora. Podría contarte el nombre del Emperador, y te sorprendería. Te podría decir que los destinos decretaron que Fulgrim sería enviado a Chogoris y tú a Chemos, y podría decirte qué la fuerza arcana en el universo lo impidió -dio un paso, luego

otro, hacia el Khan. -¿Quiere saber dónde vas a morir, Khagan? ¿Deseas saber en qué mundo, y en el que la dimensión, tu alma encontrará su final?

-Esos hechos son desconocidos.

-Todo es conocido.

El Khan le miró con recelo. -Me dijiste que tenía una opción. Mi destino, todo destino, aún no se ha escrito.

Magnus sonrió. Su ojo parecía estar llorando, aunque era difícil decir si era lágrimas o sangre. -Las historias pueden deambular, pero los finales nunca cambian. Créeme, he sido testigo de los autores -se estremeció. -Son *terribles* -susurró.

Ahora estaba a sólo unos centímetros de distancia de la espada.

-Tengo lo que vine a buscar, hermano -dijo Khan. -Sólo puedes darme una pieza de conocimiento que realmente quiera.

Magnus inclinó la cabeza. -¿Y cuál es esa?

-Cómo restaurarte.

Magnus comenzó. Durante un segundo pareció verdaderamente desconcertado, como si hubiera esperado una burla y recibido sinceridad, o quizás al revés. Se miró las manos, luego la devastación de su reino. La miseria se mezcló con confusión.

-Estoy corrompido -susurró, como si se diera cuenta todo de nuevo. -Restáurame y me convertiré en un señor de nuevo. Volveré a ser el Rey Carmesí, libre para reinar sobre el mundo de hechizos y venganza. La galaxia puede vivir por arrepentirse de ello.

-Tú eras mi amigo -dijo Khan, en voz baja.

Magnus le miró y por un momento, sólo un segundo, la antigua dignidad estuvo allí, grabada en una cara devastada y resplandeciente en la oscuridad.

-Entonces -dijo, -juzgo que sabes qué hacer.

El Khan asintió y preparó su espada para el ataque. Astillas de brujas luz se deslizaron a lo largo del acero grabado con runas.

-Hasta que nos encontremos bajo las estrellas -prometió.

-Más pronto de lo que piensas -dijo Magnus, sin hacer ningún esfuerzo para evadir el golpe.

El Khan giró, y la dao brilló a través del aire, susurrando cuando impactó. Cuando golpeó el contorno de Magnus la cáscara fantasmal se destruyó, derramándose en mil pedazos como cristales rotos. Un trueno salvaje resonó, una onda expansiva acerada, seguida de un grito como el llanto de un niño. El polvo a su alrededor se hinchó en una nube, arremolinándose y retorciéndose. El Khan quedó momentáneamente cegado y se tambaleó hacia atrás.

El suelo tembló, un retumbar bajo que estalló desde las profundidades de la tierra. Lo que quedaba de los instrumentos de metal bailaron y se estremecieron, y las piezas rotas de las lentes se deslizaron por la roca desnuda.

Luego, lentamente, el tumulto se apaciguó. La luz fantasmal se desvaneció, seguido por el aullido de un viento antinatural. Después de eso todo lo que quedó fueron los restos rotos de la creación de Magnus, ahora hundidos en sombras reales, desamparados y maltratados por la vorágine.

El Khan se quedó donde estaba por un momento, respirando con dificultad. La oquedad aún lo atormentaba; la sensación de entumecimiento de haber descubierto toda la extensión de la traición.

Sólo hay una mentira imperdonable.

Sus corazones latieron lentamente. Su espada se sentía plomiza en su puño.

Es la mentira que dice: este es el final, eres es el vencedor, lo has logrado y ahora lo único que queda es construir muros más altos y refugiarte tras ellos. Ahora, la mentira dice: el mundo está a salvo.

El Khan inclinó la cabeza.

Todos los emperadores son mentirosos.

Se quedó quieto, tan demacrado y recostado como un perro de caza, su capa colgando rígidamente sobre él. No se movió. Sentía que si se movía, incluso una fracción, podría romper lo que quedaba. A su alrededor, las Cuevas Resplandecientes suspiraron con la vacuidad, su majestad por los suelos.

Al menos, en medio de todo el entumecimiento, conocía la verdad. La elección podría hacerse, pues había sido desenmascarado el traidor.

El deber podía ser cumplido, realizar la llamada a la guerra.

Pero, pese a todo, aún no se movió.

El sueño había muerto.



Jaghatai Khan destierra al fantasma etéreo.

Ilya levantó la vista hacia la posición de Hasik, y nada de lo que vio le dio consuelo alguno.

Miró alrededor del puente, como si fuera la primera vez, viendo a las multitudes trabajando, tratando de ver si alguno de ellos estaba tan nervioso como ella. El

centro de mando de la *Tormenta de Espada* era un espacio verdaderamente colosal, lo suficientemente grande para dar cabida a los cientos de tripulantes encargados de supervisar y guiar al acorazado en combate. Sus paredes surcadas se perdían en la distancia a ambos lados de un cavernoso interior, cada una tachonada con terrazas brillando con fuerza a la luz de las pantallas pictográficas. Bandas de lúmenes en pilares de cinco metros de diámetro surgían desde el suelo de mármol, terminando en la lejanía de la bóveda. Toda una serie de plataformas escapaba a su vista, cada una conteniendo un grupo diferente de oficiales-siervos de los Cicatrices Blancas Oficial o tecnosacerdotes del Mechanicum.

Todo el espacio estaba dominado por el enorme arco sobre la plataforma de observación más lejana. La curva del horizonte de Prospero era visible a través del cristal blindado, oscura como el humo y enroscada con la cobertura de nubes. Los relámpagos cruzaban la atmósfera superior, como lenguas de plata bailarinas.

Ilya barrió su mirada de nuevo a Hasik. Estaba ocupado en un pilar de sensores bajo el arco, rodeado de relucientes hololitos y gesticulando sin cesar. Los servidores y la tripulación mortal se apresuraban a cumplir cualquier orden que él les estuviera dando; docenas iban y venían, inclinándose y portando placas de datos.

Halji estaba a su lado, sin decir nada, hundido en un silencio expectante.

Ilya se volvió hacia sus propias pantallas. Las naves seguían moviéndose fuera del patrón de despliegue. La *Qo-Fian* se había retirado al otro lado del planeta. Dos pequeñas fragatas habían roto el contacto por completo después de una serie de extrañas transmisiones vox.

Realizó un barrido augur y fue entonces cuando lo vio por primera vez: cuatro grandes naves, dirigiéndose rápidamente al interior del sistema. Parecían estar a pocos minutos de la máxima resolución, y sus perfiles auspex seguían siendo tenues y llenando la pantalla con interferencias. Sin embargo, era posible que fueran acompañadas por naves de menor tamaño también, igualmente invisibles a los sensores de la flota.

-¿Has visto esto, Halji? -preguntó, señalando las runas-glifos.

Halji asintió. -Naves entrantes.

-No tienen identificadores -dijo Ilya, frunciendo el ceño. -Son grandes. Trono, son naves de guerra.

-Está bajo control.

-¡No está jodidamente bajo control! -Ilya quería golpear con sus puños la servoarmadura de Halji. Era tan tranquilo, tan despreocupado. -Estás sentado ahí como si…

No dijo *"lo hubiera previsto y acordado".*

Levantó la mirada hacia Hasik nuevo. Estaba rodeado de dos docenas de los Cicatrices Blancas en servoarmaduras pesadas, estacionado en el borde de la plataforma de observación como una guardia de honor. El Noyan-Khan no mostró signos de sorpresa, ni nadie a su alrededor.

-Tenemos que levantar los escudos –dijo ella con firmeza.

-Es la decisión del Noyan-Khan.

-Es el *procedimiento*.

Halji evitó mirarla.

Ilya golpeó su puño en la pantalla y lo sintió combarse. -¡Maldito seas, Halji! ¿Qué está pasando?

Halji negó con la cabeza. -Cálmate, Szu. Todo se hará evidente.

Era como un muro de rococemento. Con una sacudida repentina de revelación Ilya se dio cuenta de que Halji no era su aliado y guía; era su supervisor. No podría escapar a su atención de lo que podría correr más rápido que una motojet.

Se dio la vuelta a la pantalla más cercana, con las mejillas ardiendo de ira. Runas nadaban a través de la consola antes ella, cada uno indicando una nave moviéndose de su posición.

-¿Dónde está el Khan? -murmuró, con sus dedos bailando por los controles.

Las cuatro señales de naves seguían avanzando a través del vacío, acercándose con una eficiencia despiadada hacia las formaciones de los Cicatrices Blancas. Como en Chondax, toda la flota parecía incapaz de responder a ellas.

Realizó un barrido más intenso en las señales, llevándolas a un monitor diferente. La imágenes granuladas ganaron resolución. Era difícil saberlo a partir de perfiles distorsionados, pero las naves parecían grises. De un gris pálido, como las imágenes de Luna que había visto tantas veces en pictografías de propaganda.

Mató la entrada de datos, desesperada de darle sentido. Entonces, justo cuando estaba a punto de apartar la mirada, detectó una firma conocida desplazándose hacia la *Tormenta de Espadas*. La *Kaljian*, una de las fragatas de ataque más pequeñas, una de las últimas que llegó a la reunión antes de que la Legión Alfa atacara. No iba tanto a la deriva como... acercándose sigilosamente.

Ilya miró a Halji, cuya atención se había desplazado a Hasik de nuevo. No se dio cuenta de ella, y no estaba revisando las picto pantallas.

Estuvo a punto de decir algo, pero cambió de idea. El Khan aún estaba fuera de contacto y los asuntos estaban siendo dirigidos claramente por otros; dependía de ella decidir quién actuaba en cuyos mejores intereses.

Mantuvo la cabeza baja. No dijo nada. Con cuidado, tratando de permanecer lo más tranquila posible, comenzó a trabajar. Uno por uno, los esquemas defensivos de la *Tormenta de Espadas* comenzaron a desplazarse por la consola.

Qin Xa se agachó bajo los escombros. Su sistema de objetivos todavía le dio nada. El resto de la escuadra se deslizó a través de la oscuridad, abrazándose cerca de los montones de escombros retorcidos. Por encima de ellos los cielos inquietos de Prospero se agrietaban y murmuraban.

Ya podía ver la columna, de pie, como una astilla de hueso en medio del remolino de polvo. Sólo una barricada más que sobrepasar y estaría de vuelta en la plaza.

-¿En posición? -transmitió a Arvida.

-*Cuando estés listo* -replicó el legionario de los Mil Hijos.

Qin Xa comprobó la ubicación de sus hermanos de batalla. Ocho runas parpadearon en su pantalla retinal, cada uno dentro de cinco metros. Lo bólters eran inútiles, decidió, por lo que sus guerreros fueron a la batalla con tulwars o alabardas o cuchillas relámpago, todos ellos envuelto en las descargas crepitantes de los campos de energía azules.

-Quédate cerca -advirtió, girando lentamente sus dos hojas curvas. -Asegurad el pilar, luego trataré de conseguir una lectura de su ubicación.

Salió de la cubierta, trotando por el terreno quebrado y bordeando lo peor de los restos. Su equipo hizo lo mismo, zigzagueando en la noche eterna de Prospero. Fueron agachados, en silencio, como lobos oliendo a su presa.

Arvida tomó posición en medio de ellos. Viajó más sigilosamente que los Exterminadores, conociendo el terreno a la perfección y sin verse obstaculizado por sus enormes servoarmaduras. Sus guantes ya estaban brillando con astillas de fuego disforme, iluminando su maltratado blindaje carmesí.

Qin Xa fue el primero en la plaza. Su superficie estaba más ahuecada y traicionera de lo que fue antes, con barrancos corriendo por el rococemento picado y enormes áreas desplomadas en cráteres humeantes. Se deslizó suavemente y sin esfuerzo por los restos, manteniendo sus espadas alzadas todo el tiempo.

Mientras iba su sangre era bombeada con fuerza alrededor de su sistema. No había nada más que el silencio rodeándole. Podría haber sido el propio inframundo.

Entonces, justo cuando la columna central estuvo a su alcance, oyó el primer rastro de zumbidos. Se dio la vuelta para ver un psychneuein materializarse sobre él, uniéndose al instante como si aspirado desde la propia atmósfera. Vio a los miembros traseros, las mandíbulas chasqueantes, las partes inflamadas de su cerebro. Igual que antes la criatura era translúcida y brillante como un cuerpo gaseoso. Se abalanzó hacia él, picando con rapidez, batiendo sus alas hasta convertirlas en borrones.

Qin Xa se preparó, esperando el impacto. En el último momento golpeó hacia arriba, apuntando a la cintura estrecha entre el tórax y el abdomen. El psychneuein tropezó a ciegas en el camino de sus espadas; ambas hojas alcanzaron el blanco, hundiéndose sin resistencia en la materia etérica. Qin Xa inmediatamente sintió el terrible frío absorbente que hizo que sus músculos se congelaran y bloqueara su mente.

Entonces oyó a Arvida gritar, y un estallido de algo como un rayo se estrelló en el cuerpo insectoides. El exoesqueleto brillante se endureció al instante, solidificándose como la congelación del hielo. Membranas quitinosas se agruparon al existir, membranas endurecidas, bombeando fluidos.

Entonces las cuchillas de Qin Xa mordieron y cortaron en una encrucijada. El psychneuein gritó y su cuerpo quedó cortado. Un residuo pegajoso abofeteó el casco de Qin Xa. El zumbido se convirtió en un golpe estrangulado.

Para entonces ya se estaba moviendo de nuevo, desligándose de la carcasa de la criatura en desintegración. Otros psychneuein convergieron en la plaza y se tambalearon hacia los Exterminadores con la misma ceguera misteriosa de antes. Esta vez, cuando se aferraron, Arvida estaba listo. Situado en el centro de la escuadra, abrió su guante y envió proyectiles de fuego disforme contra ellos. Cuando los proyectiles dieron en el blanco las criaturas mitad-corpóreas se cristalizaron en la materia. Una vez en ese estado los Cicatrices Blancas podrían encargarse de ellos.

Qin Xa corrió rápidamente, evitando el contacto con un psychneuein devanado y cargó hacia otro. Justo cuando se estrelló su concha se endureció, lista para recibir el corte de sus campos de energía. La criatura se tambaleó, su abdomen abierto y derramándose por el suelo. Qin Xa presionó su ataque, por lo que sus cuchillas danzaron. La evisceró en tres recortes salvajes, haciendo reír a las espadas en curvas cerradas, destripando a la bestia y dejándola en trozos.

Sintió una fría sensación de satisfacción. Esta era una lucha que podía emprender. Era más rápido que ellos. Era más astuto.

Más se materializaron; primero unos pocos, luego decenas. El grupo por encima de ellos se convirtió en un enjambre, todos atraídos por la presencia de almas vivas invadiendo su dominio. Criaturas incluso más extrañas surgieron entre ellas: escarabajos gigantes con brillantes y enormes caparazones; mantis altísimas que se escabullían por las rocas; bestias como véspidos con sobredimensionados colmillos gemelos. Una extraña colección bizarra de fauna psíquica de Próspero resucitada bruscamente alrededor de ellos, brillando con evanescencia espectral. Montículos craneales hinchados brillaban, ojos multifacéticos destellaron sin ver.

Arvida trabajó duro, tirando proyectil tras proyectil a los horrores emergentes. Los Cicatrices Blancas siguieron luchando, abriéndose camino hacia el pilar, sus hojas chorreando icor luminiscente. Qin Xa vio a Garul arar directamente a través de un psychneuein recién solidificado, haciendo zumbar su alabarda zumbando con una velocidad increíble. Ro-Xian desmembró un escarabajo con sus garras, empapándose en líquidos relucientes cuando la cáscara dura voló en pedazos.

Pero los números empezaron a sentirse. Cuando Qin Xa llegó a la tenue sombra de la columna uno de los insectoides avispa llegó directamente hacia él. Arvida tardó en responder, y las cuchillas de Qin Xa azotaron la nada. Sintió el tirón angustioso de su alma y trató de retirarse. La cosa siguió presionando, barriendo sus aguijones grotescas en un arco asesino.

Qin Xa se lanzó, con miras al aguijón curvado más cercano. En el último momento Arvida acertó un proyectil en el cuerpo de la avispa y una de las espadas de Qin Xa seccionó el aguijón solidificado, mientras la otra sobresalió profundamente en su tórax. Arrancó ambas hojas, rasgando de par en par la criatura.

Para entonces más fueron llegando. Kaghun fue presa de una de las mantis, su alma arrancada de su cuerpo antes de que Arvida pudiera reaccionar. Los gritos sobrenaturales del guerrero persistieron mientras la escuadra disminuida luchó en dirección al centro de la plaza.

Los espectros siguieron materializándose, irrumpiendo en formas de vida macabras desde todas direcciones, apareciendo en el aire. Arvida trabajó frenéticamente, iluminando los cielos con su magia, pero no era lo suficientemente rápido. Todavía no había señal; la runa de posición del Khan no aparecía.

Qin Xa se trasladó con toda la velocidad que pudo con su peso, manejando su servoarmadura de Exterminador con dureza y haciendo gemir los servos. Sus espadas se sumieron y emergieron, evadiendo las formas brillantes de los etéreos y apuñalando infaliblemente la carne solidificada de los corpóreos. Su mente estaba fija en un túnel ajustado de concentración; lo único que vio fue el movimiento, los golpes y los ángulos, desangrando en la noche como pesadillas iridiscentes.

Los keshig se compactaron en un corrillo, protegiendo a Arvida mientras su brujería les permitió luchar. La columna rota se encabritó a sus espaldas, cortada e implacable.

-*No podemos contenerlos durante mucho más tiempo* –transmitió Arvida fríamente.

-Quédate donde estás -gruñó Qin Xa, segando con sus espadas un camino por una mantis hundida, cortando sus extremidades y estrellándola contra el suelo. -Él debe estar cerca.

Oyó un zumbido y giró a su derecha, decapitando a un veteado psychneuein justo por encima de la altura de la cintura. El golpe ejecutado como un profesional, pero la hechicería de Arvida no funcionó correctamente y antes de que Qin Xa pudiera liberar las espadas sintió el tirón helado del éter.

Se apartó, pero demasiado lentamente. Otro psychneuein salió de la oscuridad, tan traslúcido como el cristal ahumado. Se desvió hacia Qin Xa.

No tuvo tiempo. Arvida ahora estaba ocupado con su propia lucha, y sus guerreros no podían ayudarle. Con una sacudida repentina Qin Xa supo que no podía hacer nada para protegerse.

-¡Khagan!-rugió desafiante, preparándose para el impacto.

La criatura estalló en pedazos, dividida en mil fragmentos que se perdieron al otro lado de las ruinas. Fragmentos de ala y partes del cuerpo brillaron como estrellas antes de salir ardiendo, enviando una atronadora onda expansiva a través de la plaza y levantando más polvo. El aire mismo pareció desgarrarse, dispersando y enviando a los psychneuein dando vueltas.

Una figura alta se situó en el lado más alejado de los fantasmas aniquilados, recortada contra el mate carbonizado de larga agonía de Prospero. Su espada brillaba con residuos etéricos, como sumergida en hierro fundido. Su fina armadura tenía una costra de suciedad y polvo, gran parte de ella ardiendo al rojo vivo.

Los espectros se detuvieron entonces, su voluntad repentinamente vacilante. El enjambre se desvaneció, huyendo de la nueva hoja en medio de ellos.

Por un segundo, perdido en estado de shock, Qin Xa se limitó a mirar al recién llegado, respirando con dificultad. Entonces la figura blindada habló y todo quedó claro.

-Déjalos, Xa -gruñó el Khan, caminando tras los horrores en retirada, su larga hoja dao brillando, el borde de su armadura reluciente como el oro recién extraído. No puedes hacerles daño. Yo si.

La *Kaljian* avanzó hasta la distancia de ataque y la sombra de la Tormenta de Espadas onduló sobre ella. Esperando en el interior del hangar abierto Shiban alzaba la vista hacia la inmensidad del casco mientras este se deslizaba a través del vacío, tapando las estrellas más allá. Observó las carcasas de los motores, los

generadores de escudos ventrales, las lanzas de los flancos, todos adornados con ornamentados emplazamientos láser y cañones de corto alcance.

Su hermandad estaba montada y lista. Se alineaba en filas en el hangar. Quinientos bicicletas gruñeron y escupieron cuando sus motores aceleraron al máximo nivel.

Las Motos de Vacío modelo Sojutsu eran más grandes y brutales que las máquinas de clase Scimitar, con propulsores cerrados y una fuente de energía mucho más potente. Eran más cazas de un solo ocupante que motojets, y un Cicatriz Blanca con servoarmadura selladas podría utilizarla para ataques cortos en el vacío al igual que otras Legiones utilizaban sus corredores para el trabajo atmosférico.

Shiban se reclinó en su silla de montar, ejecutando comprobaciones finales sobre el sistema de la montura. Su bólter pesado montado en la sección frontal soltó un chasquido y las abrazaderas de refuerzo se retiraron. Se elevó por encima del rococemento, impulsado por una capa zumbante de repulsión gravítica. A su alrededor, sus hermanos hicieron lo mismo y el hangar se llenó del hedor aceitoso de propulsores que eructan humo.

-¿Piensas que abrirán fuego contra nosotros? –transmitió Jochi, flotando junto a él.

-Ahora lo averiguaremos -respondió Shiban antes de presionar a tope el acelerador.

Su moto saltó hacia adelante como un ser vivo, gruñendo por la larga rampa de salida del hangar, atravesando el escudo atmosférico hacia el vacío en silencio más allá.

Su hermandad le seguía de cerca. Quinientos bicicletas salieron disparadas de la *Kaljian* y se dispersaron en el vacío, cada una emitiendo una estela de hollín.

Shiban aumentó la velocidad y la forma avecinándose de la *Tormenta de Espadas* rodó por encima de él. La moto se balanceó cuando tiró de ella, con el objetivo de correr a lo largo del casco de cerca y hacia los hangares de transporte ventrales. Grandes torres de sensores, colgando de la parte inferior del acorazado como estalactitas, pasaron a su paso para cuando llegó a la máxima plena.

La hermandad aceleró hacia los puntos de ingreso, extendiéndose a lo ancho, como si fueran jinetes cargando a través de praderas abiertas. Shiban vio el primer conjunto de puertas de la bodega correr sin hacer ruido hacia él y ejecutó un barrido del sensor en la zona de entrada.

-Mamparos contra impactos -transmitió, acercándose al casco.

Él se precipitó aún más hacia abajo, hacia la popa de la nave de guerra, virando entre los nodos de comunicación y emplazamientos de armas sobresalientes. La hermandad pasó junto a la primera bahía de acoplamiento y corrió a la siguiente.

-Todas ellos estarán protegidos, Khan –comentó calmado Jochi. *-¿Tendremos que abrirnos paso a tiros?*

Shiban se inclinó para evitar un masivo cañón de lanza. -Si tenemos que hacerlo sí.

Bajó aún más, apuntando a la quilla de la Tormenta de Espadas. Una maraña de paletas sensoras llenaba su vertical, interponiéndose su camino, y tomó velocidad para eliminarlas.

No tenían mucho tiempo; los oficiales del sensorium en la nave insignia ya estarían rastreándoles, transmitiendo frenéticamente a la *Kaljian* para exigir por qué se habían puesto en marcha tantos voladores. La ventana de operación entre su despegue y que Hasik tomara precauciones se medía en segundos.

Tiró bajo el punto de quilla, evitando la punta de una paleta de sensores por el ancho de un casco y desvió la bicicleta con rudeza. La cara oculta de la *Tormenta de Espadas* bostezó en la distancia por encima de él, vasta y escarpada.

-Setecientos metros -transmitió, fijando el rumbo a la siguiente bahía de atraque. –Máxima velocidad.

La hermandad rasgó hacia ella, abrazando el casco blindado del acorazado y desviándose entre los cientos de protuberancias y trincheras serpenteantes.

Los primeros destellos de fuego láser ardieron junto a ellos como estrellas fugaces, apenas visibles en tales velocidades extremas. Cañones más arriba del flanco ciclópeo del acorazado dispararon primero, descendiendo al máximo sus cañones contra el costado de la nave para apuntar a los corredores precipitándose.

Varios dieron en el blanco, enviando las motos contras el casco blindado o girando sin control y propulsores ardiendo al vacío.

-¡Se atreven! -transmitió Jochi, indignado.

Shiban vertió más potencia, adhiriéndose a la parte inferior de la *Tormenta de Espadas* tan cerca como le fue posible. En el fondo esperaba que sus hermanos no utilizarían sus armas para evitar el asalta. Si realmente iban en serio les llevaría uno pocos minutos borrar a toda la hermandad.

No pueden pretender hacer eso. Incluso ahora, con todo lo que ha pasado, no pueden pretender hacer algo más que disuadirnos.

El siguiente banco de muelles de atraque estaba protegido y cerrado, todos ellos con mamparos demasiado gruesos como para atravesarlos rápidamente.

-Dispersaos -transmitió, escaneando su vanguardia en busca de una entrada. Quedaban pocos segundos hasta que la situación se volvería irrecuperable. –Utilizad todo el ancho del casco, mantened la velocidad.

Empujó su moto aún más cerca de la nave, rozando la parte inferior de una abertura de ventilación y casi recortando un conducto de alimentación. Fuego láser le bordeó, buscando su perfil y creciendo en densidad. Los artilleros eran buenos y bien adiestrado para el seguimiento de objetos a gran velocidad. Más bicicletas explotaron, desviándose al vacío antes de detonar en vetas silenciosas de promethium ardiente. Su pantalla retinal brilló roja, apuñalándole con las runas de los muertos.

-Más rápido -gruñó, poco dispuesto a alejarse. No habría una segunda oportunidad.

Sus hermanos lo sabían y siguieron su ejemplo con fuerza. Sus motores se encendieron en la oscuridad, quemando casi más allá de sus límites.

-Khan –transmitió Jochi con los dientes apretados. Por primera vez, sonaba inseguro. *-¿Cuándo podremos…*

Entonces Shiban lo vio en su pantalla; un solitario puerto de atraque, sin escudos, sin blindaje.

-Ahí está: seguidme -ordenó Shiban, balanceando su bicicleta hacia arriba y esprintado en dirección a la señal. Atravesó la lluvia de fuego láser incendiario, sacudiendo y agachándose para evitar los rayos, derrapando y maniobrando por toda una fila de lanzadores de torpedos en ángulo y avecinándose sobre el puerto señalado.

No tenía idea de por qué estaba sin protección, pero los salvó la tarea ruinosa de tratar de abrir brecha en una entrada. Sus luces de posición estaban encendidas, emitiendo su efecto estroboscópico a las fauces abiertas de la bahía de acoplamiento, haciéndoles señas para entrar; como si alguien en la nave insignia quería *activamente* que rompieran el bloqueo.

Shiban pateó los retros en el último momento, patinando en gravedad cero para después sumergirse en la burbuja de gravedad de la *Tormenta de Espadas*. Los repulsores grav de su moto gimieron al instante, ajustándose al medio ambiente que se movió rápidamente antes de bloquearse en el suelo del hangar y enderezarla.

Shiban torció en la cámara más allá, balanceando su moto con dureza y desacelerando bruscamente. El hangar se extendía a su alrededor, casi vacío excepto por un par de transbordadores Avus y un gran transporte sujeto por abrazaderas de atraque. Ya podía oír las sirenas de advertencia sonando.

La hermandad lo siguió, dejándose caer en el hangar a medida que se abalanzaron por el techo de la bahía de atraque. Los jinetes mataron sus motores, saltando de la silla antes de que el último de los rugidos amainara y sus monturas permanecieran en un punto muerto humeante.

Shiban pateó apartó su moto y corrió hacia las puertas en el otro extremo, desenvainando su alabarda de su espalda mientras corría. El campo de energía revivió con vigor.

-¡A mí! -rugió, señalando el número de runas vitales corriendo a través del hangar. Ya habían aterrizado más de doscientos; muchos más estaban llegando.

Jochi lo alcanzó, corriendo con fuerza, pistola bólter en una mano y tulwar en la otra. -Puente de mando fijado -transmitió al resto de sus hermanos. –Diecinueve niveles arriba.

Shiban asintió, llegando a la rampa de salida y cargando directamente hacia un enorme par de mamparos entreabiertos.

-Estaremos allí en un momento -sonrió.

El último de los psychneuein desapareció en las ruinas, dejando nada más que rastros fantasmales de no-luz sobre los edificios quemados. El Khan los vio partir. Su espada chorreaba icor luminoso, goteándolo en grupos de lágrimas al polvo.

Decenas de cadáveres cubrían la tierra a su alrededor, algunos todavía retorciéndose en movimientos bruscos de agonía insectoide.

Matarlos fue lo suficientemente sencillo. Era una cuestión de creencia más que nada: sintonizándose al potencial que existía dentro de ellos, como lo hizo con todos sus hermanos. Ellos eran, sin excepción, criaturas de la disformidad, pese a lo que Malcador dijera a las masas y lo que Russ o Angron pudieran gustarse de creer de sí mismos.

Corre por nuestras mentes como la sangre en una vena.

Qin Xa y los keshig supervivientes se reunieron en torno a él. Cuando se volvió a reconocerlos, el Khan advirtió más parpadeos plateados ejecutándose a lo largo del horizonte. El estruendo de los truenos se habían vuelto más fuertes durante su ausencia. Ahora las nubes corrían, empujándose como manadas de aduun en estampida.

Qin Xa se inclinó. -Khagan, ¿Estás..

-¿Tienes un enlace con la *Tormenta de Espadas*? –preguntó el Khan, mirando hacia el cielo inquieto. Podía sentir la estática en ella, atada con hilos vívidos de esencia etérica.

-Todavía no.

El Khan se volvió y vio al legionario de los Mil Hijos entre los demás. Durante un terrible momento pensó que se trataba de Ahriman; llevaba la misma armadura carmesí y los mismos sellos arcanos.

-Tú -dijo. -¿Quién eres?

El hechicero se inclinó. -Revuel Arvida, señor. Cuarta Compañía.

El Khan le miró. Podía ver el vigor del alma psíquica brillando en su interior como la llama de una vela; debilitada por las privaciones, pero aún viva.

-¿Eres el último?

-Por lo que yo sé -dijo Arvida. -A menos que…

-No hay nada ahí abajo -dijo Khan. -Ya no.

-¿Encontró lo que buscaba? -preguntó Qin Xa.

El Khan pensó en eso. Era difícil saber qué decir. En verdad nunca supo lo que estaba buscando. Esperó, como siempre había sucedido en el pasado, que la información aparecería ante él, alejándose por el borde de su visión, a punto para que él corriera a por ella. Sin embargo, ahora que la persecución llegó a su fin, era difícil decidir qué tipo de cosas se había encontrado.

-Sé más que antes -dijo.

-Entonces, ¿Quién es el traidor?

El Khan sonrió con tristeza. -Todo lo que nos dijeron era la verdad. Este mundo lleva la firma de Russ, justo como nos dijeron, pero Magnus ya había caído, tal como nos dijeron. Detrás de todos ellos destaca Horus, el Señor de los Primarcas - levantó la vista hacia el cielo. -Todos eran culpables. No hay un traidor: sólo una red que se remonta en el tiempo, aferrándose a todos nosotros. Y ahora viene a por nosotros.

Por encima de la columna las nubes comenzaron a brillar. Un fragmento vibrante de luz atravesó la capa, crepitando al chocar contra la tierra.

Los Exterminadores se volvieron hacia él, encendiendo sus armas. Qin Xa se puso delante del Khan. Sólo Arvida permaneció impasible.

-Me he sentido perseguido desde hace mucho tiempo -murmuró el Khan, mirando el látigo de energía. Los penachos de polvo aparecieron al instante, gruñendo en arcos eléctricos y haciendo que el aire zumbara con estática. -Él ha estado pisándome los talones desde Ullanor. Finalmente, me ha alcanzado.

Los keshig se desplegaron en un semicírculo, preparados para atacar. Ninguno de ellos se movería a menos que se les diera la orden; eran la extensión de la voluntad del Khan.

-No tratéis de disuadirle -dijo el Khan con calma, observando formas oscuras solidificándose dentro de la pared de luz rabiosa. -Él está más allá de todos vosotros. ¿Cómo podría no estarlo? Es mi hermano.

Punto Ciego
Todo el tiempo del Universo
Quedándose sin Amigos

Hasik observó las lecturas augures con una creciente sensación de inquietud.

-¿Está seguro? -preguntó, dándose la vuelta para enfrentarse a Taban. -¿No puede haber algún error?

-No lo creo, noyan-khan -replicó el maestro sensorium, mirando fijamente a las pantallas agrupadas en torno a él. -Estoy tan sorprendido como usted. Pero voy a comprobarlo, para eliminar la posibilidad de error.

Hasik se volvió a Goghal, comandante de su keshig.

-¿Qué pasa con la flota?

-La *Qo-Fian* se está moviendo para combatirlos. No puedo entrar en contacto con el puente. Hibou no responde desde la *Tchin-Zar*. Tengo informes de desorden en muchas naves ahora.

Hasik exhaló con irritación. -No tenemos tiempo para esto.

Goghal miró sobre su hombro brevemente. A lo lejos, abajo, en las profundidades del puente inferior, la mujer terrestre seguía trabajando duro en su estación.

-La *Kaljian* ha desembarcado tropas. Incluso aquí, mi señor, no somos…

-¿La nave de Shiban?

-Creo que sí.

-Abre un enlace a la flotilla entrante -ordenó Hasik. -Evitar que cualquiera de nuestras naves abra fuego contra ellos. Este es el momento, estamos aquí, esperamos aquí.

Se volvió hacia las decenas de Cicatrices Blancas a su alrededor. Eran khanes, capitanes, altos oficiales de naves y comandantes mortales; sólo algunos de los que fueron persuadidos y que ahora trabajaban para liberar a la Legión de la mano de la

tiranía. Algunos, como Taban, eran miembros de la tripulación de la nave insignia; otros habían venido con él desde la Tchin-Zar. Permanecieron resolutos. No tenían otra opción.

-Las nace entrantes no están respondiendo -respondió Goghal tranquilamente.

Hasik maldijo. -¿Por qué no?

-He realizado análisis repetitivos -intervino Taban. -No hubo error. Se detectó teleportación. Baliza fijada en Tizca -miró a Hasik. -Ellos parecen haber ido directos a la fuente.

Hasik sintió crecer su frustración. Esto no era lo que se había acordado. -¿Podemos obtener una solución? ¿Podemos enviar abajo…

Los cláxones sonaron repente a través del puente, haciendo eco en las altas bóvedas. Los Cicatrices Blancas de todas las estaciones clave quitaron los seguros de sus bólters y comenzaron a avanzar hacia las numerosas entradas.

-Partida de abordaje entrante, noyan-khan -informó Goghal, sacando su propia arma de su funda. Su voz era casi de reproche. -¿Doy órdenes de repeler?

Hasik puso su mirada sobre el puente de mando. A pesar de su tamaño estaba rellena con una multitud de cuerpos: sirvientes, operadores de estaciones, escuadras de Marines Espaciales, tecnosacerdotes. Cientos de ellos, todos bajo su mando. En el corazón de todo estaba su propio keshig, la comitiva inquebrantable de veteranos vestidos con servoarmaduras de Exterminador. Como el Khagan.

Una hermandad solitaria no representaba un riesgo real: habían realizado los cálculos. Pero aun así tenía la esperanza de evitar el combate a gran escala y persuadir a otros a la causa honorable. Quizás que siempre fue una esperanza ilusa.

-Estamos seguros aquí -dijo Hasik con frialdad. -Diles que mantengan al enemigo en los puntos de entrada

Goghal inclinó. -¿Y qué hay de... ellos?

Hasik se volvió de nuevo hacia el oculus de observación masivo. Podía verlos con sus propios ojos ahora: cuatro grandes naves de guerra, rodeadas con escoltas, surgiendo del deslumbrante sol de Próspero hacia ellos. Se movían lentamente pero

a propósito, lo que contrastaba con la parálisis que plagaba la flota de los Cicatrices Blancas.

-No son de la XVI Legión, Noyan-Khan -dijo Goghal.

-Puedo verlo.

¿Por qué no hacen contacto? ¿Por qué el silencio?

-Esta es la prueba, hermanos –anunció Hasik, volviéndose a los guerreros que le rodeaban. Incluso mientras lo hacía, oyó las primeras explosiones de fuego bólter haciendo eco en los niveles inferiores. -Esto es por lo que hemos estado trabajando.

Sacó su propia espada, la tulwar chogoriana que había llevado a la batalla desde los primeros días de la Cruzada.

-No se puede detenerse ahora -dijo. -Por el bien del Imperio, *ni un paso atrás.*

Shiban estalló en el pasillo, corriendo a tope. Una docena de sus guerreros lo flanquearon y corrió juntos, seguido de cerca por el resto de la hermandad.

Los sirvientes se pegaron contra las paredes para dejarlos pasar, con los ojos abiertos por la sorpresa. Sirenas de advertencia sonaron con un delgado tono metálico, seguido de avisos de emergencia en toda la nave. Muchos de los tripulantes de la nave iban armados, pero no tenía nada que pudiera detener a varios cientos de Cicatrices Blancas cebados y blindados a la carrera. La hermandad empujó hacia arriba, cubierta tras cubierta, encontrando resistencia que no pudieran barrer con facilidad inconsciente.

Cerca del final, Shiban irrumpió en una de las salas por debajo del nivel del puente: un gran espacio con paredes curvas de mármol y bancos de sensores brillantes. Cientos de tecnosacerdotes y oficiales mortales se diseminaban delante de él, huyendo como manadas de presas ante la formación de punta de flecha de los cazadores. Él ni siquiera vio sus caras; los pasó en un borrón. Filas de cogitadores y motores lógicos barrían la estancia, tan altos como Warhounds y humeantes desde válvulas de vapor sobrecalentado y columnas-transistores.

Cuando sobrepasó el último de ellos la primera salva de fuego bólter agrietó en las paredes que lo rodeaban.

Él se detuvo de golpe, agachándose y explorando la fuente de los disparos entrantes. Una amplia escalera se escapaba ante él, a menos de veinte metros por delante, subiendo abruptamente hacia el otro extremo de la sala. Terrazas radiales corrían a lo largo de las paredes a cada lado de ella, todas rellenas con estaciones de servidores.

A mitad de la escalera, en una zona de descanso con columnata, esperaba una línea de Cicatrices Blancas. Ellos estaban bien establecidos, agazapado en posiciones de fuego y capaz de refugiarse detrás de la cobertura de los pilares alrededor de ellos. Más allá estaban los accesos al strategium y el puente.

Su comandante no hizo ningún intento de permanecer a cubierto. Se dirigió a la vanguardia, bólter en una mano, espada de energía en la otra.

-¡Ni un paso más, hermanos! -gritó, y su voz amplificada resonó en la sala. -Es suficiente. Dispararemos si nos forzáis.

Shiban lo miró, y su corazón se hundió.

Era Torghun.

El terrestre llevaba consigo por lo menos la mayor parte de su hermandad; doscientos detectable, seguramente muchos más que fuera de su vista.

-Esto no puede seguir así -respondió Shiban, manteniendo la posición. Detrás de él, sus fuerzas avanzaban lentamente bajo la cobertura de los motores lógicos. -No eres el dueño de esta legión, Torghun.

-Tampoco tú, hermano –respondió Torghun, mirándole desde su atalaya. -El puente está sellado.

-¿Y qué ocurre con el Khagan?

-Hasik habla por el kan.

Shiban sintió que su sangre se calentaba. Nadie, ni siquiera el propio Emperador, hablaba por el Gran Khan.

-No se trata sólo de mí –dijo Shiban. -Otros se resistirán por toda la flota. La Legión no seguirá la bandera de Hasik.

-Acabarán viniendo -dijo Torghun, aunque sonaba casi como si estuviera esforzándose para convencerse a sí mismo. –Lo verán, al igual que el Khagan cuando regrese.

Shiban examinó la aproximación a la escalera. Sería difícil: los defensores tenían la ventaja de la altura y la cobertura.

Pero, ¿Realmente creen en esto? ¿Mantendrían la línea por Hasik de la misma manera que lo harían por el Khagan?

-Aún puedes retirarte -dijo Shiban. -Te conozco, hermano esto no es por lo que te uniste. Nunca lo quisiste. Bajad las armas. Esto ya no es acerca de la lealtad. Ha terminado.

Torghun sólo vaciló durante una fracción de segundo, sólo un mero fragmento de una cronomarca, difícilmente detectable. Aun así, dudó.

-Tengo mis órdenes, Shiban -dijo desafiante. –No avancéis. *Dispararemos* contra vosotros.

Shiban asintió con gravedad. Transmitió una orden silenciosa a su hermandad por el comunicador.

Id con rapidez. Id con seguridad. Esto lo hacemos por el Khan.

-Entonces lo siento, hermano –dijo Shiban, agarrando la alabarda a dos manos y tensándose para la carga. -Créeme, lo siento.

Ahora.

Con un rugido ensordecedor, la Hermandad de la Tormenta estalló de las coberturas y subió por la escalera, cargando hacia el torrente entrante de proyectiles bólter mientras la sala explotó con luz, sonido y furia.

El Khan observó derramarse la última de las lágrimas de energía disforme. Observó la ceniza asentarse y los inconvenientes residuales del éter arder en la nada. Luego vio siete figuras dentro de la vorágine emergida.

Seis de ellos eran legionarios. Estaban vestidos con armadura gruesas y pálidas placas de Exterminador y portaban enormes guadañas. Sus hombreras eran de color verde oliva y los vínculos entre las placas eran de hierro frío. Eran masivos,

pareciendo mucho más pesados que el séquito de Qin Xa, encorvados y emitiendo vapor verde pálido de la última de las vigas de teletransportación.

El séptimo ocupaba un orden superior de poder. Se alzaba sobre ellos, vestido con placas de latón desnudo y ceramita blanco cadavérico. Una larga capa de color verde oscuro colgaba de sus altas hombreras. Cráneos colgaban de cadenas sobre su cinturón, algunos humanos, algunos xenos. Una larga pistola se anclaba entre ellos, cuyo cañón y boca estaba tachonada de bronce y marcas de muertes.

Sus ojos eran de color ámbar, brillando por debajo de la sombra profunda de una capucha hecha jirones. Un reciclador adornado cubría la mitad inferior de su rostro. Columnas de gases aceitosos desbordaban el forro de su blindaje, goteando hacia las superficies pintadas con cráneos y silbando en contacto con la tierra carbonizada de Prospero.

Los tubos que surgían de la máscara respiradora gorgoteaban con fluidos. Su respiración era jadeos ahogados.

-Jaghatai -dijo el primarca Mortarion, plantando la palma de la enorme guadaña en el polvo.

El Khan miró la hoja. Era conocida como *Silencio*, el más grande de los infames segadores de la XIV Legión.

-Mortarion –respondió el Khan, asintiendo en reconocimiento. -Este no es tu mundo.

-Ni el tuyo. Y sin embargo aquí estamos ambos.

La guardia de honor de Mortarion, los Sudarios de la Muerte, se desplegó en silencio a través de la ceniza. Los guerreros de Qin Xa cayeron en una formación espejo. Las dos fuerzas se enfrentaron entre sí, a pocos metros de distancia. Por encima de ellos, los relámpagos y truenos ondularon y gruñeron.

El Khan sintió que sus músculos se tensaban. -Si has venido a por Magnus, ya no está aquí.

-Vine a *encontrarte*, hermano. Las cosas han cambiado.

-Eso he observado

Mortarion sonrió detrás de su máscara, plegando sus mejillas moteadas. -Tengo mucho que decirte, Jaghatai. Hay oportunidades aquí. El coste del error nunca ha sido mayor; las recompensas, más allá de la imaginación.

El Khan le observó con cautela. Mortarion siempre había sido difícil de leer.

-Entonces, ¿Estás aquí para convencerme? -preguntó. -¿Crees que, después de todo esto, hay más argumentos que se puedan dar?

Mortarion alcanzó su capucha con su mano izquierda y la retiró. Un cuero cabelludo gris pálido fue revelado, aunque todavía llevaba el noble rostro del gen de la hermandad. Bolsas profundas anisaban debajo de sus ojos agudos y volutas de gas se levantaban desde el collar alrededor de su cuello.

-Escucha -dijo. -Sólo escucha. Puedes aprender algo. Incluso tú, mi hermano orgulloso, aún puedes ser tutelado.

El Khan dejó su espada desenvainada, sosteniéndola vagamente a su lado.

El poder de Mortarion parecía haber crecido. Algo ardía en él, oscuro como brasas antiguas. Su carne era de alguna manera más sombría, su postura un poco más apretada, y sin embargo el aura de la intimidación en torno a él aumentó. De vuelta en Ullanor, incluso a la altura de triunfo, no tenía exactamente el mismo peso.

El Khan recordó las palabras de su hermano.

Entonces, ¿Cuál sería la apuesta por nosotros, hermano? ¿Cuánto pagarías si luchamos?

-Di lo que vengas a decir -dijo el Khan.

Mortarion se inclinó, medio burlón.

-He recorrido un largo camino para encontrarte -dijo con voz áspera. -Y ahora, mira a tu alrededor; tenemos todo el tiempo en el universo. Todo lo que podríamos perturbar es a los muertos, y ellos no se revuelven.

Volvió a sonreír, como carente de alegría y seco como antes.

-Aún.

Shiban cargó con el hombro contra un hermano, enviándolo tambaleándose por las escaleras de mármol. Giró su alabarda, barriendo el aire en cruz y cortando el bólter libre de los guanteletes del defensor afectado. Entonces se lanzó hacia abajo, conectando la punta de la cuchilla a través del cableado de la armadura de su víctima y cortando el suministro de oxígeno.

El guerrero de Torghun se amordazó, agarrando su garganta y rodando por los escalones, en el camino de la hermandad cargando de Shiban.

El volumen de fuego era horrible: incluso corriendo a alta velocidad, esquivando y agachándose cuando vinieron, decenas fueron abatidos. Los proyectiles reactivos agrietaron la ceramita, la rasgas y enviaron legionarios volando hacia atrás.

Justo hasta que dio la orden de cargar Shiban no estuvo seguro de que abrirían fuego. Sin embargo, Torghun había sido tan bueno como su amenaza, y sus guerreros cumplieron con su deber.

La Hermandad de la tormenta ascendió contra el diluvio aplastante, corriendo en una formación dispersa. Por cada uno de ellos que cayó diez más ganaron terreno. Pronto estuvieron en las columnas y la lucha convirtió en un asunto a corta distancia. El hermano chocó la hoja con el hermano, y al estruendo haciéndose eco de fuego bólter se le unió el gruñido acre de las armas de energía.

Shiban se volvió para mirar a otro defensor, identificado por el icono de la luna sobre su hombrera pero por lo demás casi indistinguible de cualquier otro guerrero en el cuerpo a cuerpo. Cruzaron las cuchillas en una ráfaga de golpes viciosos: Shiban giró su guan-dao, convirtiendo el campo disruptor en un borrón, antes de golpear al frente, empalando al guerrero bajo el pectoral. Arrancó la hoja hundida en profundidad, girándola en la carne antes de tirar de ella.

Si el enemigo hubiera sido un piel verde la habría mantenido, asegurándose de destruir los órganos, pero éstos eran sus hermanos. No tenía ningún deseo de matar si se podía evitar: inmovilizó, rompió huesos, estranguló y apaleó, para después moverse, corriendo más arriba a través de la multitud de guerreros hacia la cumbre.

La lucha era extraña; compacta, frenética, confusa y brutal, pero extrañamente distante. Ningún combatiente clamó o lanzó un grito de batalla. Lucharon con una disciplina fría, pasando los movimientos con habilidad consumada pero sin tomar ninguna alegría de ello.

Nos hemos convertido en algo miserable, pensó Shiban mientras superó la presión de los cuerpos retorciendo, golpeando, arremetiendo. *Nos hemos convertido en lo que una vez odiamos.*

Empujó hacia arriba, sacando a un defensor de su camino con un puñetazo de su guantelete.

-Siempre fuiste demasiado rápido, hermano -dijo una voz familiar desde arriba.

Shiban agachó, sintiendo el azote de la espada susurrarle. Se dejó caer sobre una rodilla antes de seguir hacia arriba otra vez, alabarda al frente.

Torghun era demasiado rápido, evadiendo el campo disruptor y parándola con su espada de energía. Las hojas crujieron juntas en una tormenta de auras de energía antes de saltar a pedazos.

-¿Qué te prometieron? -gruñó Shiban, acumulando energía para otro golpe.

Torghun empujó primero, manejando su tulwar con una conveniente e impresionante destreza. Chocaron de nuevo, intercambiando una ráfaga de golpes pesados antes de apartarse del otro.

-Nada -gruñó. -Se trata de la lealtad.

Shiban endureció el asalto, usando el alcance de su alabarda para obligar a Torghun a dar un mal paso. *-¿Lealtad?*

Torghun respondió con velocidad. Las chispas llovieron sobre su servoarmadura cuando los campos de energía gruñeron y ardieron. -Horus es el Señor de la Guerra. ¿Por qué te resistes?

Entonces él se liberó de la secuencia de golpes y lanzó su propia acometida, agachándose alrededor de la alabarda y pescando bajo.

-Eso no es suficiente -jadeó Shiban, bloqueando apenas el golpe y casi conectando. A su alrededor, los guerreros lidiaron y cortaron, maldijeron y bloquearon, enfrascados en cien duelos separados. La mampostería voló de los arquitrabes por encima de ellos, desgajada por fuego bólter. –Lo sabes. Has sido manipulado.

Torghun cayó hacia atrás, retrocediendo un paso por las escaleras para darse a sí mismo espacio y Shiban fue tras él.

-¿Manipulado? –Torghun se burló, incrédulo. -¿Dónde está el Emperador, hermano? ¿Dónde están las legiones a su lado? Mira el mundo bajo nosotros; ¡Míralo!

Shiban se estrelló en el contacto de nuevo, moviendo la alabarda en un arco apretado y martilleando la defensa de Torghun. Juntos se mecían y balanceaban, subiendo de manera constante, rodeados por el tumulto del combate. La cumbre de la escalera se acercaba. Con una explosión de alegría, Shiban vio que estaban forzando a los defensores a retroceder.

-Para esto -instó Shiban. -Aún puedes cancelarlo.

Torghun se retiró de nuevo, alcanzando la planta más allá y dejando a Shiban venir a por él. Fuego bólter golpeó de nuevo, lanzado desde posiciones más arriba, oculto por los pilares y las terrazas de la antecámara principal del puente.

Como siempre, Torghun había organizado sus defensas bien; había capas tras capas, cada una más difícil de quebrar que la anterior.

-Tengo mis órdenes –dijo Torghun otra vez, repitiendo las palabras con el mismo gruñido de desafío. Para entonces permanecía en pie en la entrada a la antecámara, cubierto por ráfagas arqueadas de fuego bólter y flanqueado por su hermandad retirándose firmemente, espadas en guardia, en actitud resuelta.

Era difícil no admirar su convicción. Shiban siempre había tomado nota de la forma en que los terranos luchaban en defensa: firmes, valientes, sanguinarios.

Había cosas que aprender, incluso en el corazón de la locura.

-¡Malditas tus órdenes! –rugió Shiban, alentando a sus guerreros para el empujón final. -¡Por el Khagan!

Con una oleada de respuesta a la agresión subieron por la pendiente final, barriendo hacia el borde de las escaleras y en la nueva tormenta. Torghun se mantuvo en su puesto y los dos se estrellaron de nuevo en un duelo, girando sus hojas en una tormenta de disruptores ardiendo.

Mortarion dio unos pasos hacia el Khan. Qin Xa se trasladó a intervenir, pero el Khan le dio una señal de batalla sin palabras y se retiró con los demás. Los dos primarcas estaban solos, sombreados por sus respectivos guardaespaldas.

Mortarion era un poco más amplio, el Khan un poco más alto. La armadura de Mortarion era pesada, casi cruda, donde la del Khan era finura. *Silencio* era un arma gigantesca forjada a partir de un trozo de adamantium y brillantes con accesorios arqueotecnológicos; la dao del Khan era un pedazo de metal delgado, perfectamente curvo e impecable, cuya fuerza derivaba de su forma y no de su tamaño. Se la podría hacer para avanzar más rápido que cualquier hoja en el Imperio.

Velocidad contra implacabilidad. Un duelo interesante.

-No debías estar aquí -dijo Mortarion. -Tú estabas destinado a unirte a la Legión Alfa en Alaxxes.

El Khan asintió. -O regresar a la Tierra.

-Nosotros no queremos eso. ¿Por qué querríamos?

-La Legión Alfa nos retuvo en Chondax. Querían que escucháramos a Dorn.

Mortarion levantó una ceja sin pelo. -¿Ah si? Ne sorprende, pero tal vez no deberías. Parece que Alpharius nunca es totalmente una sola mente -se rio oscuramente. -Él juega un juego peligroso. Sus propias intrigas lo estrangulan.

-Entonces, ¿Por qué tú? -preguntó el Khan.

-¿Por qué *no*, hermano?

-Supuse que sería Horus.

-Vanidad. Él tiene muchas cosas para mantenerse ocupado.

Los ojos del Khan se estrecharon. Mortarion no parecía muy seguro de sí mismo. Pese a todo el show, toda la fuerza proyectada, pisaba un terreno inestable. –No te envió Horus, ¿Verdad?

-Eso no significa nada.

-Significa todo -dijo el Khan, estudiando de la reacción de su hermano. -Magnus me contó cómo se encuentra la guerra; algunas almas todavía no se han decidido. Siempre hubo aquellos de nosotros en el borde. Yo era uno, tú eras otro.

Mortarion resopló. -Mi Legión estaba en Isstvan, por lo que deja de lado cualquier pensamiento de que no estamos comprometidos. El resultado ya está determinado y tu elección es simple: conservación o destrucción. Ven, Jaghatai; nunca has creído en la Unidad. Viste a través de ella incluso cuando Guilliman nos estaba dando una conferencia lacrimosa, cuando aún había xenos entre nuestro padre y el borde de la galaxia.

-Entonces dime la alternativa.

-Una galaxia de guerreros -dijo Mortarion. -Una galaxia de cazadores, donde a los fuertes se les concede su libertad. Una galaxia en la que no hay una mano muerta en el timón, restringiéndonos, mintiéndonos.

-Y todo esto dirigido por Horus.

Mortarion se encogió de hombros. -Él es el principio. Él es el campeón, el rey sacrificable. Puede quemarse en su camino a Terra, puede que no. De cualquier manera, habrá espacio para que otros suban -Mortarion se acercó y el Khan captó el olor químico de su armadura. -Nunca deberías haber depositado tu suerte con el Ángel, hermano, por no hablar de Magnus. Odiabas veros, a tres, siendo arrastrado más y más. Siempre he pensado que lo dejarías, que verías más allá, cansado de la hipocresía.

-Nunca fueron hipócritas.

-¿No? .Mortarion exhaló una risa seca. -Tenía la esperanza de que lo hubieras entendido antes. Es la *disformidad*, Jaghatai. Nuestro padre trató de fingir que no estaba allí, como si no estuviera ya hasta los codos de restos de chupadores de almas. Debería haber sido acordonada, guardada, olvidada. No es *para* nosotros. Es una enfermedad, una *plaga*.

Mortarion se agitó. Se calmó lentamente, sibilante tras su máscara envuelta en gas. El Khan oyó un silbido tenue, y adivinó qué tipo de supresores habían sido inyectados en su torrente sanguíneo.

-Veo lo que ha sucedido -dijo, en voz baja.

Mortarion ladeó la cabeza. -¿Oh, sí?

-Siempre fuiste sincero, y te lo concedo -dijo el Khan. -Nunca escondiste lo que querías. Puedo adivinar cómo pensabas que iría. En primer lugar, mutilar a los hechiceros. Silenciar a los brujos. Expulsarlos, y la norma pasará a lo incorrupto. Lo saludable. Ese fue tu gran proyecto. Incluso me lo *comentaste*, ese día allá en Ullanor. En aquel momento pensaba que eran amenazas vacías, pero debía haber sabido. Nunca haces amenazas vacías.

Mientras hablaba el Khan, la expresión enmascarada de Mortarion permaneció inescrutable. De vez en cuando sus ojos se empañaban, o un dedo se contraía. Había una especie de energía febril manando él, derramándose fuera de las grietas como lo hacían los humos nocivos.

-Pero ha salido mal, ¿No? –continuó Khan. -Has completado tu gran misión, pero hay más hechiceros que nunca. Horus les ha patrocinado, Lorgar les ha mostrado nuevos trucos. Si Magnus no se ha hecho a la idea entonces lo hará pronto, y entonces estarás rodeado. Has destruido el Librarius sólo para encontrarte que lo brujos se encuentran ahora sin trabas. Jugaron bien contigo. Has hecho el trabajo por ellos y pronto serás arrastrado a ello, tan enfermo por la disformidad como lo están ellos.

-¿Crees…

-Lo veo perfectamente. Magnus me lo mostró. Tu legión puede estar libre de ello por ahora, pero tarde o temprano llegará el cambio. Has hecho pactos, y ahora vendrán a por su retribución. *Necio*.

Mortarion se puso rígido. Sus ojos brillaron de ira por un segundo, sofocada rápidamente. -Tu no…

-Y es por eso que has venido a buscarme -dijo Khan. -Te has quedado sin amigos. ¿Quién se aliará contigo contra los tejedores de éter ahora? ¿Angron? Menudo aliado. ¿Curze? Buena suerte -el Khan miró a Mortarion con desdén. -Tú has probado los frutos de la traición y los has encontrado amargos. No me arrastres en tu ruina. Estas solo, hermano.

La expresión de Mortarion se fracturó detrás de la máscara, cambiando a un gruñido furioso, desfigurándole rápidamente. *Silencio* se estremeció, y él dio medio paso hacia delante, con apretar el puño libre.

-Vine a darte una opción -dijo Mortarion, manteniendo su voz bajo control con cierta dificultad. -La mitad de tu Legión ya se declaran partidaria de Horus; los otros seguirán lo que quieras ordenar. El tiempo de nuestro padre se ha acabado; puedes ser parte del orden que lo reemplace.

El Khan sonrió; una sonrisa fría, imperiosa en su desprecio. -Un nuevo emperador.

Mortarion le devolvió la mirada, aunque no podía ocultar la duda. -¿Por qué no? ¿Por qué no ser tú?

El Khan asintió, entendiendo al final. -O tú. ¿Por qué no, verdad? -él se acercó más, notando por primera vez que la decoloración de la piel alrededor de los bordes del respirador de su hermano. ¿Cuánto tiempo lo había llevado? -Te voy a decir por qué. Porque que nunca fuimos los constructores del Imperio. Fuimos los escoltas. A ti te irritó, yo lo abracé.

Mortarion comenzó a retroceder. Mientras lo hacía, *Silencio* crepitó, lo que desató energía verdosa. Los Sudarios de la Muerte bajaron sus guadañas en una postura de combate.

-Entonces no serás persuadido -dijo Mortarion, su voz filtrada hundida en un gruñido hosco. -Es una pena. He invertido mucha energía para salvarte, hermano. No tomaré ningún placer en tu destrucción.

Detrás del Khan, el keshig preparó sus hojas.

-Y esa es la diferencia entre tú y yo -dijo Khan, moviendo su dao en guardia. -En el momento en que mato a mis enemigos, *siempre* estoy riendo.

VEINTIUNO

Hacia el Puente

Los Tiranos

Obteniendo tu Atención

Eran combates pobres, agobiantes, amargos. Ninguno de ellos mostró la extravagancia a la que estaban acostumbrados. Shiban instó a sus hermanos a avanzar, tratando de inculcar las virtudes de a mayor velocidad, mayor poder. Torghun hizo lo mismo: exhortó a los que le rodeaban a una típica defensa tenaz.

Ninguna de las partes disfrutó de la carnicería. La sangre comenzó a salpicar el mármol, pisada y manchada por cientos de botas blindadas. Las cuchillas dieron en el blanco, el cortando entre el peto y la hombrera, penetrando en la piel marrón cuero y lacerando órganos transhumanas. Los espacios cerrados sonaron con los ruidos peculiares del combate entre Marines Espaciales: rugidos de agresión amplificados, la vibración y choque de los bólters, el gruñido de armas de energía chocando.

Shiban y Torghun lucharon en el corazón de todo, fintando y presionando mientras volaban en círculos entre sí, cada uno yendo a por las aperturas mientras el otro las cerraba. Ninguno de ellos cometía un error; luchaban perfectamente, adoptando el estilo de su mundo natal. Torghun era metódico, sólido, organizado; Shiban era creativo, dinámico y persistente.

La Hermandad de la Luna luchó tan competente como su Khan, pero se hizo aparente con el tiempo que recibieron bajas más fuertes durante el combate inicial que los atacantes. A pesar de la ventaja inicial de la altura fueron rechazados a las cámaras más allá, paso bañado en sangre tras paso, obligándoles a reagruparse en la antecámara inferior del puente y sobre todo en el largo pasillo más allá.

Shiban siguió luchando, sintiendo los primeros picos de fatiga en sus brazos y haciendo caso omiso de ellos. Torghun no se echaba atrás.

-Nunca lo entenderé –gruñó Shiban, girando en contacto, pivotando sobre su pie izquierdo para enchufar la alabarda en el estómago de Torghun. -Nunca entenderé por qué.

-No, tú no -gruñó Torghun, parando el golpe pero tambaleándose. Un proyectil silbó por encima del hombro, rozando la hombrera y borrando el icono de media luna.

-Lo tenías *todo* -presionó Shiban. La ira lo estaba conduciendo ahora, sin emerger. Era un sentimiento miserable.

Torghun se mantuvo firme, manejando su espada de forma experta en una figura en forma de ocho antes de volver a la ofensiva. -No era mío -las palabras arrebatadas portaban una muestra de resentimiento. -Nada de eso era mío.

Sus golpes se hicieron más virulentos, y Shiban tuvo que esforzarse para contrarrestarlos. Sin embargo, la furia de Torghun erosionaba su disciplina, y Shiban contraatacó con fuerza, casi apuñalando con la alabarda un punto limpio en el pecho.

-Tenías lo que querías -dijo Shiban con desprecio, conduciéndolo hacia atrás unos cuantos metros. A su alrededor, sus hermanos estaban haciendo lo mismo, impulsado por el mayor fervor; sabían exactamente dónde estaba su lealtad.

-No sabes nada de lo que quería -dijo Torghun. -Nunca podrías ver más allá de Chogoris.

Shiban rio; un resoplido amargo y sin alegría. -Chogoris lo es todo, hermano.

Torghun cedió más terreno, siguiendo el camino de sus hermanos en una retirada progresiva a través de hileras de arcos góticos. -Exactamente.

Los combates ascendieron por una pendiente poco profunda, dominados por amplias lámparas de araña de oro y cristal. Las fuerzas de Shiban los empujaron a través del estrechamiento del espacio, ganando terreno con cada oleada. Muchos cayeron por las descargas concentradas de fuego de cobertura, sus servoarmaduras pulverizadas por el aluvión fulminante, pero su impulso no fue detenido. Las fuerzas de Torghun habían perdido demasiados guerreros para mantener el terreno, y ahora luchaban por contenerlos.

Shiban siguió adelante, más allá de la cumbre de la rampa y por las puertas previamente selladas en la parte baja de la sala de mando. El techo se disparaba lejos de ellos, imposiblemente alta, tachonada con cristales e iluminado por mil globos suspensores. El bullicio de actividad del puente fue ahogado por el estruendo de combate; cientos de servidores y tripulación se iluminaron en los detectores de proximidad en la pantalla del casco de Shiban. El espacio se abrió ante ellos, lleno de cuerpos que lo acordonaban como las multitudes en un mundo colmena.

-Asegurad las estaciones tácticas -transmitió a sus hermanos, todavía enfrascados en duras escaramuzas. -Manteneos juntos. Estad atentos a ataques de las estaciones del sensorium.

La hermandad arrancó por la sala principal, conduciendo a los defensores ante ellos en escuadrones maltratados y vapuleados. Igual que en el arco de la plataforma de observación que se remontaba ante ellos, las fuerzas de Torghun retrocedieron en masa. Torghun mismo se separó de combate, el último de los defensores de hacerlo, siguiendo a sus guerreros en retirada. Todos se fueron rápidamente, con decisión, como si el movimiento hubiera sido planeado desde hace tiempo.

El instinto de Shiban fue cargar hacia ellos, rebanarles a medida que se abría brecha. A su alrededor, sus hermanos hicieron lo mismo, corriendo para encontrarse con el enemigo.

Retirarse, para después luego volver.

-¡No! –rugió Shiban, viendo de repente el peligro.

Se detuvo en seco, en cuclillas, justo cuando azotó el huracán. Desde lo alto de las terrazas a ambos lados del puente, a muchos metros de altura entre los pilares y plataformas suspendidas, un incendio de fuego bólter destrozó el suelo en una nube de escombros. Muchos de los guerreros de Shiban, habiendo perseguido a las fuerzas en retirada de Torghun demasiado cerca, fueron atrapados en la ola de impactos, destrozando sus servoarmaduras.

El resto de ellos se retiraron a lo que podía cubrirles: bancos de cogitadores, estaciones de sensores, pórticos de observación. Shiban alcanzó la sombra de una gran plataforma elevada coronado con pantallas enmarcadas en latón. Nada más hacerlo, la ola de fuego cesó.

Moviéndose con cuidado alrededor del pie de la plataforma examinó la zona por delante. Los guerreros de Torghun se habían agachado en una larga fila a través de las fosas servidoras que dividía en dos la sala. Decenas de tiradores estaban estacionados encima de ellos en las terrazas, sin disparar por el momento pero todavía listos. Más allá de eso, vio más infantería más pesada alrededor del epicentro del puente en sí; el trono de mando. El propio keshig de Hasik estaba entre ellos, descomunales en sus servoarmaduras de Exterminador. Otros Cicatrices Blancas ocupaban puntos estratégicos en la plataforma de observación más allá.

Debería haber cientos en total. El puente estaba cubierto, bloqueado, completamente seguro.

-Esto es *suficiente*, Khan -dijo la voz de Hasik desde el trono.

Ilya acurrucó detrás de su estación auspex, encorvada con las manos sobre las orejas. El ruido cuando entraron fue increíble: un sonido aplastante, una pared de tambores, perforada por rugidos de beligerancia aumentados por sus vox. Marines Espaciales en la vida cotidiana eran lo suficientemente intimidante; en combate, fueron sorprendentes.

Halji se separó de su puesto tan pronto como sucedió, corriendo por las escaleras a un punto de vista más cerca del trono de mando. Sacó su bólter y lo sostenía a dos manos frente a él. Desorientada, lanzada por la tormenta horrible de daños a su alrededor, Ilya apenas se fijó en él durante el tiroteo, pero no había dudado ni un momento. Como si fuera la cosa más natural del mundo abrió fuego a sus camaradas, uniéndose en el bombardeo que los había enviado tambaleándose hacia atrás y luchando por coberturas. Estaba claro que lo habían arreglado; Halji sabía que iban a venir.

Ella levantó la vista, a través de los restos dañados de sus unidades cogitadores y hacia el trono de mando. Hasik parecía tan estoico como siempre, frente a los intrusos en cuclillas, tratando de conseguir que se rindieran.

La mirada de Ilya viajó hasta las líneas de azoteas. Los tiradores habían sido colocados en lo alto de las paredes. Parecía haber guerreros armados por todas partes. El resto de la tripulación mortal estaba haciendo lo mismo que ella: esconderse de las líneas de fuego, perdidos en estado de shock.

Ilya se arrastró hasta lo que quedaba de su consola y se quedó mirando las lecturas Auspex. Las cuatro naves de guerra entrantes estaban virando conforme se acercaban, absolutamente imprudentes, merodeando por el espacio local como si lo poseyeran. Ahora, de cerca, pudo ver las marcas de la flota: XIV Legión, la Guardia de la Muerte. Eso le parecía tan incongruente como todo lo que había ocurrido desde los encuentros en Chondax.

¿Organizó Hasik la cita? Si es así, ¿Por qué?

Ilya escarbó para levantar más datos de las pantallas agrietadas. Con Halji fuera del camino podría trabajar más rápidamente.

Más naves entraron en rango de los augures; dos, penetrando desde el exterior a gran velocidad. No había marcadores, ni identificadores, sólo firmas de motores

convencionales y el parpadeo revelador de la activación de los escudos de vacío. Ilya se quedó mirando las señales por un tiempo, incapaz de medir de dónde habían surgido o qué estaban haciendo.

La flota de los Cicatrices Blancas estaba paralizada. Sus naves no se movían para contrarrestar la amenaza acercándose a ellas. Si lo que estaba sucediendo en la *Tormenta de Espadas* se repetía en las otras naves de guerra Ilya supo ver entonces por qué: la Legión se había vuelto sobre sí misma, como si de repente hubieran sido expuestas divisiones ocultas por todas partes al mismo tiempo.

Por supuesto, ella había jugado un papel en ello. Los guerreros de la *Kaljian* habrían tenido más dificultades para subir a bordo de la nave si no hubiera desactivado las defensas de la bahía de atraque 567. Eso fue el error de Halji; a ella nunca le había gustado que recurrir al engaño, sea cual sea la causa.

-¿Dónde está el Khagan? -llegó un grito desde el otro extremo de la sala de puente; la voz de un Marine Espacial, filtrada a través del vox de su casco.

Era una buena voz; dura, con la profundidad chogoriana propia de ella, pero no contaminado por el rencor. Ilya se alegró instantáneamente de la elección que había hecho.

-Él regresará, Shiban –respondió Hasik. -Esto no tiene sentido. No somos traidores: todo va a resolverse.

Traidores. La palabra la dejó helada. Recordó lo que Qin Xa le dijo y los fragmentos de información que recogió hablando con el Khagan.

Con un apretón en su estómago, ella supo lo que sucedería a continuación. Los riesgos eran demasiado altos para dejar las cosas sin resolver; los invasores iban a cargar de nuevo. Esta vez no se detendrían, no hasta que sólo una facción quedara en el puente, traidor o leal, lo que fuera cada cuál.

No podía limitarse a ver. Es casi seguro que sería inútil, posiblemente suicida, pero estar de pie sin hacer nada nunca había sido su forma de vida.

Con sus palmas manchadas de sudor nervioso Ilya se preparó para moverse.

Manteniendo la posición, Shiban señaló a sus guerreros supervivientes, todos inmovilizados cerca de donde habían irrumpido en el extremo cercano de la sala. Permaneced a cubierto.

-No tengo ningún deseo de matarte -exclamó Hasik. -Estáis sobrepasados en armas. Fuertemente. Pongamos fin a esto.

Shiban se volvió para ver a Jochi, en cuclillas a la sombra de un pilar a pocos metros a su derecha. Parecía como si hubiera recibido un golpe, y respiraba con dificultad.

-¿Qué opinas? –transmitió Shiban.

Jochi negó con la cabeza. Shiban sabía qué expresión estaría usando bajo su casco; una sonrisa triste. –*Demasiados* -respondió.

Shiban asintió. -Demasiados.

-Pero lo ordenarás de todos modos.

Shiban corrió otro barrido por la cámara. Eran superados en número por tres a uno, y los defensores estaban mejor armados y mejor colocados. Sería una masacre, sin ninguna garantía de conseguir incluso la mitad del trecho a donde tenían que estar.

Pero al menos podría llegar a Hasik. Eso sería algo digno.

-A mi señal -transmitió a lo que quedaba de sus guerreros. -El trono es el objetivo -oyó el golpe y chasquidos de los bólters recargarse. A su alrededor, sus hermanos hicieron sus preparativos finales.

-Si vamos a morir aquí -añadió, tomando la alabarda de nuevo y preparándose para salir de la cobertura, -entonces moriremos luchando. Por el Khan, hermanos. *Por el Khan*.

Ilya se puso de pie, su corazón latía con fuerza, y corrió a campo abierto.

-¡No! -gritó, absurdamente, como si alguno de ellos prestara atención a la repentina intervención de una anciana sin entrenamiento de combate. Se puso de pie, temblando de miedo, decidida a hacer *algo*. -¿Por qué estáis *haciendo esto*?

Sus palabras no fueron escuchadas, no por los Cicatrices Blancas reunidos, ni siquiera por ella.

Un rugido ensordecedor creció a través de todo el puente, como un motor de nave acelerando hasta quemarse. Una luz que quemaba los ojos ardió, seguido por el látigo de energía concentrada. La iridiscencia se apagó casi tan rápido como llegó, dejando ecos que retumbaron a su paso.

Ilya parpadeó con fuerza, sus ojos locamente llorosos. Para cuando su visión se despejó el puente parecía un lugar muy diferente.

Cientos de Cicatrices Blancas aparecieron dispuestos en filas a través del círculo exterior del puente, todos con sus bólters apuntados al trono de mando. El residuo acre de la teletransportación flotaba en el aire, por lo que los pelos de su nuca se levantaron.

Por un momento, quedó totalmente desconcertada. Entonces reconoció las placas de la servoarmadura de Exterminador de Jemulan Noyan-Khan, con su séquito de veteranos en la espalda y una espada de energía silbando en su mano.

-Ríndete, Hasik –dijo Jemulan con firmeza. -El intento de alterar nuestro camino ha fallado.

Hasik no hizo ningún movimiento para cumplir la orden. A los ojos de Ilya las fuerzas ahora parecían igualados, haciendo que su corazón se hunde más. El combate entre ellos convertiría el puente en pedazos.

-No, en absoluto, hermano –respondió Hasik. –Sólo está incompleto. No estamos en el camino del progreso; no puedes ver el cuadro completo.

-Sin duda, pero no eres quien para tomar esa decisión.

-Es la única opción.

-Entonces no que otra opción en absoluto –respondió Jemulan. A su alrededor, sus tropas apuntaron a sus objetivos. Ilya retrocedió detrás de su consola de sensores; la tensión colgaba pesadamente, como una nube de tormenta a punto de estallar.

Ella comenzó a moverse, agachándose por debajo de la línea de carcasas de cogitadores y arrastrándose de nuevo en algo así como una cobertura. Mientras lo hacía, se dio cuenta de la plataforma de teletransportación, todavía operativa, pero muy lejos. Con el corazón en la boca, comenzó a avanzar hacia ella.

Mientras lo hacía, oyó la orden que había temido, emitida desde la parrilla vox de uno de los comandantes; ni siquiera reconoció cual.

-Así pues, no hay nada más que decir. Abrid fuego.

El Khan golpeó primero, moviéndose más rápido que el pensamiento y su capa arremolinándose a su alrededor. Mortarion paró el golpe con su guadaña, y una onda expansiva salió disparada de *Silencio*, levantando cenizas en remolinos de nubes.

Los Sudarios de la Muerte entraron pesadamente en rango, balanceando sus guadañas. Los guerreros de Qin Xa les hicieron frente, cargando a través de la piedra agrietada y alzando sus espadas. Garras de neón azul chocaron con hierro pesado, enviando estruendos resonando a través del espacio vacío. En medio de las ruinas de Tizca las dos fuerzas chocaron, moviéndose como bailarines en una danza mientras los rostros sin ojos de estatuas antiguas les miraban.

-Veo tu mente, hermano -siseó el Khan, conectando el ataque con la fuerza de una apisonadora. –Podrías convertirme, o aniquilarme.

Mortarion gruñó mientras bloqueó la dao entrante. Se movió mucho más lentamente que el Khan, pero todo lo que hacía era sólido, denso, e indomable. -Si eres lo suficientemente terco para no ver la oportunidad aquí, entonces, sí; tu tiempo ha terminado.

El Khan se rio. Blandiendo su espada se volvió a sentir libremente bueno. Los psychneuein fueron un desafío trivial; luchar contra un primarca era el tipo de prueba que había perdido durante mucho tiempo.

Se precipitó, girando sobre una bota antes de empujar la espada al estómago de Mortarion. El golpe fue bloqueado, pero el Señor de la Muerte tropezó.

-Tan *lento* -se burló el Khan. Su espada bailaba, parpadeando como los relámpagos por encima. Todo golpe fue ponderado en gran medida, cortando trozos de chapa gruesa de Mortarion como si estuviera corroída. –Todo te sale mal. ¿Por qué cambiar un amo por otro? Y no me tomes por tonto: sólo un alma puede gobernar desde el Mundo Trono.

Oyó el choque de espadas a su alrededor, el ímpetu febril de los disparos bólter y las fuertes explosión de los proyectiles detonando. Más grietas se abrieron bajo los

pies, de color rojo brillante como el acero fundido. Las bocas de las armas se iluminaron, tallando imágenes en ruinas de piedra antigua, revelando los dispositivos prosperinos ocultos grabados en todas sus facetas.

Mortarion se recuperó, respirando con dificultad. Aunque sus reflejos eran lentos su fuerza era impresionante. Él ya había recibido golpes que habrían derribado a un menor guerrero y sin embargo parecía apenas turbado.

-Tu legión le llamó -gruñó, empuñando *Silencio* en barridos amortiguadores. -Tienes células operando en cada hermandad, desesperados por servirle. Todo lo que hicimos fue responderles.

El Khan volvió a reír. Se sentía *vivo*, sin trabas, libre por primera vez en meses para *actuar*. -Las logias, ¿Eh? ¿Sociedades secretas? ¿Crees que va a ser suficiente para arrastrarlos con el Señor de la Guerra?

Mortarion repuntó, y sus pesadas botas se hundieron en la ceniza. El Khan puso en marcha una serie de golpes centelleantes con su dao, rebotando en las gruesas hombreras del Señor de la Muerte y enviándolo tambaleándose.

-Les dejé reunirse –dijo el Khan. Su espada se movía brutalmente, manchando con velocidad y sonidos metálicos la guadaña. -Siempre les dejé. No soy un tirano, hermano.

Mortarion comenzó a replegarse, enfrentando a la furia del Khan con eficiente resolución. Dio un corto paso atrás, plantando sus pies ampliamente para detener otro golpe entrante. Las dos armas giraron y rebotaron, enviando chispas en la penumbra. La intensidad de ello fue escalofriante. Cada movimiento era una perfecta defensa de la maestría genética del Emperador, aunque ejemplificando dos aspectos totalmente diferentes. Las tropas que luchaban alrededor de ellos, titanes de combate, fueron reducidos a la irrelevancia, como errantes guerreros mortales en las disputas de los dioses.

-Todos somos tiranos –raspó Mortarion, cogiendo el ritmo a sus golpes segadores. -No te engañes. Fuimos criados para eso y nada más.

.No yo -dijo Khan, girando alrededor de él, moviéndose con un equilibrio casi inconsciente. –No me importa nada el dominio. Nunca lo hizo. Tú, por otra parte... *Tú*. Anhelas tenerlo.

El Khan hizo retroceder a Mortarion más y más, golpeándole y dándole una paliza a través de los márgenes de la plaza hasta el borde de la pirámide rota. Ambos temblaron bajo la sombra del Arco de Photep, la antigua entrada a las inmensas bóvedas del interior, ahora sin techo y abiertas.

El Khan sintió breves destellos de fuego disforme y supuso que se trataba de Arvida. Oyó grito de batalla de Qin Xa, y se vanagloriaba de ello. El señor de los keshig era un guerrero superlativo y él no tenía miedo por él, ni por ninguno de los otros.

Podrían luchar ahora. Sabían cuál era el enemigo. Podían verle, y eso fue suficiente.

-Me lo *merezco* –jadeó Mortarion, resoplando en su reciclador mientras maniobró en el asalto. -Siempre me lo merecí. Podrías haberte unido a mi.

El Khan no se arrepentía. Su espada era como un trozo de luz de las estrellas, feroz e irresistible. -Tu tiempo vendrá. Me dijiste que la disformidad debe olvidarse, encerrarse. Qué poco sabes. Ahora vendrá a por ti. Matarte aquí será una misericordia. Ya puedo ver tu futuro oscureciéndose, arrastrando a tu propia alma.

Los dos se tronaron a través del nivel de base de la pirámide, seguidos a cada paso por el choque haciéndose eco de las armas alrededor de ellos. La carcasa abierta del edificio se levantaba imponente, sus mástiles rotos sobresaliendo por la geometría perfecta hacia un ápice inexistente. Las viejas paredes internas, medio convertidas en escombros y plagadas de enormes vacíos, se retorcían lejos de ellos en un laberinto complejo.

-Todos los futuros son oscuros ahora –respondió Mortarion, deslizándose salvajemente y golpeó de revés su guadaña en el borde de un arco expuesto. La piedra angular se hizo escombros a su alrededor. -No tienes idea de en qué se ha convertido Horus, ni siquiera el Emperador. Ambos son monstruos, pero has elegido el equivocado. Horus es un *luchador*. Él es uno de nosotros, no una... *aberración* inmortal.

El Khan se rio mientras le persiguió, esta vez de auténtico placer. -¿Aberración Inmortal? -reflexionó, arrastrando su hoja hacia abajo en un ángulo agudo y casi cortando una maraña de cables de alimentación de Mortarion. -Todos compartimos su sangre. ¿En qué nos convierte eso?

Más piedra en polvo, destruida por los salvajes barridos de Mortarion, floreció en una nube alrededor de ellos. Senderos de disparo bólter gimieron y golpearon a través de la neblina antes de agrietar lo que quedaba de la arquitectura. Sin importarle nada más que su propio duelo, los dos primarcas tajaron su camino hacia el núcleo de la pirámide, eclipsados por inmensos pilares y techos curvos abiertos, intercambiando golpes de tal peso que la tierra tembló bajo sus pies.

-¿Me dirías solo lo que crees que pasará aquí? -escupió Mortarion, cavando de nuevo y deteniendo su retirada. Su armadura había sido cortada en una parodia hecha jirones de su anterior solidez. -¿Crees que puedes decapitarme, como Fulgrim hizo con Ferrus?

Entonces el Khan perdió su objetivo por primera vez.

¿Era eso cierto? ¿Ferrus ya no existía?

Mortarion ascendió hacia él, pateando la empuñadura del *Silencio* duramente en la pierna del Khan. La greba de marfil se agrietó, lanzando energía efervescente cuando la ceramita se fracturó.

El Khan se alejó del golpe a continuación, a punto de perder el equilibrio por completo. Se tambaleó hacia atrás mientras Mortarion pasó a la ofensiva.

-Oh sí, está muerto –dijo Mortarion con voz áspera. -Los números ya están en tu contra. Y sólo van a empeorar.

El Khan Miró hacia arriba, hacia los inmensos huecos de las alturas de la pirámide. Ligeras motas de cristal llovieron desde el vértice destrozado, centelleando sangrientamente por los fuegos que se encendían las fisuras de abajo. El paisaje de Próspero gruñó su ira hosca, como si el mundo mismo se indignara por un segundo duelo de Primarcas sobre su suelo. El cielo en carbono oscuro, sin estrellas y vacío, irritado por encima de las fauces irregulares de la cumbre.

La capa de Mortarion se extendió ampliamente, impulsada por corrientes ascendentes de la red de grietas que brillaban intensamente. Por un momento pareció una visión del mundo subterráneo, un fantasma del viejo Chogoris; consumido por los yaksha, eternos y diabólicos.

El Khan retrocedió más, sosteniendo su dao dos manos. Mortarion era fuerte, tan fuerte como los cimientos de los montes Ulaav, pero era lento. Ambos se complementaban perfectamente, como dos caras de una medalla.

Si luchamos del mismo lado, él y yo, contrarrestando nuestras debilidades, ¿Podría haber algo que se opusiera a nosotros? pensó. *¿Incluso Horus? ¿Incluso el Emperador?*

Miró a la cara pálida de Mortarion y vio el resentimiento ardiente allí, tal como lo hacía en él.

Está perdido. Todos hemos sido traicionados.

El Señor de la Muerte se acercó más, barriendo *Silencio* bajo y duro, con una expresión que helaba el odio, su aliento esclerótico bajo y rápido.

-Entonces ven, hermano -dijo el Khan, preparándose para el impacto, una vez más, manteniendo la posición en medio de las lágrimas de cristal de ciudad perdida de Magnus. –Decidamos esto, tú y yo, por toda la eternidad.

Yesugei permanecía sobre el puente de mando de la *Luna Segadora* viendo crecer rápidamente a Prospero ante su vista. Lushan, blindado para el próximo combate, gritó órdenes a la tripulación, sin dudar, todavía convencido de que la nave se iba a romper en torno a él en cualquier momento.

La última etapa fue la más lacerante de todas, desgarrando el campo Geller y devastando las unidades disformes. Yesugei oyó los gritos de yakshas incluso en sus horas de vigilia. Cuando fue a ayudar a los Navegantes, las bestias fueron claramente visibles en el infierno hirviente más allá de las ventanas con visión real, embistiendo contra la estela de disformidad de la nave y escarbando el casco a medida que rasgaron a través de su dominio.

Casi habían perdido la *Hesíodo*, pero una combinación de tecnología, la maestría de Henricos y los esfuerzos combinados de Yesugei y los Navegantes lograron de alguna manera que lo consiguiera. Irrumpieron en el espacio real en el vector más cercano posible, después de que los motores se hubieran quemado como soles en miniatura para ponerlos en órbita alrededor del mundo moribundo. Incluso desde lejos, Yesugei sintió el terror psíquico resonando aún en el planeta, como una costra ennegrecida sobre una antigua y profunda herida.

-¿Y la flota? -preguntó de nuevo, incapaz de dar sentido a los datos que sus sensores le estaban dando.

-Fuera de posición -respondió Lushan, con incredulidad. -Dispersada. No hay líneas defensivas, nada.

Yesugei sintió un profundo malestar. Algunas de las naves de guerra de los Cicatrices Blancas estaban visiblemente a la deriva, otras moviéndose para interceptar las unas a las otras. Ninguna de ellas estaba respondiendo a las embarcaciones de la Guardia de la Muerte que venían a sumarse al combate.

-Activa las lanzas -ordenó. -Llévanos a la formación de la Guardia de la Muerte y abre fuego. Golpéales con todo lo que tengamos.

Lushan asintió y ladró órdenes a la cadena de mando. Casi al instante cambió el curso de la *Luna Segadora*, llevando a la nave dos puntos de distancia a estribor y esprintando hacia el acorazado más cercano de la XIV Legión. El puente se llenó de los gruñidos y vibraciones de los sistemas de armas activándose, y los escudos de vacío ondularon a través de las ventanas delanteras.

Se habían trasladado de manera eficiente, pero seguían siendo más lentos que la *Hesíodo*; la sed de venganza de Henricos le dirigía más que todos ellos. Su voz artificial silbó por los altavoces del puente.

-No tenemos las armas para llevarnos a todos -observó.

-No las necesitamos -replicó Yesugei en Gótico, viendo como el enemigo se precipitaba en rango. La Guardia de la Muerte parecía complaciente, concentrados en acercarse todo lo posible a la asediada flota de los Cicatrices Blancas. -Algo va muy mal. Sólo necesitamos aclarar los pensamientos de mis hermanos.

-¿Qué están haciendo? Es como si estuvieran luchando…

-Entrarán en razón.

-¿Y el Khan? ¿Lo sientes?

Yesugei miró el orbe oscuro en la pantalla, ahora llenando la mitad de los alcances. Sintió más residuos de esa enorme agonía disforme, como si toda la población hubiera sido arrancada de sus cuerpos y confesado. El planeta todavía estaba envuelto en energías etéricas.

-No -dijo con gravedad. -Todavía no.

Henricos envió un gruñido bajo por el enlace vox, como si eso confirmara algo que había sospechado desde hace tiempo. *–No cambia nada* -dijo. *–Pero aún podemos herir a esos bastardos.*

Yesugei asintió, calibrando el espacio disminuyendo rápidamente entre sus naves y el enemigo. Tanto la *Hesíodo* como la *Luna Segadora* eran naves mucho más pequeñas que las cuatro principales enemigas, y tenían escoltas ya en curso de intercepción.

-Eso sí podemos, hermano -dijo en voz baja.

VEINTIDÓS

Bajo el Ápice

Carrera

Tormenta de Espadas

La fuerza bruta de Mortarion fue renovada. Enfrentándose a ella con todo lo que tenía, el Khan dudaba de que ninguno de sus hermanos, salvo quizás Ferrus, pudiera igualarla. El Señor de la Muerte absorbía cada golpe que conectaba, drenando la potencia de los golpes como una sanguijuela, aceptando los golpes y volviendo a por más.

La tenacidad de la Guardia de la Muerte era legendaria, al igual que su capacidad para absorber el castigo y seguir avanzando. Ahora, siendo testigo de ellos en combate por primera vez, apreció cuán cierto era. Los silenciosos Sudarios de la Muerte eran tan implacables como su maestro, luchando contra los keshig en medio de los escombros. Guerreros de ambas partes ya habían caído, sus cuerpos recubiertos en el polvo a la deriva, pero la lucha continuaba rodeándoles, amarga e inflexible.

El vasto interior de la pirámide se levantaba alrededor de los combatientes, terraza tras terraza, borrando la poca luz que quedaba bajo su cáscara ennegrecida. Los dos primarcas se desgarraron a través de lo que alguna vez fueron las antesalas y salas

de audiencia, pateando a un lado los libros crujientes por el fuego, instrumentos antiguos y objetos carbonizados de mil mundos. Ahora su corazón se alzaba ante ellos: una planta circular de la obsidiana, cuyo marfil estaba trazado con remolinos místicos de plata y obstruido con los cadáveres atrofiados de los caídos tiempo ha. Bandas de columnas tan amplias como Rhinos se alzaban a su alrededor, sobre la penumbra como centinelas. En el mismo centro, con incrustaciones en el suelo dorado cubierto de polvo, el Ojo de Magnus seguía brillando débilmente incluso por debajo de la suciedad apelmazaba. Justo encima de ellos, a cientos de metros de altura, estaba el ápice mismo, abierto a la furia de los cielos.

A medida que irrumpieron en el círculo, el Khan sintió cansancio al fin. Nunca, en incontables años de combate, había sentido más que indicios triviales de fatiga. Había luchado contra los más grandes campeones de las razas xenos, combatido a criaturas tan altas como Warhounds, abierto paso a través de campos de pieles verdes tan violentos e interminables como las mareas del mar, y aun así nunca se había sentido el dolor hasta los huesos que inspiró Mortarion.

Sólo los primarcas podrían destruir a los primarcas.

Mortarion se echó a reír en su forma grosera.

-Nunca te has enfrentado a algo tan duro, ¿eh? -gruñó, todavía empuñando *Silencio* pesadamente. También sufría; la sangre salpicada sus mejillas, frente y su respirador tembló cuando atrapó respiraciones gruesas.

El Khan lanzó otro ataque, floreciente del dao antes de buscar un camino a través de la defensa de piedra de Mortarion. Aún más rápido era, aún más realizado con la hoja, pero era como el duelo con la entropía en sí.

-Tú tampoco –observó el Khan, haciendo un gesto a las líneas de sudor enrojecido corriendo por las sienes de ceniza gris de Mortarion.

-Es verdad.

La voz de Mortarion confesó su pesar. Incluso en medio de los resentimientos ardiendo lentamente, la larga amargura, el Señor de la Muerte era todavía lo suficientemente cuerdo para ver la ironía de la situación. Los primarcas habían sido criados para luchar como parte de un ejército, con cada hermano compensando las deficiencias del otro. Pese a todas las envidias y rivalidades, en términos de pura conquista el ejército fue perfecto. La visión del Emperador, la Gran Cruzada por la

Unidad, barriendo a través de las estrellas, regida por veinte avatares inmortales de su propia psique sin igual, fue impecable.

Ahora, sin embargo, allí estaban: peleando en medio de las brasas del vandalismo de Russ. La caída ya era grave, y ambos sabían que iban a caer más a plomo antes del final.

-Podrías retractarte –dijo el Khan, alejándose de un barrido sibilante de la guadaña justo cuando apuntó a su casco. –No perteneces a Horus.

Mortarion resopló. -No, y nunca lo hará.

-Habéis visto la gloria de nuestro padre desatada; ninguno de nosotros podría oponérsele.

Mortarion volvió a la ofensiva. A su alrededor, las columnas parpadearon y saltaron con el reflejo de las fieras energías disruptoras. -Él está en problemas por sus propios errores. La sala del Trono es una guarida de las pesadillas, de la que no puede salir. El campo está abierto; es nuestro para reclamarlo.

El Khan desvió un golpe de guadaña y fue a por la gorguera de Mortarion. En el último minuto apuntó la hoja hacia abajo, deslizándola por debajo de la defensa y ejecutando un largo corte en el pectoral del primarca. Esta vez la hoja cortó profundamente, pelando la armadura ya fracturada y ahondando en la caja torácica a continuación.

Mortarion hizo una mueca y se destrabó, alejando la espada envuelta en energía del Khan con su guadaña y tambaleándose hacia atrás.

-No hay nada que aprovechar -gruñó el Khan, yendo tras él. -Nada más que tierra quemada. Mira a tu alrededor: haréis de esto toda la galaxia.

Mortarion gruñó desafiante y cargó con la mirada, usando la guadaña como una alabarda y conectando la empuñadura en el vientre del Khan. El Khan se tambaleó, tropezando por el suelo desigual y Mortarion cayó pesadamente tras él. Más golpes vinieron; golpes estremecedores, pesados, duros. El Khan fue impulsado aún más, apenas capaz de capear la explosión de furia dirigida a él.

Cuando chocaron de nuevo el impacto sacudió los cimientos del lugar. Arrancaron uno contra el otro, cada golpe impulsado por el mero desafío. Los fragmentos de

armaduras volaron como metralla. Gas explotó de los viales de Mortarion cuando el cristal se hizo añicos, casi cegando a los dos. La sangre voló en salpicaduras rezagadas, arrastrándose a través de ambos combatientes y manchando sus armaduras. A medida que penetraban y contrarrestaban, sin renunciar a un centímetro de tierra, se mezcló en los bordes de las hojas, tan rica y oscura como el vino.

A medida que el Khan luchaba, con el sabor cobrizo en la boca y los pinchazos de ácido en los músculos, sintió al señor de las llanuras criticarle. Necesitaba *espacio,* hueco para utilizar su velocidad. Tenía que liberarse, llevar la lucha a sus fortalezas, alejarse del alcance empalagoso de Mortarion.

Convocando una última ráfaga de energía, el Khan echó a un lado la guadaña y se alejó, haciendo señas a su adversario a venir tras él. El Señor de la Muerte empuñó en alto *Silencio*, proyectando una sombra sobre el ojo rasgado en el suelo. Sus manto empezó a ondular en una visión casi paródica de las viejas leyendas; el mito del segador de mil mundos humanos, convocado en un mundo de almas extinguidas.

El Khan mantuvo su posición, jadeando con fuerza, tratando de concentrar energía para el choque final. Sus corazones golpeaban su pecho, sus pulmones ardían. Sostuvo la dao a punto, esperando a que su enemigo se moviera.

Ven a mí. Puedes ver mi debilidad.

Un empuje. Una estocada perfecta, angulada con precisión; tenía la fuerza para ello. Tendría que ser impecables; si no, su defensa era historia. Nada más sería suficiente para este enemigo. No menor medida podría culminar con su muerte.

Pero Mortarion no se movió. Se puso de pie, rígido, como si de repente escuchara algo. Su guadaña bajó la guardia. Una tos delgada se separó de su máscara, que el Khan pronto descubrió que era una especie de carcajada agotada.

-Así pues la elección ha sido hecha.

El Khan se mantuvo firme, sin saber a qué se refería. Mortarion señaló al Sudario de la Muerte, y empezaron a retroceder hacia su posición.

-Nuestras naves están en *guerra*, hermano -siseó Mortarion ácidamente, cojeando en su retirada. -Esto no era lo que nos había prometido, pero no voy a perder una

flota por esta pelea -las palabras aparecieron pese a todo el burbujeo sangriento en la boca, que se derramaba fuera de los bordes de la máscara. –Sin embargo, marca esta fecha: esto es eterna entre nosotros, ahora. Tú y yo, nuestros destinos atados a este lugar. Recuérdalo. Fue *aquí* donde empezó.

El Khan sintió el polvo temblar alrededor de sus pies. Bobinas de energía verde pantano cayeron desde el ápice abierto de la pirámide.

-Y cuando repitamos esto –dijo con voz áspera Mortarion, -las líneas ya estarán dibujadas.

Saludó burlonamente, y lanzas de luz con bordes duros de repente alancearon desde lo alto, estallando a través de la cobertura de nubes y estrellándose en el corazón de la carcasa de la pirámide.

El Khan esprintó, viendo demasiado tarde lo que estaba sucediendo. La dao se movió rápidamente; rápido, tan rápido como nunca. Si hubiera conectado entonces habría apuñalado directamente el cuello de Mortarion, eludiendo su guardia y destrozando las bobinas que le permitían respirando.

Pero en un instante, el Señor de la Muerte y su séquito le fueron arrebatados, absorbidos por la vorágine de la disformidad. El viento aulló cuando rellenó el vacío, la ceniza se movió, el relámpago se bifurcó.

El Khan, llevado por su impulso, se tambaleó por el espacio vacío donde su enemigo estuvo. Se dio la vuelta, mal parado, todavía en posición para caer.

Qin Xa se enfrentó a él, sin sangre salvo en sus cuchillas. El legionario de los Mil Hijos seguía allí, al igual que cinco de los keshig.

-¡Traédmelo de vuelta! -rugió el Khan, todavía bullendo de agresividad. La caza no había llegado a su conclusión; la presa le había sido arrancada.

Qin Xa bajó sus armas. Por un momento no dijo nada, pero clics débiles de su casco delataban los intentos que estaba haciendo de contactar con las naves en órbita.

Luego sacudió la cabeza. Lo que quiera que la Guardia de la Muerte estaba usando para penetrar en el éter de Prospero sin oposición no podría ser replicado.

El Khan se volvió hacia Arvida. -Este es tu mundo -dijo entre dientes. –Sácame de él.

El hechicero parecía inestable sobre sus pies.

-¿Vuestras naves siguen en órbita? -Arvida miró a Qin Xa. -¿La barrera es el problema?

-Creo que sí.

-Será difícil –murmuró Arvida, mirando de nuevo al Khan. -Sólo puedo manejarlo un corto tiempo. Esperemos que alguien esté observando cuidadosamente.

El Khan asintió. –Hazlo.

Arvida retrocedió, mientras los demás le dieron un montón de espacio. Se contrajo, cruzando las manos. Luz de hechicería se unió en torno a él, llegando a su armadura como estrellas rotando. Destellos de plata se encendieron en sus guanteletes, cogiendo fuerza; pocos segundos después sus dos manos ardían con una luz tan intensa que era difícil de contemplar.

Luego extendió ambas manos hacia el cielo y lanzó una columna de luminiscencia chispeante, de un blanco eléctrico y abrasadoramente caliente. Se disparó verticalmente, surgiendo el eje central de la pirámide y estallando en el cielo más arriba.

Se tambaleó, apenas manteniéndose en pie, pero la línea de atronadora fuerza etérea se mantuvo. El cielo se encendió en una reacción en cadena argentífera. Repiques de respuestas salieron de lo alto, tan duro como truenos. Un enrejado de iridiscencia cubrió toda la parte inferior de la cubierta de nubes. Por primera vez, la pared ininterrumpida de oclusión se rompió, dejando al descubierto un arco iris de matices escabrosos más allá de lo que ardía y bailaba como auroras.

Arvida mismo comenzó a brillar, su carmesí de servoarmadura incendiado. La incandescencia se intensificó hasta que se hizo cegadora. Por un momento el Khan pensó que podría estar mirando directamente al propio Astronomicón, y tuvo que darle la espalda.

Miró hacia arriba, hacia donde la energía liberada de Arvida seguía disparándose hacia los cielos turbulentos.

-Ahora esperamos -murmuró, oscuramente.

La euforia de Shiban por la entrada del Jemulan fue corta. Las fuerzas eran ahora incluso mayores, llevando cantidades devastadoras de potencia de fuego. Cada etapa de la escalada acercó más la ruina de la Legión; armas que se habían hecho para destruir a sus enemigos estaban ahora apuntadas las unas a las otras.

Se quedó agachado, su dao guan activada y lista, midiendo dónde golpear. Hasik y sus fuerzas aún tenían el control del área del trono de mando en el otro extremo de la sala de puente, además de la alta cobertura de las cubiertas y terrazas de los muros. Las tropas de Jemulan se habían teletransportado en dos grupos a lo largo de los flancos, y la mayor parte de ellos se encontraban en el extremo cercano, agrupados en medio de las estaciones del sensorium. Había un montón de cobertura en ambos lados, aunque la presencia de cientos de miembros mortales de la tripulación, encerrados en sus consolas y afectados por la incertidumbre hizo que la perspectiva de una confrontación limpia fuera menos probable que la de un baño de sangre colateral.

La perspectiva lo llenó con una sensación cercana a la náusea.

¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Cómo se ha apoderado la locura de nosotros?

Dejando de lado esos pensamientos, Shiban saltó de la cobertura. -¡A mí, hermanos! -rugió, llamándolos de nuevo a la palestra.

Su hermandad surgió a la luz otra vez, manteniéndose baja y corriendo hacia el enemigo. La lucha fue tan apretada, claustrofóbica y aterradora como lo fue antes. Marines Espaciales chocaron contra Marines Espaciales, vigorosos y comprometidos. El séquito de Exterminadores de Jemulan se estrelló contra las barandillas para llegar a sus homólogos a medida que establecieron una cortina de fuego combi-bólter. Pilares adornados y contrafuertes recibieron daños, convirtiéndose rápidamente en rostros devastados por la viruelas y repletos de cráteres.

La tripulación mortal, incapaz de hacer nada frente a tal furia desatada, se acurrucó detrás de las defensas que pudieran encontrar.

Todos menos uno. Una mujer de pelo gris, cuyo uniforme de general del Ejército estaba arrugado y rasgado, corrió directamente hacia Shiban mientras cargaba por las fosas servidoras, agitando los brazos frenéticamente.

La primera reacción de Shiban fue empujarla a un lado y llegar al enemigo. Jochi y los otros vetearon por delante de él, saltando por encima de las escaleras y alrededor de los obstáculos para cargar hacia los guerreros de Torghun.

Algo en sus ojos lo detuvo.

Estaba desesperada; no para sobrevivir, sino para llamar su atención.

Su rostro era familiar. Él la había visto antes, en alguna parte.

-*¡Alto!* -gritó, berreando a todo pulmón por encima del rugido de la batalla. -*¡El Khagan! ¡Tengo una baliza!*

Shiban se detuvo en seco. Se veía increíblemente frágil, a la intemperie sin armadura de caparazón, ni siquiera una pistola láser, y él se alzaba sobre ella.

-La plataforma de teletransporte -jadeó. –Llévame allí.

La cámara estaba a doscientos metros de distancia, tras un tramo abierto de suelos de mármol, entretejido con estelas de proyectiles bólter. Las columnas ya estaban recibiendo golpes, atrapados en la concentración de fuego de las facciones rivales.

Ella nunca lo conseguiría. Incluso él podría tener dificultades.

-¿Quién eres? -preguntó, moviéndose para protegerla con su cuerpo blindado.

-¡Maldito seas! -gritó, mirándole como si ella le pudiera perforar. -¿Quién crees que abrió las puertas de la bahía de atraque? ¡Tengo una baliza! ¿Lo entiendes? ¡Llévame allí o verás a tu Legión destruirse a sí misma!

Shiban miró de nuevo a la plataforma de teletransportación, volvió a mirar a su expresión suplicante, y tomó una decisión.

-No luches -dijo, cargándola bajo su brazo izquierdo. Casi no pesaba. -Sólo aguanta.

Luego despegó, cabeza baja, corriendo tan rápido como pudo.

El primer proyectil le dio apenas unos metros fuera, impactando en su hombrera derecha y casi derribándolo de cara. Se tambaleó lejos del impacto y siguió su camino. Llegó a mitad de camino de la cámara antes de ser golpeado en la pierna;

un golpe directo. La ceramita de la rodilla junto con la guardia se hizo añicos, incrustando metralla a través de las capas blindadas debajo.

Se cayó, estrellándose de rodillas, arqueando su cuerpo para proteger la mortal que todavía aferraba. Si ella gritó, él no la oyó; el estruendo de la batalla rugía a su alrededor, creciendo en volumen mientras los dos lados se acercaban a su clímax.

Se puso de pie de nuevo, ignorando el resplandor de agonía en la pierna. Se arrastró hacia la cámara, manteniendo a la mujer al abrigo. Más proyectiles llegaron: un proyectil que estalló en la parte posterior, contra la unidad de energía de su servoarmadura, y otro golpe a la misma pierna que hizo que su visión se oscureciera por el dolor. Un rayo de plasma se estrelló contra su hombrera dañada, mirando desde la curva, pero la ducha la herida con metal fundido.

Él siguió, apretando los dientes contra la agonía. A medida que las columnas de la plataforma se elevaron por encima de él empujó a la mortal antes de que su cuerpo en caída pudiera aplastarle.

Ella se arrastró, lanzándose a la relativa seguridad de los mecanismos internos de la cámara. Shiban miró hacia arriba, sangrando profusamente, y la vio llegar a un punto de control. Mientras más proyectiles explotaron contra el círculo de columnas, ella tecleó frenéticamente una serie de códigos y el aparato comenzó a tararear por la acumulación de poder.

Un segundo más tarde y el espacio entre ellos explotó con la luz. Un golpe duro salió disparado, irradiado a través de todo el puente como una serie de granadas perforantes detonando. Lanzas eléctricas se arquearon, atacando y mordiendo las columnas antes de estremecerse de nuevo.

Shiban observó a la mujer retroceder del resplandor solar turbulento, protegiéndose los ojos con las manos. Por un momento no pudo ver nada dentro de la masa hirviente de energía.

Entonces la figuras tomaron definición dentro de ella: Cicatrices Blancas en servoarmadura de Exterminador y un Marine Espacial con servoarmadura roja de rodillas por agotamiento.

Ante ellos estaba una silueta más grande, enorme con su armadura adornada, su capa rallada en cintas, su rostro una máscara blindada arrasada por quemaduras y cortes pesados.

Él salió de la tormenta de luz cayendo y echó una mirada torva a través del puente. La sala aún estaba envuelta en la refriega, con los hermanos cerniéndose sobre la garganta del otro, perdidos en un mundo enloquecido de gritos de guerra y llamaradas de bocas de bólters.

Shiban tosió sangre, incapaz de moverse. El Khan caminó fuera de la plataforma de teletransportación, torciendo el yelmo conforme vino. Miró al otro lado del puente, con el rostro severo torcido por el horror. Durante un segundo no hizo nada más que ver la carnicería, dejar que el shock se grabara en sus rasgos.

La mente de Shiban corrió de nuevo a Chondax, a la última vez que estuvo tan cerca del primarca. En aquel entonces bien pudo haberse sentido contenido de morir por lograr tal honor, por eso había sido en la gloriosa batalla contra los xenos. Esto, sin embargo, era diferente, pues mucho permanecía aún en equilibrio y había poca gloria en lo que cualquiera de ellos había hecho. Trató de levantarse.

Pero el dolor se apresuró a volver, cegándolo, llenando su cabeza con un oleaje palpitante de agonía. Trató de acercarse, hablar, pero no pudo. Sintió que sus órganos fallaban, seguido por una ola de frío adormecedora en el pecho.

Su cascó chocó contra el suelo y todo quedó a oscuras.

El Khan descendió de la plataforma, con su keshig siguiéndolo de cerca. Delante de él, la sala de mando seguía inundada en combate. Muchas de las personas lo suficientemente cerca de la bengala de teleportación como para oírlo sobre el clamor de los combates se detuvieron en repentina confusión, pero otros se mantuvieron comprometidos, encerrado en la tormenta de proyectiles que cruzaba todo el espacio.

Durante un latido el Khan fue testigo de los guerreros de su Legión lanzándose a la yugular del otro. Las palabras de Mortarion resonaban en su cabeza, como burlándose a modo de saludo final.

La mitad de tu Legión ya se ha decantado por Horus.

Echó un vistazo al trono de mando. La lucha era más fuerte allí. Con un espasmo de reconocimiento vio a Hasik ocupando el estrado, luchando con esfuerzo para repeler una oleada de guerreros de Jemulan.

-Qin Xa, conmigo -gruñó, corriendo a grandes zancadas. EL maltrecho cuerpo del Khan lo llevó al corazón de la tormenta. Su dao se sentía pesada en sus manos, aún manchada con la sangre de Mortarion. Los keshig vinieron con él, formando un cordón de protección alrededor de su primarca.

A medida que se extendió por el centro de todo algunos de los combates pararon. Los guerreros levantaron la vista de sus duelos al ver la armadura devastada de su primarca de nuevo mientras se dirigía hacia el trono, como sólo entonces se dieran cuenta de las profundidades en las que se hundieron en su ausencia. La cacofonía de fuego bólter amainó.

Hasik lo estaba esperando. El puente quedó en silencio. Los guerreros se mantuvieron en su posición, sus armas aún preparadas. Todos los ojos se fijaron en el trono de mando.

-Noyan-khan -dijo el Khan fríamente, subiendo las escaleras y mirando a Hasik. -¿Qué locura se ha desatado aquí?

Hasik mantuvo su espada en la mano. Su expresión era inescrutable tras los cristales de su casco de Exterminador.

-Fue por todos nosotros -dijo Hasik, pero incluso detrás de la escofina de la parrilla vox su voz traicionó su incertidumbre. -Por la Legión.

-Sabías que volvería -dijo Khan. -¿O es que también planeaste mantenerme lejos hasta que la flota estuviera segura en sus manos? ¿Era tu esperanza?

El arma de mano de Hasik se crispó. –Deseé veros a ti y el Señor de la Guerra unido una vez más. Esa fue mi única esperanza. No se podía permitir que los susurros de los infieles prevalecieran.

-¿Infieles? -el Khan barrió con su mirada el otro lado del puente. -Haces *esto*, ¿Y llamas a los otros infieles?

Hasik erizó. -¡Todavía se puede lograr! -exclamó. -Hemos cometido errores, y sin embargo vemos la verdad. Él nos ha llamado, debemos contestar. Ese ha sido siempre el camino.

-Te han mentido.

-Pero, señor, no diste orden alguna.

-Os dije que *esperarais.*

-No acabéis con este momento -instó Hasik, dando un paso más cerca. -Dame tiempo, permítanme explicarlo.

-No hay más tiempo.

-Señor, le pido…

-¡Basta! -rugió el Khan, levantando su espada.

Tal vez inconscientemente, tal vez sin querer, o tal vez a través de alguna creencia equivocada de que su causa le prestaría el poder para hacerlo, Hasik levantó la suya en respuesta.

El Khan se abalanzó, barriendo su dao de borres mellados en el tulwar bloqueando de Hasik. Con un toque arrancó la espada del guante del noyan-khan, luego cambió de nuevo y hundió profundamente la punta de la dao en el diafragma Hasik. La estocada fue dirigida con una precisión perfecta, pinchando a través del blindaje de Exterminador con una gran descarga de energía disruptora.

Hasik se puso rígido, empalado justo debajo de sus corazones, incapaz de responder mientras energías tan ardientes sumieron su cuerpo y lo encerraron en la parálisis.

Poco a poco, tediosamente, el Khan levantó a Hasik con una sola mano, tirando de él hacia arriba hasta que sus rostros estuvieron a la misma altura. Su espada mantuvo a Hasik en posición, sosteniendo todo su peso e impidiéndole responder.

Con cada onza de su fuerza post-humano, el Khan cogió el timón del Hasik con la mano libre y la arrancó de la cabeza, echándola al suelo con desprecio. Por un momento se miraron a los ojos; una cara blanca por el shock, el otro rígido por la ira.

-Dices que ves la verdad -gruñó el Khan. -No sabes *nada* de la verdad. Si hubieras hecho lo que te ordené te la estaría diciendo ahora. En lugar de eso sólo te diré esto: la Legión es el ordu de Jaghatai, y nadie desenvaina su espada salvo con mi orden. Así ha sido desde que nos peleamos juntos en el Altak, y ningún poder del universo, ya sea Horus o el Emperador o los propios dioses, cambiará *eso.*

Los ojos de Hasik le miraron salvajemente, y la sangre en espuma salió de las esquinas de su boca. Sus guanteletes vacíos se flexionaron con impotencia.

-Te di una libertad que ningún otro señor toleraría -dijo Khan, su voz pesada por la amargura. –Y así me lo pagas, y por tanto yo te *relevo*.

El Khan arrojó el cuerpo de Hasik a un lado. Voló libre de la hoja y se estrelló en el trono, formando grietas en el mismo antes de rodar por los escalones de la tarima. Qin Xa se acercó a él, sus espadas desenfundadas, pero Hasik no se levantó.

El Khan se dio la vuelta. La ira aún latía en sus venas, mezclada con el pesado dolor de la traición. Por un instante, su mente estaba llena de visiones con él arremetiendo, obteniendo retribución de la totalidad de su progenie errante como un dios vengativo del pasado olvidado.

Al final, sin embargo, sus ojos se dirigieron hasta el arco de observación, a las enormes ventanas con vistas reales del espacio orbital de Próspero. A lo lejos, en el vacío, explosiones silenciosas de luz brillaron. Mortarion había dicho la verdad en una cosa al menos; las naves se enfrentaban, la lanzas estaban siendo disparadas, lo escudos parpadeaban.

No había tiempo que perder. Soltó un largo suspiro.

-¡Habrá un ajuste de cuentas! –gritó el Khan, dirigiéndose a los cientos de personas que esperaban para recibir orientación. -Pero por ahora, la batalla nos llama. Transmitid al resto de la flota. Nos enfrentaremos a la Guardia de la Muerte, formación *Guang-cha*, máxima potencia.

Barrió con su oscura mirada a sus guerreros, y el peso de su decepción en ellos estaba aplastando.

-Conocéis el enemigo. Cazamos de nuevo.

La *Luna Segadora* se acercó con fuerza, sus escudos temblando, sus lanzas sobrecalentadas, sus motores forzados. El acorazado de la Guardia de la Muerte se apartó por encima de ella, evadiendo la carrera de ataque y lanzando fuego láser pesado en respuesta.

En algún lugar cercano, la *Hesíodo* iba a toda velocidad hacia el corazón de la formación enemiga con sus armas y escudos de vacío ardiendo en llamas. Ambos

penetraron en la flotilla de la XIV Legión a toda velocidad, a sabiendas de que sólo la velocidad podía mantenerlos con vida durante mucho tiempo. El enemigo, avanzando lentamente para enfrentarse a una flota dividida y sin líderes, estuvo inicialmente preparada para el salvajismo de la misma. Sin embargo, su sorpresa no tardó mucho tiempo en desaparecer.

-¡Más cerca, maldita sea! -tronó Lushan, esforzándose para mantener lo peor del fuego lejos y convertirlos de escombros en el vacío. –Vigilad ese ala de cañoneras; reorientad la torretas laterales.

Yesugei quedó en silencio mientras la cubierta se inclinaba. La guerra espacial era una experiencia incómoda para él; no había nada que pudiera hacer para controlar el proceso. Lushan era un comandante formidable, y sin embargo eso puso su mente en algún aprieto. Ya había mantenido la nave entera durante un contra-andanada feroz y ahora la conducía sin miramientos hacia las planchas del casco dorsal de la nave de la Guardia de la Muerte.

-Potencia a las lanzas –ordenó Lushan, agarrando los brazos de su trono fuertemente.

Nada más salir las palabras de su boca, un pico vicioso de fuego láser impactó en todo el flanco de estribor de la Luna Segadora, vapuleando los escudos de vacío en un patrón de distorsión feroz. Toda la nave dio una sacudida, como si los motores hubieran tosido brevemente, antes de girar hacia abajo hacia el nadir de la esfera de combate.

Los lúmenes puente se apagaron brevemente, seguido de un crujido haciéndose eco muchas cubiertas por debajo.

Lushan miró a Yesugei y sonrió con ironía. -Esta podría ser nuestra última pasada, Zadyin Arga.

Yesugei asintió. -Entonces haz que valga, hermano.

La Luna Segadora se enderezó, y los propulsores alimentaron de nuevo su posición. Delante de ellos, a unos cientos de kilómetros de distancia, yacía el inmenso esquema del acorazado de la Guardia de la Muerte *Señor de Hyrus*. Tenía más de cinco veces el tamaño de la nave de los Cicatrices Blancas y fue construida para un asalto prolongado. Sus void escudos habían ametrallado mal en la primera empopada ataque, pero los daños no habían sido suficientes para eliminarlos.

Lushan condujo la *Luna Segadora* directamente hacia el y Yesugei sintió el estremecimiento de la cubierta cuando los motores rugieron de nuevo.

-Lanzas –ordenó Lushan. -Ahora.

La armería respondió y vigas blanco hielo de energía fueron disparadas hacia la *Señor de Hyrus*. Golpearon el centro de la nave, agrietando los escudos de vacío a su alrededor y tallando el casco.

La tripulación de los Cicatrices Blancas vitoreó, viendo que el daño se extendía rápidamente. Explosiones florecieron por toda la nave de guerra, rasgando las planchas del casco y exponiendo la cubierta de celosía debajo.

-¡Acercadnos más! -ordenó Lushan. -Ellos responderán con...

La Luna Segadora fue alcanzada por una andanada a ciegas de contramedidas casi al instante. Torpedos sobrepasaron las nubes de plasma ventilado, capturando la nave a medida que tomaba un ángulo bien lejos de la nave de la Guardia de la Muerte. Fuego láser le siguió; denso, certero.

Yesugei miró a las ventanas. La más retrasada de las naves de guerra más grandes estaba uniéndose a la matanza, alimentando sus armas. La *Hesíodo* estaba en problemas mayores, pues se había metido directa e imprudentemente a las fauces de la monstruosa nave insignia, la *Resistencia*. Henricos había causado estragos, pero recibió una cantidad horrible de fuego en respuesta. Tendría suerte de durar más de unos pocos minutos.

-¿Podemos cubrir a la *Hesíodo*? -preguntó calmado Yesugei.

Lushan rio. –Será un milagro si sobrevivimos a nuestra propia carrera.

La Luna Segadora todavía viajaba rápido, a tres cuartos de su capacidad de empuje. Más fuego láser pesado le siguió como cuervos acosando una rapaz. Otro torpedo impactó en alguna parte a popa, enviando vibraciones por toda la estructura. Se precipitaron lejos de la *Señor de Hyrus*, evadiendo sus torretas con bordes duros antes de sumirse en el vacío más allá.

Justo cuando Yesugei pensó que Lushan había dibujado de alguna manera una trayectoria que los sacaba del peligro, otra nave de guerra se cernió por encima de ellos, casi desde el cénit, sus armas ya preparadas, sus escudos de vacío

evidentemente intacto. Yesugei vio la calavera estilizada en la proa y supo que nunca podrían aspirar a hacerle daño, no lo suficientemente rápido.

-¡Retirada! -rugió Lushan.

Yesugei aferró su bastón un poco más fuerte. Sin duda los artilleros enemigos les tenían ya apuntados. –No -dijo con calma. -Mantened la posición.

-Eso nos llevará a sus dientes -advirtió Lushan.

Yesugei asintió. -Nunca saldremos de esto, hermano.

Lushan respiró, y luego hizo una reverencia. –Cancelad es orden. Artillero Maestro, dame todo lo que nos queda –sonrió a Yesugei sombríamente. -Podemos al menos mellar su orgullo.

La *Luna Segadora* abortó su difícil vuelta y vertió más potencia a los motores. La gran sombra de la nave de la Guardia de la Muerte llenó sus oculus, erizada de bancos de armamento hinchado. Dos lanzas masivas sobresalían por debajo de la proa, cada una decorada con calaveras gritando. Sus bocas brillaban cuando las inmensas líneas de energía se iluminaron.

La *Luna Segadora* disparó primero. Una última andanada de vigas y torpedos gritaron hacia el vacío. La precisión fue buena: el enemigo recibió una ráfaga de golpes, explotando al otro lado de la proa en un infierno de luz ardiente. Cuando las llamas se extinguieron revelaron un amasijo de metal ennegrecido y distorsionado. Las chispas corrieron espiral hacia el vacío de los restos retorcidos de los mamparos y espigas de sensores.

-¿Eliminamos las lanzas? -preguntó Yesugei, atreviéndose a la esperanza.

Lushan negó con la cabeza, sin dejar de sonreír. –Deseas mucho, me temo.

La Luna Segadora aún estaba en curso de intercepción, y demasiado comprometida para cambiar de rumbo a tiempo. Lushan ordenó una picada, pero incluso Yesugei podía ver que tomaría efecto demasiado tarde. Las lanzas de la nave de la Guardia de la Muerte se iluminaron con un brillo pre-lanzamiento. Las armas parecían extrañamente hermosas en la noche sin fin, como faroles colgantes Qo bajo una puesta de sol.

Yesugei se mantuvo de pie, decidido a enfrentarse a ello con los ojos abiertos.

Dejemos que digan que hicimos algo bueno, pensó mientras las lanzas dispararon. *Dejemos que el ejemplo fuera suficiente.*

La nave de la Guardia de la Muerte soltó su carga y los visores posteriores quedaron a oscuras. La estática crujió por las pictopantllas. Yesugei se tensó por el rugido y la prisa del vacío, esperando que el puente se desintegrara a su alrededor.

La destrucción nunca llegó. Con una sacudida repentina de reconocimiento se dio cuenta de lo que había hecho que las ventanas se oscurecieran.

Una nave. Una nave inmensa, orgullosa, vasta y poderosa se había interpuesto entre ellos, proyectando una sombra sobre los visores de la *Luna Segadora* y tapando la luz del sol de Prospero.

Tormenta de Espadas.

Había olvidado cuán majestuoso era la nave insignia. Había sido una maniobra de maestría naval fenomenal traer un monstruo tan grande entre la Guardia de la Muerte y su presa. Ahora corría suavemente por encima de ellos, con hilera tras hilera de cañones ubicados a lo largo de los flancos. Sus propulsores bullían de rojo en el vacío, ardiendo como un cúmulo de estrellas enojadas.

-¡El Khagan! -exclamó Lushan, levantándose del trono.

Mientras hablaba, la *Tormenta de Espadas* abrió una andanada. El vacío desapareció en una tormenta de luz, ardiente como un amanecer sobre el Altak. La nave de la XIV Legión se vio envuelto en ella, sumida y anegada en una cortina de fuego. Explosiones ardieron lo largo de su casco, alimentándose unas de otras, extendiéndose fuera de los centros de impacto y ampollando las planchas de adamantium.

Yesugei miró hacia los localizadores. Más naves llegaban, sacadas de su letargo y quemando plasma hacia la flotilla de la Guardia de la Muerte. Podía ver la firma de la *Lanza de los Cielos* en vanguardia. Incluso los rezagados, los que parecían sin vida o la deriva se aproximaban. Más rayos de energía atravesaron el vacío, iluminando el espacio con fuego nuevo.

Inclinó la cabeza, permitiéndose, por un instante, sentir alivio.

-Zadyin Arga.

La voz que llegó por el comunicador no se degradaba de alguna manera como los demás. Habían pasado seis años desde la última vez que la oyó. Conservaba su antigua riqueza, aunque enriquecida con otra cosa; desilusión, quizás.

Yesugei se volvió a la formación sobre la columna en su hombro hololito. El rostro del Khan se materializó en una mortaja parpadeante.

-Entonces ¿Eso era una finta? –preguntó Yesugei, tratando de no dejar que su satisfacción por la imagen que acababa de aparecer fuera demasiado evidente.

-¿La flota? No, lamentablemente no. Sufrimos división en tu ausencia. ¿Qué te retuvo?

Yesugei sonrió. -El universo -dijo.

Lushan sacó a la Luna Segadora de lo peor de la lucha. La tripulación luchó por mantener los escudos de cualquier forma mas la matriz de armas estaba en ruinas, pero sobreviviría. Más naves de los Cicatrices Blancas les superaron, corriendo al combate y cubriendo su retirada.

-Esa nave de los Hijos de Horus -dijo Khan. -¿Aliada? Será destruida si sigue luchando.

-Haz todo lo posible para protegerla, por favor -dijo Yesugei. -Contiene un Mano de hierro que merece vivir, tanto como te irritará, y Salamandras, todos los cuales lucharán de nuevo.

Mientras hablaban, la formación de la Guardia de la Muerte comenzó a retroceder. Superados en número y armas los escoltas comenzaron a caer en un cordón defensivo, preparando el camino para que las naves de mayor tamaño avanzaran a sus puntos de salto. Los Cicatrices Blancas fueron tras ellos, acosándoles, ametrallándoles, lanzándoles toda su furia reprimida en una vorágine de lanzas de energía.

La imagen del Khan fue distorsionada brevemente cuando la *Tormenta de Espadas* emitió otra andanada verdaderamente feroz. –Has estado perdido, Hacedor de Estaciones -dijo, y luego se apagó.

Yesugei se inclinó de nuevo, mirando el campo de combate apartarse mientras la *Luna Segador*a se retiró más. La *Tormenta de Espadas* aró en adelante, envuelta en

el fuego de sus propias armas, arrojándose como una lanza en el corazón de la lucha.

Y entonces, por fin, el orgullo de la Legión fue tras ella, cruzando el vacío como rapaces sobre un cielo abierto.

VEINTITRÉS

Ajuste de Cuentas

Recuperación

La Caza

La Segunda Batalla de Próspero no coincidió con el horror de la primera, pues la Guardia de la Muerte había venido a supervisar la incorporación de un aliado y no embarcarse en un prolongado combate espacial. Las dos flotas lucharon mientras se alejaban de Prospero, encerrado en una red de andanadas y barridos de ataque. Bajo el liderazgo de Mortarion, las pequeñas fuerzas de la XIV Legión se concentraron lo suficiente para retirarse del sistema intactos, pero no podían igualar ni la velocidad ni la potencia de fuego de los renovados Cicatrices Blancas. La batalla se trasladó constantemente fuera del sistema hasta que Mortarion finalmente dio la orden de desconectar y correr a los puntos de salto. Dejando un rastro de fuego y plasma en su estela, la Guardia de la Muerte entró en la disformidad, abandonando el espacio local al control del Khan.

Con el enemigo expulsado de Próspero, la V Legión detuvo su persecución. La flota se reunió una vez más, manteniendo la posición en una formación suelta, tal y como hicieron en Chondax. Algunas naves seguían paralizas por la disensión, y el proceso de restaurar el orden ni fue rápido ni sin costo. El Khan visitó cada acorazado en persona, eliminando los últimos vestigios de la rebelión donde los encontró. Se derramó sangre en muchas naves, y algunas fueron controladas en su totalidad por miembros de la logia, con la esperanza de influir a la Legión a la causa. Algunos se quitaron la vida en lugar de soportar la vergüenza de entregarse, aunque la mayoría reconoció la autoridad del Khagan y ofrecieron sus cuchillas en contrición.

Unas pocas naves más pequeñas nunca llegaron a la concentración, ya fuera destruidos por la Guardia de la Muerte durante el combates o desapareciendo silenciosamente, presuntamente nada dispuestos a aceptar el rechazo de su acuerdo previsto con el Señor de la Guerra. Las semillas sembradas por las logias arraigaron en abono, y no fue posible arrancar todos sus tallos.

El herido Hasik Noyan-Khan permaneció en la Tormenta de Espadas durante todo el combate. Sólo cuando Mortarion fue desterrado Qin Xa vino a por él, quitándole sus armas y armaduras y llevándoles a las cámaras de confinamiento. Hasik no se resistió. Su rostro delataba el alma de un hombre destruido. Otros fueron con él al confinamiento, entre ellos Goghal, Hibou y Torghun Khan. Allí esperaban juicio, custodiados por el propio séquito del kan. No existía ningún precedente en la V Legión de sus actos, aunque bajo la vieja ley del Altak el delito de traición sólo tenía un castigo.

La *Hesíodo* se quedó con la flota. Henricos casi la condujo a la destrucción, pero su colapso final fue impedido por la *Tchin-Zar*, que la protegió cuando las andanadas de torpedos finales llegaron. El Khan honró al Manos de Hierro, así como a los demás de la Legiones destrozadas, y les ofreció la oportunidad de luchar junto a los Cicatrices Blancas como parte de cualquier hermandad que eligieran. Henricos consideró la oferta, pero no hizo ningún compromiso. Cuando la *Hesíodo* fuera reparada, dijo, tomaría una decisión. La mayoría de los observadores predijeron que optaría por llevar la lucha al enemigo. Afirmó haber visto evidencias de movimientos de fragmentos de la flota de los Hijos de Horus, y azuzó para encontrarse con ellos.

Arvida también se quedó con la Legión, y se le dieron aposentos a bordo de la *Tormenta de Espadas*. Su salud había sido devastada por la larga permanencia en un mundo moribundo, y llevó días recuperarse lo suficiente como para hablar de lo que vio.

Yesugei y él pasaron muchas horas juntos tras eso, a pesar de que lo que discutieron no fue revelado a cualquier otro Khan. Se sabía que Yesugei preguntó por el destino de Ahzek Ahriman, a quien él había esperado volver a ver, pero Arvida no podía darle ninguna orientación. El Vidente de la Tormenta se vio obligado a concluir que Ahriman fue asesinado por los lobos o escapado junto con su amo. En cualquier caso, parecía más que probable que nunca volverían a encontrarse, algo que dolió a Yesugei más que todo lo que había ocurrido desde

Ullanor. De los muchos vínculos que alguna vez existieron entre los Cicatrices Blancas y los Mil Hijos, sólo permanecía Arvida.

En cuanto al propio Khan, una vez que la violencia de la restauración menguó se retiró a sus aposentos en la nave insignia y pidió consejo sobre el próximo movimiento de la Legión. Sólo Qin Xa y Yesugei permanecieron con él durante ese tiempo, a pesar de que se sabía que se convocaría un *kurultai*, una cumbre de los kanes, para purgar cualquier mala sangre restante. Rápidamente se hizo evidente que la facción logia no había entendido realmente para lo que habían estado trabajando, pues el Horus que veneraban ya no existía. El conocimiento obtenido de Magnus necesitaba ser propagado con rapidez, poniendo fin a un largo período de incertidumbre que había arruinado a la Legión.

Tal eran las costumbres de las antiguas llanuras: las quejas serían escuchadas, las penitencias infligidas, los vínculos restaurados.

No crono-marca se fijó para la reunión, pero todos los kanes sabía que sería pronto. Ahora que la forma de la traición era conocido que no pasaría mucho tiempo antes de que las cofradías se ordenó a la guerra, una vez más unificado y sed de venganza.

Hasta entonces, no había nada que hacer más que preparar, restaurar y esperar que las heridas se curaran.

Shiban despertó en el Apothecarion. Su cuerpo ardía de dolor. Con cautela, levantó la cabeza. Tubos corrían de su torso, gorgoteando con fluidos. Maquinaria de diálisis tarareaba en grupos a su alrededor. Vio lecturas de signos vitales desplazándose a través de una pantalla oscura, y tomó nota de lo débiles que eran.

Sintió náuseas. Su cabeza le martilleaba, palpitando como si estuviera llena con mucha sangre.

-Estás despierto, al fin -dijo una voz a su lado.

Shiban volvió la cabeza para ver a la mujer que le había salvado. Se parecía mucho a como lo estaba en el puente; un cuerpo ligero, vestido con un viejo uniforme del Ejército. Su pelo gris estaba recogido, su rostro arrugado fregado limpio de la suciedad que le surcó antes.

Trató de arquearse, y fracasó. Espigas de dolor corrieron por su cuello.

-No... no sé tu nombre -graznó.

La mujer se inclinó. -Ilya Ravallion. Consejera del Gran Khan. Organizador. Observadora. Parásito.

Shiban tragó secamente. Podía sentir los nutrientes entrar en su cuerpo por los tubos. Era una sensación incómoda.

-En otro Legión -dijo Ilya, -si las cosas hubieran ido peor, me dicen que podrías haber sido colocado en un Dreadnought. Pero por supuesto esta Legión no se sostiene con ellos, así que tienes la suerte de ser tan duro.

Shiban hizo una mueca. No se sentía afortunado.

Ilya se movió alrededor de la cama, para que pudiera hacer frente a ella sin tener que angular la cabeza torpemente. -¿Por qué me ayudaste? -preguntó.

-Te vi antes. En Chondax.

-Tienes una memoria para las caras.

-Destacabas.

-¿Como mujer?

-Como terrana.

Ilya asintió. -Nos estamos volviendo más raros. El proceso se acelerará ahora, supongo.

Shiban respiró agudo. El dolor era cada vez peor. Si hubiera podido levantar la cabeza, podría haber sido capaz de ver lo que se había hecho con el resto de su cuerpo. -¿Qué pasó? -preguntó. -¿Después de todo?

-La Legión fue restaurada -dijo Ilya. -Luchaste como nunca he visto. Las cosas serán más simple a partir de ahora; las lealtades se han cimentado.

La frente de Shiban se arrugó. Era difícil recordar nada con precisión. -Fue como... una locura.

-Me dijeron que Próspero fue peor. La disformidad corría por todo el lugar y fuimos imprudentes al permanecer allí durante tanto tiempo. Por otra parte, que es la marca de esta legión, ¿No es así? No creo que vaya a cambiar.

-¿Qué pasó con Torghun?

Ilya se quedó en blanco.

-La Hermandad de la Luna. Luchamos.

-En confinamiento pues. Habrá juicio cuando el Khan tome su determinación.

Shiban sintió una mezcla de emociones. Torghun era un guerrero demasiado fino para desearle muerte, pesar de que el crimen fue grave y muchos de sus propios hermanos de batalla cayeron. Shiban temía recuperarse lo suficiente como para leer el recuento de muertos. Se preguntó si la lista llevaría el nombre de Jochi. O de Sangjai, o de Chel.

-Nos dejaste entrar en la *Tormenta de Espadas* -dijo. -Así que podría hacerte la misma pregunta: ¿Por qué me ayudaste?

Ilya negó con la cabeza, como si ella no se conociera muy bien. -Todos los que me rodeaban se estaban comportando como locos. No me decían nada, y el Khan no estaba allí. No me gusta el engaño. Guardar secretos es lo que nos metió en este lío –ella le miró a los ojos y luego, casi desafiante. -Fue un sentimiento. Nada más.

Shiban hizo todo lo posible para asentir. Era una explicación tan buena como lo que hizo por ayudarla. –Entonces ¿Ahora qué? -preguntó.

-No lo sabemos. Todavía no -entonces ella sonrió. Tenía un rostro honesto, que gustaba a Shiban. -Pero no esperaremos mucho tiempo; la incertidumbre ha pasado de él. Está ansioso por moverse, para poner todo esto detrás de nosotros y unirse a la guerra.

Shiban dejó caer la cabeza sobre el metal de la cama del Apothecarion. Nunca se había sentido infeliz por oír hablar de una nueva campaña; desde Phemus fue lo único que deseo. Ahora, sin embargo, todo era diferente. Lucharían contra viejos aliados, hermanos con los que una vez marcharon hacia las estrellas como la vanguardia de una especie, unidos.

-Pensé que serías feliz al escuchar eso -dijo Ilya.

Shiban cerró los ojos. -¿Feliz? -dijo, secamente. -No del todo. Esta no es la guerra para la que fui criado.

Podía sentir la conciencia escapando de nuevo, arrastrada por los sedantes potentes que circulaban alrededor de su sistema. Él flexionó los dedos, poco acostumbrado a sentirlos fuera de sus guanteletes.

-Recordarás la alegría, Shiban -dijo Ilya. -Esa es la diferencia entre vosotros y ellos, los cicatrices y los otros; reis cuando empuñáis vuestras espadas.

-Lo hicimos -murmuró Shiban, cayendo en el sueño inducido, pensando en Torghun, pensando en Hasik, y preguntándose qué destino les esperaba a todos. -Una vez realmente lo hicimos.

El Khan y Yesugei permanecían solos en la Tormenta de Espadas, encerrados en las cámaras personales del primarca. El campo de estrellas se mostraba en el visor principal, brillante e infinito. Ninguno de ellos llevaba armadura. Yesugei iba con su túnica ceremonial de Vidente de la Tormenta, el Khan en el antiguo manto de un cazador Khitan: pieles, botas largas, manto rojo pardo.

Las heridas del primarca llevaron mucho tiempo en sanar, según sus estándares. La guadaña de Mortarion, postuló, había sido envenenada con algún tipo de toxina, lo que dificultó el proceso de restauración. Por primera vez en su vida, Jaghatai llevaba cicatrices no de su propia creación.

-Fuimos suntuosamente engañados –dijo el Khan lentamente, sacando las palabras de sus orgullosos labios involuntariamente.

-No sólo nosotros –dijo un Yesugei calmado.

-Fuimos los últimos en enterarse.

-No hay vergüenza en eso -Yesugei miró sus manos. La piel estaba llena de ampollas de los fuegos que desató sobre Ledak. Ese fue un lapsus vergonzoso, aunque catártico. -Magnus sabía más que cualquiera de nosotros, y por más tiempo. Eso no le impidió tomar malas decisiones. Tal vez fuimos preservados.

El Khan sonrió con ironía. -Preservados por la ignorancia.

-Los que conocen la verdad no son iguales a los que aman la verdad.

El Khan levantó una ceja. -¿Una de tus sabios Qo?

-Terrano, como es el caso.

-Ah.

Se quedaron en silencio por un tiempo. Detrás de ellos, el fuego crepitaba en la chimenea.

-¿Y ahora qué, señor? -preguntó Yesugei.

Las fosas nasales del Khan se dilataron un poco. Siguió mirando hacia el campo de estrellas. Su mirada siempre había sido difícil; ahora parecía más difícil.

-La Legión está intacta. Somos libres de cazar de nuevo.

-¿Y los que se declararon por Horus?

-Ellos no sabían lo que estaban haciendo. Todos adorábamos Horus -el Khan se volvió a Yesugei. –*Adoraba* a Horus. El Horus que era. Ninguno de ellos sabía lo que habías descubierto, y si lo hubieran entonces habrían retrocedido, tal como hiciste -el Khan le miró pensativo. -Yo les di libertad, y la usaron. ¿Quién debe ser castigado por eso?

-La disciplina debe ser mantenida.

El Khan asintió. –Lo será. Hasik sabe su destino. Otros, también: los kanes, los que deberían haber actuado con moderación.

Yesugei pensó por un momento. -Ahora me acuerdo de una leyenda. Una vieja, desde el corazón Talskar.

El Khan sonrió con indulgencia. -¿Ah, sí?

-Un Khan marcha hacia el territorio de su enemigo -dijo Yesugei. -Lleva sus tres hermanos con él, todos los cuales son hombres de confianza. En la víspera del combate, se encuentra con que los hermanos han estado intercambiando mensajes con el enemigo, esperanzados por llegar a un acuerdo en lugar de luchar. El Khan está furioso, y los convoca a su ger. Él escucha sus confesiones, pero su rabia no disminuye. Los hermanos le dicen que fueron engañados y se arrepienten de sus acciones. Cada uno de ellos, sin embargo, conoce la ley del Altak, y se preparan para la muerte.

-El Khan consulta a sus Zadyin Arga, como es habitual. Cinco abogan por muerte por decapitación, pero el sexto, el último, pone reparos. El Khan exige saber por qué deberían ser salvados. El Zadyin responde así: -Khan, nuestros enemigos son astutos. Si tienen éxito con sus mentiras, estamos divididos. Si fallan, saben se ejecutaremos a estos hombres. En cualquier caso, tu horda se debilita y ellos prevalecerán en la batalla.

-El Khan escucha este consejo y ve la sabiduría en él. Él le pregunta qué debería hacer. El Zadyin responde así: -En todo el Altak no hay mayor premio de honor, no mayor peso que la vergüenza. Estos hombres se avergüenzan, y llevarán a cabo cualquier acción para borrarla. Envíalos por delante de tu ejército. El enemigo les verá venir y pensaran en ellos como amigos, pero en cambio, lucharán hasta que la muerte los lleve, sabiendo que sólo de esta forma recuperarán su honor. Cuando tu ejército les siga, encontrarán un enemigo debilitado, tal como lo esperaban ellos debilitar el tuyo. Haz esto y la victoria será tuya.

El Khan asintió, divertido. -¿Ganó?

Yesugei esquivó su mirada, sin comprometerse, hacia la panorámica. -Me parece que las leyendas son escritas generalmente por los vencedores.

El Khan juntó las manos en la espalda. –Partidas de Guerra -dijo, pensativo. -Infiltrados. Tomaste esta táctica del Mano de Hierro.

-Henricos se ha convertido en un maestro de tal guerra. Nuestros hermanos podrían aprender mucho luchando con él.

-Entonces pensaré en ello. Tal vez algunos me sirvan de esta manera.

-Sería una penitencia. Limpiaría sus almas.

-Las suyas no son las únicas almas que necesitan limpieza.

Yesugei hizo una pausa antes de hablar de nuevo, pareciendo preocupado. El Khan le esperaba.

-Tuve sueños... -dijo Yesugei, vacilante.

-¿Sueños de qué?

-Te vi luchando. Un espectro del inframundo, en un mundo de ruinas.

-Viste a Mortarion.

Yesugei parecía inquieto. -No lo sé. En mis sueños, tú eras inmolado.

El Khan sonrió. -Entonces, al parecer, no tenías una visión verdadera.

-Tal vez -dijo Yesugei. -O tal vez era algo más. Algo aún por venir.

-¿Todavía tienes esos sueños?

-No desde que llegamos a Prospero.

-Entonces tu respuesta es no.

-No he dormido desde que llegamos a Prospero.

El Khan suspiró. –Amigo mío, no todo está predestinado -dijo, aunque cuando las palabras salieron de sus labios se acordó de lo que Magnus le había dicho.

Todo es sabido.

-No todo –admitió Yesugei, -pero siempre estuviste ligado a la disformidad. Todos tus hermanos lo estaban. Hay un patrón emergente. Has hecho de Mortarion un enemigo, y él no lo olvidará.

El Khan sonrió con desenfado. -Con los demás también. Russ aún debe estar echando espuma por la boca. Dorn también. Estábamos por nuestra cuenta, desconfiados por todos, como siempre. Me parece que no puedo estar realmente molesto por esto.

Yesugei le miró. -Entonces, ¿Qué?

-¿Por ahora? La Legión está herida. Los tribunales tendrán lugar en los kurultai. El orgullo será castigado, la fidelidad recompensada. En nuestra próxima cacería, estaremos unidos de nuevo. Ese es el primer paso.

-¿Y después de eso?

El Khan se quedó mirando a las estrellas. Su rostro lleno de cicatrices se sentía más apretado que nunca. Los primarcas no envejecían, no como los mortales, pero tampoco eran totalmente libres de los poderes del desgaste de tiempo.

-Horus debe ser detenido -dijo en voz baja. -Si todo termina con él, debe ser detenido. Llevaremos la lucha al vacío, jugaremos con nuestros puntos fuertes.

-Eso no va a ser suficiente.

-Les ralentizará.

-Entonces, ¿Dónde terminará?

El Khan no respondió.

-Henricos me hizo una pregunta antes de poner rumbo a Prospero -dijo Yesugei. -Me preguntó si confiaba en que harías la misma decisión que hicimos.

-¿Qué le dijiste?

-Que tenía fe en que lo harías.

-¿Querías decir eso?

-No tenía idea de lo que harías. Hubo algunas noches que temí que pudieras haber recordado las viejas lealtades. Seamos sinceros, nunca te has visto cara a cara con tu padre, ni con los que le rodean.

El Khan asintió. -No voy a fingir lo contrario. Si me hubieran preguntado en Chondax lo que quería creer, era que Horus estaba equivocado. Casi di la orden para Alaxxes. Si la Legión Alfa no hubiera intervenido podría haberla dado.

-Pero no fueron ellos los que te contuvieron.

-No, no ellos -el Khan recordó cómo fue entonces, con misivas contradictorias que desbordan los labios de las oradoras de estrellas cada hora. Recordó la angustia de su indecisión, oculta para todos salvo Qin Xa.

-¿Qué, pues?

El Khan miró. -Porque era lo que yo deseaba. Porque quería que fuera verdad. Era el curso más fácil, el que mi corazón ansiaba -sonrió sombríamente. -Y si hemos aprendido algo de nuestro mundo natal es a desconfiar de la senda de la facilidad. El confort conduce a la decadencia. Toda cosa digna es difícil.

Yesugei lo ponderó. -Suenas como un Zadyin Arga.

El Khan se rio. Era un sonido claro; más difícil, tal vez, que antes, pero libre de duda.

-No soy tal cosa -dijo, volviéndose hacia las estrellas. El vacío le devolvió la mirada, como si le llamara a su abrazo desgarrado por la guerra. -Soy el Halcón, el Berkut, el Vagabundo. Soy el espíritu de los incendios forestales, el inalcanzable, el amo de los cielos azules como el hielo. He viajado más lejos que cualquiera de mis hermanos, y ninguno de ellos conoce mi mente.

Sintió una agitación de salvajismo mientras hablaba, el encendido de una antigua alegría, que Chondax había devastado pero no del todo extinguido.

-Lo que dicen de los halcones es también verdad -dijo, con los ojos brillando. -Tú lo has dicho, muchas veces; no nos olvidamos la forma de la caza. Al final siempre volvemos a la mano que nos soltó.

Era justo lo que Magnus le había dicho.

Pero aún tienes una opción, hermano.

-Así que cuando llegue la hora -dijo, -sea lo que sea lo que el destino nos aguarde, los Cicatrices Blancas *estarán* en Terra.

FIN DEL RELATO